

LA DESAPARICIÓN
DE EDITH HIND

Susie Steiner

Siruela Policiaca



LA DESAPARICIÓN DE EDITH HIND

SUSIE STEINER

Susie Steiner

La desaparición de Edith Hind

Traducción del inglés
de Miguel Ros González

 **Siruela**
Nuevos Tiempos Policiaca

Edición en formato digital: mayo de 2018

Título original: *Missing Presumed*

En cubierta: fotografía de © Ingamey / Photocase.com

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Susie Steiner, 2016

© De la traducción, Miguel Ros González

© Ediciones Siruela, S. A., 2018

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-17454-26-5

Conversión a formato digital: María Belloso

Para John y Deb

*Al final de toda nuestra búsqueda
llegaremos donde comenzamos.*

Little Gidding, T. S. ELIOT

17 DE DICIEMBRE DE 2010. SÁBADO

MANON

Siente mermar la esperanza, como las tenues luces navideñas de Pound Saver. Manon se dice que debe concentrarse en el hombre que tiene sentado delante, que se llama Brian, pero bien podría llamarse Keith, y que al cruzar las piernas le ha dado una patada en la espinilla, justo donde el hueso está más cerca de la piel. Se inclina ligeramente para frotarse, pero él no se percata.

«Sensible», decía su perfil, además de destacar su interés por los aviones militares. Ahora se pregunta en qué demonios estaría pensando cuando decidió quedar con él, pero es que la compatibilidad ya no le dice nada: su última cita, con un urbanista, daba un setenta y ocho por ciento —Manon albergaba esperanzas, al tipo incluso le gustaba Thomas Hardy—, pero se pasó la velada estremeciéndose con discreción cada vez que la baba del hombre aterrizaba, con insólita frecuencia, en su cara.

Dos años de citas por internet. No puede decirse, en honor a la verdad, que hayan pasado volando.

El tipo ha girado la cara, y el reflejo de la luz revela las huellas de los pulgares en el cristal de las gafas: huevos violeta petróleo, la espiral ovalada que sueñan con encontrar en la escena de un crimen. El hombre habla de su trabajo en el Centro Fluvial mientras ella da las gracias con la mirada al camarero, que rellena sus copas de vino. Su copa, mejor dicho, pues él no bebe.

Ha soportado, huelga decirlo, situaciones mucho peores: como cuando viajó a Londres ex profeso. «Tienes que ser amplia de miras —insistía Bri—. No sabes dónde puede aparecer el hombre de tus sueños». Era alto y enjuto, e iba encorvado como el director de una funeraria mientras subían por las escaleras mecánicas de la Tate Modern, al más puro estilo Uriah Heep. A Manon aquellas escaleras se le hicieron eternas, y en cuanto acabaron se giró sin mediar palabra y bajó por las mismas, dejándolo allí arriba, mirándola fijamente. Se subió al primer tren que salía de King's Cross rumbo a Huntingdon como si huyese del hedor de la carne putrefacta. Todos los agentes de la Unidad de Crímenes Graves conocían ese olor, cómo se te adhería a la ropa.

Este, piensa Manon mirándolo, se llame como se llame, Darren o Barry, no es macabro, sino anodino. Está hablando de tritones, lo ha escuchado de refilón. Ahora el tipo levanta las cejas («¡carritos de la compra!»), y ella supone que está haciendo un comentario irónico sobre lo habitual que es encontrárselos tirados en un río. Tiene que decir algo, sí o sí.

—Ya solo queda una semana para Navidad —comenta—. ¿Qué vas a hacer?

A él parece irritarlo que se haya desviado de la deriva de sus ríos.

—Mi hermano vive en Norwich —dice—. Voy a su casa. Con sus hijos. —Por un instante parece contrariado, y eso hace que le guste un pelín más.

—La Navidad es una fecha particular. Cuando estás solo, me refiero.

—Col y yo nos lo pasamos de fábula cuando empiezan a caer latas de cerveza. Hacemos un dúo de aúpa.

A lo mejor se llama Terry, se dice, triste. Ya es demasiado tarde para preguntar.

—¿Pedimos la cuenta?

Él ni siquiera le ha preguntado cómo se llama, a diferencia de la mayoría de los hombres («Manon, qué nombre más curioso, ¿es galés?»), pero es un alivio, en cierto sentido, que siga a lo suyo, parloteando sin parar.

El camarero trae la cuenta, ligeramente enroscada, en un platito blanco con dos caramelos mentolados.

—¿Vamos a medias? —pregunta Manon, dejando su tarjeta en el platito. Él saborea el caramelo, con los ojos clavados en la cuenta.

—A ver, la verdad es que yo no he tomado vino —apunta él—. Mira. —Le señala lo que ha pedido ella: una jarrita de tinto y una ensalada pequeña.

—Sí, claro, vale —responde ella, mientras el hombre saca el móvil y empieza a sumar.

Las ventanas están empañadas y Manon observa el halo borroso de las luces navideñas de Huntingdon. Le espera una fría caminata de vuelta a casa, dejando atrás las persianas bajadas de las tiendas de Main Street y el triste olor a cerveza que sale de Cromwell's, rumbo al río, con su aroma verde y refrescante y su movimiento sinuoso en la oscuridad, hasta llegar a su piso, donde ha dejado todas las luces encendidas.

—Lo tuyo son veintitrés con ochenta y cinco libras. Lo mío solo once —dice—. ¿Quieres comprobarlo?

Es medianoche y Manon está sentada en el alféizar interior de la ventana con las rodillas recogidas, observando la calle nevada e iluminada por las farolas naranjas. Los copos de nieve caen despacio, planeando, ligerísimos. La corriente de aire gélido que entra a través de la ventana de guillotina le hace apretar las rodillas contra el pecho mientras lo observa (¿Alan? ¿Bernard?) doblar la esquina de su calle y desaparecer.

Cuando está segura de que se ha marchado, va apagando todas las luces del salón. Al hombre, la verdad sea dicha, le sorprendió su piso («Guau, ¿vives aquí?»), aunque su interés fue efímero y no tardó en retomar el monólogo. Quizá, ahora cae en la

cuenta, se acostó con él para que se callase.

Las paredes del salón son de color azul de Prusia. El mueble de la televisión, er madera de nogal, es de los años cincuenta, marca G-Plan. Su sofá es de diseño curvado, de pana marrón, y a cada lado hay un sillón de orejas de terciopelo verde oliva. Junto a uno de ellos hay una lámpara de pie amarilla con la pantalla abovedada, de los años setenta, que acaba de desenchufar porque el interruptor está roto. La decoración es un homenaje al estilo de mediados de siglo XX, como un plató bien montado. El escenario para una comedia posirónica ambientada en Alemania del Este, o para *Abigail's Party*; un lugar rebosante de estilo carismático y buen gusto, por obra y gracia de los anteriores dueños del piso. Manon compró el lote completo —muebles, lámparas y todo lo demás— con la casa, a una pareja que se iba al extranjero «a empezar de cero». Al menos eso fue lo que dijo el hombre. «Queremos un cambio, ¿entiendes?». A lo cual Manon respondió: «Un cambio radical. Me lo quedo todo». La novia miró a su alrededor, conteniendo a duras penas las lágrimas, y le contó a Manon cómo había ido coleccionándolo todo, con mucho mimo, por eBay. «Pero hay que empezar de cero», dijo.

Manon se dirige a la habitación, que en el momento de la venta era aún más impactante: paredes azul oscuro con tarima y persianas pintadas de blanco, y un montón de armarios blancos sin pomo, casi invisibles: había que imitar a Marcel Marceau para descubrir los puntos de presión y abrirlas.

Los antiguos propietarios tenían un colchón minimalista en el suelo y un edredón blanco andrajoso. Sin embargo, desde la llegada de Manon, la habitación ha perdido buena parte de su encanto: hay libros apilados junto a la cama, cubiertos de polvo; un vaso de agua empañado; cables por todo el suelo, que van de su radio de policía al enchufe, y entre ellos pelusa gris y pelos largos, enroscados como ADN. Su heterogénea colección de zapatos hace que abrir los armarios sea aún más peliagudo. Aparta de una patada unos pantalones que hay en el suelo, enmarañados como un cruasán, se quita la bata (cien por cien poliéster, evitar las llamas y las fuentes de calor) y busca, bajo las sábanas en las que se ha tumbado a la buena de Dios, su camisón de franela.

De cerca, el hombre tenía un olor mohoso y un tanto dulzón. Pero, sobre todo, ajeno. ¿Acaso había intentado acercarlo a ella, alejarlo del mundo de los desconocidos? ¿Quería ponerlo a prueba? ¿O descubrirlo a través del olfato, como si la intimidad pudiese transformarlo en alguien menos ordinario? La gente que la conoce —principalmente Bryony— no ve con buenos ojos su «inmadurez» emocional, pero es innegable que las personas son distintas de cerca. Descubres más cosas con el olfato y el tacto que en una conversación sobre tritones o carritos de la compra. Manon da rienda suelta a su yo mamífero, usando sus sentidos para elegir pareja. Ha

leído en algún sitio que el olfato es la forma más eficaz de escoger entre el acervo genético para garantizar el mejor sistema inmunitario a nuestra descendencia. ¡Así que se los lleva a la cama en la primera cita! Es una científica vanguardista del apareamiento.

En sus momentos más lúgubres —y ahora mismo los siente acercarse—, se pregunta si no estará limitándose a llenar un silencio incómodo en la conversación. En lugar del espantoso arrastrar de pies y el «bueno, ha estado bien, pero lo mejor es que lo dejemos aquí», fuerza la situación hasta provocar la crisis. Es como atropellarse a uno mismo para evitar un apretón de manos.

En el baño, coge el cepillo, le pone un buen pegote de pasta y se mira al espejo mientras se lava los dientes. Ahí está el fallo de su argumento: el sexo era un reflejo de la conversación de la velada: muchos tritones y carritos de la compra y absolutamente ninguna cascada tumultuosa; ni siquiera un mero arroyo susurrante, por seguir con el símil fluvial.

Observa los muelles rizados de su pelo, tirabuzones que suben y bajan, castaños en su mayoría, y uno rubio que destaca cual hélice de pasta juguetona (un escupitajo de espuma), rebelde y enérgico, como si fuera una chiquilla en un parque, discordante (otro escupitajo) ahora que está a punto de cumplir cuarenta años. Siente que se desliza hacia esa fase invisible (gárgaras) de la feminidad, dejando a un lado los carricoches y los carritos de la compra con silla para niños. Se ve arrastrada hacia las prendas más holgadas de Clarks, ha empezado a dolerle la rodilla y la afecta descubrir que cortarse las uñas de los pies la cansa un poco. Se pregunta qué otras humillaciones le deparará la edad, y cuánto tardarán. Hace unos siglos estaría muerta, tras haber dado a luz a ocho criaturas a los veinticinco años. La naturaleza no sabe qué hacer con una mujer sin hijos de treinta y nueve años, salvo pasarle la pelota de la curva de la fertilidad: achaques y dolores combinados con tiempo extra, como el aterrador final de un partido de fútbol de alto riesgo.

Se limpia una mancha de pasta en la barbilla con la toalla. Al final, el tipo acabó preguntándole por su nombre (¡su momento de protagonismo!). Ella le explicó que significaba «amargo» en hebreo, antes de volver a hundirse en la almohada recordando a su madre mientras le ponía las manos en los hombros y le decía que le encantaba, que se había empeñado en Manon por mucho que su padre objetase. Un nombre como el Marmite, que o te encanta o lo odias; a su madre le encantaba porque, según comentaba, estaba «bien asentado», con esas enes como estacas para tiendas de campaña clavadas en el suelo.

Se produjo un silencio, y supuso que él quería que le preguntase por su nombre, pero la verdad era que no podía, porque no estaba segura de cómo se llamaba. Podría haber dicho: «¿Y el tuyo qué?» para averiguarlo, pero a esas alturas ya parecía

innecesario. Lo había olfateado y le había resultado insuficiente. Ahora solo pensaba en cómo sacarlo de su piso, cosa que consiguió diciendo: «Bueno, mañana hay que madrugar» y abriendo la puerta de su habitación.

Alisa la almohada y la parte del edredón donde ha estado el tipo, mete los pies bajo las sábanas y estira un brazo para encender la radio, cuya pegatina le recuerda que es «Propiedad de la Policía de Cambridgeshire». Un equipo engorroso. Se supone que nadie con la mera categoría de oficial puede tener uno en casa: no es un juguete. Es su forma de vencer al insomnio. Algunos se encomiendan a la predicción meteorológica marítima, pero Manon prefiere los murmullos tenues sobre accidentes de tráfico o altercados con borrachos en la puerta de la discoteca Level 2 de All Saints Passage, que puede ignorar tranquilamente porque están muy por debajo de los casos de la Unidad de Crímenes Graves.

«A todas las unidades, estamos en la A141 a la altura de Main Street. Coche a la fuga en dirección Ronda Norte».

Coche a la fuga. Alguien está quemando ruedas. «Hasta la vista, maderos». La voz empieza a alejarse a medida que los párpados de Manon pesan más y más, hasta que el sonido de la radio se funde en un murmullo pedregoso tras sus párpados. Los clics, los chasquidos, los zumbidos, los auriculares colgados y descolgados, las consultas a los agentes, los botones pulsados para recibir información: para Manon, es el sonido de la vigilancia, la respuesta inmediata al sufrimiento y las fechorías. Es la bondad humana en plena acción, protegiendo a los buenos de los malos. Y se duerme.

DOMINGO

MIRIAM

Miriam friega los platos con los ojos clavados en el deprimente jardín invernal —el césped está liso como el glaseado navideño—. Le habría gustado tener un jardín más grande, pero esto es lo máximo a lo que se puede aspirar en Hampstead.

Está pensando en Edith, con las manos enguantadas en el fregadero, mientras lava la olla Le Creuset en la que ha preparado el estofado de rape para la comida. La panceta se ha pegado en los bordes e intenta quitarla con el estropajo. Se dice que tiene suerte de tener una hija, porque las hijas cuidan de sus padres cuando se hacen mayores. Los hijos se marchan sin más y acaban viviendo con sus suegras.

Luego se lo reprocha, porque eso va en contra de todos sus principios feministas: pedir a su hija, a su inteligente hija, estudiante de Cambridge, que le limpie el culo arrugado y le lleve la comida y audiolibros mientras hace malabarismos con sus hijos e intenta patéticamente prosperar en su carrera profesional. Su propia carrera no se había recuperado de la maternidad, y los tres días a la semana que pasa consulta como médico de familia solo le parecen una forma de ocupar el tiempo entre las pilas de tareas domésticas.

Al feminismo, se dice, le queda un largo trecho por recorrer hasta que los hombres se encarguen de los residuos de la vida familiar. No se trata de preparar un delicioso pudin de pan y mantequilla y presentarlo para arrancar «oh» y «ah» de sorpresa —que siempre tienen el tufillo de «Un hombre que hace pudin, ¡un aplauso!»—, sino de comprar las bolsas de basura y cerciorarse de que hay bombillas de repuesto. Cuando sus hijos eran pequeños, Miriam tenía la sensación de estar enterrada bajo montañas de arena llegada del Sáhara: clases de música, carpetas llenas de deberes, fiestas infantiles, notas de agradecimiento, fruta fresca y lecturas de termómetro. Enfangaban hasta el último resquicio de su cabeza, hasta que no quedaba espacio para nada más. Ian se libraba aduciendo una incompetencia estratégica, de suerte que su cabeza estaba despejada para centrarse en las cosas importantes (como el trabajo o los libros interesantes). Esa injusticia fue una de las mayores conmociones de la vida adulta: nadie la había puesto sobre aviso, y mucho menos su madre, a la que le parecía justo y necesario que Miriam se ocupase de las tareas más organizativas de la vida, porque «se le daban genial». Prefiere no volver a pensar en el tema para no cabrearse.

Coloca la Le Creuset en el escurridero de cerámica blanca, preguntándose por qué la gente está loca por la olla en cuestión, cuando pesa lo que no está escrito y raya todo lo que toca. Al final Ian no ha podido almorzar en casa, así que se ha comido el estofado sola, y luego se ha esforzado para levantar el armatoste y meter en un táper

las sobras, y también para no sentirse mal por el plantón. Hoy día pasa mucho tiempo sola, entre otras cosas porque, al retirarse las montañas de arena, cuando sus hijos abandonaron el nido, le dejaron un exceso de tiempo libre, mientras que la existencia de Ian siguió su curso habitual, que consistía fundamentalmente en correr de un lado a otro y ser importante. A menudo debe esforzarse para no sentir rencor por el distanciamiento, y también para lo contrario, para no perder su esencia en la unión con su marido. ¿Acaso no es todo matrimonio una negociación sobre la cercanía?

En los frecuentes periodos en que él está muy ocupado y ella se queda sola, siente la desafiante tentación de volverse independiente, y luego le cuesta dejarlo entrar en su vida otra vez: tiene que descongelarse para poder estar con él de nuevo. Se pregunta hasta dónde habrá llegado Edith en ese arduo periplo junto a Will Carter, o si lo habrán empezado siquiera. A los veintipico años, los problemas de la dependencia y la independencia pueden resolverse rápido despachando a tu novio, y le da la sensación de que Edith quizá esté a punto de hacerlo.

Escurre una bayeta y limpia la encimera de la cocina con movimientos en espiral, lentos y pensativos. El matrimonio es una auténtica brega. ¿Cómo podría decírselo a su hija sin que suene peor de lo que es? Se construye a base de esfuerzo y tolerancia, no sobre la idea de la perfección, como puede que crea Edith. Más de una vez, Miriam ha pensado que la belleza de Will Carter es un emblema de la creencia de su hija en la perfección —o, cuando menos, en la apariencia—. Edith aún no se ha dado cuenta de que las apariencias no valen nada, de que el aspecto de las cosas es una nimiedad en comparación con lo que nos hacen sentir.

Si estuviese allí ahora, sin duda no dejaría de hablar —con cierta superioridad moral— sobre todos los defectos que no toleraría jamás en un matrimonio, como si existiese algún patrón áureo del que nunca podría prescindir. Eso, claro está, se le ha pegado de Ian. Pero la vida no es así: está llena de concesiones que, cuando somos jóvenes, jamás creeríamos que haríamos. El matrimonio está bien; eso es lo que debería decirle a Edith: se llega a una edad en que nuestros vínculos están tan asentados a nuestro alrededor, como las estanterías que llegan al techo del salón, y tan entretejidos con nuestra vida, que las concesiones parecen baladíes en comparación con su desmantelamiento. Sí, se dice, enjuagando la bayeta bajo el grifo y disfrutando del calor del agua a través de los guantes de goma: con el paso de los años vamos reconociendo que hemos de estar agradecidos por el amor.

Mientras mira de nuevo al jardín y escurre la bayeta, recuerda otra vez su velada en el teatro, la noche anterior: acudieron todos los amigos intelectuales de la pareja, a los que les encantaba hablar de libros y filosofía. Se preguntó si tendrían más dinero y más sexo (era imposible que tuviesen menos sexo), y mejores segundas residencias, o si quizá llevasen una existencia deprimente (aunque uno no debería desear esas cosas)

y tuviesen amantes.

—¿Estamos todos? —preguntó Ian, en la acera nevada frente al Teatro Almeida—. ¿Nos ponemos en marcha?

Miriam miró a su apuesto marido, con su impecable bufanda de cachemira con doble vuelta. Estaba dirigiendo al grupo (a fin de cuentas, esa era la esencia de Ian), pero también ligeramente distraído. Sería cosa del trabajo, que con tanta frecuencia ocupaba su mente. Ese era el precio de estar casada con el Gran Médico, y podía percibir, de cuando en cuando, una oleada de orgullo.

Se dirigieron al restaurante Le Palmier, charlando y riendo, agarrados del brazo. Miriam caminaba sola, aunque estaba en el centro del grupo. Había llorado —*El rey Lear* siempre la hacía llorar— y tenía una tenue y agradable sensación de alivio, mientras que las tripas le rugían de expectación ante la cena calentita. Alguien la agarró del brazo. Patty pegó su cuerpo al de Miriam, a la que le llegó una ráfaga de perfume, Diorissima, imponiéndose al aire frío.

—A mí me ha parecido preciosa, ¿no? —dijo Patty.

—Ha sido extraordinaria. Me siento extasiada, en el buen sentido —respondió Miriam—. Aunque Gloucester se ha pasado de gritón, para mi gusto.

—La verdad es que sí. ¿Por qué no se limitarán a recitar su papel? Esa especie de pronunciación shakespeariana me irrita muchísimo. Mira, ya hemos llegado. Estoy muerta de hambre.

Entregaron sus abrigos al *maître*, que se inclinó ligeramente mientras se los colocaba sobre el brazo, antes de colgarlos en el guardarropa. Su mesa era amplia y redonda. La luz de los focos se reflejaba en las copas y dibujaba círculos brillantes sobre el mantel blanco y almidonado. Miriam quedó muy satisfecha con su copa bien fría de algún vino seco y argentino (Ian era el experto). Lo observaba desde el otro lado de la mesa: metió dos dedos en el bolsillo de la solapa y, tras sacar unas gafas de lectura con montura con estampado de leopardo —las había comprado por cuatro con noventa y nueve libras en la Ritz Pharmacy de Heath Street—, se las colocó en la punta de la nariz para leer la carta. Roger seguía hablándole, y algo que dijo le arrancó una carcajada. Las gafas parecían pequeñas y femeninas en ese rostro patricio.

—Cariño... —le dijo ella, estirando el brazo sobre la mesa, pero con la cabeza girada hacia Patty, que seguía hablándole de la obra.

—Ah, sí, perdona —respondió él, desprendiéndose de las gafas y pasándoselas para que pudiera leer su carta—. Venga, ¿tenemos claro lo que vamos a pedir? Ya sabéis que de nada no sale nada.

Todo el mundo se rio con la cita shakespeariana.

Xanthie contó al grupo que había estado releendo el *Decamerón* de Boccaccio.

—¡Es ingeniosísimo! Lo digo en serio, iba desternillándome de la risa en el autobús. —Y la forma en que pronunció «autobús» era una especie de glorioso experimento igualitario. En las carcajadas de toda la mesa resonaba el tintineo del dinero.

Ahora Miriam está quitándose los guantes de goma mientras vuelve a pensar en su hija, como quien recurre a su refrán favorito, a su tema predilecto. Sí, confía en que consiga más cosas de las que ella prevé. Ahora frunce el ceño: eso no tiene ni pies ni cabeza. Quiere que Edith cumpla con sus deberes filiales —regalos detallistas en Navidad, llamadas de teléfono regulares y alguna que otra comida casera cuando Miriam sea una anciana—, pero al mismo tiempo quiere liberarla; le desea una libertad profesional absoluta y un marido feminista de verdad, que vacíe el lavavajillas sin que se lo pida. Y, además, quiere que su hija comparta su sufrimiento, que haga los mismos sacrificios que ella, aunque no sabe por qué. ¿Son ansias de compasión o miedo de que Edith triunfe donde ella fracasó? De que Edith pueda romper los grilletes, cuando Miriam..., en fin, se ha pasado treinta años limpiando la encimera con gran eficacia y recetando antibióticos para la cistitis. Es difícilísimo saberlo.

Hurga en el armario que hay debajo del fregadero en busca de una pastilla para el lavavajillas, pensando en su preciosa hija, que aún es joven, que tiene el vientre plano y los brazos finos y tersos, que aún puede llevar biquini, que todavía tiene que enamorarse, y siente la picazón de la envidia. Bueno, Will Carter no está mal, pero está un poco subidito y Miriam sospecha que no será el definitivo. A Edith aún le queda pasar por eso: por todo el placer y el dolor que conlleva. Una suerte. Cuanto mayor es nuestra edad, menos agitada es nuestra vida. Miriam también echa de menos esos bandazos sentimentales que acompañan a la juventud. Ya nada le resulta emocionante, aunque escuchando a Xanthie se diría que leer el *Decamerón* de Boccaccio en el autobús es una experiencia eufórica. A lo mejor solo es cosa de Miriam, para quien la vida se ha vuelto más sosa y triste, como su pelo plateado.

—¿Dónde estabas? Cuando me he despertado ya te habías ido —dice, sonriéndole a Ian, que entra por la puerta de la cocina con una bolsa naranja de Sainsbury's y una ráfaga de aire frío. Lleva un jersey de cuello alto y pantalones de chándal. Tiene esa curiosa incapacidad de la clase alta para vestir ropa informal de manera convincente. Ella se pregunta si salió del útero de su madre con chaqueta de traje.

Ian se acerca a la encimera y le da un beso en la mejilla; ella huele el invierno en él.

—He madrugado y me he ido al estudio: tengo que despachar una montaña de papeleo.

—Pobre —responde ella—. ¿Te caliento un poco de estofado?

—No, no tengo hambre.

—Puedo meterlo en el microondas, no me cuesta nada.

—No, me he tomado un sándwich. ¿Ha llamado Edie?

—No, aún no.

—¿Sabes lo que te digo? Vamos a encender la chimenea. Fuera hace un frío que pela.

—Qué buena idea, genial —dice, y la casa vuelve a estar completa con él.

Con su olor, su presencia, su compañía. El amor conyugal ha sido una revelación para Miriam; no por los bandazos sentimentales, claro, sino por su profundidad y su textura. Él está presente en todos sus recuerdos, en treinta años de recuerdos, y sobre todo en los más trascendentales para la vida, como tener hijos. Y querer a los hijos. Él es la única persona del planeta que habla de sus hijos con el mismo entusiasmo exhaustivo que ella, como si ambos examinasen a Rollo y Edith a trescientos sesenta grados. Y Miriam se equivoca al dejarse llevar tanto por esa rabia feminista: tampoco podría decirse que su marido no hace nada de nada. La taza de té, por ejemplo, que le lleva a la cama todas las mañanas; su inspección final de la casa por las noches (puertas cerradas, luces apagadas); la forma en que sube corriendo al piso de arriba a buscar sus zapatillas cuando ella resopla, agotada, y dice: «Cariño, ¿puedes...?». Pequeños y repetitivos gestos de amor.

Pasan la tarde en un ambiente hogareño y dominical; la chimenea crepita y luego agoniza en el salón. Les devuelve ese aroma ahumado y rural de Deeping, donde pasarán la Nochevieja. (Tiene que comprar bombillas para Deeping, se dice). Miriam podría quedarse horas mirando esas llamas, hasta que se le asase la cara y se le secasen los ojos. Ian entra y sale de su estudio, y los conciertos para piano de Mozart que salen de su iPod dock recorren la casa. Ella también se entretiene, ordenando esto y aquello, poniendo una lavadora, leyendo la sección de reseñas del periódico.

A última hora de la tarde suena el timbre y Miriam le abre la puerta a la florista, que le entrega trescientos narcisos aromáticos y la corona de acebo fresco para la puerta principal. Las flores, el vino caliente con especias y las naranjas con clavo que está preparando impregnarán la casa con un aroma festivo. El teléfono suena mientras le cierra la puerta a la oscuridad. Responde con los narcisos aún en la mano, como una cantante de ópera durante la ovación final.

—Tranquilízate, Will... No, no está aquí... ¿Desde cuándo? —pregunta, mientras Ian se le acerca por el pasillo, aguzando el oído—. ¿Acabas de volver a casa?

—¿Qué...? —quiere saber Ian, pero Miriam frunce el ceño para chistarlo.

—Lo más probable es que esté en casa de alguna amiga o que haya ido a Deeping

—lo tranquiliza al aparato, clavando sus ojos en los de Ian.

Miriam escucha, deposita las flores en la mesa del vestíbulo y tapa el auricular con la mano.

—Dice que se ha encontrado la puerta abierta y las luces encendidas. Lo ha dejado todo en la casa: las llaves, el teléfono, los zapatos. Su coche está fuera. Ni siquiera se ha llevado el abrigo.

Ian la aparta y coge el teléfono.

—¿Will? Soy Ian. ¿Cuándo ha sido la última vez que has hablado con ella? ¿Has llamado a Helena?

Miriam lo ve fruncir el ceño junto a la mesa del vestíbulo, escuchando. Luego dice:

—Vale, llama a la policía. Ahora mismo, Will. Cuéntales lo que nos has dicho. Y nos vuelves a llamar inmediatamente. —Y cuelga el teléfono.

—No —dice Miriam, mirando a Ian a los ojos y negando con la cabeza, con una mano en la boca—. No, no, no, no.

MANON

Manon sigue llorando. La forma en que Bryony escucha, como si le pasara un brazo por encima del hombro, es lo que hace que sus barreras se desmoronen.

—¿Tan malo era? —pregunta Bryony—. ¿Igual que el último?

—No, Bri, a eso voy: estaba bien; pero esa es la peor sensación, que solo estaba bien. No era especial, no me decía nada. Es como si yo no supiera estar a la altura.

—A lo mejor tienes que darle una segunda oportunidad. Ya sabes que nadie es perfecto.

—Me hizo pagar más porque había tomado vino.

Bryony guarda silencio.

—No me preguntó nada sobre mí.

—Ya, bueno, así son los hombres, creo yo.

Manon se aprieta los ojos con los dedos. Eso es precisamente lo que no quiere oírle decir a Bryony. La gente emparejada siempre desea que te contentes con cualquier cosa, como si fueras un ciudadano de segunda. Como estás solo, tienes que conformarte con las sobras.

—Quieres que me conforme con las sobras.

—Todos nos conformamos con las sobras, Manon —dice Bryony—. Eso es lo que no quieres entender.

—El sexo estuvo bastante bien, aunque no me lo esperaba —dice Manon.

—¿Cómo?

—Me parecía de mala educación no hacerlo.

—No bromees con eso.

Manon no responde.

—No tienes por qué hacerlo, ¿sabes? —le dice Bryony, con la voz cargada de decepción.

—No, ya lo sé.

—¿Cuándo es el siguiente?

—La semana que viene. No sé si podré soportarlo.

—Tómalo como un trabajo. Es cuestión de números y estadística: al final acabará saliendo el tuyo. No tienes por qué follártelos, solo eso. Al menos no a todos.

Manon está harta de hablar del tema.

—¿Cómo están tus hijos? —pregunta—. ¿Cómo ha ido el domingo?

—A las ocho de la mañana el parque estaba congelado. Empezó a caer aguanieve, pero nos quedamos de todas formas. Peter y yo discutimos. Almorzamos a las once.

Bobby me tiró una taza de leche y luego se cagó encima. Lo típico.

—Relajante.

—Estoy deseando volver al trabajo mañana, tener un respiro. ¿Almorzamos en la cantina? ¿Qué dices? Te invito a una sopa aguada para subirte el ánimo. ¿O los agentes de primera línea sois demasiado importantes para eso?

Una pullita familiar, bajo la que se esconde el rencor de Bryony por toda la emoción que cree estar perdiéndose. Ella también es agente en Cambridgeshire, pero desde que tuvo hijos pasa la mayor parte del tiempo detrás de un escritorio, rellenando documentos para el juzgado o en la sección de antecedentes penales.

—Mi agenda está sorprendentemente libre por ahora —dice Manon—, aunque nunca se sabe qué me deparará el día. Así que me parece fantástico, sí. En teoría. ¿Sobre la una?

—No sé si podré aguantar hasta tan tarde. Los críos ya están más mayores. Ah, otra cosa, Manon.

—Dime.

—Te va a ir bien, no me cabe duda. Vas a encontrar al hombre para ti. Lo tengo clarísimo.

Manon cuelga y se retuerce bajo el edredón. Gira el sintonizador de la radio y oye el murmullo relajante que se difumina en la nada cada vez que se duerme, cuando sus ideas más lúgubres afloran. «Central, lo que tenemos aquí es preocupante. ¿Podéis enviar a un oficial y avisar al inspector de turno?».

Manon abre los ojos y se incorpora en la cama. Sabe lo que significan esos silencios, lo que Óscar Uno ha comprendido en la Central, aunque no pueda decirlo explícitamente por las ondas de radio. Algo grave, la cosa se ha puesto fea. ¿El inspector? Es inquietante. Otros agentes lo estarán oyendo y pondrán rumbo hacia allí, pero George Street está al lado de su casa: cinco minutos trotando. Oye la voz de la subinspectora Harriet Harper por la radio; dice que va de camino.

Manon puede conseguir el caso, es suyo. Aparta el edredón y sigue escuchando atentamente la radio mientras se pone los vaqueros con una mano y coge el móvil con la otra.

—Mujer desaparecida —dice Harriet al teléfono—. Indicios de forcejeo. Nos vemos aquí.

Manon siente el frío cortante en la estrecha franja entre la bufanda y el gorro, pero donde más duele es en los dedos de los pies. Puñeteros botines Chelsea... Es como si llevase chanclas, y lo más probable es que se pase toda la gélida noche al raso; o, en el mejor de los casos, en un coche aparcado, enganchada al teléfono. Hundes aún más

las manos en los bolsillos y eleva los hombros hasta las orejas, mientras sus botines chirrían sobre la nieve recién caída. Los árboles tienen mangas blancas en cada rama y, gracias a la nieve, esa calle sosa (una de las rutas para salir de la ciudad, cerca de las vías del tren) parece más bonita de lo que es. Mientras atraviesa el jardín delantero del número 20, una coqueta casa de clase trabajadora, idéntica a la de los vecinos, Manon se lleva una mano enguantada a la boca para apartarse la bufanda, pero Davy es el primero en hablar.

—Desaparición de alto riesgo; al menos eso parece —dice, pisando la nieve. Se frota las manos. Tiene la nariz rojísima.

—¿Hay indicios de que hayan forzado la puerta? —pregunta Manon.

—La puerta estaba abierta, pero no forzada. Hay algo de sangre, en el pasillo y en la cocina, pero poca cosa, la verdad. Y los abrigos están en el suelo —le pone al tanto Davy—. ¿Dónde está tu traje desechable?

—¿Dónde está tu informe con las anotaciones sobre el lugar del delito? —dice ella, mirándolo de refilón y dirigiéndose hacia la casa.

—Joder, ahí me has pillado —responde, sonriendo, y Manon se acuerda de cuánto le gusta trabajar con el agente Davy Walker, pura bondad y afabilidad. Si todos los hombres fuesen como Davy, no habría guerras.

—¿Puedo coger un traje de tu coche?

—Ten —responde él, tendiéndole las llaves—. Me pongo con el informe. No se lo digas a Harriet.

Manon vuelve enfundada en papel blanco y crujiente, con la cara rodeada por la capucha con forma de huevo, y se agarra al brazo de Davy para ponerse unos cubrezapatos desechables azules.

—Preciosa —comenta él.

—¿A que sí? —responde Manon, arrodillándose—. ¿Quién hay dentro?

—Harriet y el novio de la chica desaparecida. Está deseando precintar la casa. Yo que tú esperarías aquí.

Manon se pone en pie.

—Y una mierda. No voy a tocar nada. ¿Por qué no hay un inspector para este caso?

Davy se encoge de hombros.

—El turno de Navidad. Draper está en un robo con agravantes en Peterborough, y Stanton en las Maldivas. Estamos bajo mínimos.

Manon entra en el vestíbulo, donde los abrigos se han caído del perchero y yacen como soldados abatidos, desperdigados por el suelo. Varias de las capuchas aún tienen la marca puntiaguda del gancho en el que estaban colgadas. Anoraks ligeros

(uno azul marino, otro rojo), un forro polar (gris) y dos abrigos acolchados, una parka verde oliva con el cuello de piel y la otra azul marino. Apoyada en la pared hay una mochila de la que asoma el mango de una raqueta de tenis; a lo largo del rodapié hay varias deportivas y una bolsa de arpillera en la que se lee «Inmobiliaria Huntingdon». Frente a ella, en el suelo de tarima que lleva a la cocina, un par de gotas de sangre. No una gran salpicadura o un charco como los que ven en los asesinatos, sino el tipo de mancha que podría gotear de alguna herida, como un corte.

Harriet aparece en la puerta de la cocina.

—Manon, ¿puedes pasar? Ten cuidado con el suelo, ahí —le dice, mientras Manon se acerca de puntillas a la puerta—. No pises las pruebas. Manon, te presento a Will Carter. Señor Carter, esta es la oficial Bradshaw. El señor Carter ha informado de la desaparición de su novia, Edith Hind. Ha vuelto a casa sobre las nueve de la noche y ha encontrado la puerta abierta de par en par, los abrigos por el suelo y esa sangre. —Señala a una salpicadura más grande, en el suelo de la cocina y la parte baja del armario—. El teléfono, las llaves, los zapatos y el abrigo de la señorita Hind estaban en la casa —continúa Harriet.

Will Carter camina de un lado a otro, pasándose la mano por el pelo. Es extraordinariamente atractivo, lleva unos pantalones de chándal y un suéter de punto trenzado y parece recién salido del anuncio de una maquinilla de afeitar. Manon mira a Harriet, que le devuelve una mirada que dice: «Sí, pero cállate la boca».

—¿Podría estar con alguien, con algún amigo o familiar? —lo interroga Manon.

—He llamado a todos los que se me han ocurrido —responde Carter—. He hablado con sus padres, que viven en Londres. No saben nada de ella. Y con su amiga Helena, que anoche estuvo en una fiesta con Edith. Dice que la dejó aquí sobre las doce. Hoy no la ha visto ni ha hablado con ella.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con Edith? —pregunta Harriet.

—Ayer sábado, a última hora de la tarde, justo antes de que saliese con Helena.

—¿Notó algo raro en su voz?

—No... A ver, fue una llamada muy corta.

—Otra pregunta, señor Carter —dice Manon—, ¿dónde estaba usted?

—He pasado el fin de semana en Stoke, en casa de mi madre.

—¿Puede que haya ido a algún sitio? —propone Manon—. ¿Tiene un lugar favorito? ¿Puede que quisiera estar un poco de tiempo a solas?

—No sé dónde iba a ir sin llaves, ni teléfono, ni coche.

—El coche está fuera —le explica Harriet a Manon.

—He repasado toda la agenda de su móvil, he llamado a gente que estuvo en la fiesta del sábado por la noche, a nuestros amigos de la universidad, a todos los que se

me han ocurrido. Nadie sabe nada de ella. He empezado a asustarme y sus padres me han dicho que llamase a la policía. Bueno, lo habría hecho de todas formas, pero tampoco quería sacar esto de quicio, ¿me explico? ¿Pueden mandar a sus agentes a buscarla? Pasa algo raro. Aquí ha pasado algo.

—¿Y su pasaporte? —pregunta Manon—. ¿Está aquí?

—No lo sé —contesta Carter, antes de dirigirse a uno de los cajones de la cocina—. Lo guarda aquí —dice, abriendo el cajón. Se gira, con un librito color borgoña en la mano—. Aquí está. Sus padres tienen una segunda residencia, en Deeping, a una media hora en coche, cerca de March. Edith tiene las llaves, pero están en su llavero, ahí. —El chico señala un manojo de llaves en la mesa de la cocina, entre papelitos con números, un diario abierto y teléfonos móviles—. De cualquier manera, no puede irse allí sin coche.

—¿Podría haberla llevado alguien? —propone Manon.

Él se encoge de hombros.

—¿Quién? Y el móvil, las llaves... Nunca se los deja. ¿A quién se le ocurriría dejárselos?

—¿Hay algún motivo por el que pudiese querer asustarlo? ¿Se llevaban bien? —pregunta Harriet.

Carter empieza a negar con la cabeza antes de que acabe de hablar.

—No, no, absolutamente ninguno. Nos llevábamos genial. Nuestra relación va como la seda. ¿Cuándo van a empezar a buscar? Hace muchísimo frío y no lleva abrigo.

—¿Cómo lo sabe? —aventura Harriet—. Todos los abrigos están desperdigados por el suelo.

—Lo he comprobado —responde Carter—. He rebuscado entre ellos. Quizá no debería haber tocado nada, pero quería saber si lo llevaba o no.

—Ven un momento, Manon —dice Harriet, invitándola a salir de la cocina con un gesto.

Rodean las gotas de sangre del pasillo y entran en el salón, que tiene muy pocos muebles y está en penumbra, iluminado por una solitaria bombilla de bajo consumo. Hablan entre murmullos.

—Joder —susurra Manon—. Está... —Y resopla.

—Muy alterado, sí. ¿A ti qué te parece? ¿Es suficiente para calificarlo como una desaparición de alto riesgo? Davy y yo hemos registrado la casa. Tenemos que echar un vistazo en esa casa de campo, en Deeping, cuanto antes.

—¿Hay algo en el piso de arriba? ¿Indicios de forcejeo?

—Yo no he visto nada. Quiero precintar la casa para que no se nos pierda nada y

pedir a la Científica que analice esa sangre.

—Podría haber desaparecido a primera hora de la mañana —sugiere Manon, mirando su reloj.

—Eso son veinte horas —dice Harriet, asintiendo.

Guardan silencio. Ambas saben que las primeras setenta y dos horas son críticas en las desapariciones de alto riesgo. O los encuentras o buscas un cadáver.

—Si esa sangre es suya, que es lo más probable, podría estar desangrándose en algún jardín o área de descanso. Necesitamos perros y un helicóptero. Establece los criterios para comenzar la búsqueda. Consigue a todos los agentes que puedas para ir casa por casa, y tendremos que ponernos a revisar también las grabaciones de las cámaras de vigilancia.

Manon asiente.

—¿Puedo llevarme a Davy?

—Sí.

—Es una pena que Stanton se lo pierda.

—Es lo que pasa cuando te vas a las putas Maldivas, ¡no te jode!

Manon envía a varios agentes a Deeping, pero no hay ni rastro de la chica. El helicóptero tarda dos horas en llegar de las Midlands. Sobrevuela la zona con gran estruendo, buscando en los jardines traseros, los callejones y los arcones de las autovías a una mujer herida de veintitantos años o un cuerpo desplomado. La barriga del helicóptero es como un insecto negro que se recorta sobre el cielo azul oscuro; el estrépito de sus hélices es rítmico e incesante. Cubre tramos de terreno con una facilidad que los agentes a pie o en coche jamás podrían igualar. Si el zumbido palpitante aún no ha despertado a los vecinos, lo harán los perros, que jadean y olfatean bajo los setos y abren camino siguiendo el olor del camisón de Edith Hind, reciente en sus hocicos. O los nudillos en las puertas, que abren vecinos con cara de sueño iluminada por la luz tenue del pasillo. Los comienzos de las búsquedas siempre son torpes, urgentes y desordenados. Manon lo coordina todo por teléfono, desde el coche camuflado de Davy, llamando a agentes de todo el condado, escuchando sus informes tras ir casa por casa, manteniendo al corriente a Harriet, que ha vuelto a la comisaría para seguir haciendo preguntas a Will Carter.

A las seis de la mañana llega un momento en que no le quedan llamadas por hacer, así que Manon vuelve a casa para darse una ducha y cambiarse de ropa. Abre bien los ojos frente al espejo y ve que la noche en vela le ha pasado factura a su piel, pero también nota que la adrenalina le ha dilatado las pupilas. Entró en la policía por casos como este. Casos gordos, de esos que te pasas semanas o meses esperando, o incluso

toda una carrera.

A Harriet le ocurre lo mismo. Ascendió a subinspectora por su labor en los asesinatos del caso Soham, que marcó un antes y un después en la Policía de Cambridgeshire por su notoriedad y porque definió las líneas de batalla entre la policía y la prensa. Se trataba de la desaparición de dos niñas preciosas en pleno agosto, época de perezoso sosiego informativo. La prensa no se les quitó de encima en un par de días, fomentando la aparición de testigos, y luego se volvió feroz, como un perro sin bozal, gracias a unos recursos económicos que dejaban en mantillas a los de la Unidad de Crímenes Graves. Los agentes sospechaban que estaban pirateando sus equipos; se enfurecían al tener que esperar días para que los autorizaran a pinchar teléfonos; aparecían por sorpresa en casa de posibles testigos y descubrían que los periodistas habían pasado por allí una hora antes. Varios de los tabloides dominicales más amarillos contrataron a detectives privados y lo mancharon todo, corrompiendo con su dinero, tergiversando pruebas, dejando huella.

Manon sostiene la fotografía de una Edith Hind sonriente, con el pelo caoba. Su expresión destila confianza, la maravillosa frescura de la infancia aún se refleja en su piel. Lleva un birrete, falda y un pergamino en la mano. El día de su graduación en Cambridge. Igualita a la foto que el padre de Manon tiene en la repisa.

Sí, se dice. Esto va a ser gordo.

Manon aprendió muchísimo del caso Soham, como todos, pero prefirió quedarse como oficial porque, si te paras a pensarlo, ves que las cosas no mejoran al ascender de categoría. Quería seguir a pie de calle, interrogando a sospechosos, dirigiendo a su equipo de agentes e investigadores civiles, en vez de estar encerrada en una oficina, haciendo cursos de dirección y rellenando papeleo. No era, ni mucho menos, como decía Bryony: que Manon no podía centrarse en los exámenes porque estaba demasiado ocupada buscando polvos en internet.

Ha dejado a Davy en George Street, para que reciba a la Policía Científica: e SOCO, como se la conoce hoy día; o CSI, o FSI. No conoce una organización a la que le gusten tanto las siglas como a la policía, ni que las cambie con tanta frecuencia. Está deseando que llegue el día en que a un mandarín adormilado se le ocurra crear la Patrulla Especial Náutica Exterior.

Coge las llaves de su coche y va a buscar a Davy, para ir juntos a la reunión informativa de la mañana en la Jefatura Superior de Cambridgeshire.

LUNES

DAVY

Está en la puerta principal de la casa de Edith Hind, observando a los hombres cor trajos bien planchados y abrigos acolchados que deambulan junto a la cerca del jardín delantero y se quitan la nieve de las botas. El gélido aire matutino sale de sus bocas en forma de nubes blancas. Se ve que son locales por los trajos y los zapatos relucientes; los de la prensa nacional van desaliñados: pantalones chinos y jerséis de cuello redondo de colores alegres si son de un periódico con formato berlinés; trajos arrugados con los hombros hundidos y la parte baja de la chaqueta como un acordeón si son de un tabloide. Los periodistas locales, en cambio, tienen que vivir entre los protagonistas de sus artículos: acudir a sus juntas directivas, ferias navideñas y acontecimientos deportivos. Un traje bien planchado es lo mínimo que deben llevar.

Davy ve el peculiar coche de la oficial Bradshaw aparcar justo detrás de los periodistas, al otro lado de la calle. Un Citroën de los setenta: morro alargado, asientos de cuero hundidos y un volante finísimo con la palanca de cambios a un lado. Ella está convencida de que le da un aire a Audrey Hepburn, pero, a sus espaldas, los agentes de la comisaría hablan más bien del inspector Clouseau, y cuando la ven por la ventana aparcando dicen con acento francés: «*Le aggresto en nombgre* de la ley». A Davy le importan un bledo las apariencias. Lo que odia de viajar en su coche es que siempre hace frío, que más de una vez el motor se gripa y que huele un poco a perro mojado. Gracias a Dios, suele ser él quien conduce, mientras ella habla por teléfono, en un coche camuflado y calentito.

—Venga, díganos algo —le pide uno de los periodistas desde la cerca, pero Davy lo aparta y pasa de largo.

—¿Cuánto lleva desaparecida? —pregunta otro—. ¿Hay indicios de lucha? ¿La han secuestrado?

—Seguro que habrá una rueda de prensa pronto —responde Davy, procurando no cruzarse con su mirada.

Se agacha para entrar en el coche de Manon y la mira, pero ella está contando los hombres arremolinados junto a la casa a través del parabrisas empañado.

Sí, es gruñona, pero la mayoría de los días se suaviza en cuanto se toma un café con leche desnatada. Es como lanzar una chuleta a la jaula del león. Davy se dice que ojalá pudiese ofrecerle uno de esos cafés, pero está desarmado, y se limita a observarla entrecerrar los ojos para ver a través de las esquirlas de sol. Se frota las manos y sopla para calentárselas.

Quizá sea la edad lo que le está agriando el carácter, y la verdad es que lo entiende. Tendrá treinta y nueve años como poco y verá la soledad elevarse como

neblina a su alrededor. Él estaría igual si no tuviese a Chloe. Más de una vez se ha cruzado con Manon saliendo de los baños del segundo piso con los ojos rojos, y lo apena mucho verla sonarse a toda prisa e intentar hacer como si nada, actuando con normalidad; o, mejor dicho, cabreándose, que es lo normal. Sin embargo, Manon y él se entienden. No sabe por qué, y eso parece irritar un poco a Chloe. Ahora, mientras se pone el cinturón, Davy recuerda con pesadumbre la vez en que describió a Manon como alguien que «sabe manejarse bien en momentos críticos».

—¿Bien en qué sentido? —preguntó Chloe, intentando que sonase como una pregunta trivial, aunque él se conocía muy bien esas «trivialidades». El interrogatorio de Chloe podría dejar en evidencia al Departamento de Investigación Criminal— Tenéis vuestras bromas, ¿eh? Manon te cae muy bien, ¿verdad? Siempre va impecable, ¿no? —Cada vez que Davy hace un comentario positivo sobre ella (y es de los que procuran verle el lado positivo a casi todo), la cara de Chloe se ensombrece con la misma facilidad que el cielo de abril.

—A veces ve cosas que otras personas no ven —respondió en esa ocasión, pala en mano, cavándose alegremente su propia tumba—. Ve relaciones entre las cosas. A veces es un poco peculiar, se sale de la norma.

—Pues a mí me parece, sin más, que eso es lo que tienen la mayoría de las mujeres: intuición. Yo también sé ver la relación entre las cosas si quiero —dijo Chloe, que apenas volvió a dirigirle la palabra en todo el día.

Manon arranca el coche, con los ojos aún clavados en los hombres, y dice:

—Cuatro. Solo los de la prensa local.

—Claro que son los de la prensa local. Aun así, han llegado temprano.

—No tardarán en llamar a los tabloides. Una chica desaparecida, y encima en esta época del año. Qué mejor que un cadáver navideño para darle vidilla a una primera página.

—Lo más probable es que se haya echado otro novio y haya salido por piernas —dice Davy.

—¿Dejándose el teléfono, las llaves y la puerta abierta de par en par? Yo no voy ni al baño sin el móvil. ¿Y la sangre qué? No, estoy segura de que le ha pasado algo.

Se pone las gafas de aviador y se alejan de la acera. Davy la mira y niega con la cabeza.

Hay solo diez minutos en coche entre George Street y la comisaría. Suben al trote las escaleras de la Jefatura Superior de Cambridgeshire, un armatoste de ladrillo amarillo pálido que se erige en el centro de un aparcamiento inmenso. A Davy, subir esas escaleras con un caso importante entre manos le hace henchirse de orgullo y

euforia. Ojalá pudiesen verlo: agente de policía Walker, de la «Jefatura Superior de Policía de Cambridgeshire: ayudando a los ciudadanos respetuosos de la ley y persiguiendo implacablemente a los criminales desde 1974». Esa declaración de intenciones aparece en la página web del cuerpo, pero podría habersele ocurrido perfectamente a él.

Cuando trajo a Chloe para enseñarle la Jefatura, estuvo sonriéndose para sus adentros toda la visita, y aunque ella la describió como «una mezcla entre hotel Travelodge y centro de conferencias», eso no hizo mella en la dignidad de su vocación. Chloe dijo que la recepción, con su mostrador de madera curvado, las plantas cinta y el olor a café, le recordaba a una clínica para el tratamiento de ETS, pero lo que él veía —y lo que lo enorgullecía— era el tablón de anuncios electrónico que informaba de lo que se cocía allí: «14:00-16:00, sala de conferencias 3: grupo de trabajo sobre la integridad de datos criminales. Sesión informativa de protocolo: personal de ambulancias, Hospital Hinchingsbrooke. Agencia Fronteriza del Reino Unido. 16:00-18:00, reunión con el consejero de Interior». Era mucho más atractivo que los demás trabajos que podría haber tenido: director regional de Vodafone o vendedor de frigoríficos en Currys, como sus compañeros del colegio. ¿Qué es mejor, intentar endosar a la gente contratos con permanencia de dos años y tres mil minutos gratis o preguntarse si esa mujer holandesa se subió a un tren en Brighton para suicidarse allí o si alguien la asesinó? Historias humanas, vulgares y sexuales. La policía trabajaba bajo la luz tenue y sórdida: búsqueda de drogas, rateros y atracos chapuceros, asesinos que aseguraban no haber estado en las inmediaciones del crimen pero cuyos móviles con GPS ofrecían un comodísimo mapa de sus movimientos. Novios que controlaban a novias, amigos que se cobraban deudas, triángulos amorosos, crímenes de honor... Eso, o: «¿Le gustaría aumentar la garantía de su microondas otros dos años, señor?».

«¿Te estás oyendo, Davy? —dijo Chloe mientras le enseñaba el laboratorio científico y el Departamento de Localización por Teléfono—. Te han lavado el cerebro, pero bien, ¿eh?».

Davy y Manon entran en la Brigada de Homicidios justo cuando Harriet está reuniendo al Equipo 4 para la sesión informativa: la agente Kim Delaney, el agente Nigel Williams, Colin Brierley —un subinspector retirado, que ahora trabaja como investigador civil y se encarga de las cuestiones tecnológicas— y otro par de agentes.

Se dirigen a su escritorio y se quitan el abrigo.

—Me temo que vas a tener que ponerte las pilas desde el principio, Stuart —le advierte Harriet al recién llegado, mientras Manon le estrecha la mano: es otro investigador civil, que se encargará de transcribir los interrogatorios en el sistema informático HOLMES y oír las diatribas políticamente incorrectas de Colin; un tipo

con suerte—. Es un bautismo de fuego. Los compañeros te explicarán cómo funciona todo.

Davy saluda a Stuart con un ademán de la cabeza de lo más acogedor. A veces los investigadores civiles eran policías jubilados, como Colin, y otras chavales jóvenes, como este, recién salidos de un cursillo de iniciación de tres días. Eran baratos y no ponían el pie fuera de la oficina.

—Vale, prestad atención —continúa Harriet—: Edith Hind, veinticuatro años, estudiante de posgrado en Cambridge, desaparecida de la casa que comparte con Will Carter en George Street. Los padres han venido en coche desde Londres y están esperando en la planta baja, así que les vamos a mandar a un agente de mediación familiar cuanto antes. Las principales líneas de investigación son: uno, lugar del crimen y análisis. La Científica ya está allí y acaban de llamarme: hay dos copas de vino, una limpia en la encimera de la cocina y otra rota en la basura, con restos de sangre en el borde.

—A lo mejor estaba esperando a alguien —dice Manon.

—Eso he pensado yo —apunta Harriet—. Dos copas de vino preparadas. Una se convierte en un arma. A ver lo que nos dice la Científica.

»Dos: la búsqueda en curso, perros incluidos. Los de POLSA estarán aquí a mediodía. El coordinador de búsquedas y su equipo, vamos —le dice al nuevo—. Tres: ir casa por casa. Cuatro: agente de mediación familiar y victimología. Cinco: medios de comunicación. A lo largo de esta mañana vamos a publicar una foto de Edith. Dentro de una hora me reúno con Fergus para debatir la estrategia con la prensa. Seis: trabajo de inteligencia. Colin, tienes su teléfono y su portátil. Vamos a rastrear también su coche en el RAM, que para quien no lo sepa —y mira al recién incorporado— es el sistema de Reconocimiento Automático de Matrículas. Y el de Will Carter también, ya que estamos. Quiero que se revisen los vídeos de todas las cámaras de vigilancia del municipio. Siete: testigos de interés. Están Will Carter, claro, y Helena Reed, la amiga con la que salió el sábado por la noche. ¿Os parece suficiente para empezar?

—¿Alguna hipótesis, jefa? —pregunta Nigel. A Manon le parece que siempre va mendigando respuestas de los agentes más veteranos. De la boca de Davy nunca saldría una frase tan categórica, aunque hay que reconocer que, desde que tuvo a los gemelos, Nigel está siempre agotado.

—Yo diría que le abrió la puerta a alguien que conoce o que, cuando menos, no la intimidó de primeras. La sangre indica una herida, quizá cuando intentaron sacarla de la casa, pero la cantidad no sugiere que la asesinasen ahí. Lo más probable es que se hiciera algún corte. ¿Un encuentro de índole sexual? Él se prueba, ella no está por la labor y, en el forcejeo, hay un golpe con la copa de vino. Ahora mismo todo son

conjeturas. Estamos en la hora clave, así que vamos a darle caña.

MANON

Se impulsa con la silla giratoria y se acerca a Colin, que huele como a bosque, merced a la desconocida marca de tabaco que fuma.

—¿Qué nos dice su teléfono? —le pregunta.

—La víctima no lo usó desde las ocho de la tarde del sábado, cuando le envía un mensaje a su amiga Helena Reed —responde Colin.

—¿Qué dice el último mensaje?

—«Llego en 5 min. E».

—¿Algo más?

—Antes de la fiesta manda varios mensajes. A un tal Jason F.

Manon lee la pantalla de Colin.

¿A qué hora llegas? E.

Un poco tarde. Tengo que pasarme por otro sitio antes.

No tardes mucho, ¿eh?

¿Por?

No quiero que te pierdas nada...

—Hay más —dice Colin—. Le escribe a su profesor, Graham Garfield, y le dice: «Espero verte esta noche». Él responde: «¿Qué se cuece?», intentando fingir, dicho sea de paso, que no tiene cincuenta y siete años.

—¿Y ella qué contesta?

—«Karaoke, tequila y perdición», a lo que él responde: «¡Salgo ahora mismo!» —añade Colin.

—¿Y Facebook?

Colin pincha en su pantalla y aparece un *collage* con fotos de Edith: el cuello, los brazos, las piernas morenas cruzadas; riéndose, con la cabeza hacia atrás. Edith abrazando a un gato. Edith con unos vaqueros cortos. Edith con una gorra plana marca Stetson. Fotos en blanco y negro, y otras con colores y filtros de Instagram, que le dar un aspecto borroso, de los años setenta. Debajo hay comentarios: «¡Espectacular!», «Guapísimaaa», «Pibonazo», y cosas por el estilo. A Will Carter «le gustan» todas las fotos. En varias de ellas se la ve en un salón, tumbada en el sofá con los pies en el regazo de Will, copa de tinto en mano. En muchas de las fotos aparece otra chica, en un lado o de fondo, acurrucada en un sillón de orejas, leyendo; o se ve la mitad de su cara, o un mechón de pelo.

Más de cuatrocientas fotografías.

—Son prácticamente todas de ella —dice Colin.

Edith sube letras de canciones de vez en cuando, la mayoría de Bruce Springsteen. Y algún que otro artículo literario sobre Seamus Heaney o Toni Morrison. «Bc Diddley es mi nuevo músico favorito». «Nick Cave es mi nuevo músico favorito».

—Tiene cuatrocientos ochenta y dos «amigos» —añade Colin, entrecomillando el aire.

—¿Sabes cuántos tengo yo? —le replica Manon, bostezando, mientras Colin baja con el ratón—. Cuatro. Uno es mi padre, otro el electricista. A los otros dos ni siquiera sé si los conozco.

—Está en estos grupos —continúa Colin, volviendo a pinchar—: Guerrilleros jardineros.

—¿Qué hacen?

—Cultivan alimentos en terrenos del Ayuntamiento. Recetas... Aquí hay una foto de un estofado que hicieron con verduras de kilómetro cero, recogidas en un páramo municipal. También es miembro de Bicicletas al poder, un *lobby* que aspira a prohibir los coches.

—Sube un momento. ¿Qué es eso? —pregunta Manon, señalando la pantalla.

Colin pincha en la imagen y Manon lee el comentario de Edith Hind: «*Banderines hechos con ejemplares reciclados del Financial Times. ¡Feliz Navidad, planeta!*».

Colin y ella se miran.

—Me sorprende que no la asesinaran antes —comenta él.

—Esos son justo los comentarios que quiero que te guardes para ti —advierde Manon, levantándose—. Sigue con esto, Colin. Disco duro, historial de búsquedas en Google, coincidencias en su registro de llamadas del móvil... —Luego cruza las dependencias de la Brigada de Homicidios, rumbo al despacho de Harriet—. ¿Cómo ha ido la conversación con Carter?

—Parece preocupado de verdad —responde Harriet, ajustándose un tirante del sujetador—. No deja de llorar, yendo de acá para allá, interesándose por cómo va la búsqueda. Tenemos que repasar todo su fin de semana en Stoke. Podemos preguntar a los padres de Hind sobre su relación, y a la amiga, Helena, si había terceras personas en el ámbito sentimental. Fergus me ha dicho que los tabloides ya están llamando al gabinete de prensa.

—No va a ser como el caso Soham —dice Manon—. No con este clima; no después de los pinchazos telefónicos. Las cosas han cambiado.

—Yo no estaría tan segura, siendo sus padres quienes son.

—¿Quiénes son sus padres?

—*Sir* Ian y *lady* Hind. Él es otorrinolaringólogo. El encargado de los oídos de la

realeza, o algo por el estilo.

—¡Dios mío!

—Ya te digo. Debemos ir con pies de plomo. Va a ser de los que se quejan a la mínima.

—¿Será un secuestro para pedir un rescate? Tiene que ganar una pasta gansa...

—A estas alturas ya se habrían puesto en contacto. De todas formas, no voy a pasarle este caso a la Unidad Central Criminal ni de coña.

Harriet se levanta de su escritorio y empieza a caminar de un lado a otro, como si la velocidad de su pensamiento fuera física, con las manos en las caderas y la chaqueta hacia atrás. Está incandescente, desenfrenada. Si Manon desapareciera alguna vez, querría que Harriet dirigiera la búsqueda.

—En cuanto lleguen los de POLSA, la presión remitirá un poco —le dice a Manon, y también a sí misma.

El coordinador de búsquedas y sus unidades especializadas sabían dar con la gente o, al menos, dónde investigar. Ampliarían el radio y dirigirían la búsqueda mejor que en esa torpe primera noche: a través de praderas, a lo largo de las líneas de ferrocarril, en los bosques, en garajes cerrados, desvanes y sótanos, y más pronto que tarde bajo las aguas opacas de los ríos.

Harriet mira la hora en su reloj.

—Las ocho y media. Si desapareció poco después de la medianoche del sábado, son ya treinta y dos horas. Y estamos bajo cero.

—Voy a mandar a alguien a buscar a Helena Reed, la amiga, ¿vale?

—Sí. Yo iré a hablar con los padres. Aj, esta es la parte que más odio. Estarán como locos. Luego me reúno con Fergus en el gabinete de prensa. Probablemente demos una breve rueda de prensa a las once: solo yo, las agencias y la prensa local. Tenemos que publicar las fotos de la chica y hacer un primer llamamiento. También hay que investigar sus movimientos bancarios, ¿puedes poner a alguien con eso?

Manon y Davy entran en la sala de interrogatorios 1, donde *sir* Ian, con un abrigo de lana azul marino, camina de un lado a otro sin descanso.

—Una cosa, ¿me están diciendo que no hay un inspector de servicio para dirigir la búsqueda de mi hija? —Posee una expresión arrogante; nariz recta, ojos claros y labios finos. Igualito a Charles Dance, sin el pelo rojo.

—El agente Walker y la oficial Bradshaw entran en la sala —dice Harriet acercándose a la grabadora—. *Sir* Ian, es bastante habitual que un subinspector lleve un caso como este. Tome asiento, por favor, queremos preguntarle varias cosas.

—Lo primero que quiero saber es quién dirige la búsqueda. Quién está ahí fuera,

en la nieve, buscándola, porque si está herida...

Lady Hind, sentada frente a *Harriet*, agarra la mano de su marido y se la lleva a la mejilla; luego le da un beso en el dorso, que parece sosegarlo. Tiene el pelo gris, cortado por encima de los hombros, con un bonito mechón blanco que enmarca su rostro. Lleva un abrigo largo y caro, y en sus dedos resplandecen los diamantes.

—Siéntate, cariño —le recomienda, con una voz trémula que contiene las lágrimas—. Tenemos que ayudarlos todo lo posible.

Sir Ian coloca una silla junto a su mujer.

—Gracias —dice *Harriet*—. En el teléfono de *Edith* hay varias llamadas perdidas tuyas, *sir Ian*, durante el fin de semana. ¿Le costó ponerse en contacto con ella?

—Siempre cuesta ponerse en contacto con ella, ¿verdad? —le dice a *lady Hind*—. Nunca se acuerda de devolver las llamadas. Así que insistimos una y otra vez. —Al decir esas palabras le dirige a *Harriet* una sonrisa cansada—. Estábamos deseando saber qué pensaba hacer en Navidad, ¿no, cariño?

—¿No les había comentado qué tenía pensado para Navidad? —pregunta *Manon*, dirigiéndose a *lady Hind*.

—A *Edith* le encanta dejar las cosas en el aire. Tiende a..., a comprometerse lo justo, ¿a que sí, *Ian*? Al menos con nosotros. Habíamos quedado en que *Will* y ella pasarían la Navidad con nosotros en Londres, pero luego añadió: «Nunca se sabe» c algo por el estilo.

—¿Nunca se sabe qué? —pregunta *Manon*.

—Yo lo interpreté como que no estaba segura de que *Will* viniera.

—¿Tenían problemas? —interviene *Harriet*.

—No, problemas no —responde *lady Hind*—. Indecisión, más bien. A fin de cuentas, solo tienen veinticuatro años. No están casados.

—Y esa indecisión —continúa *Harriet*—, ¿diría que era más por parte de ella que de él?

—Sí —responde *lady Hind*.

—¿Había algún indicio de violencia entre ellos? Broncas subidas de tono, por ejemplo. ¿*Edith* tenía motivos para tenerle miedo al señor *Carter*?

—No, no, no —responde *sir Ian*—. No se refiere a eso. Son cosas normales y corrientes. *Will* es un tipo fantástico, adora a *Edie*.

—Pero si notó que sus sentimientos se estaban apagando, quizá...

—Agente, nuestra familia no es de esas. Estoy seguro de que, para ustedes, tratar con gente de vidas caóticas, acostumbrada a la bebida, las peleas y el maltrato, estará a la orden del día. Pero nosotros no..., esas cosas no forman parte de nuestra vida, de nuestro mundo. Me sorprendería muchísimo que *Will* estuviese implicado.

—De acuerdo —dice Harriet—. ¿Se les ocurre alguien que pudiese quererle hacerle daño a Edith?

Los Hind se miran, desconcertados.

—No, la verdad es que no —responde *lady* Hind—. Díganme una cosa, ¿cómo...? Tienen que encontrarla, por favor, no puedo... Si pienso en perderla... —Los ojos se le llenan de lágrimas, y mira uno por uno a todos los agentes.

—Voy a explicarles cómo vamos a proceder a partir de ahora —dice Manon—. Los equipos de búsqueda trabajarán en círculos concéntricos partiendo de la casa y, al mismo tiempo, reconstruiremos un perfil de Edith, empezando por su círculo más cercano: ustedes, Will Carter y Helena Reed. Analizaremos todas las facetas de su vida, basándonos en lo que nos digan, en su teléfono, su ordenador y sus tarjetas de crédito. Así pues, es muy importante que no se les olvide nada.

—No tiene tarjetas de crédito —dice *sir* Ian—. Cree que todo el sistema financiero es corrupto. Según Edie, si nadie usara los bancos, la crisis económica mundial no habría existido. No comparto su opinión, pero ella cree firmemente en esas cosas. Si pudiese pagarle a todo el mundo con verduras embarradas y ruedas de bicicleta arregladas, lo haría de buena gana, pero su casero no lo acepta.

—Vale, ¿entonces cómo vive? ¿De dónde proceden sus ingresos? —pregunta Harriet.

—De mí —responde el padre—. Todos los meses le hago una transferencia con MoneyGram por Correos: mil quinientas libras el día uno. Paga el alquiler en efectivo al casero: son setecientas cincuenta libras, creo. Vive al lado. Yo pago la luz y el agua directamente desde Londres, y ella vive con lo que le queda.

—Así que habría bastante efectivo en la casa —dice Harriet—. Podrían haberla visto ir a Correos a recoger los fajos de billetes...

—Miren, a mí me parece arriesgado —dice *sir* Ian—. Y ya hemos discutido con ella varias veces por este tema. Le insisto en que preferiría que tuviese una cuenta bancaria a la que hacer las transferencias, pero se niega de plano. Replica que alguien tiene que romper con el *statu quo*. Preferiría que yo no le pasase nada de dinero; hacerlo todo a su manera, con sus reglas. Los chavales de veinticuatro años son así. De modo que ya no discuto con ella, porque quiero que cuente con mi ayuda.

—Además —amplía *lady* Hind—, es un tema que hemos hablado mucho, le hemos dado muchísimas vueltas, porque nos preocupa, pero, teniendo en cuenta que 750 libras van directas al casero, no tiene tanto dinero debajo del colchón.

—Llega un momento —reconoce *sir* Ian, y se diría que su frase es la continuación de la de su mujer— en el que no quieres pelearte con tus hijos porque no quieres perderlos. El equilibrio de poder cambia, ¿entienden? Quiero que disponga de mi

dinero, y esas son las condiciones en que está dispuesta a aceptarlo.

—¿Cuánta gente sabe lo de este acuerdo económico?

—Will, claro. Podría decirse que también estamos ayudando a Will indirectamente, porque vive en una casa que pagamos nosotros —contesta *lady Hind*—. Por lo demás, Edith no se calla sus opiniones. Es bastante franca.

—Así que, este fin de semana —interviene Harriet—, ¿cuánto dinero dirían que había en la casa?

Sir Ian mira su móvil.

—Es 19, se habrá gastado lo de medio mes —afirma—. Las Navidades suelen ser más caras, así que imagino que no más de trescientas libras. Sin duda, no lo bastante como para que alguien...

—Se sorprendería usted —comenta Harriet—. ¿Por qué no pagan su alquiler directamente? ¿Por qué no hacen una transferencia, como con el agua y la luz?

—El casero le hace un pequeño descuento por pagar en efectivo. Supongo que para ahorrarse los impuestos.

—Mil quinientas libras es una paga generosa —señala Manon—. ¿Dirían que su hija es despilfarradora?

—Al contrario. Edith es partidaria de ir ligera por la vida.

—Pero tiene coche.

—Un coche eléctrico —apunta *lady Hind*. Traga saliva, y Manon se percató de que está reprimiendo una oleada de desesperación—. Un coche eléctrico muy antiguo, un Reva. Antes lo usaba yo para ir de aquí para allá. Edith lo necesitaba cuando se mudó a Huntingdon, para ir a clase y a las tutorías en el Corpus Christi College y para ir a Deeping, que está a media hora de aquí.

—Vamos a tener que investigar en Deeping, si les parece bien. Mandaremos a los equipos científicos —dice Harriet.

—Es casi imposible llegar sin coche. Está en el corazón de Fenland, son unos tres acres —precisa *sir Ian*—; un terreno difícil, la verdad. A Edith le encanta, pero, como les digo, sin el Reva...

—Puede que haya ido con alguien —advierte Harriet.

El padre asiente.

—¿Quieren mis llaves?

—No hace falta, tengo el juego de Edith. Si no es indiscreción preguntar, ¿hay alguna forma de que pudiese entrar sin ellas? ¿Hay unas llaves de repuesto en la finca, por ejemplo?

—Sí, en el porche. Si palpan el arquitrabe, sobre la puerta, hay una llave para emergencias —les informa *sir Ian*—. La casa está en un lugar dejado de la mano de

Dios. Casi nadie sabe que existe siquiera, así que nos tomamos con bastante tranquilidad el tema de la seguridad.

Harriet anota en su cuaderno. Levanta la mirada y dice:

—Muy bien. Ahora solo queda que nos digan dónde han estado el fin de semana, para descartarlos a ambos de la investigación.

—Claro —responde *lady* Hind—. El sábado por la noche estuvimos en el teatro con unos amigos. Vimos *El rey Lear* en el Almeida. Después del teatro, fuimos a cenar a Le Palmier. Éramos seis, nos marchamos pasada la medianoche. Ayer estuvimos en casa prácticamente todo el día, con la chimenea, porque hacía muchísimo frío. Ian se marchó un rato a la clínica por la mañana, ¿verdad? Yo preparé un estofado de rape para comer. Pasamos la tarde en casa tranquilos, leyendo, y yo vi una película a ratos, una de esas en blanco y negro, ambientadas en la Segunda Guerra Mundial. Ian entraba y salía de su estudio. Por la tarde, recibí una entrega de mi florista; estaba repartiendo todos los pedidos de Navidad, de ahí que trabajase hasta esas horas del domingo. Luego, sobre las nueve, Will llamó, preocupadísimo por Edith.

—Volviendo a sus amigos del teatro —dice Harriet—, ¿nos pueden decir sus nombres?

—Eran Rog y Patty —responde *sir* Ian, mirando el cuaderno de Harriet—. Es decir, Roger Galloway y su mujer, Patricia. Seguro que su escolta se lo confirmará todo.

Manon, Davy y Harriet se miran entre sí, y Harriet dice:

—¿Podemos hablar un momento fuera?

—No digáis nada —susurra Harriet, cabreadísima—. No abráis la puta boca hasta que estemos en mi puto despacho.

Manon va justo detrás de ella, subiendo a toda prisa las escaleras. Tiene un culo prietísimo, piensa.

Al llegar a su despacho, Harriet se gira, jadeando.

—Me cago en todo lo que se menea —dice—. Vale, ya sé cómo vamos a llamar a este caso: Operación Puto Suicidio Profesional.

—Vamos a tranquilizarnos —pide Manon—. Estaba en el teatro con el ministro del Interior, ¿y qué? Lo único que significa eso es que su coartada tal vez encaje.

—¿Tú crees?! —responde Harriet.

—Probablemente sea bastante sólida, sí —confirma Davy.

Manon y Harriet se miran; Harriet se encoge de hombros y pone cara de paciencia.

—Bueno —dice—, si ya creíamos que íbamos a tener a la prensa encima, no quiero ni imaginarme lo que pasará cuando se enteren. No solo la familia real, sino también: «¿Cómo influyó el ministro del Interior en la investigación?». Y eso lo escribirá *The Guardian*. En menos que canta un gallo, estaré frente a una selectísima comisión en la Cámara de los Comunes, que enterrará mi carrera bajo una montaña de papeleo. Ya me estoy imaginando una llamada de Galloway al consejero de Interior dentro de —mira su reloj—, eh..., ¿un par de horas?

Esa era la pesadilla de ser el agente principal de una operación: tener presión de todos los niveles, decidir qué líneas investigar y en qué orden de prioridad, dirimir qué información es importante y cuál puede descartarse; y todas esas decisiones se miran con lupa desde arriba y, a menudo, desde fuera.

—A ver, no nos dejemos enredar por Ian Hind —responde Manon—. Aúr tenemos que confirmar sus movimientos.

Esas palabras parecen tranquilizar a Harriet, que respira hondo y relaja los hombros.

—Sí, es verdad. Tienes razón, vamos a llamar a la escolta de Galloway. Vosotros dos coged el coche y echad un vistazo en la casa de campo, en Deeping. Comprobad si esa llave sigue en su sitio. Y quiero las grabaciones de seguridad de Correos del 1 de diciembre: a ver a quién tenía Edith detrás mientras recogía todo ese efectivo. Que Kim compruebe si el casero cobró el alquiler. Supongo que ya lo interrogaron durante la búsqueda casa por casa. Esto tiene cada vez más pinta de ser un robo con agravantes.

Manon y Davy se dirigen a la puerta.

—Y, de ahora en adelante —añade Harriet, cuando están a punto de salir—, tratamos al *sir* Derechoso de la planta baja con el servilismo y la deferencia de los que su dinero lo hacen merecedor.

En una de las contadas ocasiones en que Harriet fue a Cromwell's y se emborrachó, le dijo a Manon que en su vida había dos consuelos: decir tacos y Elsie.

Elsie tenía noventa y tres años y párkinson. Vivía en una residencia para la tercera edad en la que Harriet había hecho una redada durante una investigación sobre maltrato de ancianos. En aquel momento, Elsie estaba más en forma, y su figura, apoyada en el andador, destacaba en aquel pasillo rosa donde hacía un calor sofocante. Miró a Harriet con unos ojillos brillantes y profundos. Todos los agentes se percataron y se quedaron de piedra mientras Harriet y la anciana se miraban fijamente. «Fue como un hechizo».

Elsie entró en su habitación para el interrogatorio arrastrando los pies. Tenía las

espinillas gruesas, llevaba medias tostadas, y los pies rígidos y calcificados enfundados en unas zapatillas de chenilla. Harriet le preguntó si algún trabajador de la residencia la había maltratado. «No diga tonterías», le soltó Elsie, humillándola. El equilibrio de poder estaba claramente de su lado: la anciana se mostraba tajante y crítica («¿Es la primera vez que hace esto, guapa?»), pero Harriet persistió. ¿Cómo le quitaban el camisón? ¿Qué pasaba si no se acababa la sopa? ¿Y si se orinaba en la cama?

Sin embargo, poco a poco se fue revelando que Elsie creía que sus olvidos justificaban los tortazos. Las manos le temblaban, «y eso no les hace ni pizca de gracia, ¿entiende?». Ya no podía vestirse sola: «Es inevitable que eso les toque las narices, ¿no? ¿A quién le gusta tener que vestir a una vieja flacucha?».

Harriet le dijo que eso era todo por el momento y salió de la habitación. Cuando Manon la vio, estaba repantigada contra un coche patrulla, fumándose un cigarrillo con los ojos llenos de rabia y de lágrimas. Eso es lo que a Manon más le gusta de Harriet; o, mejor dicho, lo que más entiende: no permanece inmutable, siente el trabajo en cada célula de su cuerpo, y le duele.

«Voy a cerrar ese puto sitio —anunció, sujetando con fuerza el cigarrillo entre los dedos—. Y el director va a la cárcel».

Harriet sacó a Elsie esa misma noche, por mucho que protestara. La residencia pasó a manos de nuevos propietarios y al director le cayó un año por dolo y negligencia grave, que le conmutaron por «buen comportamiento previo», con lo que se fue de rositas, confirmando las sospechas de Harriet de que los tribunales son «un puto chiste».

Manon sabe que Harriet y la mayoría de sus compañeros son de la opinión de que los criminales no pagan por sus delitos, o pagan una ridiculez; de que el sistema está en contra de la policía. Sabe que, si se permitiese redactar la legislación a los agentes, probablemente incluiría las palabras «y tirar la llave». Lo que preocupa a Manon es que está empezando a sumarse a sus filas. A veces le da la sensación de enfrentarse a una marea de inmundicia y fracaso; basta con pasar una semana en Protección de Menores para deshacerse de toda mentalidad progresista.

Harriet se convirtió en una especie de hija para Elsie, que no había sido madre: en 1940, cuando tenía veinticinco años, la guerra se cobró a su amado. Se llamaba Teddy y la anciana tenía una foto suya en la mesilla, aunque Manon creía que era más bien el símbolo de todo lo que había ido mal. Aquello fue un desgarró en la vida de Elsie. El dolor se apoderó de ella, y durante esa época trabajó en una fábrica de munición y descubrió que le encantaba trabajar, algo que, hasta aquel momento, nunca se había planteado. Cuando acabó el luto, tras la guerra, se vio a sí misma observando un reloj de arena que iba vaciándose.

«¡No quedaban hombres! —le dijo a Harriet, entre risas—. Al menos ninguno que quisiera a una solterona treintañera. Los hijos y la familia fueron algo que nunca pude tener».

Harriet pasaba a ver a Elsie todas las semanas; a veces, Manon la acompañaba y era testigo de la cordialidad conspiratoria que había entre ellas. Elsie miraba a Harriet con ojos traviosos, que decían «Esta vez te voy a pegar una paliza». Jugaban al *cribbage*, o al *bridge*, cuando encontraban a otros dos jugadores en la residencia, aunque la muerte solía intervenir («¿Wilf no está?». «No, ya no»). *Blackjack*, continental, sudoku, crucigramas... Luego, a medida que Elsie fue perdiendo reflejos —el temblor de manos y la pérdida de reflejos llegaron juntos, y lograr la estabilidad en pensamiento y acción era ya imposible—, los juegos se volvieron más infantiles: ¿Quién es quién?, cuatro en raya, puzles y hacer parejas.

Elsie humanizaba a Harriet, que tendía a ser una persona más bien fría. La anciana era la responsabilidad que la hacía sentirse bajo presión, pero también especial: su lamento gozoso. Aquella noche en que Harriet se pasó con el alcohol y se sinceró con Manon (su alma gemela, soltera y sin hijos), le dijo: «Cuando no tienes hijos, todo el mundo da por sentado que eres una puta tocapelotas obsesionada con tu carrera, pero no es eso. Es más bien una jodienda que puede pasarle a cualquiera, ¿me explico? Y que me pasó a mí. Elsie lo entiende. Además, espero que alguien venga a verme cuando esté en una residencia de ancianos y me mee encima».

Davy y Manon salen del aparcamiento de la Jefatura en un coche camuflado que lleva un alegre sombrero de nieve, pero en cuanto dejan atrás la cancela tienen que frenar en seco. En Brampton Road siempre hay un tráfico infernal, es una característica invariable de sus incursiones laborales, pero esta cola se ve agravada por los desvíos que se han establecido alrededor de la casa de Edith Hind, en George Street, y por la naturaleza fisgona de las buenas gentes de Huntingdon. Davy golpetea el volante con la mano enguantada, gesto que indica a Manon que está tranquilísimo.

—Vamos a tirarnos aquí un siglo —dice Manon, mientras se hunde en el asiento del copiloto y sube los pies al salpicadero. Tiene el móvil en el regazo, y le escribe a Bryony.

No puedo comer contigo. Me acabo de tragar una desaparición de alto riesgo. M.

—Jefa... —empieza Davy.

—¿Mmm? —responde ella, levantando los ojos. Davy lanza miradas inquietas, ora a sus pies, ora a la guantera impoluta del coche.

—¿Puedes...? —El móvil de Manon suena.

No te preocupes, yo me lo estoy pasando genial con mi papeleo para el juzgado. No lo cambiaría por nada del mundo, ni siquiera por agua con sabor a pimienta. B.

—Perdona, ¿qué decías? —le pregunta a Davy.

—Los pies —responde él, lanzando otra mirada furtiva a esas botas transgresoras, como si estuviesen a punto de estallar.

—¡Si ni siquiera es tu coche! —dice ella, trajinando con el teléfono. No obstante, baja los pies.

Mañana, si eso. M.

¿Harriet está que se sube por las paredes?

Tú verás. Está cagada. La familia de la víctima es amiga de Galloway.

Cago en la puta.

Ya te digo.

Por lo menos vuestra carrera no está en un callejón sin salida. Me estoy planteando pegarme un tiro si me mandan más papeleo.

Venga, vuelve a lo tuyo, por favor, que estoy en plena Investigación Muy Importante.

Vale, Tetona. Hasta luego. P. D.: Siempre es el tío. O el padrastro. O el novio. O quizá un perfecto desconocido.

—Por cierto, ¿cómo fue tu cita? —pregunta Davy.

Ya se están moviendo, por fin, y han enfilado la A14 en dirección al pueblo de March, en Fenland.

—Ni me preguntes.

—No iría tan mal...

—¿Ah, no?

—Bueno, pues ya llegarán otros; otras personas que respondan a tu anuncio.

—No es un anuncio, Davy. No vendo persianas. Es un perfil.

Y la sección «Conóceme» es una auténtica obra de ficción:

Auténtica y relajada. Adoro la vida y las carcajadas, una buena botella de vino con amigos, el cine y los paseos por el campo.

Me encanta lo que hago. Busco a alguien con quien compartir todo lo que este mundo fantástico puede ofrecer.

Edad: 35.

Busco: diversión/relación estable/se verá sobre la marcha.

Me gustan: la luz del sol, el olor a café recién hecho, los paseos por la playa.

No me gustan: los artículos sospechosos en la zona de equipaje.

Manon lo sacó casi todo del perfil de otra mujer, Liz Temple, de Berkhamsted, que aseguraba que la vida no consistía en «resguardarse de las tormentas», sino en «aprender a bailar bajo la lluvia». Salvo la broma sobre los artículos sospechosos en la zona de equipaje, que era de la cosecha de Manon y de la que se sentía bastante orgullosa, pues hacía una referencia graciosa al equipaje emocional, que abunda en internet.

Si tuviese que decir la verdad, en su perfil aparecería algo así como:

Misántropa, con los ojos clavados en el abismo de la vida sin hijos. Tengo una capacidad extenuante para encontrar defectos. Emito cierto tufillo a desesperación. Vivo en una galaxia infinita de soledad. Con una formación académica intimidatoria, y deseando esconderla. Propensa al llanto. En ocasiones puedo estar emocionalmente necesitada. Busco con frecuencia en Google «tener hijos a los 40».

Edad: 39.

Busco: un filántropo al que le guste la lectura, que haya estudiado psicoterapia y sepa montar estanterías resistentes. Puede llevar gafas (no pongo pegas).

No me gustan: la mayoría de los capullos retrasados que conozco por internet.

—No te rindas, jefa —dice Davy.

—¿Ahora vas a darme consejos sentimentales? ¿Tú? ¿Te sigue tratando malamente?

—Me obliga a estar alerta.

—Es una forma de verlo...

Davy tiene veintiséis años, pero aún parece un chiquillo. Lleva en el Cuerpo desde los dieciocho, y a Manon le parecen adorables su intensidad ingenua —como un hijo único, que no está en su salsa con los adultos ni es un niño más— y sus orejas, enormes como parabólicas. Su actitud amistosa y su positivismo innato le han valido el apodo del Bienvenido entre los agentes. El chico del «no hay mal que por bien no venga», el que siempre ve el lado bueno de las cosas. Cree que aún puede enderezar el mundo si se esfuerza lo suficiente; y no cesa en su empeño, dando charlas en centros

de menores y velando por todos los niños con problemas que se cruzan en su vida. Sin embargo, invirtiendo el refrán, todo bien que viene tiene un mal, y ese mal es Chloe.

Manon los ha visto juntos más de una vez, aunque Davy y ella nunca socializan fuera del trabajo, pues él pertenece a otra generación y esa brecha se convierte en un abismo cuando salen de la cómoda jerarquía laboral. Sin embargo, una noche coincidieron en el mismo *pub*, el Lord Protector de Mayfield Road. Manon fue con compañeros de la comisaría. Eran un grupo alborotado, todos estaban piripis y contaban chistes malísimos («Deme dos barras de pan. Y si tiene huevos, dos docenas. Y le dio veinticuatro barras de pan. Jajajaja»). Davy estaba sentado en un rincón tranquilo, con Chloe. Mesa para dos.

Manon los había observado mientras el barullo seguía a su alrededor: Davy estaba animadísimo y tenía los ojos clavados en Chloe, como si la iluminase una luz celestial, mientras le describía algo. Chloe miraba a los lados, con expresión impertérrita. Era una mujer que vivía en una taciturnidad permanente, y Davy siempre se esforzaba por sacarla de ella.

«Vaya una cara de culo que tiene —opina Kim Delaney aquel día, mirando también al otro lado del *pub*—. No sé qué le ve».

Sin embargo, Manon lo ve clarísimo. Lo que más le gusta a Davy es arreglar las cosas. Más de una vez ha llegado a la oficina con una bolsa para el centro de menores donde colabora como voluntario —«Choccy Weetos para Ryan», «Rex necesita calcetines»—, y en el brillo de sus ojos se refleja toda la satisfacción que le aporta el ser así de amable. Animar y dar calor humano a una novia deprimida y gélida es su destino. Si Davy se juntase con alguien que desbordase una alegría indómita..., en fin, Manon no sabe lo que haría. Cortar, probablemente.

—Todo apunta a que esta ruta conduce al domicilio en cuestión —afirma, girando en una pista forestal.

Las ramas desnudas de los árboles se doblan sobre el coche, y el arcén se eleva a ambos lados. El cielo parece oscurecerse a medida que se adentran en el corazón de esa zona rural.

—Déjate los palabros de Shotley, anda —lo insta Manon, irritada. A Davy le encanta la jerga que enseñan en la Academia de Policía. Dice cosas como «El sospechoso se ha dado a la fuga, llevándose consigo sus ganancias ilícitas».

—¿Te apetece picar algo? —pregunta Davy, que se lleva la mano al bolsillo, saca una pasta de té y se la ofrece.

—Este sitio recuerda un poco a Hansel y Gretel, ¿no? —comenta Manon comiéndose la pasta y observando los dedos amenazantes de los árboles, que se entrelazan a pocos metros del parabrisas. El coche avanza sobre piedras.

—Es por aquí, seguro. No debe de quedar mucho —dice Davy.

El camino está flanqueado por troncos cortados y apilados en forma de panal. Las ruedas del coche se abren paso a través del barro, que en algunos puntos está helado y se quiebra. La luz se atenúa aún más, absorbida por las hojas de una hilera de arbustos —rododendros, asegura Davy— ribeteados de nieve.

El conductor se encorva hacia el parabrisas cuando, de repente, se encuentran con una casa cubierta de hiedra, más ancha que alta, con un porche con tejado a dos aguas y una marquesina a un lado. La casa está resguardada en la espesura, y el bosque es más denso y oscuro a los lados y por detrás.

Cuando llegan, una luz con sensor de movimiento se enciende sobre la puerta principal, que a Manon le parece un rectángulo de fuego. La hiedra que cubre las paredes de la casa llega hasta las ventanas, cuyos marcos de madera están pintados de verde grisáceo.

—Me alegro de no estar en la Científica y tener que registrar este sitio —confiesa ella.

Davy para el coche, y lo único que se oye es el crepitar del motor y un mirlo, cuyo canto solitario parece querer decirles que el lugar se halla desierto.

Manon palpa a lo largo del arquitrabe del porche. Ahí está, entre el polvo y los insectos muertos: la llave. La introduce en una bolsita transparente y mete la de Edith en la cerradura. El pomo de latón, entre verde y dorado, está gélido, a pesar de los guantes de látex, y la placa que lo rodea está suelta y tintinea. Entran en un vestíbulo de baldosas ajedrezadas y paredes azul pizarra. La casa huele a humo de chimenea y a campo; un olor oxigenado que no es exactamente humedad. Hay un paragüero lleno de paraguas y bastones, y a su izquierda —Manon abre la puerta, color mostaza, y echa un vistazo— una sala repleta de calzado, empapelada con imágenes victorianas de pájaros, como en un refugio de caza. Se acucilla junto a una hilera de botas de agua —hay un par negro y tres verdes— y toca el barro que las embadurna.

—Davy... —Su compañero se acerca—. ¿Te parece fresco?

Él se agacha para comprobarlo y ella sigue por el pasillo hasta llegar a un salón digno de un barón. El techo es altísimo y las paredes están pintadas de rojo sangre. Hay una majestuosa chimenea con una cornisa de piedra blanca, ideal para apoyar el codo cuando se vuelve a casa tras un día de pesca en los ríos de Fenland. Una cicatriz negra y chamuscada atraviesa el fondo de la chimenea. Manon se acucilla junto al hogar, pero solo ve los restos escamados y fríos de los troncos consumidos.

La chimenea está rodeada de sofás rojos con estampados de flores de lis, hundidos por los años y la elegancia. Se imagina perfectamente a los Hind leyendo ahí sus novelas de tapa dura de Dickens o sus suscripciones a *The New York Review of*

Books, mientras el fuego crepita y se oye música de cuerda de fondo.

En el salón hay una escalera que conduce a un balcón interior, y de ahí se pasa a las habitaciones. Manon avanza a tientas, pues la casa está sumida en la penumbra. Ve franjas de colores turbios mientras sube y cuando abre las puertas de las habitaciones: mostaza, rosa, azul pizarra y gris, uno tras otro. Entra en una habitación enorme y supone que es la de Ian y Miriam, pues la han amueblado con una lujosa cama francesa, cuya cabecera está ribeteada con bordes dorados y tapizada con lino gris. También hay un impresionante armario francés de madera oscurísima; el cajón de abajo se encuentra ligeramente abierto. Manon se acerca a la ventana, donde hay un cojín alargado de lino gris para sentarse y otros dos pequeños cojines de estampado Liberty, con flores rosas, a los lados. Desde ahí ve el camino principal y su coche, y siente el impulso de dirigirse hacia allí, de marcharse cuanto antes.

Se sobresalta al oír un portazo; el corazón le da un vuelco en la penumbra de la mansarda.

—¿Jefa? —llama Davy, entrando en la habitación.

—¿Has comprobado toda la planta de abajo?

—Sí.

—Muy bien. Pues vamos a mirar aquí arriba y en los edificios anexos. Luego ya pueden seguir los de la Científica.

—No está nada mal la casita, ¿eh?

Manon se estremece.

—A mí me da repelús.

HELENA

La han dejado esperando en la sala de interrogatorios 2 y, entretanto, no puede parar de ensayar lo que les dirá, aunque teme que el ensayo la haga parecer culpable, como cuando intentas poner una cara natural mientras pasas por el control de pasaportes en Moscú o Teherán —cuanto más lo piensas, mayor rictus adquiere tu expresión—. No ha estado en esos sitios, ojo, pero incluso en la cola de Brittany Ferries se esmera en buscar la mirada del agente de aduanas y sonreír, como diciendo: «No vas a encontrar nada de contrabando en mi mochila».

El tubo fluorescente sobre la cabeza de Helena crepita, como si un insecto estuviese muriendo en su interior. Ella siempre ensaya, siempre tiene conversaciones imaginarias que se adelantan a los encuentros reales —también ha ensayado su vuelta al diván del doctor Young, tras el parón navideño, y cómo le contará todo lo que ha ocurrido con Edith—. Solía practicar sus sesiones hasta tal punto que, en su primera cita con el doctor Young, tardó un buen rato en salirse del guion y «permitir que las cosas aflorasen», como él dijo.

Helena oye un portazo en el pasillo y unos pasos resueltos; su corazón se acelera, sabe que está a punto de entrar alguien. Se yergue en la silla y se sacude la falda, pero las pisadas pasan de largo y se alejan hasta perderse. Vuelve a encorvarse. La están haciendo esperar a propósito en esa sala vacía con una mesa de formica con patas de metal y sillas de plástico azul —hay dos al otro lado de la mesa, así que es probable que entren en pareja—. Los agentes serían dos y ella está sola. Nunca ha conocido a un policía.

«Hola —bisbisea, mientras se imagina levantándose ligeramente de la silla y tendiéndoles la mano—. Es la primera vez que conozco a un policía». Entonces ve su reflejo en el cristal marrón de la pared, moviendo los labios en silencio (o como la interna de un psiquiátrico, según quien la mire). ¿Hay alguien mirando?

«Quise acompañar a Edith a su casa para que no corriera peligro —murmura, lanzando una mirada rápida a la pared acristalada—. ¿Quién iba a decirme a mí que el peligro lo correría en casa, que podría pasarle algo después de que la dejase en George Street y me fuera?». No, diciendo eso parece que implica a Will. Tiene que reformularlo. Hay que volver al principio y simplificar la historia.

Edith gritó: «¡Hidalgo!», y se pimpló otro chupito de tequila, uno de los muchos que se bebió en The Crown esa noche. Luego el camarero dijo que fuesen pidiendo la última ronda, que estaban cerrando.

Helena le dijo a Edith que deberían marcharse, que eran las 23:30 e iban a perder el autobús a Huntingdon. Además, estaba cansada; muerta de calor, de cansancio y

harta. The Crown estaba abarrotado y la muchedumbre la atosigaba; había lugareños, miembros de los clubes de remo y estudiantes de posgrado del Corpus Christi, como Edith y ella.

—¿Qué estudia, señorita Reed? —Se imagina que le preguntan.

—Psicología. Estoy haciendo el doctorado. Mi tesis trata sobre la gratificación y sus vínculos con la obesidad.

La puerta se abre y entra en la sala una mujer desaliñada, con el pelo rizado alborotado. La sigue un joven, que rondará la edad de Helena, de cara franca y amable, con orejas de soplillo.

—Perdón por la espera —dice la mujer, tendiéndole la mano—. Soy la oficial Manon Bradshaw; este es el agente Davy Walker. Solo queremos preguntarle unas cuantas cosas y nos vamos.

—No, que diga, sí, claro. —El corazón le late tan fuerte que teme que lo oigan. Mientras ellos dejan sobre la mesa sus cuadernos y trastean con una grabadora, Helena se lleva una mano a la mejilla, confiando en que no se note el calor que siente—. No sé nada —suelta de repente.

—Espere un momento, por favor —dice la oficial Bradshaw—. Empezamos en cuanto prepare este chisme.

La grabadora emite un largo pitido.

—La mayoría de los estudiantes de posgrado viven en Cambridge, ¿no? —pregunta Bradshaw.

—Sí. La mayoría, pero no todos. El *college* tiene apartamentos para parejas casadas y habitaciones individuales, pero nosotros, Edith y Will, y luego yo, nos marchamos poco antes de acabar la carrera. Vinimos a Huntingdon.

Edith y Will, y luego yo. Sería una tontería mencionar cuánto se burlaron de ella cuando decidió mudarse también a Huntingdon. Edith siempre estaba gastando bromas.

«—Es más barato. —Helena recuerda que les respondió eso, un poco a la defensiva—. Y me gusta la tranquilidad, ¿sabes? Vivir entre aquellas paredes puede llegar a ser muy... claustrofóbico. Seguro que trabajo mejor desde aquí, y las conexiones son fantásticas.

»—No te preocupes, Hels —le dijo Edith, sin levantar siquiera la vista de la tabla en la que picaba verduras—. Ya sabemos que eres nuestra acosadora particular».

—¿Normalmente no hacían la cena de Navidad en el *college*, en el Corpus Christi? —pregunta la oficial.

—Bueno, sí y no. A veces el bar de los estudiantes de grado está muertecillo. Jason, Jason Farrer, doctorando en Filología Inglesa, como Edith, quería algo un poco

más animado. Algunos estudiantes de posgrado son de calcetines y sandalias, ¿me explico?

—¿Calcetines y sandalias?

—Sí, me refiero a que les gusta centrarse en las minucias, debatir sobre el sexo de los ángeles y cosas por el estilo. Son más raros que un perro verde. No se les da muy bien soltarse la melena. Jason se encargó de la cena de Navidad y eligió *The Crown*.

—Y Edith, ¿cómo estaba?

—Pues borracha, para ser sincera. Quería cantar en el karaoke. Estaba bebiendo chupitos de tequila a tutiplén. Yo le dije que teníamos que irnos. Serían las 23:30 más o menos, era la última ronda. —Helena se detiene.

Bradshaw espera.

—¿Cómo reaccionó Edith? ¿Quería irse?

Helena recuerda a Edith sacándole la lengua y girando sobre sus talones para dirigirse a la pista de baile improvisada con karaoke.

—¿Señorita Reed?

—Sí, no, estaba bien. Nos cantó una versión espantosa de *Use Somebody*, de Kings Of Leon. —Helena vuelve a guardar silencio. Debería llevar cuidado, quién sabe dónde desembocará la conversación.

La oficial Bradshaw la mira atentamente, esperando.

—¿Se está acordando de algún detalle de la noche?

—Quien estaba husmeando por allí esa noche —continúa Helena— era Graham Garfield, el director de tesis de Edith. Me preguntó dónde estaba Will, con cierto tono depredador.

—¿Depredador en qué sentido? —pregunta Bradshaw.

—Bueno, tiene mucho trato con los estudiantes, siempre sale con ellos, ¿entienden? Aunque les doble en edad. Tenía los ojos clavados en Edith, viéndola cantar, con una mirada peculiar. Se percató de lo ciega que iba.

—¿Y qué le dijo?

—Le dije que Will no estaba ese fin de semana, pero que entre ellos iba, y va, como la seda. Entre Edith y Will, digo.

MANON

—¿Y dice que volvieron a casa en autobús? —pregunta Manon.

Helena Reed se mueve en la silla, irguiéndose, cruzando y descruzando las piernas.

—Sí —responde—. En el que hace una parte del trayecto en paralelo a la vía del tren entre Cambridge y Huntingdon, ¿saben cuál les digo?

Lleva una bufanda coral bien ceñida alrededor del cuello y un cárdigan beis abotonado hasta arriba. Un conjunto parisino, muy coqueto. A Manon le inspira una desconfianza irracional la gente demasiado arreglada. Se esfuerzan mucho por camuflarse y, además, no se explica cómo lo consiguen. Ella parece salir de su piso, ya a primera hora de la mañana, con un botón rebelde de la camisa que hace que enseñe un poco de sujetador, o una mancha que ha pasado por alto en la penumbra de la habitación (más de una vez tiene que ir a los baños de la segunda planta, mojar un poquito de papel higiénico e intentar limpiarla, pero lo único que consigue es mezclarla con trocitos de papel humedecido).

Helena ha juntado las rodillas y su falda lápiz está lisísima, sin una arruga (a Manon le gustaría ponerse faldas lápiz, y le gustaría ser una persona coqueta, pero las rodillas le fallan). Llega a la conclusión de que Helena Reed está conteniéndose, de que es una persona muy preocupada por cómo la ven los demás, aunque al instante se pregunta si esa historia de la impecabilidad personal no será genética. A fin de cuentas, una está destinada a convertirse en su madre. Esa idea le hace sonreír para sus adentros: hay cosas peores.

—Bajé a Edith del autobús y la acompañé a George Street —dice Helena— Estaba nevando y resbalaba un poco. Ella iba entonada, con la risa tonta, y tenía que sujetarla. Cuando llegamos a su casa, saqué las llaves de su bolso para abrirle la puerta.

—¿Y cerró cuando pasaron?

—Sí, el pestillo se echa solo cuando cierras la puerta. Es una de esas cerraduras Chubb, ¿las conocen? La llevé hasta la cocina y la ayudé a quitarse el abrigo...

—¿Era la parka verde, con el cuello de piel?

—Sí.

—¿De qué hablaron?

—De la noche en el *pub*, de la gente que había. Estaba tonteando con Jason Farrer, el chico que he mencionado. Un poco sátiro, para mi gusto. A lo mejor le regañé un poco.

—¿Discutieron?

—No, discutir no. La verdad es que ninguneó mi comentario, me dijo que era una mojigata.

—¿Edith o usted sacaron dos copas de vino cuando volvieron a la casa, para tomar la última?

—No, por Dios. Ella ya había bebido más de la cuenta y yo estaba muerta de cansancio. Ni siquiera me quité el abrigo.

—¿Parecía inquieta o asustada por algo o alguien?

—No, estaba contenta; borracha y risueña. Si acaso, era yo la que estaba de mal humor.

—¿Habló en algún momento de Will Carter?

—La verdad es que no. En un momento dado me dijo que era «igual o peor que Will». Creo que se refería a aburrida.

—La madre de Edith ha hablado de cierto distanciamiento entre Edith y Will. ¿Cree que Edith quería cortar con él?

—No que yo sepa. A veces se quejaba de él, pero eso es normal, ¿no? Si lo que sugiere es que Will ha tenido algo que ver con la desaparición de Edith, me parece un disparate. Él nunca...

—Limítese a responder, señorita Reed.

—No, no dijo nada de que quisiera romper con él, al menos no a mí.

—¿Se peleaban... físicamente?

—No, por Dios. Mire, nada más lejos de la realidad. Will no le haría daño a una mosca. Su peor delito es que puede ser un pelín aburrido.

—¿Sabía usted que Edith tenía mucho efectivo en casa?

—¿Las transferencias de MoneyGram? Sí. A todos nos parecía mala idea, pero Edith es bastante combativa en ese sentido. Se mantiene en sus trece.

—¿Vio algo de efectivo en la casa el sábado por la noche?

—No. A ver, no va por ahí dejando fajos de billetes de veinte libras al lado de la tetera. Tonta no es. Lo esconde en varios sitios. Will lo sabrá mejor que yo. Un poco en una lata en el armario de la cocina, otro poco en el baño, lo típico.

—¿Quién más sabe lo del dinero?

—Solo sus amigos. No creo que lo supiese nadie que pudiera robarle.

—Volviendo a Jason, ha dicho que Edith estaba tonteando con él. ¿Tonteando en qué sentido?

Helena frunce el ceño.

—Pues ya sabe, risitas y esas cosas. No..., no quiero..., no quiero ponerla en apuros con esto.

—Me parece que eso ya es lo de menos, señorita Reed. Edith lleva treinta y cinco horas desaparecida. El tiempo es fundamental.

—Vale, a ver, Edith y Jason salieron del *pub*. No sé qué estaban haciendo, a lo mejor se fumaron un cigarrillo y ya está.

—¿Cuánto tiempo estuvieron juntos fuera?

—Bah, poco, cinco minutos como mucho. Lo sé porque estaba buscándola. Quería irme. Cuando volvió a entrar, yo ya tenía su abrigo en la mano y nos fuimos con las mismas, como quien dice.

—Gracias, señorita Reed. ¿Le importa quedarse un poco? Puede que queramos preguntarle algo más dentro de un rato.

—Gracias por venir, señor Farrer —saluda Manon, dejando el portapapeles sobre la mesa de la sala de interrogatorios 3, mientras Davy trastea con la grabadora y dice la fecha, la hora y el nombre de los presentes en la sala.

Jason Farrer se repantiga en la silla, despatarrado, con un brazo apoyado en el respaldo. Lleva un chaleco de punto amarillo con botones de cuero, unos pantalones holgados de pana marrón y una camisa a cuadros. Tiene un vanidoso flequillo peinado hacia un lado. Se yergue cuando la oficial se sienta frente a él.

—Miren, quiero hacer todo lo que esté en mi mano por ayudar. —Su acento aristocrático resulta chocante: sorprende oírlo y debe de costar pronunciarlo, pues apenas mueve la boca. Las palabras se le escapan por la comisura de los labios.

—Que unos estudiantes de posgrado como Edith y Will no vivan en la ciudad y se vayan hasta Huntingdon es un poco raro, ¿no? —dice Manon.

—No solo raro, sino casi inaudito. Todo el mundo vive en Leckhampton, donde están el comedor y el bar. Pero Edith y Will son así. Superiores. Les gusta ir a su aire.

Su franqueza la pilla desprevenida. Las personas adorables, como él, suelen esforzarse mucho por colocar una fachada de cordialidad y decencia entre ellos y casi todo el mundo. Luego el chico se inclina sobre la mesa, con las manos entrelazadas, y ella cae en la cuenta de que va borracho. Como una cuba. El etanol mana de su boca en un vigoroso baile con el aire.

—Tienen un proyecto —afirma.

—¿Cómo?

—Vivir con honradez: tener su huerto, comer productos ecológicos, desplazarse en bici, o con ese cortacésped tuneado que tiene ella. En mi opinión, creían que las residencias de estudiantes los corromperían. Su padre lo paga todo, claro está: la casa, la péfida gasolina y la luz. Es la amiga flexible de Will en muchísimos sentidos.

—¿Entonces quién lleva el proyecto, Edith o Will?

—A ver, los dos están metidos. El objetivo es llevar una vida sencilla y honesta, supongo. Lo llaman «vivir con honradez», y cuando los oigo me dan ganas de cortarme las venas. A mí me parece vanidad pura y dura. No sé si me explico: Edith y Will son los alumnos más modélicos y atractivos de la historia de Cambridge. Cuando empezaron a salir en el último año de carrera, era como si la Barbie Kate Middleton hubiera encontrado a su Ken.

—Lo siento, pero no lo sigo. ¿Qué tiene de vanidoso cultivar tus alimentos?

—La vida es una competición —responde Farrer—. La superioridad de su estilo de vida era el camino más rápido para mirar a la gente por encima del hombro. A ver, la gente lo hace por eso, ¿no? Lo de cultivar un montón de acelgas, por ejemplo. No es porque quieran acelgas. Nadie compra acelgas. Es para poder decirle a los demás que cultivan acelgas. Y luego los demás van y empiezan a comerse la cabeza porque no cultivan acelgas.

—Menos usted.

—Yo nunca he querido cultivar acelgas.

Se miran fijamente. Farrer está hundido en la silla, ebrio. Se le escapan unas risitas de niña, como burbujas, y se tapa la boca con la mano para reprimirlas.

—¿Es consciente de que lo estamos interrogando por la desaparición y el posible secuestro de una joven? —pregunta Manon.

—Perdón —dice Farrer, soltando otra risita involuntaria—. Me cuesta mucho tomarme las cosas en serio. Mire, es que estaban siempre con el tema. —No masculla las palabras, sino que se atropellan unas a otras, como las olas del mar—. Lo típico: «Toma, he preparado unos *muffins* orgánicos» o «Will está en casa, haciendo una mesa con unas muletas recicladas». Era un poco cansino.

Manon asiente.

—Aun así, no es bastante para matar a alguien, ¿no? —dice Farrer—. No creerás que a Edith la han secuestrado por tener un exceso de col rizada, ¿verdad?

—No parece preocuparle mucho —reconoce Manon.

—Así soy yo.

—¿Volvemos al sábado por la noche en *The Crown*? Estaba con Edith en el bar.

—Sí.

—¿Y por qué salieron juntos?

—Me acercó la boca al oído y susurró: «Vamos fuera, Farrer». Fue muy sexi, la verdad sea dicha.

—¿Había estado tonteando con usted los días previos?

—No, por Dios. Edith siempre me ha tratado con el absoluto desdén que merezco.

Por eso fue tan excitante que se me acercase así.

—Entonces salieron. Luego ¿qué pasó?

—Hubo muchos jadeos. Se me abalanzó, estábamos contra la pared del *pub*. Hacía muchísimo frío y estaba muy oscuro. Me susurró palabras de amor al oído, y luego... Bueno, prefiero no mancillar su honor, si no les importa. De repente paró y volvió dentro.

—Lo siento, pero va a tener que darnos algunos detalles. ¿Se besaron?

—Usted verá.

—¿Pasó a mayores?

Farrer le sonríe a Manon, pero ella ha hecho ya muchos interrogatorios por el estilo como para cortarse.

—¿Penetración digital? —pregunta.

—Dicho así suena la mar de romántico —responde él.

—Responda, por favor.

—Sí.

—¿Consentida?

—Yo había dado mi consentimiento, sí —afirma, soltando otra risita.

—¿Cómo paró Edith?

—Me sacó la mano de sus bragas, se alisó la ropa y volvió a entrar en el *pub*.

—¿La siguió?

—No.

—¿No quería perseverar, acabar lo que ella había empezado?

—A ver, entiendo su razonamiento —asegura con tono pensativo—, pero la verdad es que yo no soy una persona perseverante. Es algo de lo que carezco.

—Está haciendo un doctorado en Filología Inglesa en Cambridge —apunta Manon—. Seguro que es usted capaz de perseverar con cierto vigor.

—Dios... Vigor. Una palabra extraordinaria, oficial. Le garantizo que nunca se ha usado para describirme. Pero tiene razón, claro: la poesía es mi arma secreta. Con un gramo de Gerard Manley Hopkins me crezco lo que no está escrito. En las demás facetas de mi vida soy un auténtico fracasado. Nadie cree que acabaré el doctorado, y yo el que menos.

—¿Cómo volvió a casa desde el *pub*?

—Me hice andando, a trompicones, para ser sinceros, toda Grange Road, hasta mi habitación en la Residencia Leckhampton. El portero podrá confirmarlo, y seguro que alguna de sus infames cámaras de Gran Hermano me grabaría haciendo esos por las calles. Pasé la noche con la preciosa Ros, o Rosie, o como se llame, a la que conocí

en la cocina al volver. Supongo que sus compañeros estarán confirmándolo.

—Y Edith volvió a buscar a Helena Reed.

—La Lapa. Allá donde va Edith, la Lapa va con ella.

—¿A qué se refiere?

—¿Se ha preguntado por qué Helena vive en Huntingdon? Verá, Edith y Will son unos capullos con un proyecto. Pero ¿Helena? ¿Qué pinta ahí? Es un pelín agobiante ¿no le parece?

—Siga.

—Pregúntele a la Lapa qué le regaló Edith por Navidad.

—¿Por qué no deja de andarse con rodeos, señor Farrer, y me pone las cosas claras?

Se queda callado unos segundos, gira la cabeza y mira el suelo, con los brazos colgando. Manon se pregunta si va a vomitar. Tiene esa embriaguez pastosa de quien lleva un tiempo, tal vez días, adobado en alcohol.

—Estaban liadas. Edith me lo dijo cuando salimos juntos del *pub*. Claro que a lo mejor solo quería ponerme cachondo.

—¿Qué dijo exactamente?

—Dijo que había estado liándose con Helena un tiempo y ya no podía deshacerse de ella. —Suelta otra risita aguda.

—¿Se esperaba ese comportamiento de Edith? —pregunta Manon.

—La verdad es que no, no es lo típico. Pero también le digo que Cambridge está llena de gente que hace lo que se espera de ella: se pasa el día empollando en la biblioteca para satisfacer a papá, hasta que se rebela y empieza a tomar *crack* o se tira de una torre. ¿Sabe que hasta tenemos un día que llamamos el Domingo Suicida? Es un sitio bien jodido, si escarbas un poco bajo la superficie. Supuse que a Edith se le había ido la pinza, como a todos los demás.

La adrenalina ha barrido el cansancio de Manon, y ahora baja las escaleras a paso ligero con Harriet, rumbo a la sala de interrogatorios 2, otra vez con Helena Reed.

—¿Es un tipo de fiar? —pregunta Harriet, empujando la puerta doble.

—Ni muchísimo menos. Está borracho y todo le trae sin cuidado. Pero no creo que tenga motivos para mentirnos sobre el tema.

—A menos que esté tapando sus propias huellas.

—Vamos a ver qué nos dice esta.

Helena levanta la cabeza cuando ambas entran en la sala. Kim está apoyada en la pared, con las manos detrás de la espalda.

—Ya se lo he dicho, somos amigas —insiste Helena. Se quita la bufanda coral y se la coloca sobre las rodillas. Tiene las mejillas rojísimas—. La conozco desde que empezamos a estudiar en Corpus Christi. ¿Me pueden dar un vaso de agua, por favor?

—¿Solo amigas? —replica Harriet, apoyando los codos en la mesa y escudriñando a Helena.

—No entiendo a qué se refiere —contesta. Levanta la cabeza y mira a Kim, que deja un vaso de plástico en la mesa—. Gracias.

—Jason Farrer dice que Edith y usted eran amantes —explica Harriet.

—Pues Jason Farrer miente —responde—. No es muy de fiar, que digamos.

—Dice que Edith se lo contó cuando salieron juntos del *pub*.

Ahora mira a las dos mujeres sentadas frente a ella, fuera de sí, y a Manon le da la sensación de que no las está viendo. En su piel se distingue una capa brillante de sudor.

—Ay, Dios mío... —susurra, tapándose la cara con las manos.

—¿Se puso celosa cuando Edith salió del bar con Jason Farrer? —la presiona Harriet.

Helena sigue con la cara tapada.

—¿Discutió con Edith por eso cuando volvieron a su casa, en George Street? ¿La cosa subió de tono?

—No, no, no —repite, tapándose los ojos con una mano y girando la cabeza hacia la puerta, evitando sus miradas—. No fue así... Es que... Ni siquiera sé cómo explicárselo, porque yo tampoco lo entiendo.

—Helena, ¿sabe lo que le ha pasado a Edith? —la interroga Harriet.

—No, no lo sé. Lo juro.

—¿Cree que Will Carter se enteró de su relación?

—No creo, no.

—¿Durante cuánto tiempo fueron amantes? —pregunta Manon, con tono suave.

—¿Amantes? —repite Helena, con una leve sonrisa—. Dicho así suena encantador. Fue una noche. Bueno, una noche y un día. Pasó dos veces, ya está. Fue un error, un error tremendo. La primera vez parecía cariñosa, como poco. Dijo: «Siempre has sido tú». Pero luego, el miércoles pasado, estaba fuera de sí. Ni siquiera sabría decir si me quería o me odiaba. Por favor, no quiero que nadie se entere... —Empieza a llorar—. Mis padres...

—No pasa nada —la tranquiliza Manon—. Se lo preguntamos para avanzar en la investigación. Ni sus padres ni nadie más tienen por qué enterarse. ¿Fue Edith la que empezó la relación?

Helena asiente, con el dorso de la mano en los labios y la barbilla temblando.

—¿Y cuándo pasó?

—Hace una semana. Es decir, el sábado anterior.

—Es decir, el día diez.

—Supongo. Vino a mi piso a las tantas, sobre las dos de la mañana. Iba borracha y..., y me besó.

—¿Y pasó a mayores?

—Sí, pero yo no había estado con una mujer en mi vida —se apresura a decir Helena.

—¿Y después de ese sábado? —pregunta Harriet.

—Volvió a venir el miércoles, durante el día. Estaba mucho más distraída, mucho más... No parecía ella, en absoluto.

—¿No parecía ella en qué sentido?

—Parecía temeraria, una kamikaze. Me dio la sensación de que me estaba utilizando, de que me odiaba. No me miraba a los ojos. Trajo una botella de vino y acabamos en la cama. Cuando le pregunté: «¿Y Will?», ella espetó: «Me importa una mierda». Luego se marchó de repente, como si hubiese cambiado de idea.

—¿Usted quería seguir con la relación? ¿Por eso la acompañó a casa el sábado, al salir del *pub*?

—No sé qué quería... Estaba, y estoy, confundida. Me sentía masticada y escupida, para ser sincera. Avergonzadísima. Pensaba que nadie se enteraría. Les juro que la dejé en la cocina. Ni siquiera hablamos del tema. Yo no tenía agallas para plantárselo. Ojalá la hubiera dejado en Cambridge, ojalá hubiese vuelto sola a Huntingdon.

HELENA

En las escaleras de la comisaría Helena parpadea varias veces, encandilada por el sol bajo, que se refleja en el techo de los coches como si fuesen cuchillos. Entrevé fragmentos de Will Carter, que se le acerca a grandes zancadas: el pelo, la barbilla, una chaqueta donkey negra y una bufanda, pero no sus ojos.

Esa mañana Will había dormido unas horas en su salón, después de que lo interrogase la policía. Cuando ella entró para descorder las cortinas mientras él estaba en la ducha, a eso de las siete, había un intenso e insólito olor a hombre. Dobló su saco de dormir y colocó la almohada encima, y cuando él volvió para vestirse, fue a la cocina a preparar un café bien cargado. Desayunaron en la barra de la cocina, ojerosos, repasando lo que había ocurrido la noche anterior.

En cuanto se entere, no querrá quedarse con ella. No logra descifrar su expresión —¿hay ya recelo?— por culpa del reflejo del sol. Cuando piensa en lo que está a punto de descubrir Will, le falta la respiración. Sube trotando las escaleras de la comisaría.

—¿Estás bien? —le pregunta, agarrándola del codo—. Tienes muy mala cara.

—No es nada —responde—, solo que se hace un poco duro estar ahí dentro. Me asusta lo que está pasando.

—Ya... Quieren volver a interrogarme, vete a saber por qué. Ya se lo he contado todo cinco veces.

—Supongo que no dejan de salir cosas nuevas —comenta. Ahora agradece que el resol oculte la cara de Will.

—Bueno —dice él—, nos vemos luego en tu piso, si te parece bien que me quede otra noche en tu casa. La nuestra está acordonada.

—Como quieras. Si te apetece, por mí perfecto. —Se lleva las dos manos a la frente para protegerse del sol—. Mira, Will..., la policía está diciendo de todo, están intentando hurgar y tal. No les hagas caso... Lo que quiero decir es que no todo tiene por qué ser verdad.

—¿Qué dicen?

—Algunas cosas son solo para intentar provocarte, ¿me explico? Para ver cómo reaccionas.

—No te entiendo —reconoce.

—Es igual, no he dicho nada.

—Bueno, voy para dentro. Luego te pongo al día.

Helena camina directa hacia la luz, dando grandes zancadas, pues el asfalto es liso

y predecible. A los pocos metros, el sol ya no le molesta para ver. Ahora se refleja en alguna ventana o espejo retrovisor —es como mirar a través de los listones de una persiana—. Estará entrando en una sala de interrogatorios, saludando a los agentes que le contarán lo que Edith y ella hicieron a sus espaldas. Quizá mire hacia las escaleras de la comisaría, donde acaban de hablar, pasándose la mano por el pelo, conmocionado.

Un árbol le ofrece una agradable sombra, y Helena ve el atasco en dirección al centro de Huntingdon. Llega al puente de hormigón que pasa sobre la carretera, bañado por la luz oblicua del sol, cual esqueleto de elefante verde grisáceo. Al entrar a la ciudad, los coches están pegados, parachoques contra parachoques, y cuando llega al comienzo de George Street siente un escalofrío. Quizá sea por los conductores, que estiran el cuello para ver a qué se debe el atasco; o los cláxones, que aumentan a medida que la gente se harta del retraso; o los peatones, que ralentizan el ritmo. Helena tiene que abrirse paso entre la muchedumbre para acercarse a la casa, y por fin llega frente a esa conocida cerca que tantas veces ha abierto sin pensar, ahora rodeada con precinto policial y vigilada por una agente de policía con un cortavientos fluorescente, pantalones negros de uniforme y una radio en la que restallan voces difusas.

Unos tres metros más allá hay un grupo de hombres. Desde su posición parecen un corrillo negro, como una bandada de cuervos sobre los restos de un cadáver; sin embargo, cuando se acerca, Helena observa que también hay un par de mujeres entre ellos. Ve las cámaras que llevan colgadas al hombro, las bolsas y los cuadernos. Están riéndose, relajados. Uno le sonríe cuando pasa junto a ellos por la acera y Helena aprieta el paso, hundiendo la barbilla en su bufanda. Rodea el siguiente grupo —dos mujeres con niños jugando alrededor de sus piernas y un jubilado con un carro de la compra—. «Parece que iba a la universidad», es lo único que escucha, a lo que una de las mujeres responde: «Qué horror».

Helena se contiene para no echar a correr. El corazón le late a mil por hora cuando imagina a las mujeres girándose y mirándola con aversión, con unas caras que rezuman morbo y oprobio; cuando imagina a las cámaras apuntándola con objetivos penetrantes.

A salvo, en su piso, vuelve a respirar con cierta normalidad, hasta que oye los pitidos del contestador, en el salón. Se quita la bufanda. Quizá sea el doctor Young. Quizá haya oído lo de la desaparición de Edith en las noticias y llame para ver si está bien. Piii. Aprieta la bufanda contra el pecho. O su padre. Si es su padre, puede llamarlo, contarle qué ha ocurrido y preguntarle si puede pasar el fin de semana en casa, en Bromley, lejos de los intrusos y las preguntas. Piii.

¿Y si es Edith, explicando toda esa confusión con la ligereza que la caracteriza

—«¡Relájate, Hels!»—, como cuando llamó al telefonillo a las dos de la mañana? Helena respondió irridadísima, con su pijama de tartán, y cuando vio a Edith balanceándose ahí, en la puerta, preguntó: «¿Pasa algo?».

Edith, a la que el aliento le olía a syrah o merlot, y que tenía las encías teñidas de negro, la apartó entre risitas y entró en el salón. Llevaba un diminuto sujetador de encaje lila, con una circonita en el centro, que le quedaba precioso con su tono de piel. Tenía huesos delicados y frágiles, los senos perfectos y redondísimos, y unos preciosos brazos delgados. Helena vio que podía rodear la muñeca de Edith juntando los dedos pulgar y corazón, como una pulsera. Y Edith le ofrecía, con esas manos encantadoras, la promesa de la excitación y el descubrimiento, como si lo único que las contuviese fuese la estrechez de miras de Helena.

«Vamos a soltarte un poco, Hels», murmuró Edith, dándole un mordisquito en la comisura de los labios mientras le desabrochaba los botones del pijama.

Helena entra lentamente en el salón, deja la bufanda en el brazo del sofá y se desabotona el abrigo. Pulsa el *play* en el contestador.

«Hola, este es un mensaje para Helena Reed. Soy Bethan Jones, del *Mail on Sunday*. Estamos haciendo un especial sobre Edith Hind y quería saber si te apetece contarnos..., en fin, cómo es de verdad, ya que eres su mejor amiga. Le daría muchísima vida al reportaje. Estoy segura de que estás preocupada por Edith y, claro, cuando se da una cobertura de este tipo aumenta el interés, así que, si quieres hablar, para contribuir al llamamiento de la policía, puedes ponerte en contacto conmigo. Estoy deseando que podamos charlar, Helena. Gracias de antemano. Por cierto, soy Bethan Jones».

DAVY

Ladea la cabeza a la izquierda y siente estirarse el músculo de ese lado del cuello; luego a la derecha. Su cuerpo está empezando a resentirse por llevar más de veinte horas sin tumbarse como Dios manda. Ahora —tras una noche y un día entero de servicio— siguen esperando el informe de las seis de la tarde. La semana pasada escuchó en la radio que una investigación demostraba que los turnos de noche pasan factura al organismo, que se cargan los ritmos naturales y pueden causar cáncer.

Ayuda al estiramiento llevándose una mano a la coronilla y tirando con suavidad. Pero, mientras lo hace, está deseando irse a dormir. Un lado, luego el otro. Observa lo que queda del equipo: Kim echándose un café recalentado; Stuart sentado al lado de Colin, y Harriet y Manon junto a la pizarra. Todos con expresión lúgubre, esperando a Fergus. La situación se está caldeando en la sala de prensa.

Treinta y seis horas desaparecida. A esas alturas lo habitual es tener un cadáver o un avistamiento con garantías; o a una chica herida, alejándose cojeando del trauma que ha vivido. Pero... ¿esto? Las cosas se están poniendo cada vez más turbias, y a Davy no le gusta un pelo cómo pintan.

Acaba de volver de la sala de interrogatorios 3, donde Will Carter no dejaba de pasarse la mano por el pelo, confundido, y de decir: «¿Edith? ¿Y Helena?», como si Manon y él hubiesen perdido completamente la cabeza.

—No —balbució Carter—. No me lo creo, no puede ser.

—Helena nos lo ha confirmado —respondió Manon sin mostrar un ápice de compasión, como le habría gustado a Davy.

Ha vivido todo esto más de una vez, claro, pero eso no hace menos deprimente ver a la gente replantearse todo su entorno, como si los edificios hubieran cambiado de sitio o de forma, como si las carreteras fuesen en otra dirección. Las personas a quienes creen conocer tienen vidas ocultas: otras mujeres, otros hombres, dinero robado, deudas ocultas, un pasado como miembro de un cártel o en el mundo del juego, hijos secretos... Lo agota y al mismo tiempo lo fascina ver al personal removiéndolo todo con su enorme cuchara de palo. Le entran ganas de preguntarles, abatido: «¿No podéis estaros tranquilitos? ¿No podéis dejaros los botones abrochados, no meteros en berenjenales, dejar de beber, dejar de follar? ¿La vida no es ya lo bastante complicada?».

Y ahí tenía a Will Carter, desconcertado. No se levantó de golpe, como hacía la mayoría, intentando voltear la mesa y gritando: «¡Os estáis riendo de mí!», o pegándole una patada a la silla. No, él seguía pasándose la mano por el pelo, con gesto elegante, y repitiendo: «¿Edith y Helena? ¿De verdad?», con una leve expresiór

de perplejidad.

—Echando la vista atrás —le dijo Manon a Carter, mientras Davy pensaba «No le aprietes, el pobre hombre está impactado»—, ¿puede ver indicios de esa relación?

—Siempre estábamos juntos los tres, éramos uña y carne, nunca me lo planteé. Lo que demuestra lo imbécil que soy. —Carter soltó una risita de autodesprecio, que volvió a despertar la compasión de Davy.

Compasión que Manon no parecía compartir.

—O quizá se enteró, señor Carter —propuso—, y se cabreó, y se puso celoso. Quizá volvió antes de Stoke para enfrentarse a Edith por este asunto.

—No, les doy mi palabra de que no lo sabía. Y eso me hace quedar como un auténtico tontaina. Ya sé que hay quien cree que uno debería conocer..., en fin, el funcionamiento interno de sus allegados y sus seres queridos. Pero la verdad es que si no te lo dicen...

—¿Tenía la sensación de que Edith iba a dejarlo?

«Por Dios», pensó Davy, «dale al pobre hombre un respiro, joder».

Carter resopló.

—No, la verdad es que no. ¿Van a decirme que eso tampoco es verdad? Miren, puedo tolerar la infidelidad. Una canita al aire con Helena no va a cambiar mis sentimientos. —Los ojos se le llenaron de lágrimas, enormes gotas a punto de estallar, que se quedaban justo ahí, al borde de sus ojos azul grisáceo con motitas marrones—. Pero no me digan, por favor, que ya no me quería, que no me quiere. No me lo digan estando desaparecida, por favor.

Davy había puesto la mano en el brazo de Manon.

—No, claro que no —respondió ella, con voz suave.

Davy respiró aliviado, sabedor de que no iba a soltarle la bomba de Jason Farrer. Las infidelidades, de una en una.

—Dinero —sentenció Harriet, señalando con el dedo corazón su nueva lista de prioridades—. Edith no usaba bancos, y no había efectivo en la casa cuando la registramos. Pues bien, eso quiere decir que se lo gastó todo, que lo llevaba encima cuando la secuestraron o que se lo quitaron y la desaparición es consecuencia de un robo con agravantes. Nigel, ¿cómo vamos con las grabaciones de las cámaras de la oficina de correos del uno de diciembre?

—El director no sabe pasarlas a DVD —responde Nigel.

—Pues entonces ve y hazlo tú —replica Manon, y luego se intercambia con Harriet una mirada de irritación.

Nigel se encoge de hombros. Sus gemelos recién nacidos le han destrozado la

vida, se dice Davy; está tan cansado que ya ni siquiera se ofende. Vosotros criticadme, parece querer decir con sus ojos exhaustos, me da igual, lo único que quiero es acostarme.

—Manon, ¿nos describes el viaje de Will a Stoke y su regreso, por favor? —continúa Harriet.

—Sabemos que viajó a Stoke, como nos ha dicho, el viernes por la tarde. El RAM captó tres veces su matrícula en el viaje de ida y, claro, su madre lo confirma.

—Qué remedio, ¿no? —masculla Harriet—. Perdona, sigue.

—La madre dice que se marchó de su casa de Stoke el domingo a las cinco y media de la tarde. Él dice que volvió por otra ruta porque el domingo había obras en la autopista, de ahí que tardase casi tres horas en llegar a George Street, sobre las ocho y media. Luego pasó media hora en la casa buscando a Edith y llamando a varias personas, como a Helena Reed, antes de telefonar a sus padres, y luego a nosotros, a las nueve. El caso es que no tenemos constancia del viaje de vuelta. Puede que las cámaras no estén operativas en esa ruta, lo estamos comprobando; o que fuese delante de un camión o algo por el estilo; o que la matrícula estuviese manchada de barro y el reconocimiento no funcionase...

—O que estuviese en su casa matando a su novia —espetta Stuart, con bastante más confianza de la que se merece para ser su primer día, opina Davy en su fuero interno, aunque nunca le pidan su opinión.

—Ah, Fergus —dice Harriet—: el escenario es todo tuyo.

Fergus Kelly, un hombre pulcro y con gafas, siempre con el traje impecable. Lleva diez años trabajando en el gabinete de prensa y vivió en primera persona el caos del caso Soham, que lo conmocionó más que ningún otro porque acabó con la mitad de sus contactos y con los detalles y las reglas tácitas que hasta ese momento habían regido el intercambio de información entre prensa y policía.

—A ver, los tabloides ya están volcados en el tema —dice Fergus, recolocándose las gafas en la nariz. Tiene un brote de acné en la barbilla, impropio en un hombre de cuarenta y pico años, pero comprensible si se combina el estrés con los hidratos de carbono refinados que sirven en la cantina. Una de sus hijas tiene parálisis cerebral. Davy no sabe por qué ha hecho esa reflexión, pero no le parece justo que Fergus tenga que vivir con tanta presión—. Como es natural, podemos usar el interés de los medios para ir ofreciendo información, pero debemos controlarla: todas las preguntas tienen que pasar por el gabinete de prensa. Los Hind han accedido a dar una rueda de prensa mañana a las once, y también podríamos sacar a Will Carter para ver cuánto suda. Como es natural, los primeros días la prensa tiende a colaborar y apoyar la línea de investigación policial. Cuando pasan un par de días —se enjuga el sudor de una ceja

—, cuando no hay nada nuevo, es cuando pueden volverse... —Se tapa la boca con el puño y tose—. Es fundamental que no haya filtraciones —añade, mirando uno por uno a todos los miembros del equipo, y en particular al recién llegado, con unos ojos más suplicantes que autoritarios—. Y que controlemos, como digo, el intercambio de información.

MANON

Manon desliza su bandeja por el mostrador, observando las bandejas metálicas rectangulares con judías, salchichas, champiñones aguados, tomates de lata y huevos revueltos que se han solidificado en forma de cuadrado. Un bufé de desayuno permanente en una sala con poca iluminación, a las ocho de la tarde del lunes, para gente que ha dejado de seguir las rutinas habituales del día y de la noche.

—Hola, señorita —saluda Larry desde el otro lado del mostrador. Es de Gabón. No puede llamarse Larry, pero tolera esa anglosajonización perezosa de su nombre—. Pareces cansada, guapa. ¿Turno largo?

Larry le sonríe. Siempre está sonriendo, aunque echa más horas que un reloj y cobra el salario mínimo, sirviendo comida barata al Cuerpo de Policía de Cambridgeshire, casi exclusivamente blanco. De cuando en cuando, Manon lo oye hablar en un precioso francés africano con una de sus compañeras, con la que comparte lado de ese mostrador divisorio. Más de una vez se ha dicho que le va a preguntar por Gabón, por cómo acabó en Huntingdon, pero nunca encuentra el momento.

—Un caso gordo, Larry. No podemos darles cuartel a los malos. Judías y salchichas, por favor.

Lleva su bandeja a una mesa vacía y levanta la cabeza para ver la televisión, colgada de la pared. En Sky News están dando un reportaje sobre la desaparición de Edith Hind. En la franja roja de la parte inferior de la pantalla se lee: «Últimas noticias desde Huntingdon: Edith Hind, estudiante de veinticuatro años de la Universidad de Cambridge, está desaparecida. Su padre es *sir* Ian Hind, médico de la familia real».

Se levanta para coger el mando a distancia de otra mesa. En la sala hay unos cuantos agentes que están de apoyo o trabajando en el caso, entre ellos Stuart, que tiene la costumbre de lanzar a Manon unas miradas que a ella le parecen un tanto inapropiadas. Davy está un par de mesas más allá. Coge su bandeja y se sienta a la mesa de Manon, mirando expectante la televisión mientras ella pone las noticias de Channel 4 + 1.

«La policía afirma que se encuentra muy preocupada por el paradero de una joven de veinticuatro años que desapareció el sábado por la noche de su casa de Huntingdon», dice la presentadora («muy preocupada» es la fórmula en clave para decir «creemos que está muerta»). «Mientras la policía de Cambridgeshire se halla en plena búsqueda, conectamos con nuestro enviado especial».

El hombre está apostado frente a la puerta de la casa de Edith, en un charco gris

de nieve derretida. Un foco ilumina la oscuridad de la noche invernal, de su boca salen nubes de vaho y a su espalda soplan ráfagas de aguanieve.

«La policía está investigando lo que pudo ocurrirle a Edith Hind tras volver a casa después de una fiesta en Cambridge el sábado por la noche». Manon corta una salchicha procesada; la carne está pálida. Preparada con la mejor selección de párpados y vértebras, se dice, irónica, con voz de anuncio.

«La estudiante de posgrado aparece en una grabación, riéndose y cantando junto a sus amigos en el *pub* The Crown de Cambridge. Luego, ella y su amiga Helena Reed volvieron a casa de Edith, en George Street, donde nos encontramos, y se despidieron. Lo que sucedió después es un misterio.

»La subinspectora Harriet Harper, de la Unidad de Crímenes Graves de Cambridgeshire, pide a quien pueda ofrecer cualquier información sobre Edith que se ponga en contacto con la policía. Los padres de Edith y su novio, Will Carter, también estudiante de Cambridge, darán una rueda de prensa mañana por la mañana».

La comida llena el estómago de Manon de un calor que se extiende y le sube a las sienes, haciendo que le entren unas ganas tremendas de dormir. Quiere seguir comiendo —siempre le ocurre en los turnos interminables—, como si pudiera sustituir una cama mullida con hidratos de carbono. Carga otra cucharada de judías.

«Me soportaba», les dijo Will Carter cuando volvieron a interrogarlo tras la revelación sobre Helena Reed. Cuando Manon quiso darse cuenta, llevaba un rato mirándolo con la boca entreabierta, y al fijarse en Harriet, que había entrado para sumarse a Davy y ella a mitad del interrogatorio, comprobó que ella tenía esa misma expresión: «No eres de verdad. Eres un novio de juguete, creado por DreamWorks».

Sin embargo, su belleza y su buen porte, que en un primer momento habían hecho que Manon empezase a jugar con un rizo y que Harriet metiese barriga, acabaron disipándose. Ambas lo interrogaron sobre todas las facetas de su vida con Edith y, aunque lo tenían a su merced y estaban en medio del caso más importante que habían visto en muchos años, sus respuestas tenían un curioso efecto narcótico. Manon se frotó un ojo, que le picaba como si tuviese arenilla dentro, y lanzó una mirada a Harriet, que estaba reprimiendo un bostezo.

—¿Hacemos una pausa para un café? —propuso Harriet en un momento dado.

Y, junto a la máquina de la Brigada de Homicidios, ambas coincidieron, entre susurros:

—Cada vez que abre la boca me dan ganas de dormirme —dijo Manon, con los ojos vidriosos.

—Ya ves —respondió Harriet—. No es aburrido, pero es como si fuera absolutamente imposible concentrarse en lo que dice. De repente me he dado cuenta

de que estaba pensando en la compra. Es flipante, ¿eh?

Carter les explicó cómo había conocido a Edith, les habló del baile de fin de curso, del vestido de terciopelo que llevaba, con un escote en forma de corazón, y de cómo ella le recitó a Yeats mientras cruzaban el parque, con los tacones de aguja en una mano y una botella de Beck's en la otra.

Manon se come otro trozo de salchicha y mira a Davy o, mejor dicho, mira a través de él. Está diciendo algo sobre números de teléfono, sobre un número que encontraron en el móvil de Edith Hind.

No tardarían en llegar las flores —o en el lugar donde encontrasen el cadáver o en la puerta de su casa— de ciudadanos anónimos, que escribirían tarjetas diciendo «Ahora estás a salvo» o «Descansa en paz» o «Cuida de nosotros desde el cielo». Esos turistas de la tragedia la asustan; es como si estuviesen ávidos de catástrofes, como si un hilo invisible conectara su interior con el sufrimiento ajeno, cual anzuelo en la boca de un pez. Manon ha visto de cerca la muerte y sabe que no es un descanso ni un viaje. «No entres dócilmente en esa buena noche».

Piensa en la expresión aterrorizada de *lady* Hind y comprende que el sufrimiento de los parientes de los desaparecidos radica en que no hay un rostro claro al que enfrentarse: ni el abismo de la muerte ni la esperanza, sino una oscilación espantosa entre ambos. Si de verdad existía un purgatorio, era eso.

—Ese número, desconocido-515 —sigue diciendo Davy, con la boca llena de huevos revueltos—, aparece dos veces en su móvil. Edith llamó el lunes, el día 12, creo que era, antes de la desaparición. Fueron veinte minutos de llamada. Luego volvió a llamar el viernes 16. Eso tiene que significar algo.

—¿A nombre de quién está registrado el número?

—Es una tarjeta de prepago, no está vinculada a nadie; se pagó con efectivo en Cambridge. Estoy intentando sacar algo más. ¿Por qué llamaría Edith a un número desconocido?

Manon se lleva a la boca la última cucharada de judías estofadas. Tiene el ojo irritado, como seco —indicio de la falta de sueño o de un orzuelo incipiente—, y sabe que cuando se despierte mañana estará hinchado como una ampolla. Va a quedar de fábula cuando haya decenas de cámaras de televisión pululando por ahí. Deja de frotárselo, pero las ansias son abrumadoras, y sabe que dentro de tres segundos se lo arañará con violencia.

MARTES

MIRIAM

Las dos de la mañana, la segunda noche en vela, se dice Miriam, cayendo en la cuenta de que en un primer momento creyó que, para entonces, Edith ya estaría con ellos. La habrían encontrado. Y es consciente de que, para los desaparecidos, el paso del tiempo —ya son cuarenta y ocho horas, según los cálculos de la policía— es como un tumor creciente, como si las horas fuesen vaciando de vida sus cuerpos. Lloro a todas horas, cuando piensa en lo que Edith puede haber sufrido. O podría seguir sufriendo. Es su hija y no puede evitarlo, no puede protegerla. Hasta que su cabeza ya no lo soporta y se sume en un estado de entumecimiento.

En esa habitación del Hotel George hace demasiado calor, como suele ocurrir en muchas habitaciones de hotel. La atmósfera es sofocante, es imposible abrir las ventanas y las cortinas pesan como plomo. Habían bajado a cenar por aquello de conservar un atisbo de respeto por las pequeñas rutinas de la vida, pero se dedicaron a remover la comida en el plato hasta que se marcharon del comedor, cuando la presencia de los periodistas de la televisión y los periódicos, en las mesas contiguas, se volvió insoportable: constantes miradas furtivas, conversaciones que se atenuaban cuando ellos pasaban a su lado, ojos que miraban otra vez al plato cuando, involuntariamente, se cruzaban con los suyos. Era desagradable.

Cuando no está llorando, es como si desconectara, como si todo ese barullo lo estuviera viviendo otra persona: los reportajes en las noticias, las cámaras en la puerta de casa de Edith, esa situación dramática. La desconcierta tener los focos encima cuando entran y salen de la comisaría, o al subir las escaleras del hotel; todas esas luces blancas deslumbrándola, todos esos *flashes* de las cámaras. Se deja llevar de un lado a otro por la mano de Ian, o agarrada de su brazo. Impulsada por él. No sabe lo que haría si no tuviese a su marido dirigiéndolo todo.

Después de la cena se dio un baño y, estando en la bañera, pensó en lo que debería ponerse para la declaración televisada. ¿Estaba mal que se preocupara por qué ropa llevar para salir en la televisión nacional? Cuando quiso darse cuenta, se estaba preguntando qué prenda la hacía más delgada (¿la chaqueta azul marino o el cárdigan cascada mostaza?). Incluso llegó a plantearse cuál parecería más de luto. ¿Cómo podía pensar en aquellas cosas? Sin embargo, la cabeza tiene que estar royendo algo, si no quiere roerse a sí misma.

Desde la bañera había oído a Ian hablar por teléfono con varias personas, entre ellas Rollo, para saber cuándo podría volver de Argentina («Pago el billete de primera clase si es lo único que hay disponible. Sí, sí, vale. ¿Entonces puedes estar aquí el miércoles por la tarde? Sí. Ojalá fuera antes»). Al escuchar eso salió de la

bañera, se envolvió con una toalla y le quitó el teléfono a su marido.

—¿De verdad no puedes volver antes, cariño? —le preguntó a Rollo—. Estaré mucho más tranquila cuando vuelvas. ¿Te dijo algo a ti? No, ya... Vale, nos vemos el miércoles. Te quiero mucho, hijo. —Oír esa voz bastaba para reconfortar su trémulo corazón.

Luego, Ian habló con la subinspectora Harper y con Rosemary, de la clínica, para decirle que no volvería a trabajar en un tiempo y que no hablase con la prensa.

Por la cabeza se le pasan ideas absurdas, y se pregunta si ha sido ella quien ha motivado esto. ¿Ha sido culpa suya? ¿Ha sido una madre distante? Porque Edith siempre dramatizaba sus sentimientos, como si quisiera que su voz se oyese sobre el estrépito. Y a Miriam esa..., esa realidad le parecía típica, por así decirlo. Su hija mayor nunca había entendido que bastaba con exponer los hechos; para ella, todo tenía que ser «el peor momento de mi vida» o «una pesadilla, literalmente». Edith siempre era más desdichada, estaba más enferma o más triste que los demás. Eso hizo que Miriam se tomase mucho más en serio los eufemismos de Rollo: cuando, de niño, decía con voz enferma que no se encontraba bien del todo, ella le tocaba a toda prisa la frente y comprobaba que estaba ardiendo. Cuando Edith decía entre lamentos que estaba «muriéndose», Miriam ponía cara de paciencia y la mandaba al colegio. Así se habían criado sus hijos, Edith siempre era la protagonista de los dramas. Pero, por Dios, una búsqueda de la policía...

Aprieta los ojos con fuerza, inclina hacia atrás la cabeza y las lágrimas se le escapan por las comisuras de los ojos, porque quiere a Edith con toda su alma y la critica porque forma parte de su ser. Esa separación es como un desgarrar de la carne.

Se incorpora en la cama. «Tenemos que hacer algo, pero de verdad». Oye algo, mira al otro lado de la cama y ve la espalda de Ian en la oscuridad. Está sentado en el borde del colchón, en camiseta interior. Tiene los codos apoyados en las rodillas y las manos en la cabeza y está llorando. En silencio, para no despertarla.

Ella se le acerca y le acaricia la espalda.

—Creía que estaría en Deeping —se sincera—. Tumbada en su cama con los auriculares, leyendo un libro. Que levantaría la cabeza, preguntándose a qué venía todo ese follón.

—Vamos a ver si ha aparecido —propone Miriam—. No puedo aguantar aquí cruzada de brazos. Es una corazonada, a ella le encanta esa casa. Tengo la sensación de que, si estuviese en apuros, iría allí.

—La policía no quiere que vayamos. La Científica está analizándolo todo.

—¿Y qué pasa si la han atropellado, si está herida en algún sitio? No lo sabemos, Ian, no lo sabemos.

—Para eso están usando perros policía, para localizarla con el rastro de su sangre.

—De pronto sabes muchísimas cosas —le reprocha, con un tono más duro que el que pretendía.

—Tenemos que pensar. ¿Dónde puede haber ido? —Ambos tienden a eso, a darle vueltas a la cabeza para salir de sus problemas, como si la mera fuerza del intelecto pudiese controlar el azaroso mundo.

—¿A Francia? Sé que llevamos años sin ir, pero habla francés.

Él niega con la cabeza.

—Acuérdate de la aduana..., no lleva el pasaporte. Deberías llamar a Christy y Jonti.

—Sí. No sabrán nada, pero sí. Lleva años sin ver a Jonti. ¿A Rollo se le ocurre algo?

—Dice que no, pero está creando una página de Facebook o algo así, «Vamos a encontrar a Edith». Ojalá pudiese volver antes. Miri... —dice, pero un sollozo le corta la voz.

—Ya lo sé —responde ella.

Están unidos y quieren a Edith con una fuerza leonina. Por mucho que discutiesen, todo desaparecía cuando Edith, de niña, se les acercaba tambaleándose con sus piernas rechonchas, o cuando ponía una cara divertida, o los embelesaba de las mil formas que sabía, y ambos miraban con una sonrisa bobalicona a su hijita. Juntos. Gracias a Dios que están juntos. La única persona del mundo que está tan aterrorizada como ella se encuentra ahí, a su lado.

Miriam empieza a llorar.

—Si le ha pasado algo, no voy a volver a estar bien en mi vida.

—Miri, cariño, ven aquí —le dice Ian, abrazándola—. Vamos a encontrarla. Vamos a seguir buscando hasta que la encontremos.

MANON

Cuando apaga el motor, el viento aúlla alrededor del coche. Debería salir con aspecto fresco y subir al trote las escaleras de la comisaría, lista para afrontar el nuevo día, pero apoya la frente en el volante.

—¡Buenos días! —dice una voz atenuada, al otro lado de la ventanilla del conductor. Es Davy, claro, que le sonríe café en mano, mientras la luz brilla tras esas maravillosas orejas que parecen signos de interrogación rojos. Baja la ventanilla y unas gotas de gélida aguanieve se cuelan en el coche.

—¿Cómo llevo el ojo? —pregunta, esforzándose por abrirlo todo lo posible.

—Yo no veo nada raro. Te he traído esto, para que entres en calor. ¿No tenemos una sesión informativa a las ocho?

—Un momentito —dice Manon.

Sube la ventanilla, usando las dos manos y toda la fuerza de su hombro. Davy ha retrocedido un par de pasos y aguarda junto al coche, sosteniéndole su café cual camarero real. Baja la visera para mirarse en el espejo empañado. Tiene el ojo izquierdo medio cerrado, enrojecido e inclinado hacia abajo, como si le hubiesen dado un puñetazo. Abre la puerta del coche. Hace un frío que pela y el aire frío le corta los tobillos, las muñecas y el cuello, por lo que se encoge y se tensa. Cierra el coche, coge el café que Davy le tiende y suben juntos las escaleras de la comisaría.

—Venga, para dentro —les conmina Harriet desde la puerta de su despacho.

Se ajusta los tirantes del sujetador. Es como si nunca estuviera cómoda del todo, como si no fuera de su talla.

—¿Y a ti qué te ha pasado? —dice, al ver el ojo de Manon.

—No es nada, se me ha hinchado un poco.

—Parece que te han pegado una paliza.

Harriet está nerviosa. La chica ya lleva cincuenta y cuatro horas desaparecida, no tienen ni una sola pista fiable y hay seis posibles líneas de investigación. Gracias a Dios, su superior, el inspector jefe Gary Stanton, aún no ha dado señales de vida, pero las interferencias se palpan en el ambiente: entre ellos flota la sospecha difusa de que podrían estar haciéndose llamadas entre el Ministerio del Interior y el consejero de Interior de Cambridgeshire, *sir* Brian Peabody; de que alguien podría sacar el tema en el club privado Annabelle's o en el Salón Pugin de la Cámara de los Comunes; de que podría filtrarse una presión discreta hasta el comisario principal, que sin duda se interesará mucho por el caso. «Queremos a los mejores para buscar a la hija de Hind, comisario. Nadie quiere cagarla en algo así de gordo».

Manon y Davy toman asiento en el despacho de Harriet; Manon rodea su café cor

las manos.

—¿Qué le ha pasado? —se recrimina Harriet, caminando de un lado a otro de la sala—. Es como si se hubiera evaporado. No encontramos nada en las cámaras de vigilancia, nadie la ha visto...

—¿Cómo vamos con la búsqueda? —pregunta Davy.

—Los de POLSA la han ampliado hasta el campo de Portholme Meadow. Hay más de cien agentes, y a lo largo del día los buzos del Grupo de Actividades Subacuáticas van a empezar a buscar en el río Ouse.

—Un cadáver tarda una o dos semanas en salir a flote —dice Manon.

—¿Y qué hay de Graham Garfield, el director de tesis? —se interesa Harriet—. El sábado por la noche estaba husmeando por allí.

—Su mujer dice que volvió a casa después de ir al *pub* —responde Manon.

—Creo que tenemos que sospechar un poco de las coartadas que dan mujeres y madres.

Hay unos segundos de silencio.

—Vale, la rueda de prensa con los Hind. Vamos a observar a Will Carter, a ver cómo reacciona. Kim Delaney está buscando en internet prendas parecidas a las que Edith llevaba el sábado por la noche: vaqueros y sudadera azul.

—Jefa —la reclama Colin, desde la puerta—. Hemos descubierto algo... —Todos lo miran—. Carter tenía otro teléfono. La antena de Huntingdon registró actividad el sábado por la noche de un número de T-Mobile registrado a su nombre.

Todos se miran entre sí.

—¿Actividad de qué tipo? —replica Harriet.

—Dos llamadas, una a las cinco de la tarde y otra a medianoche. Eso es todo lo que sabemos hasta que llegue el análisis completo, pero lo sitúa en Huntingdon la noche de la desaparición de Edith.

—¿Y ahora dónde está ese teléfono?

—No lo sabemos, se encuentra apagado.

—¿Hemos localizado ya su coche saliendo de Stoke? —pregunta Manon.

—No —responde Harriet—. Nigel está revisando las carreteras secundarias, comprobando otras posibles cámaras. Hay que interrogarlo otra vez para preguntarle por esto, y dejarnos de té, comprensión y buenas formas.

—Espera —interviene Manon—. Permitamos que dé la rueda de prensa, para ver su actitud. Luego le preguntaremos qué hacía su móvil en Huntingdon si dice que estaba en Stoke.

—Que haya agentes en la puerta —dice Harriet—. Vamos a centrarnos todos en su

coartada. Preguntaremos casa por casa en el barrio de su madre, en Stoke, a ver si alguien lo vio marcharse antes de lo que dicen. Y también comprobaremos las cámaras.

Manon apoya una nalga en el borde de la mesa de Colin y levanta la cabeza, mirando a la televisión, donde aparece una mesa vacía con cuatro sillas y otros tantos micrófonos.

El resto del equipo se reúne a su alrededor: Colin en su silla giratoria; Kim, que ha interrumpido su viaje por la red; Davy, claro; y la última incorporación, Stuart Leach. Manon lo mira de refilón: sus ojos pasan de su cabeza rapada a la pantalla, y luego vuelven a sus hombros anchos y su camisa holgada (le encantan los hombres con camisa holgada, sobre todo cuando los pliegues se marcan mucho), su mandíbula cuadrada y sus ojos oscuros, con un punto de picardía. Él la pilla mirándolo y sonrío.

—Así que ha sido el novio, ¿no? —dice, y ella siente cómo le lanza todo su atractivo como una granada: picardía o irreverencia.

—Eso parece, pero no estamos seguros —responde ella, mirando el monitor y metiendo barriga. Tiene que dejar las tostadas con Marmite—. Ya salen.

Ven a Harriet sentarse en la silla más a la derecha de la pantalla, y acto seguido los Hind aparecen por la izquierda, arrastrando los pies con paso trémulo, cogidos de la mano, con la mirada gacha. Will Carter es el último en entrar; lleva una camisa azul que resalta el azul grisáceo de sus ojos. Manon se imagina perfectamente a las periodistas de la sala, incorporándose en sus sillas. Se disparan los *flashes*, y ese zumbido eléctrico se mezcla con los murmullos y el arrastrar de sillas: televisiones, medios locales, nacionales, agencias, canales digitales y periodistas web. Manon se percata de las ojeras grises de *sir* Ian. Los ojos de *lady* Hind están rojos. Ambos tienen el pelo plateado, como cubierto por una capa de escarcha. Carter se pasa una mano por el pelo y las cámaras responden con otra ráfaga de *flashes*.

Harriet informa sobre los datos relevantes de la investigación, la cronología de la desaparición de Edith y el número de la línea directa con la policía. De cuando en cuando lanza miradas a Will, que tiene los ojos clavados en las cámaras.

Un teléfono suena a espaldas de Manon.

—¡Joder! ¿Ya? —espeta Colin—. Aquí llegan los esquizofrénicos...

—Será alguna mujer ofreciéndose para consolar al señor Carter —insunúa Kir—. Aunque se la haya cargado, recibirá unas cuantas propuestas de matrimonio.

Ven a Harriet presentando a *sir* Ian. Hay un breve silencio antes de que empiece a hablar.

—Estamos preocupadísimos por Edith —dice, levantando los ojos y mirando a la

falange de periodistas y cámaras. Por un instante se lee una profunda aversión en su cara. *Lady Hind* lo sujeta de la mano—. Es una chica ingeniosa, inteligente y con talento, pero las circunstancias de su desaparición son, como es natural, motivo de una inquietud creciente. Edith, si estás viéndonos, ponte en contacto con nosotros para decirnos que estás bien, por favor. Y si alguien ha visto a nuestra hija, le rogamos que llame a la policía.

—Señor Carter —dice una voz femenina—. Soy Keeley Davis, del *Hunts Post*. Me imagino que estará destrozado...

—Yo..., estoy..., estoy... —Will Carter mira a su alrededor—. No puedo dormir. Es una tortura, una pesadilla. Solo queremos saber dónde está Edie.

Manon cree ver a *lady Hind* cerrar los ojos en una imperceptible mueca de dolor, pero quizá se lo esté imaginando.

—Disculpe, una pregunta más —insiste Keeley Davis, avasalladora, que sin duda dará el salto al *Mail* más pronto que tarde, con su traje ceñido y su Nissan retro, equivalente automovilístico de un bolso de Prada—. ¿Notó algo en su comportamiento en los días previos a la desaparición, algo que le diese motivos para preocuparse?

—No, nada en absoluto —responde Will. Tiene los ojos clavados en Keeley, el ceño fruncido y la mirada seria: es francamente adorable—. Esto no es propio de ella, ni muchísimo menos. Éramos felices, somos felices, mejor dicho, y estamos muy unidos. Ella es mi mundo. Estaba trabajando mucho en su doctorado, deseando que llegase la Navidad. Lo típico.

Harriet señala a otro periodista del público.

—Sí, Terry.

—Terry Harcourt, *The Mirror*. Sir Ian, ¿puede decirnos algo más sobre Edith? ¿Qué tipo de chica es?

Sir Ian parece un tanto perdido.

—Bueno... —responde, pero se detiene unos segundos, como si no hubiera entendido la pregunta—, como he dicho, es una chica inteligente. Se graduó con matrícula de honor y está haciendo el doctorado. Es bastante deportista y está muy concienciada con el medio ambiente.

Manon observa su expresión desconcertada ante los clics de los obturadores y los fogonazos de los *flashes*. Sabe lo que quieren: que no aguante más y exteriorice sus sentimientos. Quieren que Miriam Hind y él se derrumben al pensar en «su ángel».

Harriet pasa a la siguiente pregunta.

—Sí, Andy, del *Herald*.

—*Sir Ian*, es usted médico de la familia real. ¿Le ha enviado la reina algún mensaje mostrándole su apoyo?

—Eso me parece del todo irrelevante en esta rueda de prensa —responde *sir* Ian.

—Sí, es verdad. Nick, ITN —continúa Harriet, señalando al fondo de la sala.

—*Sir* Ian, es usted un buen amigo del ministro del Interior. ¿Ha puesto más recursos al servicio de esta investigación?

—A esa puedo responder yo —interviene Harriet—: todos los recursos del Cuerpo de Policía están a nuestra disposición para la búsqueda de Edith, como ocurriría con cualquier desaparición de alto riesgo.

—¿Es cierto que están buscando un cadáver? —grita una voz, entrando en la sala.

Manon ve a *lady* Hind encogerse de dolor. En la sala resuena un gran murmullo.

—¿Cómo se llama? —pregunta Harriet.

—Tony Thackeray, del *Eastern Daily Press*. Hay una persona desaparecida, han pasado más de cuarenta y ocho horas y estamos bajo cero. Sin duda, llegará un momento en que esto se convierta en una investigación por homicidio. Además, ¿la Brigada de Homicidios de Cambridgeshire no recibió ya críticas en su día por tardar demasiado en considerar un caso de desaparición como un posible homicidio? El caso de Lacey Pilkington...

—Jooder —susurra Manon.

Sir Ian y Miriam se intercambian una mirada de incredulidad y luego miran a Harriet, que responde:

—La prioridad es encontrar a Edith.

—Ojo ojo —dice Colin, señalando la pantalla con un ademán de la cabeza—. Parece que el oficial Matute ha vuelto de sus vacaciones.

Todos se percatan de la presencia del inspector jefe Gary Stanton, al fondo de la sala, apoyado en la pared. Los botones de su camisa blanca están tensos y lleva un traje de civil azul marino, impecable. Tiene todo el aire de alguien que acaba de bajar de un avión: la cara y la coronilla calva están tostadas cual pavo al horno, resplandecientes por la buena vida. Está mirando a Harriet, que se tensa.

—Me temo que vamos a tener que ir terminando —concluye, retorciéndose en su silla. Está deseando pillar a Will Carter, Manon lo nota al ver a Harriet así de agitada: por eso los despacha tan rápido—. Gracias a todos por venir.

DAVY

—Me lo robaron —afirma Will Carter, caminando de un lado a otro de la sala con una mano en el pelo y otra en la cadera—. Miren, sé que huele a chamusquina, pero les doy mi palabra de que no se me ocurrió mencionarlo. En lo único que pensaba era..., en fin, estaba completamente centrado en Edie.

Davy está en pie, reclinado contra la pared, detrás de Harriet y Manon, sentadas en la mesa frente a Carter. Tiene la sensación de que Harriet lo está usando de «poli malo», aunque la verdad es que su cara lo delata. Le han dicho más de una vez que siempre parece un tanto abochornado o sorprendido, así que ha probado a apoyarse con gesto cínico en la pared, como si fuera un cúmulo de profundo escepticismo. Harriet también está reclinada en la silla, jugando con un lápiz. La agente desconfiada. Manon, en cambio, está inclinada hacia delante, y su postura dice «Quiero intentar entenderlo».

—Siga —ordena Manon.

—No le di importancia. Se me olvidó.

—¿Cuándo y dónde se lo robaron, señor Carter? —pregunta Manon.

—De mi coche. El viernes, mientras me preparaba para marcharme. Lo dejé en el asiento, cerré el coche de un portazo y entré en casa un momento para coger mi bolsa. En teoría iba a ser un minuto, aunque a lo mejor fueron cinco; el caso es que, cuando salí, ya no estaba.

—¿Vio a alguien... huyendo, o cerca del coche?

—No. Miré a ambos lados, pero la calle se encontraba vacía. A lo mejor estaban escondidos detrás de un seto o algo por el estilo, no lo sé. De todas formas, no los habría perseguido. Para estas cosas soy un cobarde... No quiero que me cosan a puñetazos. Supongo que estarían vigilándome y aprovecharon la oportunidad cuando entré en casa.

—¿Y no pensó en denunciarlo? —dice Harriet.

—Quería salir rápido, mi madre me estaba esperando. Para ser sincero, tenía mis dudas de que la policía pudiese hacer gran cosa. Pensé que había sido culpa mía, por tonto, y que tenía que aguantarme. El caso es que paré en la tienda de móviles de Tesco, en Kettering, que abre hasta tarde, y me compré un móvil de prepago, para darle a Edie un número al que llamar si había una emergencia.

—Me va a perdonar, señor Carter, pero ¿cómo no pudo ocurrírsele que era un dato relevante para nuestra investigación? —lo interrumpe Harriet.

—No lo sé. Solo quería encontrar a Edie. Estaba preocupadísimo y no se me pasó por la cabeza.

—¿Y llamó a Edith desde Kettering?

—No, le mandé un mensaje.

—¿No quería contarle que acababa de ser víctima de un delito?

—Intenté llamarla.

—Intentó llamarla, ya... —repite Harriet, con una voz que rezuma frustración y agotamiento.

—La llamé, pero estaba comunicando. Sabía que no iba a reconocer el número, así que se lo expliqué en un mensaje y ella respondió con un «Vale».

El joven se levanta.

Davy no puede ver la expresión de Harriet, pero probablemente esté frunciendo el ceño.

—Señor Carter, disculpe, pero entenderá que estemos confundidos. Nos dice que todo iba como la seda entre la señorita Hind y usted, que todo era normal hasta su desaparición...

—Vale, normal no.

Harriet señala con un gesto la silla de enfrente, cual madre paciente. Tras unos segundos, Carter vuelve a sentarse.

—Todo iba bien —explica—, hasta que de repente ya no. Nos preparábamos nuestra cena tranquilamente, veíamos nuestros capítulos de *Sherlock* en el iPlayer, hasta que de pronto, hará una semana o así, no sé... Fue como si se enfriara, como si estuviese cabreada conmigo. Cada vez que la tocaba se mostraba gélida. Decía que tenía un montón de trabajo pendiente, como si me evitase. Supongo que eso encaja con lo que me contaron sobre Helena y ella.

—¿Puede darnos algún ejemplo concreto? —pregunta Manon.

—A ver, el sábado antes de... Una semana antes de... —Se ruboriza, no sabe cómo referirse a la desaparición de Edith, que podría implicar su muerte—. Salió, ni siquiera sé con quién, volvió borrachísima y se pasó toda la mañana del domingo en la cama con el portátil. Por la tarde, a eso de las tres, se puso un chándal y las botas y cogió las llaves del coche. Cuando le pregunté adónde iba, me dijo: «Por ahí». Pasaron así varios días. Nos cruzábamos en la casa como desconocidos. Luego, el viernes, el viernes que me fui a Stoke, estaba a tope, muy sensible. Hicimos el amor en la siesta, y pensé vale, ya estamos bien otra vez, ha sido algo pasajero. Pero justo después, después del sexo, me refiero, se echó a llorar, y me dijo: «Lo siento». Ahora entiendo que se referiría a lo de Helena, no sé. Yo le pregunté: «¿Por qué?», y ella respondió: «Por haber sido tan estúpida contigo». Yo le dije: «No has sido estúpida, yo no he notado nada». Era una mentira cochina, claro que lo había notado, pero me alegraba que volviésemos a estar bien, no quería perderla y pasé de discutir. El caso

es que aquello pareció empeorar las cosas. Me soltó: «Vale, Will, ¿vamos a engañarnos? Te voy a ser sincera: no sé qué me pasó».

Pobre hombre, se dice Davy. No sería el primero cuya novia era un auténtico misterio para él. ¿Dónde está escrito que no puedes ser un tipo apuestísimo (un modelo, a decir verdad) con mala suerte, y estar donde no toca, cuando no toca?

—Ha tardado muchísimo en contarnos todo esto —lo recrimina Harriet. Quiere pillarlo, quiere que su coartada se desmorone para arrestarlo antes de que Stanton pueda meter sus manazas en la investigación.

Seguro que la subinspectora está pensando que el chico preparó el robo del móvil, se detuvo en Kettering para comprar el de prepago, como parte de su coartada, y luego volvió discretamente a Huntingdon antes de lo previsto para asesinar a Edith, porque estaba enfadado con ella porque iba a dejarlo, o por haberle sido infiel, o por las dos cosas. Solían ser las dos cosas.

—Era personal, ¿no? —responde Carter, sin llegar a gritar, pero a la defensiva—. Mi relación con Edie era un asunto personal y no quería darles demasiados detalles.

Davy mira los rizos saltarines en la nuca de Manon y se pregunta qué piensa de Carter. Aventura una hipótesis en su fuero interno: Manon optaría por no presionarlo, rastrear el teléfono y su matrícula, preguntar en la tienda de móviles de Tesco en Kettering y comprobar las gasolineras de su ruta de vuelta. Porque los casos, como siempre le dice, no se resuelven con corazonadas, sino con un trabajo rutinario, perseverante y estoico.

MANON

Harriet saca una lata circular de vaselina, verde y blanca, de las profundidades de su bolso. Sin mirarla, desenrosca la tapa, se unta un poco en el dedo corazón y se lo pasa por los labios, ahora brillantes. Tiene la mirada perdida. Estos turnos nos pasan factura, se dice Manon. Ella también se queda ensimismada, y su cabeza regresa una y otra vez a Deeping —a sus tonos pictóricos, a sus colores turbios y creativos—, quizá porque representa las antípodas de una comisaría de policía, revestida de tonos pálidos y llena de tubos fluorescentes, que exponen cualquier rincón oscuro.

La gente se dispone a volver a casa.

—No podemos reteneros aquí indefinidamente —había dicho Harriet—. Dormid un poco. Nos vemos mañana a las siete.

Los abrigos cuelgan de brazos cansados; unos cogen sus bolsas, otros llaman a su familia. («Sí, Dawn, ya sé que es tarde. Pues lo siento, pero no he podido hacer... ¿Paso a por algo para cenar?»).

—Hoy no regreses andando a casa —dice Harriet. Manon parpadea para volver en sí y la ve sacándose el pelo del cuello del abrigo.

—No, he venido en coche. De todas formas, pensaba que Carter era nuestro sospechoso.

—Sí, bueno, ya has oído a Stanton.

Manon había estado presente en la reunión. Mientras Stanton se subía el cinturón por detrás y su panza hacía de contrapeso, le dijo a Harriet que no tenían pruebas contra Carter:

—No hay cuerpo, no hay pruebas de la Científica, no hay testigos, no hay nada.

—Tenemos que dar un giro a la situación —dijo Harriet, aunque ya estaba a la defensiva.

Stanton no quiere titulares, ni pagar la indemnización si se equivocan, ni que la prensa acuda en tropel a la ciudad. Su actitud decía: os habéis sobreexcitado un poco, pero ahora mi mano firme vuelve a llevar el timón.

—Vamos a esperar —los avisó—. A investigar todas las líneas, a rastrear, a interrogar y a eliminar hipótesis.

—Tú no vayas andando —repite Harriet, tapándose un bostezo con el puño—. No sabes, no sabemos, quién hay por ahí.

—¿Alguna información sobre ese desconocido-515, el número misterioso en el registro de llamadas de Edith, Davy? —pregunta Manon, al verlo aproximarse.

—Nada —responde.

—¿Quieres que te acerque a tu casa? —le dice Manon.

Él parece titubear, y luego responde:

—Sí, vale, muchas gracias.

Los limpiaparabrisas de Manon luchan con denuedo contra la lluvia, pero no puede hacer nada para disipar el vaho del parabrisas, así que baja una ventanilla y el agua se cuele en el coche. El viento sopla con fuerza cuando sale a la A14 para evitar el cordón que cierra George Street y que forma esos atascos en el centro de Huntingdon. Irá por la vía de circunvalación hasta Sapley, en las afueras, donde vive Davy. La carretera ruge bajo la lluvia y la humedad se funde con el interior mohoso de su coche. En los arcones de la autovía, apenas visibles por la oscuridad, se distinguen los últimos cúmulos de nieve, aporreados por la lluvia.

—¿Tienes alguna afición, Davy? —comenta, mirando a la noche.

—Sí que tengo, sí —responde Davy—. Echo una mano en el centro de menores, a chavales con problemas. También me gusta la jardinería, aunque ahora mismo no tengo jardín, así que ayudo a mi madre a cuidar del suyo.

—¿Ves? Tienes un montón de aficiones. Yo, ninguna.

—¿Por qué lo preguntas?

—Cuando tuve que rellenar la parte de aficiones, para la página de citas, me quedé en blanco. No tengo ni una, literalmente. Así que he decidido buscarme alguna.

—¿Y cómo va la búsqueda? —se interesa Davy, con un optimismo que sugeriría que no conoce a Manon.

—De culo. Lo odio. A ver, ¿qué sentido tiene hacer algo por amor al arte, si no es tu trabajo?

—Bueno..., te relaja.

—Hasta fui a una clase de alfarería, para poder poner algo en el perfil. Pero no pude evitar verlo solo como un sinsentido. Entiéndeme, nunca voy a tener un torno de alfarero en el salón para relajarme.

—Eso nunca se sabe, Demi Moore tenía uno en *Ghost* —responde Davy.

Ella gira la cabeza, pero él sigue mirando al frente con una sonrisa en los ojos.

—Así que voy a intentarlo con la zumba —se sincera Manon—. De hecho, quería ir esta noche. He pensado que me ayudaría a relajarme. Ha sido un día muy intenso. ¿A ti te cuesta dormirte?

—Ni muchísimo menos. En cuanto mi cabeza toca la almohada, pum, desconecto. ¿Fue sugerencia de Harriet? La zumba, digo.

Manon le lanza una mirada cortante.

—No, ¿por? ¿Qué te ha contado?

—Nada, no, nada. Solo lo digo porque lo suyo es que estemos en forma — responde Davy—. Para pillar a los malos. Aquí, ya hemos llegado —dice, dándose una palmada en las rodillas. Manon para el coche y Davy baja; luego se inclina y se asoma por la puerta abierta—. Pues nada, muchas gracias —se despide. Se queda esperando, pero ella no responde, así que cierra la puerta del coche.

MIÉRCOLES

DAVY

Llega al trabajo de buena mañana y mientras se quita el abrigo, junto a su mesa, observa las oficinas de la Brigada de Homicidios. El personal administrativo y de apoyo, que abunda en el edificio, se ha sumido en un ritmo relajado y festivo, pues para muchos es la última semana de trabajo, y el equipo de investigación se está contagiando. Kim se ha subido a una silla y está colgando tarjetas de Navidad en una tira decorativa compuesta por pajaritos. Uno de administración ha intentado colgar unas cadenitas doradas con forma de acordeón entre dos tubos fluorescentes, pero la masilla se ha despegado por uno de los extremos y ahora penden junto a la pared.

Faltan cuatro días para Navidad, lleva setenta y siete horas desaparecida, y el plazo áureo ha expirado. Mira la televisión que está colgada de la pared, sintonizada en el canal de noticias veinticuatro horas, sin volumen, y observa las imágenes aéreas de los equipos de búsqueda: personas diminutas, con chaquetas azul marino en las que se lee «Policía» a la espalda o con cortavientos amarillos fosforito, peinando jardines, golpeando arbustos con palos; furgonetas blancas en las esquinas de las calles y un montón de agentes inclinados sobre mapas o hablando con los vecinos. No hay sonido, pero en la franja roja de la parte inferior de la pantalla se lee: «Últimas noticias sobre la desaparición de la estudiante Edith Hind: los buzos de la policía buscan en el Ouse». Ahora se ve una lancha hinchable surcando las aguas turbias y marrones del río. Debe de ser el peor trabajo del mundo, se dice: puedes toparse con algo repugnante o con nada en absoluto. Luego aparecen en pantalla varios vecinos que se han sumado a los equipos de búsqueda, creando una larga línea para peinar a fondo el campo de Portholme Meadow. Casi todos van hablando entre ellos y apenas echan un vistazo a su alrededor.

Cuelga el abrigo en el respaldo de su silla y se dispone a ponerse un café de la cafetera de filtro, recién hecho, cuando Manon entra en la sala. Él levanta la taza vacía y ella asiente, dándole el visto bueno. Se mueve a cámara lenta y parece tener problemas para quitarse el abrigo. Mientras Davy le prepara el café, ve que Stuart, el recién llegado, se acerca para ayudarla; ella hace una mueca y los dos se ríen de algo.

Davy no sabe cómo lo consigue, pero, cada vez que Stuart mira a una mujer con sus pestañas de princesa Disney, la susodicha suelta una risita nerviosa, cual adolescente en una discoteca. Tiene muchísima confianza en sí mismo. Como cuando Harriet le estaba explicando una peculiaridad de la base de datos HOLMES, y él le quitó una pelusa del hombro de la chaqueta y, por unos instantes, la subinspectora no supo qué hacer. Davy jamás se atrevería a hacerle eso a un superior. Sorprendido, regresa a su mesa con los dos cafés; deja el suyo y le ofrece el otro a Manon, que lo

coge sin apartar la mirada de la pantalla.

La Navidad preocupa a Davy, sobre todo cuando piensa en el regalo de su madre. A lo mejor le compra calcetines para dormir, de cachemira, ¿o se lo tomará como una clara referencia a los años que le quedan postrada en la cama? Ya son muchas las semanas y los meses en los que Davy es la única bombilla de su oscuro retiro. Quiere comprarle algo bonito, porque en Navidad lo pasa muy mal: estas fechas le traen recuerdos dolorosos de la marcha de su marido, hace diecisiete años. Le pregunta a Davy mil cosas sobre su padre, que lleva una vida feliz junto a Sharon, guardia de un cruce escolar, en Kent. Podría ir a pasar las Navidades con ellos, claro, pero se le antojan un poco escandalosas: toda la familia de Sharon se reúne para hacer una gran fiesta y dar paseos interminables por el paseo marítimo de Whitstable. No, eso sería una auténtica infidelidad hacia su madre.

—Hay una sesión informativa esta tarde —le dice a Manon—. Equipos de Protección de Menores, con varias agencias. Lo he visto en el tablón de anuncios.

—No puedo ir —responde ella, sorbiendo su café—. Tengo demasiadas cosas que hacer.

—El jefe dice que tenemos que ir. Órdenes de arriba.

—¿A qué hora?

—A las tres. Es corta, pero no podemos escaquearnos.

Davy se alegra de que sea obligatoria. Sus compañeros deberían saber cómo están las cosas de verdad, deberían ver lo que él ve en el centro de menores. Está tutelando a un chaval de doce años, Ryan, que está bajo custodia de los Servicios Sociales desde los diez años, tras ingresar por segunda vez en el hospital con los brazos rotos. Tenía marcas de botas en la piel. Cada vez que Ryan entraba en su casa, le pegaban una paliza. Si no era el despojo que estaba saliendo con su madre en ese momento, era ella. Le gustaba apagarle los cigarrillos en la piel.

Davy le compró a Ryan una pistola de pedos por su once cumpleaños, pero el chiquillo la miró con desdén y le dijo que era para niños y que él quería la Nintendo DS o la Wii. Sin embargo, Davy no le hizo caso y empezó a disparar bajo la mesa del McDonald's. Los comensales de la mesa de al lado cuchicheaban, poniendo caras raras. Cuando volvieron al centro, Ryan empezó a disparar la pistola para chincar a sus amigos, que seguían tumbados en los sofás de gomaespuma rojos, mandando mensajes, ya molestos. Ryan se reía a carcajada limpia, al borde de las lágrimas, y parecía que tuviese cuatro años, y seis años, y once años: todos los años que no le habían dejado tener. A Ryan le encantaba reírse, una vez que se concedía la libertad de hacerlo, aunque en un principio le costase; y cuando la risa se apoderaba de él, como con la pistola de pedos, su cara estaba radiante, como el sol reflejado en el

agua.

—Me van a hacer volver —le dijo a Davy en su última visita.

—¿Volver? —preguntó Davy, perplejo—. ¿Dónde? ¿Con tu madre?

Ryan asintió, tragando saliva.

—Ya no hay sitio para mí en la Residencia Aldridge. Han echado a dos trabajadores, a Evangeline y Rob, los únicos amables. Ahora no hay suficientes adultos para todos los niños, por no sé qué de la ratio, así que tengo que irme.

—¿Y qué dice tu madre?

—Ni idea, aún no han podido hablar con ella. Lo único que le preocupa son «las perras». —Y, poniendo una voz chirriante, la imitó—: «¿Cómo voy a darle de comer si no tengo perras?». En fin, vamos a jugar.

Al rato, mientras se turnaban alrededor de la mesa de paño verde, Ryan volvió a sacar el tema. Se había colocado el taco de billar sobre los hombros y tenía las manos apoyadas en él, a modo de percha.

—Por lo menos no soy Jayden —dijo.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Davy, casi tumbado sobre la mesa para meter la bola roja.

—Lo han largado de Aldridge y tal. Lo han metido en una casa con dos pedófilos. Todo el mundo lo sabe, pero los Servicios Sociales dicen que no hay nada mejor. Yo preferiría estar en la calle.

—¿Cuántos años tiene Jayden? —pregunta Davy, poniendo tiza en la punta de su taco mientras Ryan da vueltas alrededor de la mesa, buscando ángulos de tiro.

—Diez.

Si Davy pudiese hacer lo que de verdad quería esa Navidad, la pasaría con Ryan en el centro de menores. Sirviendo pavo soso con relleno de lata. Jugando al billar con su camiseta de muñeco de nieve y un sombrero de papel en la cabeza, y disparando la pistola de pedos cuando Ryan menos se lo esperase.

MANON

Bosteza mientras todo el mundo toma asiento. Están esperando para la sesión informativa de la mañana con Harriet, que sigue encerrada en su despacho con Stanton y el coordinador de los equipos de búsqueda.

Colin está encorvado sobre su escritorio, murmurando en italiano.

—*Posso avere quella senza aglio?* —le dice a su iPhone.

—¿Qué haces, Colin? —pregunta Manon, frotándose otra vez el ojo irritado. Estira un párpado y parpadea mirando hacia abajo.

—Es mi aplicación para aprender italiano —responde Colin—. Traducción: «¿Me pone la que no lleva ajo?». No lo soporto, y Gwyneth tampoco.

—Pues a lo mejor Apulia no es el destino ideal para vuestras vacaciones —apunta Manon. Parpadear no le ha servido de nada.

—No sé por qué no se amoldan a nuestros gustos —se queja Colin—, teniendo en cuenta lo que pagamos.

Se recuesta en su silla, con las gafas en la coronilla calva. Manon se pregunta si, cuando Gwyneth miró a los pequeños ojos inyectados en sangre de Colin, se dijo: «Eres mi misógino votante del UKIP predilecto». Seguro que sí, pues llevan casados treinta y pico años. Y eso era una suerte: dichosos los que son felices con lo que la vida les pone delante (aunque fuera a Colin), y no los perpetuos insatisfechos, como Manon. Las búsquedas de Google de Colin daban cuenta de la calidad de su vida en pareja: hoteles *boutique* en Margate, cursos de pintura en Giverny, excursiones guiadas por el Tirol.

—Mira, una de las *pensioni* en la que nos quedamos —explica Colin, mostrándole varias imágenes de cortinas de muselina ondulantes que enmarcan las vistas del mar Jónico.

Esa es una de las muchas cosas que odia de las oficinas sin paredes: además de fomentar a los extrovertidos compulsivos, despiertan muchísima envidia. A Manon la apuñala muy a menudo: envidia del viaje de Colin y Gwyneth a Apulia; envidia de los gemelos recién nacidos de Nigel y Dawn; incluso de los viernes noche de Davy y Chloe, con comida a domicilio, mantita y televisión.

Stuart está apoyado en la pared, escudriñando la sala. Cada vez que Manor levanta la vista, parece pillarlo mirándola. Solo lleva tres días en el puesto, pero ya tiene un curioso efecto dominante en todo el departamento. Cuando sus manos han rozado el cuello de Manon, al ayudarle a quitarse el abrigo, un cosquilleo la ha recorrido de arriba abajo. Ella ha comentado, burlándose de sí misma, que se pasó haciendo ejercicio anoche y ya no está para eso. «La última vez que lo hago —ha

dicho—. De ahora en adelante, mi culo gordo se queda en la silla».

Tiene las piernas y los brazos con unas agujetas de muerte: le cuesta Dios y ayuda ponerse y quitarse el abrigo, y esta mañana, mientras intentaba subirse la cremallera de las botas, ha acabado rodando por el suelo cual erizo petrificado. Le da un sorbo al café. El cansancio se deja sentir con contundencia, pero tiene que sobreponerse. Las peores noches son las que, en vez de renovar la energía de cuerpo y mente, parecen transformar el agotamiento en cemento.

Edith Hind está en todos los periódicos esta mañana; en todas las portadas hay fotos de *sir* Ian y Miriam. La mayoría son artículos informativos, pero Manon ha visto a un par de columnistas, en periódicos de cierta difusión, comentando la actitud de la pareja. «Cuando lo único que un padre puede decir de su querida hija es que “es muy buena estudiante”, no podemos por menos que examinar nuestro sistema de valores», ha escrito un moralista con pelo de mocho.

Mira la hoja que le ha preparado Davy, donde se detallan todos los movimientos conocidos de Edith en la semana previa a su desaparición. Las cámaras del RAM han captado un viaje a Deeping en el Reva, el domingo 11 de diciembre, justo una semana antes de desaparecer y un día después de enrollarse con Helena.

—¿Tenéis ganas de ver las películas de Navidad? —pregunta Davy, sin dirigirse a nadie en concreto, como si quisiera animar a toda la sala—. Yo voy a ver *Polar Express*.

Manon envuelve su taza con ambas manos.

—¿Os habéis dado cuenta —dice— de que Edith Hind y Will Carter no tienen televisión?

—No es un derecho humano —replica Davy.

—Hostias que no —comenta Colin, sin mirar.

—No puedo soportar a la gente que no tiene televisión —continúa Manon.

—Muy sensato por tu parte —apunta Stuart, mirándola, de brazos cruzados.

—¿Queréis que os diga por qué? —pregunta Manon, que vuelve a mirarlo.

—Sospecho que vas a hacerlo —murmura Davy.

—Porque ven un puñado de cosas en el iPlayer y luego van por ahí diciéndole a todos aquellos que tienen televisión que ellos no tienen.

—¿Queréis saber mi teoría? —pregunta Colin.

—¡Dios mío! —exclama Manon—, cerrad las ventanas, que a lo mejor la oye alguien.

—Creo que a Edith Hind le apetecía comerse una *pizza* barbacoa, ver una peli y que le echaran un buen polvo sin tener que cocinar judías mungo y debatir sobre poetas metafísicos todo el tiempo.

—Sí, claro, muchas gracias, Colin.

Harriet y Stanton han entrado en el departamento. Ella da unas palmadas pidiendo silencio y grita: «A ver, todos atentos». Luego Stanton toma la palabra:

—Harriet se encargará de esta sesión informativa. Yo tengo una rueda de prensa abajo a las nueve. No obstante, creo que conviene tener presente que ya han pasado más de setenta y dos horas desde la desaparición y que, en nuestra opinión, es muy probable que Edith Hind corra peligro.

Ha reaccionado, se dice Manon, al comentario del tal Thackeray en la rueda de prensa y a las críticas que rodearon la última desaparición de alto riesgo. Lacey Pilkington, una niña de doce años, desapareció hacía tres años en una finca de Peterborough. Stanton, a la sazón inspector, fue el encargado de llevar el caso. Tras una revisión protocolaria, su investigación recibió duras críticas: los agentes estaban convencidos de que la niña seguía viva, y eso retrasó la adopción de las medidas pertinentes. Debería haberse considerado como un posible homicidio antes, y a causa de la ceguera de Stanton se perdieron tiempo y pruebas. El inspector, decían, se había contagiado de las emociones de la familia de la víctima. Que por cierto, como Manon recuerda con amargura, fueron quienes la mataron.

—También me gustaría aclarar —continúa Stanton— que nuestra principal línea de investigación será su compleja vida sentimental. —Se gira, asiente y dice—: Gracias, Harriet. —Y luego sale del departamento.

—Ian Hind va a estar encantado con nosotros... —comenta Manon.

MIRIAM

—Ya no queda mucho —dice Miriam, en la silla de plástico de la sala de interrogatorios 1—. Para ver a Rollo, digo.

Huele el café instantáneo de las máquinas expendedoras, servido en esos vasitos de cartón marrón que crujen en las manos.

Ian no le responde. Camina lentamente de un lado a otro. Ella no se explica cómo aguanta: gasta muchísima energía a lo largo del día, y por la noche tampoco descansa. Acaba de estar con el párroco, que ha acompañado las oraciones de sus feligreses, y se ha esforzado al máximo por esconder (sin lograrlo, en opinión de Miriam: nunca había visto un discurso de agradecimiento tan vacilante y escueto) su aversión hacia los vecinos que se han sumado a la búsqueda y que han contribuido económicamente para imprimir carteles, camisetas y globos con la cara sonriente de Miriam y la fecha 17-12-2010.

Al principio, se alegró de que el inspector jefe Gary Stanton empezase a supervisar la investigación, como si por fin hubiese al mando alguien de su nivel —«un tipo válido»—, que pudiese hacer algo concreto. Sin embargo, luego había visto por Sky la rueda de prensa de esa mañana. Soltó un resoplido, se levantó y se puso a dar vueltas por la sala, chasqueando la lengua de vez en cuando; rezumaba tensión por todos los poros y contagiaba a Miriam.

Más de setenta y dos horas. Edith lleva desaparecida más de setenta y dos horas y es evidente que la atmósfera que rodea el caso se está enfriando. La investigación se ha ralentizado y los agentes han vuelto a los turnos normales. La búsqueda sigue en marcha, con cientos de agentes rastreando con perseverancia, palos, linternas y trajes de neopreno, pero Miriam percibe que ya no existe esa urgencia de buscar a alguien vivo.

Respira hondo, inclina la cabeza hacia atrás y cierra los ojos. No sabe si podrá soportar pasar otra noche en la ciudad; otra noche sudando y con la boca seca en esa habitación de hotel sin aire; otra comida en el bar, en una mesa pegajosa, con la ropa apestando a frito. Está deseando alejarse de Huntingdon, de su nieve sucia, de sus tiendas de todo a una libra y sus calles grises y anodinas. Cae en la cuenta de que alberga la ilusión de que, cuando se marche de ese lugar, dejará atrás toda esta historia nauseabunda: la tristeza indecible, la falta de sueño, el paso constante del pavor a la nada en su cabeza. Cuando regrese a Hampstead, quizá pueda volver a ser la mujer que era hace tan solo cuatro días, preparar la Navidad, cortar tallos de eucalipto, dejar higos secos a remojo en *brandy*, desenmarañar tiras de lucecitas blancas. Cada vez está más enfadada con Edith por hacerla pasar por esto, como si

fuese una esponja que pudiera absorber ilimitadamente los líos de su hija. Y entonces su enfado hace que rompa a llorar de nuevo, pues lo único que quiere es volver a verla.

—*Sir Ian, lady Hind* —saluda una voz masculina. Miriam se enjuga las lágrimas y ve al inspector jefe Gary Stanton, a la subinspectora Harriet Harper y a la oficial Manon Bradshaw, que vuelven a presentarse.

No, no, no... Deben de haber encontrado un cadáver. ¿Por qué están aquí los tres, cual triunvirato lúgubre? Miriam se lleva la mano a la boca y los mira, uno por uno.

—No hay ninguna novedad —les aclara la oficial Bradshaw, al percibir su pavor.

—¿Se puede saber a cuento de qué ha venido lo de esta mañana? —espeta Ian.

—He considerado que tenía que dar mi opinión —responde Stanton, tranquilo—. Siento que los haya molestado.

—¿Se hace una idea de lo que dirán los tabloides? —pregunta Ian, aunque Miriam sabe que la expresión «corre peligro» le ha molestado más que todo lo que hayan podido decir sobre la agitada vida sentimental de Edith. No puede, no lo va a tolerar.

—Necesitamos información. La prensa es la mejor forma de comunicarlo.

—¡Pero si casi le han dicho a la prensa que está muerta!

—Tenemos que ser realistas... —dice Stanton.

—Tienen que encontrarla, eso es lo que tienen que hacer. Encontrarla. Déjense la puta pose y encuéntrenla, coño... —replica Ian, cuya voz se entrecorta con las lágrimas.

Miriam observa a la oficial Bradshaw, apoyada en la puerta cerrada, con las manos detrás de la espalda. Unos rizos bonitos, rebeldes. Miriam es muy observadora, y ahora la otra mujer le devuelve la mirada, aunque ninguna sonríe.

—Creemos —interviene la subinspectora Harper— que estarían más cómodos si volviesen a casa, en vez de seguir recluidos en un hotel de Huntingdon rodeado de prensa.

—Me está diciendo que se rinden —dice Ian—. Van a abandonar la búsqueda y no quieren que les eche el aliento en el cogote.

—Ni mucho menos —responde Stanton—. Eso no significa que se dé menos prioridad al caso, nada más lejos de la realidad. Seguiremos buscando a Edith con todos nuestros medios y les informaremos en todo momento a través de nuestra agente de mediación familiar.

—¡Qué bien! Nos largan y encima nos endilgan a esa sombra deprimida —se queja Ian—. ¿Tiene que pasar la Navidad con nosotros?

—Ian... —le dice Miriam, casi susurrando.

—Su mediadora está para ayudarlos. Es solo que no nos parece sensato tenerlos

aquí, en Huntingdon —continúa Stanton—. Pero, por favor, créanme cuando les garantizo que no vamos a quitarle prioridad a este caso.

«Pues claro que se la vais a quitar, coño», piensa Miriam.

—No voy a permitir que se enfríe —le advierte Ian—. No voy a permitir que dejen de buscar a nuestra hija. Si tengo que llamar a Roger...

Su marido está en pie, detrás de su silla, y Miriam lo agarra de la mano, se la aprieta, se la lleva a los labios y cierra los ojos con todas sus fuerzas para cortar las lágrimas, porque su olor, y la suavidad de los pelos del dorso de su mano en la mejilla, y su lucha feroz e incansable por ambos, por todos ellos, la conmueve.

—Entiendo que es duro —interviene la oficial Bradshaw, en un tono mucho más sosegado que el de sus dos superiores—. Marcharse de aquí tiene que parecerles, en cierto sentido, como abandonar a Edith. Pero no pueden quedarse en Huntingdor indefinidamente. Y viven a menos de dos horas...

—Tienen razón, cariño —dice Miriam, levantando la cabeza y mirando a Ian, aún con su mano en la mejilla—. Aquí no hacemos nada. Podemos volver a casa y al menos dormir en nuestra cama. Pero, por lo que más quieran, no nos obliguen a ir con esa agente con cara de basset hound que ustedes llaman mediadora.

—Es por su bien —explica la subinspectora Harper—. Les garantizo que seguiremos poniendo todo nuestro esfuerzo y dedicación absoluta.

MANON

—¿Seguiremos poniendo todo nuestro esfuerzo y dedicación absoluta? —le repite Manon a Harriet, mientras suben a la Brigada de Homicidios por las resonantes escaleras sin Stanton, que se ha ido a llenarse el buche con otro almuerzo copioso—. Suena un poco rimbombante, ¿no?

—Mira, me pone de los nervios. Es que, cuando me mira, se me hace papilla el cerebro. Me lo imagino diciendo —Harriet pone el acento refinado de *sir* Ian—: «Pero ¿a usted de dónde la han sacado, tontaina?».

—Sí, es un pelín... estricto.

—¿Un pelín?

—A ver, está preocupado. A mí me gustaría que mi padre hiciese lo mismo.

—Supongo... Ella también es fría de cojones.

Manon se detiene y le pone una mano en el brazo a Harriet, que se para a medio subir.

—No, no es fría —asegura Manon—. Ni mucho menos. Lo que pasa es que no exterioriza todo lo que está sufriendo.

—Tenemos que seguir con la investigación, identificar a la gente que había en la cola de correos —dice Harriet—. Nigel tiene las grabaciones, pero algunos estaban cubiertos con capucha o de espaldas a la cámara.

—Podemos pedir al personal de correos que lo comprueben con su papeleo. ¿Dónde se aloja Will Carter?

—Con Helena Reed no, eso seguro. Le hemos dejado volver a su casa de Stoke pero le hemos pedido que se quede ahí, para mantenerlo al día. El hermano de Edith llega esta tarde. Quiero que Davy y tú habléis con él en cuanto aterrice, ¿vale? ¿Qué planes tienes para esta noche? ¿Algo interesante?

—Otra cita —responde Manon—. Para serte sincera, preferiría revisar mil horas de grabaciones.

Están sentados en fila en la sala de conferencias 1, esperando el comienzo de la sesión informativa sobre protección de menores. Todos con sus móviles. Manon acaba de recibir un mensaje de Bryony en el que le pide que la ponga al día de sus citas. Está al lado de Nigel, que se ha girado y le susurra al teléfono, tapándose la boca con una mano. Es Dawn, claro. Colin se descarga la confirmación de sus vuelos de Ryanair. Kim está bostezando, con los pies en la silla de enfrente. La sala es un oasis color azul policial, con sillas de gomaespuma azules, cortinas azules y moqueta

azul, y huele a café recién hecho. Se va llenando poco a poco; la gente pasa entre las filas, doblando ligeramente las rodillas: personal de ambulancias del hospital Hinchingsbrooke, agentes de Aduanas, del Departamento de Investigación Criminal. Unos saludan con la cabeza, otros dicen «Hola». Hay unos cuantos uniformados, corchaquetas crujientes y fluorescentes con cremalleras, cierres de seguridad y radios que restallan, que les hacen parecer más grandes que los demás. Es sorprendente que no pueda encontrar a un hombre entre todos ellos.

Davy, sentado al otro lado de Manon, está bien erguido y estira el cuello para poder ver a la mujer del atril, que ordena unos papeles antes de empezar.

—Deberías prestar atención —le dice a Manon—. Esto es importante. No te haces una idea de lo que pasa por ahí.

Pero Manon le está escribiendo a Bryony.

Este es poeta. Así que no solo es un tontaina, sino un tontaina que encima no puede pagarse la hipoteca.

—Hola a todos y gracias por venir —saluda una voz tímida desde el atril—. Me llamo Sheila Berridge y soy la directora del Servicio de Protección de Menores.

El móvil de Manon vibra.

Eso no lo sabes. A lo mejor es un laureado in pectore. Es igual, te admiro por estar yendo a citas. ¡Valiente! B.

Manon bosteza, y oye las palabras «implicación intersectorial» y «pensamiento coordinado» flotando en la sala.

—Todos tenemos que ser conscientes de las crisis en los hogares de nuestros menores, y de cómo afecta a todos los sectores.

Sheila Berridge les informa de la cifra sin precedentes de niños que pasan al cuidado de los Servicios Sociales, y les explica que hay cada vez más familias bajo el umbral de la pobreza. Hoy en día hay sesenta y siete mil niños en Protección de Menores en toda Inglaterra, dice.

Davy se inclina hacia Manon y le susurra, con tono preocupado:

—Sesenta y siete mil. Eso es una ciudad con el triple de habitantes que Huntingdon.

—Una ciudad de niños —dice la mujer desde el atril, como si Davy y ella tuviesen telepatía—, niños con sus vínculos rotos. Y la mayoría, un setenta por ciento, ha sufrido maltrato o abandono. Cuando pasan a los Servicios Sociales —continúa, intentando que su voz se oiga sobre los murmullos, los pitidos de los móviles y la agitación de la sala—, muchos niños sufren la inestabilidad de las estancias breves en

distintos centros. Así aumentan las posibilidades de perderlos, de hacerlos vulnerables ante situaciones peligrosas, como la explotación sexual.

—Yo lo veo día sí, día también —le susurra Davy a Manon— con mi grupo de menores. Si es que son niños, joder.

—El patrón de abandono —explica Sheila Berridge con voz preocupada— está empeorando. Sabemos que hay bandas de hombres que se dedican a acosar a las niñas de los Servicios Sociales: las enganchan al alcohol y a las drogas y luego las acosan sexualmente. También hay pedófilos en muchas residencias. Esto nos afecta a todos, a todas las secciones presentes en la sala.

Manon gira la cabeza y pasa de la expresión concentrada de Davy al bostezo de Nigel. Él la mira como diciendo «Qué aburrimiento, ¿eh?».

—Tenemos que ser conscientes de lo difícil que es ayudar a estos niños —dice Sheila Berridge, levantando la voz, enfática—, y no olvidar nunca que es nuestra obligación escucharlos, por mucho que cambien sus versiones, por muy peligrosos e impredecibles que parezcan. Es nuestra obligación escuchar lo que nos dicen y debemos tomárnoslos muy en serio.

DAVY

Le sonríe a Davy, tendiéndole la mano afablemente. Tendr  mi edad, se dice el policía, quizá un poco menos. Entonces,  por qué me siento inferior en presencia de Rollo Hind, que, a diferencia de su padre, tiene una cara amigable y franca?

«Inferior» es una palabra demasiado fuerte, piensa luego, sentándose a la mesa mientras Manon trastea con la grabadora. Ya ha habido una breve introducción, con frases del tipo: « C mo ha ido el vuelo?», «Gracias por venir desde tan lejos, se lo agradecemos mucho» y « Qu  tal Buenos Aires?».

«Provinciano», piensa Davy, identificando la sensación. Se siente provinciano al lado de ese tipo alto y de piel morena. A lo mejor es por el pelo. El de Davy es un tanto anodino, le cubre la cabeza sin más —definirlo con un estilo concreto sería un tanto forzado—, mientras que Rollo Hind tiene un corte cuidado, mezcla de los estilos *rockabilly* y *mod*; un peinado chul simo. O por los ojos azul claro, que destacan en su cara morena y reluciente. Rollo Hind parece recién sacado de Hollywood, mientras que Manon y él, con un color puré cantina, lucen el estilo «turno de quince horas».

—Tuvo una conversación de WhatsApp con Edith, el martes 13 de diciembre, que fue bastante profunda,  verdad? —pregunta Manon.

Davy ha leído los mensajes, que Colin pudo extraer del móvil de Edith:

EDITH:  Crees que eres buena persona, Rol?  Crees que tu bondad es innata?

ROLLO: S , soy buena persona, sin duda.

EDITH: Pero  no crees que todo el mundo cree que es buena gente, aunque sean malos? Lo más probable es que una mala persona dijese: «Soy bueno por naturaleza, hay circunstancias atenuantes».

ROLLO: No te acabo de pillar... Por cierto,  has visto ya El cisne negro? Natalie Portman est  BUENÍSIMA.

EDITH: Pero  crees que tu bondad es innata, o que eres bueno porque te han dicho que lo seas, porque te amoldas a las normas de la sociedad?

ROLLO: La hostia, Hedionda,  a cuento de qué viene esto?

EDITH: Me pregunto qué forma parte de nosotros y qué es lo que tenemos porque la sociedad lo exige.  O la bondad será genética?

ROLLO: En nuestra familia no, eso seguro. A lo mejor ha saltado una generación...

EDITH: Déjate de bromas.

ROLLO: Pero  qu  te pasa?

EDITH: Tienes suerte, papá nunca ha tenido muchas expectativas contigo.

ROLLO: ¡Gracias! Pocas expectativas = libertad. Oye, estoy molido, hermanita. ¿Puedes tener esta crisis existencial otro día?

EDITH: No te preocupes. Te quiero, Rol.

—Ahora me siento fatal si lo pienso —dice Rollo—. Siento no habérmela tomado más en serio, pero aquello no era tan raro, viniendo de Edith. Lo que digo es que tiene tendencia a estas cosas. Es una persona seria, ¿me explico? A veces se harta de mí, dice que todo me trae sin cuidado. Cuando hicimos el Interrail juntos por Italia, siempre quería hablar de E. M. Forster y de la dicotomía entre la libertad personal y el deber. Le gusta... intelectualizar las cosas.

—¿Y te escribía planteándote preguntas existenciales así, de buenas a primeras, sin preámbulo?

—Bueno, esa vez sí fue un poco inesperado. Es decir, me lo preguntó de la nada, pero no me pareció suficiente para pensar que... En fin, que no hizo que me preocupara. Aunque ahora veo que debería haberlo hecho. Mi hermana estudia en Cambridge; allí todos son así, está en su ADN quedarse hasta las dos de la mañana debatiendo sobre Kierkegaard y la esencia del ser. Pensé que sería algo por el estilo.

—¿Y ahora?

Se encoge de hombros.

—Después de lo que me han contado mis padres, lo de Helena y tal, me pregunto si se refería a la infidelidad..., a la bondad con relación a lo que le estaba haciendo a Will. Seguro que se sentía muy culpable.

MANON

Se ha abrochado las botas con más fuerza de la cuenta. Las correas se le clavan en los tobillos y el frío asciende desde el hielo y se extiende hacia su cara. Tiene los dedos congelados. Las mejillas congeladas. ¿Por qué hemos entrado para pasar frío? Le duelen las espinillas por tener los músculos en tensión, y avanza a paso de caracol, primero un pie, luego otro, agarrándose con fuerza al pasamanos.

«Cómo odio patinar, hostias», murmura, intentando acercarse al poeta, que va por delante.

Él le sonríe. Tiene una cara tímida bajo una montaña de rizos, pero mientras que los de Manon son rebeldes, los suyos son suaves y brillantes. Ella le hace un gesto con la cabeza; tiene el cuerpo inclinado hacia delante y las piernas cual muletas cruzadas.

Él vuelve hacia ella patinando ágilmente marcha atrás, y frena con un derrape que levanta polvo de hielo. Sus patines forman una uve, como mandan los cánones.

—¿Estás bien? —le pregunta, poniéndole la mano en el brazo.

—Sí, sí, estoy bien.

—Prueba a ponerte un pelín más recta. Agárrame del brazo.

Ella lo hace y siente el tacto de su vieja chaqueta de ante, que huele un poco a humedad; intenta sacar la barriga para enderezar el cuerpo, pero automáticamente sus pies se deslizan hacia delante y pierde el equilibrio. Se da un batacazo contra el hielo, en pleno coxis. Sisea al sentir el frío que sigue al dolor e intenta levantarse con su ayuda, pero los pies siguen a lo suyo. Agarra la chaqueta pestosa mientras él intenta no perder el equilibrio, y luego lo rodea con los brazos y se encarama hasta que están cara a cara.

—¿Estamos? —pregunta, sonriendo.

—Llévame al pasamanos.

Al llegar, Manon sentencia:

—Yo ya estoy despachada. —Sale por uno de los huecos, aliviada, aliviadísima de pisar al fin el suelo de goma—. Sigue tú. Yo voy a por un chocolate caliente.

Dos años pegando bandazos entre los desechos de internet, desde los incontinentes sexuales hasta los subnormales intelectuales. Antes de eso, había pasado cinco ilusos años intentando conocer a alguien «de forma natural», aunque, bien pensado, no tenía nada de natural sumarse al primer grupo que viese, con una expresión desesperada y demasiado maquillaje; ni las noches decepcionantes en los *pubs*, y vuelta a casa taconeando, incomodísima. Por Dios, si hasta salió de copas con sus vecinos, que estaban todos emparejados y rondarían los cincuenta y siete años.

Con esta cita, piensa mientras se desabrocha y se quita los patines, ha tocado un nuevo fondo.

Sus pies, sin embargo, experimentan un gran regocijo. Puede andar y relajar los músculos, se siente liviana como el aire. Casi diría que patinar sobre hielo merece la pena por la extraordinaria sensación de recuperar unos pies útiles. ¿Por qué hace esto la gente? ¿Por qué se crea incertidumbre física, cuando en el día a día la hay a raudales y gratis?

Se acuerda de la mujer del Servicio de Protección de Menores y de los sesenta y siete mil niños, como le ha pasado ya varias veces desde que salió de la sesión informativa. Tiene que ser cosa de Davy, o quizá sea la exasperante sensación de que hay algo que no puede ver por culpa de su ojo hinchado y semicerrado, irritación de la que solo se acuerda puntualmente, con lo que va posponiendo el viaje a la farmacia. Decide que irá al día siguiente.

En el hangar donde está la pista de patinaje hay mucho alboroto y una mezcla de olor a perritos calientes, goma y tufillo de calcetines. Lo espera en la mesa de formica anclada al suelo y, de cuando en cuando, lo ve pasar como una flecha, impulsándose con el cuerpo, confiado y libre. Tiene la tentación de darle esquinazo, pero, mala suerte, aquí está, pasando entre el banco y la silla de plástico, ambos inamovibles.

Sonríe, pero no dice nada. Manon se ha percatado de que es un hombre de pocas palabras, y cuando habla lo hace tan flojo que tiene que inclinarse, poner la oreja como una jubilada y decir «¿Cómo?».

—Patinas muy bien —dice.

Él asiente.

—¿Cuándo aprendiste?

—De joven.

Ambos miran hacia la pista, a los patinadores risueños que han tenido más suerte con su cita.

—Así que eres poeta —dice.

Él asiente.

—¿Dónde escribes?

—En ningún sitio.

—¿Es una actividad solitaria?

—La verdad es que no.

—Al menos te ahorras el Amigo Invisible con los compañeros de trabajo. ¡Gracias a Dios que existen las tiendas de todo a una libra!

Él vuelve a asentir. La tranquilidad de su gesto expresa «Este silencio es culpa tuya. Tienes que llenarlo tú». Manon se dice que el poeta no va a salirse con la suya,

no piensa ponérselo tan fácil.

Él mira la pista de patinaje, como si estuviese solo.

—¿Riman?

—¿Cómo?

—Tus poemas, pregunto si riman.

—¿Te gusta la poesía que rima? —se interesa él.

Toda una frase. Dios existe.

—No soy muy fan de la poesía —responde ella, con una mentira como una catedral. Se ha empapado de todo, desde T. S. Eliot a Wendy Cope.

Yoga, rutras, natación para despejar la mente.

Y nada funciona: un futuro deprimente.

—¿De verdad? —comenta, con poco interés. Ni siquiera pinchándole con un palo...—. ¿Qué lees? —pregunta.

—Novelas de suspense. Me encantan. Cuanto más gruesas y doradas sean las letras de la cubierta, mejor... ¿Y cómo te ganas la vida? Porque con la poesía no te dará, ¿no? ¿Eres un poeta que también sirve *pizzas*?

—Qué va, no podría hacer eso. Prefiero no gastar mucho. Alquiler no pago..., y voy tirando con las ayudas por desempleo. —Le da un sorbo a su chocolate caliente—. Vivo con mi exnovia... Bueno, duermo en su sofá. A ella no le importa. Dejamos de acostarnos y..., en fin, nunca me fui.

—Dios... ¿No es una situación un poco incómoda?

—Somos muy amigos. Siempre hemos sido muy amigos. Más amigos que... —Acaba con un murmullo.

Manon pone la oreja.

—Perdona, ¿qué es lo último que has dicho?

—Digo que ahora que tiene novio es un poco más incómodo.

—Me lo imagino.

—Le gusta que salga por las noches, que les deje un poco de intimidad, ya me entiendes.

Manon lo mira. Sonríe. Se pregunta si puede conseguir que la desee.

—Siempre puedes venir a mi casa —afirma.

Él mira su taza de chocolate caliente, manteniendo el suspense.

—Sí... —responde, como si esperase que ella intentara convencerlo con más ahínco. Otro silencio incómodo. Manon siente la necesidad de llenarlo.

—Tengo vino..., una buena botella de tinto —dice.

Sus manos entran en calor cuando rodea el vaso de cartón del chocolate caliente, pero su corazón se turba. Se imagina escribiendo sobre él, diciendo que el sexo había sido igual que el patinaje: poco natural e incómodo. Él esperará que ella lo haga sentir cómodo y luego le achacará el fracaso del ejercicio. Su vida parece haber entrado en un bucle, dando vueltas y más vueltas, sin que nunca cambie nada.

—O mira... —arranca Manon, sorprendiéndose—, no he dicho nada. Creo que no es buena idea.

—Pero si acabas de decir...

—Sí, ya lo sé. No sé por qué lo he dicho.

—Podemos hablar y ya está —propone él, que se ha ruborizado.

—¿Hablar? —le suelta Manon—. Creo que solo hablaría una persona, y no serías tú.

Él traga saliva, y la observa deslizarse entre la mesa y el banco anclados al suelo.

—La verdad —se sincera él— es que me gustan las mujeres pequeñas.

—Ya... Era de esperar —responde Manon.

El aire de la noche está cargado de humedad, frío y soledad. Camina por la amplia calle peatonal, salpicada por el amarillo de las farolas y ya desierta, y deja atrás el Monumento al Soldado Desconocido, cuya piedra negra se funde con la oscuridad y del que solo brillan los codos, las rodillas y el casco. Desde todos los ángulos lo observan, ahora tras las persianas cerradas, las tiendas de todo a una libra, una detrás de otra, que durante el día emiten una cacofonía metálica hecha de tintineos, cajas registradoras, Papás Noel bailarines y ositos de peluche tamborileros.

Huntingdon. Asediada por escúteres para personas con movilidad reducida. Otrora descrita por un borracho shakespeariano como «un grano en el culo gordo de Inglaterra». Escenario de manifestaciones de animalistas tozudos a las puertas del laboratorio Life Sciences. Nunca exenta de niebla.

Pasa frente a la fachada blanca del *Hunts Post*, que marca el final de Main Street y entra en las calles residenciales, más oscuras, cuyo asfalto reluce por la lluvia y los restos de nieve derretida. Las casas están apagadas o brillan tras las cortinas corridas. Oye sus pasos chapoteando en la nieve derretida y otros a su espalda. ¿Hombre o mujer? Es imposible saberlo, pero no suenan a zapatos femeninos. Pasos largos. Un hombre. Que parece ir a su ritmo. Manon acelera, con el corazón latiendo fuerte, como una abeja contra el cristal, y los puños apretados en los bolsillos. Agarra con una mano la correa de su bolso, en bandolera, y se lo coloca en el vientre. Cartera, llaves, teléfono, placa. ¿Debería coger la placa? Él aún está a su espalda, pero puede oír su respiración. Su proximidad ya es amenazante. La calle está

completamente vacía; un poco más adelante, el río negro. Se hace a un lado para dejarlo pasar —quizá sea un hombre de negocios con prisas—, y él se ve obligado a adelantarla. Una figura encorvada que lleva sudadera con capucha. Cuando se gira, con un movimiento nervioso, Manon se percata de que su rostro está en penumbra.

—Hola, guapa, ¿qué tal?

Ella esboza una sonrisa lánguida y formal. Ahora le está cortando el paso.

—¿Qué haces en la calle tan tarde?

—Déjame en paz —dice Manon, con voz aguda, respirando con fuerza. Ha metido una mano en el bolso discretamente.

—Venga, mujer —responde él—. Si voy de buen rollo.

¿Un borracho? Está demasiado agitado y enérgico. Va drogado. Su cara sigue oculta a la sombra de la capucha. No podría identificarlo en una rueda de reconocimiento.

—¿Me dejas pasar, por favor? —vuelve a decirle, deseando que su miedo no fuese tan perceptible.

—¿Dónde vas? ¿Quieres que vayamos por ahí, tú y yo juntos?

Desiste de intentar rodearlo y lo mira a los ojos, pensando: ahora es cuando me deja inconsciente de un puñetazo o saca un cuchillo. Palpa en el bolso, buscando la placa, y se la pone en la cara.

—¿Te apetece que te arreste, macho? —dice—. Policía, Unidad de Crímenes Graves. Viendo cómo amenazas a las mujeres, me pregunto qué sabes de la desaparición de Edith Hind.

Recula a grandes zancadas, enseñándole las palmas de las manos.

—Eh, eh, eh —exclama—. Que no he hecho nada. No... —De repente, se gira y echa a correr hacia el final de la calle, hasta perderse en el camino del río.

Quizá sea el alivio. Probablemente el cansancio. O el patinaje sobre hielo y las torpes intenciones del poeta; o el susto que se ha llevado; o la pregunta que se le ha pasado por la cabeza: ¿quién denunciaría mi desaparición? El caso es que se apoya en un seto y rompe a llorar.

JUEVES

MANON

Le han tizado las yemas de los dedos, pegándole su inmundicia. «Edith, la chica desaparecida, tenía una compleja vida sentimental» (*Daily Mail*). «La policía que investiga la desaparición de Edith asegura que su ristra de amantes la puso en peligro» (*The Mirror*). El padre de Manon diría que es un blanco fácil, una gran historia. ¿Por qué no iban a querer cubrirla? Sexo y muerte: una combinación insuperable para vender ejemplares. Al ser editor de un periódico local en papel, sentía cierta admiración por los tabloides, y el problema de Manon con la prensa radicaba, al menos en parte, en que conocía ambos bandos.

Aparta la mirada de la pila de tabloides sobre sus rodillas y escudriña a través de la ventanilla del coche el cielo plomizo, apoyado sobre los tejados planos de las viviendas de protección oficial de Arbury, en Cambridge, que parecen construidas con piezas de Lego. Desde el enorme cúmulo de nubes empiezan a caer gotazas cuando Nigel y ella cierran las puertas del coche y se encaminan hacia el edificio de apartamentos. Es el cuarto día de investigación: interrogar a delincuentes conocidos —ladrones, violadores, sociópatas y adictos— con un *modus operandi* que pueda encajar con el caso.

Ambos llegan jadeando al piso más alto y se detienen frente a la puerta azul brillante de Tony Wright. Tony el Malo, como lo conocen en la Brigada de Homicidios. «A decir verdad, no ha hecho nada malo desde que lo soltaron», les había revelado el agente encargado de su libertad vigilada.

—No responden —dice Nigel, sacudiéndose los zapatos. Se asoma a la pasarela abierta y les grita «¡Eh! ¡Fuera!» a un grupo de niños que han rodeado su coche, y que ahora se desperdigan como pajarillos.

Manon vuelve a llamar con el puño.

—Ya va, ya va —dice una voz femenina al otro lado. La puerta se abre y Manon ya tiene lista su placa, a la altura de la cara.

—Buenos días, somos la oficial Manon Bradshaw y el agente Nigel Williams, de la Policía de Cambridgeshire. ¿Está Tony?

La mujer, de treinta y pico años, con una piel color tapioca, lleva un chándal de velvetón rosa y unos aros gigantes en las orejas. Se gira, sin responder, y en su espalda leen «Jugosa», escrito con lentejuelas. Se dirige con paso perezoso al salón, donde se oye la televisión.

Ahí está Tony, el rey marchito: su cara parece un acantilado desmoronado; lleva el pelo blanco recogido en una cola de caballo, por la nuca, a juego con la perilla de chivo, una larga gota de leche que le cae por la barbilla. Las gafas redondas le dan un

curioso aire intelectual o de *hippy* cantante de folk. Lleva los brazos completamente tatuados, hasta el cuello.

—Hola, Tony —saluda Manon, que lo conoce de los viejos tiempos.

—Entra, Manon. ¿Quieres un té? ¿Y tú, Nigel?

—No, gracias, Tony. Yo estoy servido —responde Nigel, llevándose las manos a los testículos.

—¿Cómo van los gemelos, Nigel? —pregunta Tony—. Darán un montón de trabajo. —Su marcado acento escocés, sumado al aspecto afable, le hacen parecer un abuelo entrañable. Cuesta creer que, en su día, entró en el piso de una joven en plena noche, cogió un cuchillo de la cocina y se lo puso en el cuello, obligándola a desnudarse.

Aquella noche no solo le robó la serenidad para el resto de su vida, sino todos los objetos de valor que tenía en casa. A Wright lo condenaron a quince años en Whitemoor, un centro penitenciario de máxima seguridad cerca del pueblo de March, donde fue un preso modélico y dirigió la biblioteca. Lleva ocho meses en libertad vigilada.

—Dan un montón de trabajo, Tony. Nos están fundiendo —dice Nigel, sonriendo.

—¿A qué debo el honor? —pregunta Tony—. ¿Acaso hay un crimen del que os gustaría acusarme? ¿Hurto, quizá? ¿Incendio doloso? ¿Asesinato?

—Solo queremos preguntarte unas cuantas cosas, Tony —responde Manon.

—¿Y si me niego? ¿Qué pasa si digo que me pilláis mal? Porque, la verdad, estoy viendo la tertulia de *Loose Women* y esa tal Coleen Nolan está diciendo un montón de cosas interesantes.

—¿Sabes algo de la desaparición de una joven de Huntingdon, Edith Hind?

—¿Por qué habéis pensado en mí?

—¿Dónde estabas la noche del 17 de diciembre, Tony? El sábado por la noche.

—Ah, eso es fácil: cuando cerraron The Coach nos quedamos dentro con unos cuantos amigos y hubo un conciertillo improvisado. Pregúntale a quien quieras de la urbanización, estábamos todos. Una noche genial, ¿a que sí, Lyn?

Lyn asiente, con un cigarrillo en la boca.

—¿A qué hora os fuisteis de The Coach, Tony? —pregunta Manon.

—Serían las dos de la madrugada, ¿no? —contesta, mirando a Lyn con ojos tiernos.

La verdad es que se diría que no ha roto un plato, piensa Manon, asombrada. La gente peligrosa rara vez cuenta sus pecados veniales, como se aprende en Protección de Menores. El malo no es el tipo espeluznante con el impermeable manchado, sino el risueño con el que hablas en la cola de la tienda de ropa.

—¿Y el domingo por la mañana, Tony?

—Pues me levanté, aunque no madrugué mucho, después de la novecita que pasamos... —Se ríe, y la flema gorgotea en el fondo de su garganta antes de convertirse en tos—. Perdón —dice, tapándose la boca con la mano—. Luego fui a ver a Paddy a las diez, como de costumbre.

—¿Paddy el de la libertad vigilada? —especifica Manon.

—Equilicúa. Fuimos a desayunar fritanga, como es tradición el domingo por la mañana. Una taza de té, huevos con beicon y una hogaza de pan enterita con mantequilla, junto a los cristales empañados por la fría mañana de diciembre. Qué bonito.

Es entrañable, por Dios. Tiene que dejar de cogerle cariño, pero ya.

—Ya sabes que vamos a comprobar todo esto, Tony —advierde Manon.

—Claro, no os cortéis, Manon. Sé que tenéis que hacer vuestro trabajo. Venid a arrestarme cuando estéis listos.

—No hace falta que nos acompañes a la puerta —responde ella.

Manon camina a paso ligero por Main Street de Huntingdon, rumbo a Cromwell's alterada de solo pensar en el guateque de Navidad con los compañeros de trabajo, como le gusta llamarlo a Davy —aunque «guateque» era una auténtica exageración—. Solo unos cuantos beberán, y los móviles se quedarán encendidos por si el equipo de guardia tiene que avisarlos de algo. Además, están todos muertos de cansancio. Colin aburrirá hasta a las ovejas hablando de la última actualización del iPad; Nigel le preguntará si sigue soltera y luego empezará a cascar sobre las sosegadas bondades de ser «un viejoven casado», aunque no parecerá tener prisa por volver con su «amada Dawn» y los gemelos.

Se para en la puerta del bar, cuyo cartel plateado intenta darle cierto aire de modernidad. Es uno de esos sitios donde los chavales de veintidós años van a celebrar despedidas de soltero cuando el dinero o la imaginación no les alcanzan para Bratislava. Manon escudriña el local mientras sus ojos se acostumbran a la oscuridad. Las máquinas tragaperras centellean en un rincón. En otro, localiza a sus compañeros de trabajo y a Bryony, en el centro del grupo, que la saluda agitando una mano y luego se lleva dos dedos a la boca, a modo de pistola, y dispara.

Manon ha llegado más tarde que los demás. Ha estado comprobando en las cámaras de vigilancia el fin de semana de Tony Wright; perdiendo el tiempo intentando localizar el desconocido-515 —el número al que Edith llamó dos veces la semana antes de desaparecer—; e informándose sobre los ordenadores de la biblioteca de la universidad con los que la chica trabajaba. «Saca toda la información

de ese», le había dicho a Nigel.

También seguía rastreando el disco duro del portátil de Edith, leyendo su tesis doctoral, sus correos, sus comentarios en internet. El último decía: «Nuestro mayor miedo no es ser incompetentes. Nuestro mayor miedo es tener un poder ilimitado». Justo debajo escribió: «No lo dijo Nelson Mandela, pero es genial».

Manon se acordó de sus propios diarios, de cuánto se gustaba a sí misma a esa edad, cuando se analizaba con tesón. Edith había copiado un largo pasaje de *Daniel Deronda*, la novela de George Eliot, en un documento de Word titulado «Así lo veo yo»:

[...] su horizonte era el de las novelas de amor refinadas, donde el alma que la protagonista vierte en su diario rebosa de un poder difuso, originalidad y rebeldía general, mientras que su vida se mueve estrictamente en el ámbito de la moda; y si deambula por una ciénaga, una parte del *pathos* radica, por así decirlo, en que lleva zapatos de raso. He ahí una restricción que la naturaleza y la sociedad han impuesto en la búsqueda de las grandes aventuras, de suerte que las almas que arden con la sensación de saber que el universo no es eso, y que están dispuestas a usar toda la existencia como combustible, permanecen cautivas tras la vulgar alambrada de las convenciones sociales y no hacen nada concreto.

El fondo de escritorio de Edith es una foto de una mujer desnuda de cintura para arriba que corre hacia la cámara extendiendo los brazos, con la frase «Aún no te lo he pedido» escrita en el pecho. Es miembro de No es no, un grupo antiacoso sexual. Su tesis analiza la lucha contra el patriarcado en la literatura victoriana y hace referencia a John Stuart Mill (*El sometimiento de la mujer*) y a *La inquilina de Wildfell Hall* («la primera novela feminista radical»). Escribe con vehemencia, su pulso estilístico es como un puñetazo que restalla en el aire.

—Hola, caracola —dice Bryony, poniéndole en la mano un vodka con tónica, antes de analizar juntas el grupo.

Colin está hablándole como una cotorra a Davy, que permanece inclinado, con los codos apoyados en las rodillas, asintiendo y escuchándolo con atención. Stuart, con una chaqueta de cuero negro y unos vaqueros a juego, ajustadísimos, está charlando con Nigel, mientras Kim se pimpla una pinta.

—Ya tengo ganas de irme —dice Manon.

—Venga, mujer, te reto a encontrar algo que no te guste: apenas se ve nada, hay un tufillo a vómito y Colin no para de cascar sobre tecnología, ¡es perfecto!

—Tienes yogur ahí —dice Manon, rascando una costra blanca del cárdigan de

Bryony—. Al menos espero que sea yogur. —Se huele los dedos y frunce el ceño.

—Espera —dice Bryony, mirándose de reojo—. Sujétamelo. —Le pasa a Manon su copa. Rebusca en el bolso y saca un cochecito de juguete, luego una caja de pasas y, al fin, una toallita—. Dale con esto, ¿vale?

—He tirado mi libro a la basura de camino a casa —dice Manon, frotando el hombro de Bryony.

—Has hecho bien. ¿Sale la mancha?

Ambas detestan esa farsa del Amigo Invisible que hacen todos los años en la Brigada de Homicidios. La organizaron antes de que estallase el caso Hind y habíar repartido los regalos en la oficina, justo antes de marcharse, ya con los abrigos puestos. El ambiente era igual de alegre que en la cola de la parada del autobús. A Manon le habían regalado un libro sobre citas, *Pilla a tu hombre antes de que se te adelanten*, de la librería de ocasión que había en la zona. El libro iba en la bolsa de papel a rayas blancas y rosas de la librería, cerrada con celo, y la falta de envoltorio apuntaba clarísimamente a Colin. A Colin, cuya respuesta a todos los crímenes era decir, negando con la cabeza: «El personal está loco», le habían regalado el DVD de la película *El mundo está loco, loco, loco*, sustituyendo la palabra «mundo» por «personal». («Qué bueno», le dijo Manon a Bryony). A Harriet le habían tocado regalo inapropiado como pocos, unas medias («No es de Stuart, eso seguro», susurró Bryony, asqueada). A Davy le regalaron un perrito cabezón para el coche, y a Bryony un babero que decía: «Lo que pasa en casa de la abuela, se queda en casa de la abuela».

—La pena es que la abuela está en casa —murmuró Bryony, triste—. Y lo que pasa en casa de la abuela es mucho mearse en las bragas y tener incómodos e inoportunos arrebatos sexuales.

—Creo que eso debería quedarse en casa de la abuela —le replicó Manon.

Era como si a cada uno le entregasen un cartel que decía «Esto es lo que todos tus compañeros piensan de ti». Stuart había recibido un kit de seducción en una lata minúscula (a lo mejor no iba tan desencaminada, a fin de cuentas). A Manon le tocó regalarle algo a Kim, el enigma de la brigada. No sabía absolutamente nada de ella. Hasta su edad era un misterio. Así que le compró una bolsa de caramelos clásicos y varios pares de calcetines. Kim parecía una mujer práctica y, cuando abrió el regalo, asintió y dijo: «Bien jugado».

—¿Queréis otra copa? —pregunta ahora Kim, tras abrirse paso hasta Manon y Bryony.

—¿Por qué no, coño? —responde Manon—. Vamos a vodka con tónica. Gracias, Kim.

—Oído, cocina —dice Kim, y su ancha espalda se aleja hacia la barra.

—Esa mujer es un enigma envuelto en un acertijo.

—¿Cómo fue con el poeta? —pregunta Bryony.

—Me llevó a patinar sobre hielo.

—Dios mío... Pero ¡si odias patinar!

—Luego me dijo que seguía viviendo con su ex.

—Vaya un partidazo. Dime que le pusiste alguna excusa y te largaste.

—Pues ¿sabes qué? Fue justo lo que hice, por primera vez en mi vida, como quien dice.

—Muy bien, nena. ¿Cómo se lo tomó?

—Me dijo que prefería a las mujeres pequeñas.

—Puaj, pues te libraste de una buena —dice Bryony, brindando con Manon—. Hiciste bien.

Se quedan en pie, mirando la barra. A Manon le aprietan los zapatos en los dedos y el talón. Kim vuelve con sus vodkas y luego se adentra entre el gentío para regresar a su mesa y su pinta. Eso hay que reconocérselo a Kim: no fuerza la conversación. Manon bebe un sorbo y se da cuenta de que es un vodka doble. Cada vez nota menos los pies, y siente la cabeza ligera, como si toda la sangre se concentrase en las piernas. Carga el peso al otro pie.

—Madre mía, mira a Davy —dice Bryony—, escuchando a Colin como si no estuviera deseando pegarse un tiro.

—Deberíamos aprender todos de él.

Vacían sus copas y llegan más: siempre dobles, unas con Red Bull, otras con tónica. El bar parece estar más oscuro, más borroso, y la música se funde en la cabeza de Manon con fragmentos de conversación mientras pasa el peso de un pie dolorido a otro, a veces con los ojos medio cerrados.

Se sienta en el brazo de la silla de Davy mientras él trastea con su móvil. Él levanta la cabeza y argumenta, explicándose:

—Es Chloe. Le gusta preguntarme cómo voy. Para asegurarse de que no haga trastadas.

—Para asegurarse de que no te estás divirtiendo, más bien —replica Manon, que se percata demasiado tarde de que lo ha dicho en voz alta.

Mira al banco de al lado: Kim frunce el ceño y asiente mientras escucha a Bryony, que ya tiene el rímel un poco corrido, se le acerca muchísimo para que la oiga a pesar de la música y le dice:

—Es verdad, Kim, me quejo de ellos. A ver, no lo hago a propósito... Pero Kim,

no lo digo en serio, coño. —Se tapa la boca con el puño y eructa—. Joder, Kim, mis hijos son mi vida.

Stuart está a la derecha de Manon y parece malévolamente sobrio. Le pregunta dónde está Harriet.

—Tenía una cena con los mandamases. Un reencuentro con maderos jubilados o algo por el estilo.

Stuart asiente.

Luego Davy le pregunta a Stuart de dónde es y qué hacía antes de entrar en el cuerpo.

—Profesor auxiliar en un colegio de Peterborough, pero era una mierda.

Davy asiente. Su curiosidad queda enterrada como un gato muerto, y los dos hombres guardan silencio, echados hacia delante, con los codos en las rodillas.

—¿Por qué era una mierda? —grita Manon al cabo de unos segundos, lanzando una mirada irritante a Davy.

—La directora se creía que era una enviada de Dios, y encima iba por ahí mandando a todo el mundo. —Stuart responde mirando a Davy, que asiente plácidamente, como el eterno analista de las relaciones humanas que es.

—Bueno, ¿no se supone que una directora tiene que mandar en su colegio? —vuelve a gritar Manon, arrastrando una silla para unirse a ellos.

—Nunca le hacía caso a nadie —confiesa, y Manon nota su amargura: todo el encanto de Stuart yace en un rincón, como una cortina descolgada.

—¿Quieres decir que no te hacía caso a ti?

—Sí, a mí. ¿Por qué no me hacía caso?

—Eh..., ¿porque eras un profesor auxiliar y ella la directora?

Stuart frunce el ceño, pero de repente parece acordarse de quién es y esboza una sonrisa irónica.

—Entonces, ¿qué vas a hacer el día de Navidad, jefa?

—Ah —dice, mirando para otro lado—. En Navidad estoy de guardia.

Manon está en la cama. Tiene el rímel corrido y la radio murmura a su lado, a un volumen demasiado bajo como para distinguir las palabras. Lleva un buen rato ahí tumbada, pensando que tiene que subirla para poder escuchar, pero el pensamiento no acaba de transformarse en acción. Le pesan los brazos y las piernas, hundidos en el colchón, y la habitación está partida: el techo gira a una velocidad y en una dirección distinta a las paredes y el suelo. Su ropa está amontonada a la buena de Dios junto a la cama. Cierra los ojos, pero el mareo aumenta y los vuelve a abrir. Si pudiera subir el volumen de la radio para oír a la Central, quizá se dormiría...

Su cabeza es un mejunje, un fluido, y la maraña de recuerdos fugaces la hace remontarse en el tiempo: la puerta de la habitación de su madre está entreabierta, y su yo de catorce años se asoma con discreción y ve al forense junto al cuerpo, que yace en la cama. Ellie estaba detrás de ella, pero la apartó de un empujón: quería proteger a su hermana, sabedora de que, si veía esa imagen, jamás se le borraría.

Vuelve al presente, pero un recuerdo tenue y fangoso arrastra su cabeza hasta Tony Wright. Deeping y el Centro Penitenciario de Whitemoor, ambos cerca del pueblo de March. ¿Encontraría Wright el camino para ir a Deeping una noche, saliendo de las marismas de Fenland cual Magwitch retorcido?

Y otra vez al pasado, borroso y macabro. «No entres dócilmente en esa buena noche».

La imagen de la que había protegido a Ellie: su madre con los ojos abiertos y la cabeza en la almohada; tiene la piel lívida y moteada donde la sangre ha dejado de fluir —se acumula como en una copa de tinto inclinada—. Lividez. Ahora conoce de sobra la palabra, pero entonces no. «La decoloración azul y negra de la piel del cadáver, como consecuencia de una acumulación de sangre desoxigenada en los vasos sanguíneos subcutáneos».

VIERNES

MANON

—¿Es cosa mía o...? —dice Harriet, mientras Manon y ella observan, en las grabaciones de las cámaras de vigilancia, los movimientos de Tony Wright el fin de semana del 17 y 18 de diciembre.

—No es cosa tuya, no —responde Manon.

—Pero ¿qué coño está haciendo? —pregunta Harriet.

—Kim, Davy, mirad esto.

Se acercan despacio, con las caras más o menos macilentas tras la noche anterior: Kim parece un donut con ojos; Davy aún lleva el pelo de recién levantado.

—Ya veo que fuiste a la peluquería nocturna de Vidal Sassoon, Davy —dice Manon.

Nigel está permanentemente destrozado por la falta de sueño, así que siempre tiene la misma pinta.

Miran la pantalla, bostezando y frotándose los ojos.

Tony Wright cruzando las pasarelas abiertas de los edificios de protección oficial de Arbury, desde diferentes ángulos, alegre como unas castañuelas. Tony Wright lanzando miradas evasivas a la cámara. Tony Wright entrando en el *pub* The Coach, de la urbanización, con una sonrisa de complicidad que la cámara capta de lleno. Tony Wright marchándose de The Coach a las dos de la madrugada, un rato después de que cerrasen (una infracción de nada). Domingo, 9:46 de la mañana: Tony yendo al encuentro de su agente de libertad vigilada, encorvado y con las manos en los bolsillos de su chaqueta vaquera. Tony y el agente entrando al bar de fritanga.

—Vaya una precisión suiza...

—¿Cuándo fue la última vez que The Coach tuvo cámaras que funcionasen? Que tuviesen película, vaya —se cuestiona Harriet.

—Nunca. Todos los trapicheos y negocios sucios de la urbanización se hacen ahí —les aclara Kim—. Si tuviera cámaras, no tendrían clientes.

—Quiere que sepamos que está ahí —dice Harriet.

—¿Y eso qué significa? —interviene Manon.

—Que se está produciendo un delito en otro sitio —responde Harriet, mirándola.

—Para el carro: ¿este delito u otro delito? ¿Alguien está secuestrando a Editl Hind por él mientras toca el ukelele? —pregunta Manon, frunciendo el ceño.

—Grrr... —Harriet emite ese sonido tirándose del pelo—. ¿Por qué está mareándome? No me gusta. No me gusta un pelo. Traedlo.

—¿Querías que corroborásemos lo feo que eres, Tony? —pregunta Harriet, de pie a su lado en la sala de interrogatorios 2, apoyando los puños en la mesa—. ¿A qué viene todo ese contacto visual con la cámara?

—Desprendes un montón de energía negativa, subinspectora Harper. Me da la sensación de que estás cabreadísima conmigo porque mi coartada es sólida —dice Tony, sonriéndole como un padre indulgente—. Te acabo de joder el viernes, ¿eh?

—¿Qué pasa, Tony?

—¡Si es que me arrestáis en cuanto me veis contento, coño! —se queja Tony, y no le falta razón—. Así que, teniendo en cuenta cómo está el patio, procuro ir por donde las cámaras puedan verme, para que no haya confusiones. Estoy hasta los cojones de que me traigáis aquí y me gritéis cada vez que pasa algo y no he sido yo, así que esa es mi respuesta: ¡Sonríe a la cámara! ¡Di «patata», Tony! Que vean que no es nada.

—¿Sabes qué le pasó a Edith Hind? —lo interroga Harriet.

Tony se inclina hacia delante, apoyando los antebrazos en la mesa. Las observa por encima de las gafas. Manon evita su mirada y se concentra en la daga que lleva tatuada, cuya punta acaba en la muñeca, diciéndose que ojalá Davy estuviera en la sala con ellas. Dice, en voz muy baja:

—Más os vale que os andéis con ojo vosotras dos, ¿me explico? Porque sabéis igual que yo que no tenéis pruebas para arrestarme. Así que, si no queréis acabar en un marronazo de la hostia, y os lo digo por vuestro bien, mejor será que no me toquéis los cojones más de la cuenta. —Vuelve a repantigarse en la silla, ahora con una expresión más amistosa—. Bueno, ¿queréis que hablemos de otra cosa, guapas?

VIERNES DE LA SEMANA SIGUIENTE

MIRIAM

«¿Mamáaa?».

La voz sube por las escaleras hasta la cama, donde está tumbada con la ropa puesta; la siguen unos pasos.

«¿Mamá?», se oye ahora, en un tono más quedo, junto a la puerta, por la que asoma la cara adorable de Rollo. Que le recuerda que sigue siendo madre.

«Mamá», repite, sentándose en el borde de la cama. Ella le sonrío, mirando el absurdo corte de pelo que se ha traído de Buenos Aires: parece una cuña de queso. «Tupé lateral», así lo había definido su hijo, subiéndoselo con una mano.

—¿Quieres algo? —le dice—. ¿Un té? —Le ha puesto una mano en el hombro. ¿Qué sería de ella sin Rollo?

—¿Qué llevas puesto? —le pregunta cariñosamente a su hijo, con voz cansada y grave, como las sombras espesas de la habitación. No ha dormido más de dos horas seguidas desde que Edith desapareció, hace doce días.

Él se mira.

—¿Esto? —Un cárdigan violeta con curiosos ribetes rosas, abotonado hasta arriba, encima de una camisa blanca, pantalones beis de pitillo y zapatos de punta estrecha—. Ya te lo he dicho, mamá: tengo mi *look*.

Su benjamín irradia buen humor. Le pareció una revelación desde el día en que nació. Hizo su primera broma a los dos meses: mientras le daba el pecho, levantó la cabeza y, con la boca llena de leche, le regaló una sonrisa donde solo se veían encías; luego hizo una pedorreta y se rio. Era como la luz del sol, desde el primer día.

Cuando vieron a Rollo en la otra punta del pasillo de la comisaría de Huntingdon, Ian y ella sintieron esa gratitud cargada de debilidad propia de los mayores. Corrieron a su encuentro y lo abrazaron con fuerza: no querían que se separase de ellos. Habían llegado los refuerzos. Y, aunque la relación de Rollo con Ian siempre había sido tensa —sabía que Edith era su favorita, su discípula académica—, el padre también soltó un buen suspiro de alivio. Luego hablaron de las campañas de carteles y de recaudación de fondos, y de las peticiones de Rollo a través de Facebook y Twitter, que establecerían conexiones y se extenderían como vasos sanguíneos, para que la gente no se olvidase de Edith.

—Gracias, hijo —le dijo Ian, con tono formal, aunque Miriam lo pilló lanzándole una mirada de necesidad, idéntica a la suya; como si Rollo fuera miel y ellos osos.

Volvieron con él a Hampstead y, después de que dejase el macuto junto a la encimera, con el moreno de la playa aún brillando en sus sienes, los tres se sentaron a la mesa, aturdidos, para beberse con calma un té. El té había sido fundamental en las

últimas dos semanas. A veces, Miriam tenía la sensación de que su estómago era una cama de agua, pero aceptaba siempre que se lo proponían, quizá por su significado simbólico: atención, comodidad, calor. A fin de cuentas, así se hace en Inglaterra. Desde el 18 de diciembre, se lo toma con dos azucarillos.

—Yo creo que quiere pasar un tiempo sola —dijo Rollo la primera noche, levantándose para poner a hervir otra vez el agua y apoyándose en la encimera. A Miriam la sorprendió lo grande que era su niño—. Sin Will. Aburre hasta a las ovejas.

—Es una persona decente —lo defendió Ian.

—Es un coñazo que induce el coma —replicó Rollo.

—Hay cosas peores —dijo Miriam.

—No estoy yo tan seguro.

—Siempre fue muy bueno con Edith —insistió Ian.

—Pero no estamos seguros, ¿o sí? —preguntó Rollo.

—La policía no cree que tuviese nada que ver.

—Deja de hablar de ella como si... —le espetó Miriam. Rollo se le acercó y apoyó la cabeza de su madre en su pecho.

—Esto es típico de Edie —le murmuró—. Siempre llamando la atención.

La poca luz de la habitación hace que parezca de noche, aunque es media tarde. Oyen a un grupo de jóvenes gritar por la calle.

—Mañana es Nochevieja —comenta Rollo, mirando hacia la ventana.

—Solo nos faltaba eso —contesta su madre.

Sin duda oirán el estallido y el chisporroteo de los fuegos artificiales hasta bien entrada la madrugada, como una declaración de guerra a sus sentimientos. Hasta entonces no se había percatado de la felicidad impuesta en esta época del año, del extra de dolor que deben de infligir a los desvalidos todos esos anuncios de la tele que exigen a todo el mundo que sea feliz.

—¿Siguen fuera? —pregunta, en alusión a los fotógrafos, y él niega con la cabeza.

—Solo quedaban dos y se han largado —responde.

También fue un alivio la marcha de Will, cuya estancia, a pesar de que llegó a última hora de la tarde en Nochebuena y se marchó el 26, se les hizo larga. Ian preparó una comida fría —dijo que era un *Smorgasbord*, o algo así— para el almuerzo de Navidad, pues les parecía inapropiado pegarse un banquete a base de pavo. Colocaron pequeños rectángulos de queso sobre panecillos crujientes de centeno con sésamo, que se desmigajaron por toda la mesa (Miriam la limpiaba constantemente con la palma de la mano, pero luego, al caer en la cuenta de que no iba

a hacer el esfuerzo de levantarse, tiraba las migajas al suelo). También había paté, en cuyos bordes se había formado una costra rojiza porque Ian no lo había tapado en el frigo, pepinillos en vinagre y ensalada de col y apionabo, como en un pícnic francés sin pies ni cabeza.

Por la noche, infinita y en vela —todos bajaron a la cocina o fueron al baño en algún momento—, oyó a Will gimoteando en la habitación de invitados.

—Tenía que haber cuidado de ella —confesó Will en el desayuno—. Era mi responsabilidad.

Ella se había intercambiado una mirada cansada con Rollo, mientras su hijo esperaba su tostada.

El teléfono empieza a sonar, a lo lejos.

—Voy yo —dice Rollo—, poniéndose en pie.

Miriam levanta la cabeza de la almohada.

—No, lo cojo yo. Ojalá sea Christy.

MANON

El almuerzo que ha comprado en la cantina —pastel de cordero y puré de patata y zanahorias hervidas— se ha pegado a las cuatro esquinas de la caja amarilla de poliestireno. La carne picada, acompañada de salsa *gravy* de Bisto, le raspa la garganta. ¿Ese puré habrá sido patata alguna vez? El caso es que no está malo, ni muchísimo menos.

Ha apartado el teclado para hacerle hueco a la caja rectangular y al *Daily Mirror*, y escruta la columna de noticias breves, a la que han relegado «La búsqueda de Edith». Un párrafo sobre la reconstrucción televisiva del suceso, que se emitirá en el próximo episodio de *Crimewatch*. Después de doce días desaparecida, Edith es un breve: reflejo del punto muerto al que ha llegado la investigación. La Policía Científica solo encontró ADN de Edith, Will Carter y Helena Reed en el domicilio de George Street, como era de esperar. La sangre era de Edith, pero no había ADN desconocido en los fragmentos de cristal hallados en el cubo de basura de la cocina.

—Usaría guantes —había dicho Harriet—, o fue alguien cuyo ADN ya estaba allí.

En alusión a Carter. Siguen comprobando su viaje de vuelta por todas las carreteras secundarias desde Stoke; siguen rastreando el número de móvil desconocido-515; siguen esperando los datos del ordenador de la facultad. Todo se eterniza por los turnos de Navidad, el personal está bajo mínimos. Todos los correos rebotan con un «Estoy de vacaciones».

—¿La Navidad bien? —pregunta Marie, de Contabilidad, al pasar junto a la mesa de Manon. Es la pregunta que más teme, e intenta despacharla rápido.

—Sí, muchas gracias —responde, levantando a duras penas la mirada de un artículo del periódico que no está leyendo, sobre un musculitos estrella del pop que se ha casado por tercera vez, aunque «esta es la definitiva».

En Nochebuena la apartaron del caso Hind para reasignarla a un presuntivo homicidio. Estaba cantado que pasaría más pronto que tarde. Era un anciano carbonizado junto a la puerta principal de su bungalow, a las afueras de Peterborough. Podía tratarse del encubrimiento de un robo, o de una petición de dinero con amenazas que había acabado mal, o quizá de un suicidio. Inspeccionó el interior chamuscado de la casa y encontró un surtido de pelucas baratas y apelmazadas —la mayoría rubio platino— y un armario que el fuego dejó intacto, en cuyo interior había toda una gama de vestidos de mujer de poliéster y, debajo, un batiburrillo polvoriento de tacones de aguja con hendiduras en los laterales y el talón para que cupiese un pie de hombre. El viejo se había pasado toda la vida trabajando gratis de basurero para el Ayuntamiento de Peterborough.

Manon pasó Nochebuena y Navidad intentando dar con su familia, pero no encontró a nadie; al menos a nadie que dijese conocerlo. Probó a revisar las cámaras de vigilancia, lo que le llevó el doble de lo habitual, pues solo los más lerdos o desesperados, entre los que se incluía, estaban de servicio ese día. Si tuviese que dar un consejo, sería: no te operes ni seas víctima de un crimen violento un día que caiga en fiesta nacional.

No obstante, echó el día con la muerte del viejo travesti. La noche de Navidad compró comida para llevar en The Spice Inn, entró en su piso sumido en la oscuridad y fue directa a la cocina. Dejó su móvil en la encimera y la pantalla se iluminó, para apagarse al punto, cual dormilón que se despierta y vuelve a girarse en la cama; entonces se acordó de las llamadas de su padre que había ignorado.

La cocina fue la única parte de su piso que pasaron por alto los diseñadores modernistas de mediados del siglo XX, y era tristísima: revestida de azulejos marrones con flores, con las juntas resquebrajadas y naranjas detrás de los grifos, y unos armarios oscuros y barrocos con asas de aspecto medieval. Bryony le había dicho que pintase los armarios. «De gris cálido. Ilumina lo que no está escrito». Sin embargo, Manon nunca se puso manos a la obra. El final de un turno se difuminaba con el principio del siguiente. Las horas extras se solapaban. Llenaban su cuenta bancaria, pero no su frigo, y cuando bajaba la marea de trabajo solo le quedaban cosas caducadas. Una vida desierta. Un apio que no había abierto, pero que ya estaba correoso. Bragas y medias que se desbordaban de la cesta de ropa sucia. Manzanas podridas hasta las semillas, que escupía de inmediato en la basura. Y entonces Manon se decía que no le volvería a pasar, tomaba la decisión firme de llenar el frigorífico y pintar los armarios de gris cálido mientras la lavadora centrifugaba; también se decía que comería más remolacha y empezaría con las clases de zumba, pero todo se olvidaba con la siguiente marea de trabajo.

Atiborrada de *korma*, escuchó el mensaje de su padre. «Hola, cariño. Nada, solo quería felicitarte la Navidad... Por aquí ha ido bien. Una ha preparado unas terrinas de salmón deliciosas, para variar. Ha estado bien. Sí. Bueno, no trabajes mucho. Llámame cuando puedas, ¿vale, Manon? Pues nada, lo dicho, adiós».

Esperaba tener un mensaje de Ellie. Hasta volvió a comprobar las llamadas perdidas, pero nada. Así pues, se dijo que ese silencio era culpa de Ellie. Le devolvió la llamada a su padre, de mala gana, porque sin duda le pediría la lectura del *feliznavidómetro* y el suyo estaba a cero. Así que, para cambiar de tema, le contó lo del travesti carbonizado y consiguió desconcertarlo. Manon oía a Una de fondo, poniéndose nerviosa, susurrando en voz alta: «Es que tenemos que irnos ya, Robert». Así que le dijo: «Venga, vete. Obedece».

Pensó que ojalá pudiera llamar a Ellie, aunque solo fuese para poner a parir a

Una, pero la idea de dar su brazo a torcer le resultaba demasiado dura.

Suena un teléfono en la sala y, cuando Manon levanta la cabeza, ve a Davy volver con Stuart y Nigel, con los que ha almorzado en la cantina. Colin está comprando por internet, como de costumbre: una barra de sonido para la tele. «En las rebajas de Navidad te encuentras con auténticos ofertones».

Manon hace caso omiso del teléfono. Su sonido resulta estridente en esa sala iluminada con tubos fluorescentes amarillos y rebota en las mesas de abedul laminado, anchas como las de la morgue.

—Jefa... —dice Kim.

Manon se gira. Kim la está mirando fijamente, con el teléfono separado del cuerpo y un gesto que congela a todo el departamento.

—Son los de Actividades Subacuáticas —añade Kim. Siguen mirándose y el corazón de Manon se acelera—. Un cadáver. En el Ouse. Poco antes de llegar a Ely. Un hombre que paseaba a su perro lo ha encontrado esta mañana.

Nadie mueve un músculo.

—Jefa... —repite Kim.

—Diles que vamos para allá.

—Y yo que estaba convencido de que... —empieza Davy.

—Pobre Miriam —dice Kim.

—Pobres los dos —añade Colin, y Manon lo mira. Incluso él tiene la cara desencajada.

Davy y ella bajan al trote y en silencio las escaleras de la Jefatura y se meten en un coche camuflado. De ahora en adelante, todo es *terra ignota* para los Hind. Habrá una vida antes y otra después; y, muy pronto, esa primera vida, la intacta, se desvanecerá como un precioso paisaje extranjero. En esa primera vida, Manon solía leer libros con una linterna debajo del edredón y sentía la emoción de lo ilícito cuando su madre pasaba junto a la puerta, de camino a su habitación. Fue una primera vida de bandazos entre pasiones y rabias, que se desarrollaron contra el pecho sólido de su madre. Aunque no diría, no exactamente, que fue una vida feliz —nunca entendería a la gente que describía su infancia como feliz—. Manon mira a Davy y piensa que lo más probable es que así es como él describiría la suya. A Manon, la infancia (al menos lo que recuerda de ella) le parece una época de frustración y brega, de experiencias aterradoras y nuevas, y luego vuelta a la comodidad familiar antes de la siguiente incursión.

Davy ha enfilado la A14. El cielo es de un azul frágil, muy a lo lejos, y la luz del

sol es penetrante, quebradiza y escasa; sus esquirlas resplandecientes atraviesan el parabrisas y los obliga a bajar las viseras. Cuando dejan atrás las afueras de Huntingdon, la nieve, que no ha acabado de derretirse en la ciudad, gana presencia a medida que se adentran en Fenland.

Y entonces pasó. «Síndrome de muerte súbita», dijo el forense, y todo lo que llegó después fue otra vida, un territorio nuevo, que los Hind estaban a punto de descubrir, pues Edith había aparecido flotando bocabajo en el Ouse. Y toda la vida de Manon se desarrolló entre esas ruinas.

Buena parte de su día a día, con catorce años, y del de Ellie, con doce, no varió. Habían aconsejado a su padre que no cambiase las rutinas por el bien de sus hijas. El colegio. Sus habitaciones y las cortinas con estampado circense que su madre había comprado. Las clases de natación el fin de semana. Luego la bolsa de patatas fritas en el asiento de atrás del coche, con el pelo húmedo oliendo a cloro y las medias arrugadas en sus piernas pegajosas. Las miradas de su padre por el espejo retrovisor, el asiento vacío a su lado. Deambularon a través de esa etapa, impotentes; con la mochila al hombro, soportando las miradas de los niños con suerte; con un padre que nunca acababa de prever sus necesidades, y cuando el supermercado cerraba no había nada para preparar el almuerzo. Sacando los uniformes de la cesta de la ropa sucia y oliéndolos para ver si podían valer. En apariencia, tiraban para delante; les iba bien en los exámenes. Manon sacaba las mejores notas de su clase porque estudiar, en comparación con vivir, estaba chupado. La lectura era una vía de escape. Sin embargo, Ellie y ella no estaban —y eso lo supo ya con catorce años— intactas, como los demás. Había una brecha enorme entre la superficie y su vida interior, hecha añicos como una copa rota.

Era como si su madre se hubiese llevado con ella todas las estrategias de Manon para vivir. Cuando entró en Cambridge para estudiar Filología Inglesa, desde fuera se vio como una señal de éxito; nadie se percató de que era un refugio. Llevaba ya tres años sin hablar con Ellie, un distanciamiento al que habían ido añadiéndose capas de resentimiento como los anillos de un árbol. Todo empezó cuando Ellie rompió el pacto entre las dos hermanas: odiar a Una de forma inmadura y obstinada.

—¿Te has quedado en su casa? —le preguntó Manon, incrédula—. No me habías dicho nada.

—No creí que hiciera falta —dijo Ellie—. Cuando te acostumbras a ella, Una es buena gente.

—¿Que Una es buena gente?

—Pues sí. A ver, tiene sus cosas: hay que dejar la tira de papel higiénico a una altura concreta, pero, por lo demás...

—Judas.

Davy echa el freno de mano y se quedan sentados, oyendo los restallidos del coche al enfriarse. A lo lejos, ven a los buzos del Grupo de Actividades Subacuáticas trajinando en el margen del río, una ambulancia con las puertas abiertas de par en par y una camilla cubierta con una sábana roja. Ve al patólogo del hospital Hinchingsbrooke, Derry Mackeith, hablando con un tipo de uniforme.

—Odio el olor de estos —le dice a Davy mientras salen del coche.

—La Brigada de Homicidios —dice Mackeith, acercándose a grandes zancadas desde el margen del río—. ¿A qué debemos el honor? —Se notan las venillas moradas de su nariz por el frío; de su boca salen nubes blancas.

—¿La habéis sacado del agua? —dice Manon, intentando mirar a su espalda, aunque los buzos y los agentes de Actividades Subacuáticas le tapan la vista.

—¿La? —se sorprende Mackeith—. No es una mujer.

Manon lo mira.

—¿Cómo? ¿Me estás diciendo que no es Edith Hind?

—No, a no ser que Edith Hind fuera un joven mulato —responde Mackeith.

—Creía que...

—Ah, sí, lo siento. Los de Actividades Subacuáticas están a la que salta por no haber encontrado a la chica. Falsa alarma. Nos dimos cuenta en cuanto lo sacamos. Intentamos llamaros... Si queréis, podéis echarle un vistazo, pero creo que no os necesitamos. Yo diría que es un suicidio. Supongo que sacaremos la identidad con las huellas dactilares. El forense puede empezar por ahí.

Manon mira a la espalda de Mackeith; la muchedumbre de buzos y agentes de uniforme se ha dispersado y ahora se ve el cuerpo: embarrado, descolorido y muy hinchado. Un buda azul jaspeado.

—¿Te haces una idea de cuándo fue? —pregunta.

—En esta época del año el agua está congelada. Solo hay una ligera descomposición. Yo diría que entre dos y tres semanas.

—¿Han encontrado una cartera, un móvil...? —le dice al portavoz del Grupo de Actividades Subacuáticas, que se les ha acercado con su cortavientos azul marino carísimo, con el cuello de lana rosa.

—No, señora, nada. Solo los vaqueros y la sudadera que llevaba puestos, y unas deportivas muy caras, que lo ayudarían a hundirse. Si les parece bien, lo llevamos a la morgue.

Están en la puerta de un granero color serrín, de madera natural, rodeado de unos setos muy cuidados y discretos. Sin embargo, cuando Manon y Davy entran para

interrogar al hombre que había encontrado el cadáver mientras paseaba a su perro, miran hacia arriba, asombrados, y ven las gruesas vigas de roble, que cruzan el techo abovedado de doble altura, y los ventanales catedralicios.

—Vamos a intentar no robarle demasiado tiempo —asegura Manon.

—No se preocupen, pasen y pónganse cómodos. ¿Les preparo un café? —Su voz es profunda y lenta. Camina ligeramente encorvado y lleva unos gruesos pantalones de pana. Su cabeza inclinada transmite amabilidad y deferencia.

—Nos vendría de perlas un café, gracias —responde Manon—. Hace un frío que pela.

—Este sitio es precioso —afirma Davy, que se ha acercado a un ventanal.

El cielo se ha teñido de rosa, con franjas amarillas; en el centro hay un rombo radioactivo que se refleja en el río, flanqueado por árboles deshojados. El rosa de la puesta de sol, carnoso e intenso, se cuelga en la casa y les da a los tres un bronceado californiano.

Frente a los ventanales hay una mesa de refectorio con dos bancos alargados cubierta de periódicos. Al otro lado de la sala hay una estufa de leña y un perro color teja en su cama, frente a ella. El animal ha levantado la cabeza cuando han entrado, pero ahora la vuelve a bajar, indiferente.

—La pobre está ya muy mayor —les explica Alan Prenderghast (Davy le ha susurrado el nombre a Manon al oído), que ahora se encuentra en la cocina abierta, moviendo las palanquitas de una compleja máquina de café plateada. La cocina está revestida de madera oscura y tiene forma de U, con armarios gris pizarra y una encimera negra.

—Hay una vista preciosa —comenta Manon, que también se acerca al ventanal para contemplar el sol ponerse en el horizonte, repleto de pájaros.

Mira a su derecha y descubre un sillón raído y unos prismáticos sobre una mesita. Pasan en silencio unos segundos. En otro momento, Davy habría hecho cualquier comentario, pero ambos están hipnotizados por el sosiego y el tamaño de la casa y sus vistas.

Por fin, el señor Prenderghast se acerca a ella y le ofrece una taza de café con espuma.

—Es lo que más me gusta de esta casa —dice, mirando por el ventanal.

El olor tostado de su taza asciende como humo.

—¿Ven ese campo de allí enfrente, al otro lado del río? Todos los inviernos se inunda y se llena de miles de aves, literalmente: patos, gansos, cisnes... Bulle de vida. Una buena parte llega desde Escandinavia. Podría quedarme todo el día viéndolos posarse y levantar el vuelo. Aunque es una vista muy triste, en cierto

sentido.

Tiene una voz sosegada, como si escogiera cada palabra. Una voz que podría devanar la maraña de desvelos shakespeariana. Manon observa el paisaje, los colores de la puesta de sol, como un cardenal, y los árboles desnudos. Lleva razón: es el paisaje más triste que ha visto en su vida. Quiere quedarse en esa cocina, tan cálida y discretamente macabra —silenciosa y lenta y alejada de la ciudad—, aunque nunca ha sido de esas personas que conciben el campo como un lugar idílico.

—Tuvo que impactarle encontrar el cadáver —dice ella.

—No me lo esperaba, no —responde el hombre—. Nunca había visto uno, y la verdad es que ha sido mucho peor de lo que me imaginaba. ¿Quién era?

—Aún no lo sabemos. Un joven. Tendremos su identidad a última hora del día.

—Entonces no es la chica —dice—. La que desapareció antes de Navidad.

—No, no es la chica.

Asiente y le da un sorbo al café, llevándose la mano libre al bolsillo de los pantalones.

Davy está sentado en la mesa alargada, cuaderno en mano.

—¿Podría decirnos cómo se gana la vida? —le pregunta.

Manon se ha acercado a las estanterías, situadas a un lado de la estufa. Son altas y están abarrotadas, y hay una escalera apoyada en una de ellas. *Suave es la noche. Pastoral americana. Lejos del mundanal ruido. Cartas de cumpleaños. Jane Austen y la guerra de ideas.*

—Sí, claro —le contesta el señor Prenderghast a Davy—. Soy analista de sistemas en Cambs Biotech.

Freud. John le Carré. Una historia de la política exterior de los laboristas en los años de posguerra.

—Perdone mi ignorancia, pero ¿qué hace un analista de sistemas? —continúa Davy.

—Ah, es aburridísimo. Esencialmente, me encargo del funcionamiento del sistema operativo de una gran farmacéutica; uno de esos conglomerados de empresas que odian los lectores del *Guardian*.

—¿Dónde está la sede? —pregunta Manon.

—A las afueras de Cambridge, cerca de Newmarket. En uno de esos edificios industriales sin ningún encanto. Pero esta semana he trabajado desde casa: la oficina está desierta en esta época del año.

—¿Estudió Filología Inglesa en la universidad? —se interesa Manon, mirando otra vez a las estanterías.

—No, varios de esos libros son de una carrera que estoy estudiando a distancia.

Los otros son lecturas por placer. No era... No fui a la universidad, vaya.

—¿Y estaba paseando a su perra esta mañana? —interviene Davy, boli en mano.

—Sí. El típico paseo matutino para que Nana corretease un poco. Aunque ahora ya renquea, más bien. Íbamos por el camino que bordea el río. Nana —les aclara, señalando con un ademán de la cabeza a la perra, cuyas cejas se levantan como dos orugas, por libre, mientras que la cabeza sigue apoyada en la cama— ha empezado a arañar las raíces de un árbol cerca de la orilla. La he llamado varias veces, pero, como no volvía, he ido a por ella, y entonces he visto eso. Solo la espalda, porque estaba flotando bocabajo. —Un golpe de tos—. Bueno, no debería haber dicho «eso»; he visto el cuerpo del joven, vaya.

Guardan silencio unos segundos, por respeto al cadáver.

—Gracias, señor Prenderghast —concluye Manon—. Creo que no hace falta que lo entretengamos más.

Davy y Manon empiezan a recoger sus cosas. Tardan un buen rato en quedar enterrados bajo abrigos, bufandas y guantes.

—¿Va a salir mañana por la noche? —pregunta Davy.

—Ah, sí, es Nochevieja, ¿verdad? —responde, sonriendo—. Se me había olvidado. No, no es lo mío. No me gusta mucho el gentío.

—Pues a mí me encanta la fiesta de Nochevieja —dice Davy.

—Yo soy como usted, señor Prenderghast —comenta Manon—. No lo soporto.

—Podéis llamarme Alan. Me quedaré aquí, viendo una película o algo así.

—¿Cómo, solo? —dice Davy, impactado.

Manon lanza una mirada de paciencia a Alan, como si fuesen los padres de Davy. Él se ríe.

—En estos tiempos hay un miedo atroz a la soledad, como si fuera una especie de enfermedad. La gente la detesta. Quieren que se les vea dentro de una vorágine social constante.

—No quería... —dice Davy.

—No no, si hablo en general —se apresura a explicarse él, sosteniendo la puerta con la mano—. A veces me acelero, lo siento. Lo más probable es que esté a la defensiva; a lo mejor mi subconsciente quiere ir a una fiesta, agente Walker. En fin, gracias a los dos. Si puedo ayudar en algo más, no dudéis en llamar.

SÁBADO

DAVY

El camino —llano y despejadísimo, para su deleite— atraviesa las llanuras pantanosas de Fenland y, aunque Davy ha tenido que armarse de valor para enfrentarse a la mañana invernal, ahora siente el aire vigorizante y el estímulo de la velocidad. Una sensación insuperable. Siempre ha procurado ser activo, aunque a veces los turnos se lo impiden (sobre todo en los casos más gordos, como la desaparición de Edith Hind). Casi todos los días sale a correr a las seis de la mañana o coge la bici. Nunca se descuidaría, y menos viendo a su madre, siempre en la cama o frente a la tele, atiborrándose de galletas de chocolate y lanzándole miradas desafiantes que dicen «No te atrevas a meterte».

Esta mañana, cuando Chloe se ha ido a su trabajo, en la tienda de ropa Next de Main Street —además de ser sábado, es Nochevieja, y le espera un día movidito—, Davy ha conducido una hora hasta Wisbech para hacer una de las preciosas rutas ciclistas que hay en Fenland. Estaba deseando tener algo de tiempo para pensar en cómo abordar «el tema» con Chloe, y también anhelaba esa sensación de velocidad sin igual: el cuerpo y la bici a toda velocidad, el aire fresco del campo entrándole en los pulmones; un cielo despejadísimo, que parece una cúpula inmensa sobre las llanuras, y a su lado el río, como un camino frío y gris.

Pedalea con más fuerza, para alejarse de las imágenes que le evoca el río, del cuerpo de ayer —la hinchazón de la carne, ese color inhumano, entre azul y morado—. Un chaval. Y Davy no puede evitar pensar en Ryan, en lo que podría pasarle al perder la protección de la Residencia Aldridge. Decide que hará varias llamadas más, a ver si el trabajador social puede interceder. Davy tiene que hacer todo lo que esté en su mano para evitar que Ryan acabe como el joven del río; y es que, en cuanto te descuidas, puede que ya sea demasiado tarde. De repente cae en la cuenta de que está discutiendo mentalmente con Chloe; ella siempre le dice: «Quieres más a esos niños que a mí» y se pone de mal humor.

Dobla una curva del camino, siguiendo el meandro del río; le encanta la sensación de tener la bici inclinada, casi contra las leyes de la gravedad: aunque debería caer, la velocidad hace que las ruedas sigan girando, y el viento ruge en su cara y entre los árboles desnudos. No, se dice, este rato para pensar no es para Ryan ni para el caso Hind, sino para Chloe. Podría ser una buena noche para sacar el tema del «futuro». Sin embargo, siempre que están juntos y parece el momento idóneo, algo acaba disuadiéndolo: la música está más alta de la cuenta en el restaurante, se topan con un conocido en el *pub*, o le entran unas ganas incontenibles de cagar (a él, claro; ella nunca hablaría de algo tan vulgar).

Baja el ritmo y ve un cartel azul que señala hacia la izquierda: MARCH. Podría acercarse y echar un vistazo en Deeping. El caso lo preocupa cada vez más: Harriet sigue dándole vueltas a la coartada de Tony Wright; Will Carter no está descartado, ni mucho menos, pues su viaje de vuelta desde Stoke tiene lagunas. Manon cree que deberían investigar con más ahínco al director de tesis, el tal Graham Garfield, porque cuando Davy y ella preguntaron por Garfield en una de sus muchas conversaciones con los Hind, la familia había dicho tener «dudas».

—¿Dudas? —preguntó Manon.

—Verá, Edith nos llamó muy emocionada el primer trimestre que estuvo con él. Nos contó que le había dicho que era extraordinaria, la mejor alumna que había tenido en muchos años —respondió *sir* Ian.

—¿Y eso por qué plantea dudas? —inquirió Davy, sinceramente desconcertado.

—Quizá no debería, agente Walker. Pero cuando un hombre maduro habla con tanta efusividad de una veinteañera atractiva...

—Hombre, Ian, eso no es justo —intervino *lady* Hind—. A lo mejor Edith estaba trabajando a tope.

—Sí, a lo mejor... Pero no era solo por eso. Cuando salía con sus compañeros, cuando aún estudiaba la carrera, alguna vez mencionó que solían verlo por ahí, en el bar de la facultad y demás. Me dio un poco de..., de repelús. Solo eso.

—Y también está lo de esa chica con la que tuvo una aventura —dijo *lady* Hind—, poniendo una mano en el brazo de su marido.

—Es verdad, ¿cómo se llamaba?

—Ah, Dios..., nada, ahora no me acuerdo. Edith nos contó que se acostaban, y de hecho dijo algo así como «Qué asquerosillo».

—Nada de esto, claro está, era amenazador —añadió *sir* Ian—. Creo, la verdad, que es un pelín... plasta, por usar la expresión de Edith.

Follarín asqueroso, piensa Davy, aumentando el ritmo y dejando atrás el cartel y el giro a la izquierda que ha tomado, rumbo a March. Eso es lo que era Graham Garfield, como su madre llamó a su padre cuando se largó con Sharon: «follarín asqueroso» y «cabrón egoísta que solo piensa en sí mismo».

Davy sugería no apretarle mucho a Garfield, pues ninguna ley prohibía ser un follarín asqueroso y porque nada lo vinculaba directamente con Edith ese sábado por la noche: su mujer había confirmado que Garfield volvió a casa al salir de The Crown.

—Acuérdate de lo que nos dijo Harriet sobre las coartadas que dan mujeres y madres —dijo Manon—. ¿Crees que como Garfield lee a Tennyson no puede violar a nadie? Vaya un esnob que estás hecho, Davy Walker.

—No es eso, es que me parece demasiado... caballeroso, como si nunca hubiese tenido problemas en la vida.

—La gente pija la caga hasta el fondo, como todo el mundo —respondió ella—. A veces incluso más.

Y, ahora que Davy lo piensa, Manon sabrá lo que se dice, porque ella también es medio pija, o acabará siéndolo, pues fue a Cambridge. Así pues, intenta imaginarse a Garfield desde la perspectiva de la desconfianza de Manon; y se fija, por ejemplo, en el uniforme académico del profesor (pantalones de pana y parches en los codos), y en la posición destacada que tenían en su estantería los libros que había escrito él mismo. Manon le explicó que eso demostraba inseguridad intelectual, aunque Davy pensaba que solo le hacían parecer inteligente. Cabezas rapadas y tatuajes, eso sí que transmite un mensaje claro y muy distinto, se dice mientras piensa otra vez en Ryan, en el hostil edificio de protección oficial en que solía vivir (Dios sabrá dónde vive ahora) y en los hombres asquerosos con los que se relacionaba su madre.

Davy le da vueltas y más vueltas en la cabeza, como las ruedas de su bicicleta, cuando en realidad ha venido a pensar en Chloe, porque esta Nochevieja puede tomar un cariz romántico —aunque, ¿a quién pretende engañar?, preferiría salir de fiesta con sus amigos—. Chloe no encaja mucho con ellos, y siempre que ha intentado juntar a su novia con el grupo del colegio acaba en un rincón del bar preguntándole una y otra vez qué le pasa. A lo mejor deja «el tema» para otro momento. A fin de cuentas, tampoco corre prisa...

De repente se ve obligado a clavar los frenos y girar la rueda delantera; la bici derrapa, levantando gravilla. Un pato cruza el camino con parsimonia, le guiña un ojo con cierta arrogancia y se tira al río, plaf, a la derecha de Davy.

MANON

Ciclo de cine sueco en el Arts Picturehouse de Cambridge. Todo está cubierto de terciopelo rojo, huele a café recién hecho y las mujeres llevan grandes collares de cuentas. Disfruta solo de pensar en la película sueca que va a ver; ni siquiera tiene que ser cine negro. El sueco es un pueblo que aprecia la morbosidad, a diferencia del británico; están igual de deprimidos que los demás, pero les gusta proyectar sus sentimientos más lúgubres y decir a la gente por la calle «¡Alegra esa cara, que a lo mejor no pasa nunca!». Ese tipo de comentarios le dan ganas de sacar la táser.

A esa hora ya puede aparcar en línea amarilla, y deja el coche a menos de un metro del amplio escalón del cine. El frío es sutil y penetrante, y Manon cae en la cuenta de que está harta de tener que engarrotar el cuerpo continuamente para protegerse de él. Se le ha vuelto a infectar el ojo izquierdo y esa arenilla le raspa la córnea. Había mejorado un poco en Navidad, pero, después de usar un rímel bastante malo, el picor regresó, y ahora tenía las pestañas pegadas por una secreción grumosa. Le duele menos tener el ojo cerrado. Con el otro ve los pantalones y zapatos de varias personas en el escalón blanco, haciendo cola, y se dice que ojalá vaya rápida, para entrar cuanto antes en calor.

—¿Oficial Bradshaw? —dice una voz masculina.

Ella mira hacia arriba, con el ojo aún cerrado, y ve a Alan Prenderghast asomándose por la cola.

—¡Hombre! —dice, con el cuello acalambrado. Esboza una leve sonrisa, intentando disimular a duras penas el chasco ante la posibilidad de tener que estar pendiente de él y no poder zambullirse en la película. Y lamenta que parezca que le han pegado un puñetazo en el ojo.

—Al final resulta que hemos pensado lo mismo —dice él.

—Sí. La mejor manera de pasar Nochevieja, para mi gusto. —Aparta la mirada y se fija en algo al otro lado de la calle. Él estira el cuello para ver cuánto les queda para llegar a la taquilla. Avanzan arrastrando los pies, muy despacio.

—Me he dado cuenta de que, después de lo que pasó ayer, no quería estar solo. Me apetecía venir a la ciudad, estar entre la gente. La gente viva —comenta, soltando una tímida carcajada.

—Sí...

—No tenemos por qué sentarnos juntos —añade—. A mí también me encanta ir al cine solo, así que la entiendo.

—Ah, vale —dice Manon, sintiéndose aliviada y rechazada.

Siguen avanzando hasta llegar al mostrador, donde ella pide una limonada

auténtica y palomitas orgánicas, y él un café, con lo que Manon se siente como una chiquilla por pedir cosas dulces. Luego él pide un paquete de Maltesers tamaño familiar.

Se adentran en la oscuridad afelpada de la sala, con butacas de terciopelo desgastado en los brazos. Él asiente, dice: «Hasta luego», y sigue pasillo abajo. Van a ver *Juntos*, de Lukas Moodysson, una película sobre una comuna *hippy* de los años setenta y sobre los niños abandonados que se reúnen allí.

Alan Prenderghast se sienta cuatro filas más adelante, a su izquierda, con lo que puede ver su perfil, pero no su expresión. A pesar de la oscuridad y del ojo, le parece verlo reírse cuando lo mira durante la película; lo ha hecho varias veces, pues las escenas de día le iluminan la cabeza con un azul parpadeante. A Manon le parece leer diversión en sus hombros: abraza su paquete familiar de Maltesers, más contento que unas pascuas, y también su soledad; disfrutando de una buena película, acompañada de chocolate y en una butaca desgastada pero comodísima. Aunque, en el fondo, no sabe si se divierte de verdad o si es su propio deseo de que así sea, proyectado como los rayos danzantes que salen del proyector a su espalda.

Manon va por delante en la lenta cola para salir del cine. En la puerta, le sonrío.

—Voy a tomarme algo al piso de arriba, por si te apetece unirme —le dice.

—Claro, con mucho gusto.

La cafetería de arriba, estilo *art déco*, tiene mesas de madera y maceteros con plantas frondosas. Lo ve llevar los dos cafés, en tazas bajas y blancas con sus correspondientes platitos, desde la barra a la mesa, y se percata de lo subidos que lleva los pantalones. Sus deportivas también son horribles —con enormes franjas blancas, como las que uno se pone para jugar al tenis, no para salir—. Así vestido se parece a Fungus, el hombre del saco, y ella, con el ojo medio hinchado, se da un aire a Cuasimodo.

Una pareja de película.

—Bueno, ¿qué te ha parecido? —pregunta, quitándose la bufanda granate y colgándola en el respaldo de la silla.

—Me ha encantado. Divertida, emotiva y con unas prendas de punto fabulosas.

Él suelta una carcajada.

—Es una idea muy conmovedora, ¿eh? Unos inadaptados que se juntan y se hacen compañía. Moraleja: lo mejor es estar juntos.

—Sí —confirma ella—. Pero los personajes tampoco están idealizados. Son una panda de lo más variopinta.

—En la realidad no es tan sencillo conocer gente.

—No, efectivamente. A veces me digo que lo que pasa es que no me gusta nadie;

que lo único que quiero es estar sola. Pero luego no puedo soportar estar solo conmigo, todo el tiempo; es como si me convirtiera en la peor compañía. Y soy consciente, mal que me pese, de que necesito a la gente, y es una sensación casi humillante —dice Manon.

Él la mira y sonríe.

—No sé a qué ha venido eso.

Él niega con la cabeza, y añade:

—Te entiendo perfectamente. Yo vivo en ese granero enorme y, a veces, los domingos por la mañana, parece que estoy en el cielo, sentado frente a ese ventanal con mi café, con el sol bañando la casa, leyendo... Y a las once ya estoy deseando que alguien se deje caer por allí. Pero nunca viene nadie, claro, porque vivo en el culo del mundo.

Ella se ríe.

—Salvo la policía, de cuando en cuando.

—O un cadáver. Bueno, él no llamó a la puerta...

—Pues no. ¿Te has repuesto?

—No creo que hubiese nada de lo que reponerse, la verdad. Es decir, fue chocante, y me pasé un día pensando más de lo habitual en la muerte; y eso que yo pienso mucho en la muerte. Pero no era porque lo conociese o me importara. Lo que me carcomía era que fuese joven.

—Sí.

—Supongo que no puedes hablar del caso.

—No.

Se frota el ojo con fuerza y siente la arenilla raspando la córnea.

—Ese ojo tiene mala pinta —dice él.

—Sí, no sé qué será. Es como si tuviera algo dentro y no pudiese sacármelo. Lleva dos semanas así, yendo y viniendo. —Y cae en la cuenta de que, sin pretenderlo, va a provocar una triste parodia de *Breve encuentro*: él se siente invitado a acercarse a su cara y la mira fijamente a los ojos para ver qué tiene. Nada más lejos de su intención.

—A mí me parece conjuntivitis —afirma el hombre.

—¿De verdad? —responde ella, fastidiada.

—Sí. Puedes pedir antibióticos sin receta.

Cuando salen, comprueban que sus coches están pegados. El de Alan es un Ford plateado anónimo; un coche que encaja a la perfección, se dice Manon, con un analista

de sistemas que lleva deportivas de tenis. Los asientos parecen recién aspirados.

—Este es el mío —dice, esperando que haga algún comentario sobre su Citroën mostaza de los setenta, con asientos de cuero negro. Esperando que se burle de su «cuatro latas».

—Este es tu coche, ¿no? —dice él con tono suave.

—Sí, señor. —Y le da una palmada al techo.

—Muy bien. — Mete una mano en el bolsillo del pantalón, saca un pañuelo de tela enorme y se lo lleva a la nariz. Se tapa media cara y se suena con fuerza, retorciéndose la nariz. Es la primera vez que Manon ve usar un pañuelo de tela a alguien de menos de setenta años.

—¿Te apetece...? —dice ella—. ¿Quieres... que vayamos a otro sitio?

Él mira su reloj.

—Creo que a estas horas todo estará abarrotado de borrachos. Lo siento — responde, reprimiendo un bostezo—, pero creo que yo me voy a la cama. De hecho, ya es tardísimo para un viejales como yo.

—Sí, claro. Pues entonces cada uno por su lado.

—Sí, creo que sí —dice—. Bueno, feliz año.

Manon se pregunta si le va a dar un beso en la mejilla, y él se mueve ligeramente. Le pone una mano en el brazo y ella levanta la mejilla, pero él se gira.

Lo ve agacharse y meterse en su coche práctico y calentito.

DOMINGO

MANON

Peter, el marido de Bryony, se pone las manoplas para abrir el horno y saca una bandeja que chisporrotea con rabia. Sostiene un momento en el aire a esa bestia furiosa, el Dios de su almuerzo, y la cocina se llena del atávico olor de la grasa. El aroma salado de la carne, como a madera de arce, llega hasta el sillón esquinero de Manon y, sumado a la copa de vino blanco seco que está paladeando, estimula sus jugos gástricos para crear esa dulce expectación antes de la comida.

Las ventanas de la cocina están empañadas, como si el mundo que Bryony y Peter han creado —el asado, el crío que ella está dejando en la cuna para que duerma la siesta, el niño jugando con los Lego en la habitación de al lado— hubiese borrado el exterior, porque no lo necesitan. Este mundo, su mundo, está dentro.

—¡Pero bueno, si es la mujer elefante! ¿Por qué no vas a que te lo miren? —dice Bryony, entrando en el salón.

Manon se lleva una mano al ojo izquierdo.

—Pues sí, tendré que ir.

Bryony y Peter se mueven sin cesar, de un lado a otro de la encimera, en un *ballet* desenfadado cuyos pasos consisten en meter tenedores en el lavavajillas, sacar cuencos, recibir una ráfaga de vapor del brócoli o cortar la carne. Y Manon los observa. ¿No debería tener ella también algo así? ¿No debería querer algo así? Sabe que viene a esta casa, como un tercer hijo, para impregnarse un poco de ese ambiente, para relajarse entre los mullidos cojines del sillón esquinero, donde reina la pasividad. A veces siente la picazón de la envidia, o al menos piensa que le gustaría tener eso. Preferiría no tener que irse, no tener que hacer acopio de energía para levantarse y salir al gélido mundo exterior. Se frota el ojo infectado y lo abre poco a poco, pero ve borroso, como si mirase a través de un cristal empañado. Esas despiadadas esquirlas de soledad no parecen afectarles aquí, en este mundo interior, que ahora le cuesta ver. Sin embargo, esa intimidad también resulta sofocante.

«¿Sabes lo que me pone de los nervios? —le dijo una vez Bryony—. No puedo pegarme una ducha sin tener que hacer una cumbre familiar para debatir la logística sobre cómo salir diez minutos de la habitación. No te digo ya para ir de compras...».

Pero lo que molesta a Manon no son esas cuestiones prácticas. Es perder la capacidad de estar sola, la dependencia que podría generarle fundirse por completo con otra persona, hasta no saber dónde empieza y acaba, hasta ya no ser capaz de decir «A lo mejor a ti te gusta, pero a mí no, porque yo soy diferente, no soy tú». O «Ahora no me apetece comer. Comeré luego».

—Cambiamos la hora —le dice Bryony desde el otro lado de la sala, mientras

pasa unas coliflores con queso de la bandeja de aluminio a la ensaladera—, adelantamos el reloj a medianoche, dijimos: «¡Feliz año nuevo!» y nos fuimos a dormir. Serían las nueve y media, ¿no?

—Por ahí —responde Peter—. Si pienso en los pobres desgraciados que salen a emborracharse y liarse con el primer desconocido...

—Ya, a mí me dan pena —dice Bryony—. No sé, ¿a quién le gusta esa emoción sórdida y barata?

Manon bebe otro sorbo de vino.

—Yo fui al cine.

—¿Ves? Es de las nuestras —comenta Bryony.

Bobby, su hijo de tres años, entra retozando en el comedor con sus piernecitas rollizas. Solo se ven las mejillas enormes y los ojos brillantes. Manon se percata de la sonrisa involuntaria de Bryony.

—Hola, pequeñajo —dice Manon, dejando la copa y poniéndoselo en las rodillas. Siente el impulso de colmarlo de cariñitos. No porque lo quiera (de hecho, siente un notable desapego por los hijos ajenos), sino porque quiere a Bryony y puede demostrárselo así—. ¿Quieres que juguemos al caballito?

—¡Aíto! —dice Bobby.

—Al paaaso —dice Manon, envolviendo el cuerpo robusto del niño con los brazos y sintiendo la suavidad de cachemira de su mejilla. Le da un besito y, cuando el niño empieza a forcejear, acelera—: Al troote... —Le hace una pedorreta en el cuello, que huele a pan caliente, pero el niño ya grita:

—¡Aope!

Devoran el almuerzo en veinte minutos. Sus labios brillan con la grasa de la carne cuando chupan los huesos. Bobby empieza a moverse más de la cuenta en la sillita y tira su refresco de grosella.

—Venga, salchicha —le dice Peter—. Vamos a ver *Top Gear*.

Cuando se van, Bryony y ella se sirven más vino y se sientan a la mesa de la cocina, abarrotada de vasos empañados y platos manchados. Manon rebaña la salsa *gravy* con el dedo mientras le cuenta a Bryony lo del cine y Alan Prenderghast. Se diría que estaba deseando hacerlo, que estaba esperando a que Peter se llevase a Bobby para empezar el relato.

—Es agradable, pero no vale para novio —le dice—. Tiene cuarenta y dos años. —Coge los trocitos de zanahoria chamuscada, los moja en la salsa y se los lleva a la boca.

—Siento tener que decírtelo, cariño, pero tú tampoco estás en la flor de la vida. Cuarenta y dos años es una edad perfecta para ti.

—No, pero..., si es que no. No vale, no sé. No tiene ni un ápice de estilo. Llevaba unas deportivas gigantes y unos pantalones holgados.

—Pues llévalo de compras.

—Tiene las orejas grandes.

—Y tú no tienes cuello.

—No fue a la universidad.

—Por Dios, Manon, ¿a quién coño le importa eso?

—Lo que sí tiene es un granero precioso.

—¿Ves...?

—Lo que pasa es que es... raro.

—Ser raro es bueno. Tú eres más rara que un perro verde, y es una de las cosas que más me gustan de ti. Para ya —le suelta, retirándole el plato—. ¿Quieres helado?

Manon niega con la cabeza. Bryony bosteza y estira los brazos hacia arriba y hacia delante, hasta que sus músculos tiemblan ligeramente.

—Es igual... ¿Cómo te va en el Departamento de Divulgación de Datos y Pruebas? —le pregunta Manon—. ¿Te manejas con el papeleo?

—¿Pues sabes qué? Lo más emocionante es que me han trasladado: apoyo logístico al sistema informático HOLMES para investigar la trata de personas. Es un caso gigantesco, una operación conjunta entre Aduanas y Protección Civil. Es genial.

—¿Te refieres a chicas que traen para prostituir las?

—Sí. Varias chicas de un burdel de Luton están contándonos cosas. Pero las mafias también pasan en los ferris a los inmigrantes ilegales. Un montón de afganos, sirios... Vienen sobre todo de lugares en los que hay guerras, y los cuelan por los puertos. En barcos de P&O Ferries y empresas por el estilo. No te haces una idea de lo permeables que son nuestras fronteras ahora mismo.

—Creo que sí...

—El caso es que es interesantísimo. Está bien pasar de *Sam el bombero* a eso.

—¿Van a imputar a alguien? —pregunta Manon.

—Aún no. Están investigando a un afgano, un tal Abdul Ghani Jalil. —Bryony se levanta y lleva los platos al fregadero—. Dos de las prostitutas lo mencionaron, y un vecino dijo que creía que Jalil estaba ganando una pasta gansa colando a gente, pero no es suficiente para imputarlo.

El móvil de Manon empieza a vibrar al otro lado de la mesa.

—Un momento —le dice a Bryony. Se levanta y el vino baila en su estómago. Está un poco piripi, pero tiene que guardar las formas porque Harriet está al aparato—. Harriet —responde animada, tapándose el otro oído con un dedo para evitar los

sonidos metálicos de *Top Gear*, en el comedor, y el estruendo de Bryony al llenar el lavavajillas.

—El cadáver de ayer, el suicida —dice Harriet—. Creemos que no es un suicidio.

—¿Por qué no?

—Es de Cricklewood, se llamaba Taylor Dent.

—¿De Cricklewood? ¿Y cómo pudo acabar en Ely?

—Equilicuá. ¿Puedes venir? Stanton quiere dar una sesión informativa.

Harriet cuelga: no tiene tiempo para formalidades al principio y al final de las llamadas.

—¿Me puedes acercar, Bri? —le dice a su amiga, mientras suelta el móvil en el bolso—. He bebido más de la cuenta.

—Sí, claro. Voy a ponerme los zapatos. No quiero que en la comisaría me vean con esta pinta —pide Bryony, quitándose las llamativas zapatillas de pelo con orejas de conejo, color rosa preadolescente; el color de la puesta de sol a través de los ventanales de Alan Prenderghast.

—Siéntate, Manon —le dice Stanton, dándoles la espalda.

Harriet ya está sentada en el mismo lado de la mesa que ella, con las piernas cruzadas, sin dejar de moverlas. Lee un dossier marrón, con las esquinas mojadas.

Stanton está junto a la ventana. Lleva una camisa azul marino con un alegre estampado de flores; tiene toda la pinta de haberla comprado en Boden. Manon supone que será cosa de la señora Stanton: se la acaban de regalar en la comida de Año Nuevo, en familia o con los vecinos. Se lo imagina bailando como bailan los padres, y a sus hijos adolescentes abochornados.

A Manon siempre le ha caído bien Gary Stanton. Es un tipo franco, a su manera: provinciano, un pelín entrado en carnes, con su Kia y sus partidos de golf. Sabe llevarse bien con los mandamases, sin resentimientos; por eso ha ido escalando posiciones sin hacer ruido. Ningún destello de genialidad, pero tampoco ninguna enemistad.

Harriet le pasa a Manon el dossier mientras Stanton se gira, llevándose una mano a la espalda para rascarse el omoplato.

—Taylor Dent —dice—. ¿Qué hace en uno de nuestros ríos?

—¿Mató a Edith Hind y luego se suicidó? —propone Harriet—. ¿El amante de clase social baja de Edith? ¿Su camello? ¿Ella le debía dinero?

—¿Podría haber alguna relación entre Tony Wright y Edith? —pregunta Manon—. El chico de los recados de Tony.

—Tenemos que investigarlo todo a fondo. Quiero que rastreen la casa de George

Street y la de Deeping para buscar su ADN. Es una faena que no haya cámaras en la zona de Deeping. Quiero que las dos cooperéis con la Policía Metropolitana de Londres para averiguar el pasado de Dent, sus posibles vínculos con Wright. Que se interroge a la familia de Dent. ¿Conocía a Edith? ¿Tenían algún amigo en común? ¿Algún traficante? ¿El hermano de la chica? Que se investigue absolutamente todo. Vamos a comprobar también todas las rutas desde Londres, las cámaras de King's Cross en el momento de la desaparición del chico; y las carreteras: que comprueben con el RAM las matrículas y el itinerario de todos los vehículos que pudo haber usado.

Stanton parece deprimido. Lo último que quiere es que una nueva investigación por asesinato les robe tiempo a los agentes y ralentice la de Edith; que la intervención de más forenses y la carísima autopsia se coman todo su presupuesto.

—Y los teléfonos —continúa—. Tenemos que comprobar si el número del chico está en el teléfono de Edith, y en el de Carter y Reed. A ver si es el desconocido-515.

—La coartada de Will Carter es sólida —le dice Harriet a Stanton—. La cajera del taller de Texaco de Corby lo identificó en el viaje de vuelta. Le enseñamos una foto y dijo: «Ah, sí, estaba buenorro». —Harriet se lleva una mano al tirante del sujetador para ajustárselo, pero se contiene y vuelve a dejarla en el regazo, lánguida. ¿Le habría dicho alguien, quizá Elsie, que tiene azogue? Con el pie, eso sí, no para quieta. Pum, pum, pum, como si tuviera que descargar energía de alguna forma.

Manon ha abierto el dossier de Taylor Dent y está leyendo. Diecisiete años, de Cricklewood, en el norte de Londres. Mulato. Padre nigeriano, paradero desconocido. Madre irlandesa, Maureen Dent, alcohólica y drogodependiente. Taylor Dent se ganaba la vida como otras muchas personas, haciendo un poco de todo: ropa de imitación, cigarrillos de contrabando vendidos en los mercados o a quiosqueros sin escrúpulos. Podría estar metido en el mundo de la droga, pero no parecía consumir.

—Aquí dice que lo arrestaron en 2008 por tráfico de drogas, pero lo dejaron en libertad con una amonestación —informa Manon, frunciendo el ceño.

—Tenía clientes importantes —responde Stanton—, que no querían que la acusación llegase a juicio.

Stanton esboza una expresión de repulsa. Es un hombre al que le gusta evitar la confrontación, como un perro fiel atado a una verja: no quiere ladrar ni intentar morder, sobre todo a quien no debe.

—Qué curioso... —dice Manon, que sigue leyendo—. Aquí dice que Dent no se drogaba.

—Bueno, no que nosotros sepamos —apunta Harriet—. Con la autopsia sabremos más.

—No te creas... —la rebate Stanton, dándoles la espalda y volviendo junto a la ventana. Ya oscurece, ahora el cielo es azul pizarra y está moteado por la luz amarillenta de las farolas que alumbran el aparcamiento—. Los restos de las posibles sustancias tóxicas se habrán disipado. Sé por experiencia que las autopsias de los cuerpos sacados de ríos son bastante inconcluyentes. Tendrá golpes de las raíces de los árboles. Los peces lo habrán mordido. No van a poder determinar las causas de la muerte, me apuesto lo que quieras. Y pensar que les pagamos tres mil libras para eso... —Niega con la cabeza.

Manon supone que Stanton anhela la riqueza de los forenses, con sus BMW cor asientos de cuero blanco.

—Hablando de dinero: el coste de la investigación de Hind está llegando a un punto en que el Ministerio del Interior va a tener que rescatarnos. *Sir* Brian Peabody me ha enviado una nota. —Hace ondear el papelito—. Las unidades de búsqueda, la Científica, las declaraciones televisadas... Y ahora encima esta autopsia, y más agentes para el caso Dent. El cariz que ha tomado el asunto pone nervioso a nuestro querido consejero de Interior.

—¿Y qué quieren que hagamos, a ver? —se lamenta Harriet—. ¿Dejar de buscarla? ¿Buscarla con menos intensidad?

—Que busquemos gastando menos —responde Manon.

—No van a cortar el grifo —asegura Stanton—, pero nos están vigilando, eso sí. Si tuviésemos un cadáver, tendríamos el presupuesto ilimitado de Homicidios, pero está por ver si, para Peabody, el caso de Edith Hind es una desaparición de alto riesgo, un presunto homicidio o una persona desaparecida, sin más.

—¿De verdad alguien cree que está viva? —pregunta Harriet.

—Mira, Peabody ya está pensando en el futuro —dice Stanton—. Cuando las investigaciones alcanzan esta relevancia, siempre acaba generándose una investigación de la investigación: el Parlamento pregunta cuánto hemos gastado, a qué conclusión hemos llegado y por qué no sabíamos que esto era así y asá tres semanas antes de arrestarlo. Todo el mundo aporta su sabiduría a toro pasado. Y que Hind sea amigo de Galloway hace las cosas aún más peliagudas. Entiendo por qué Peabody está tan nervioso con el tema. Ya corren rumores de que otro cuerpo policial analizará nuestra investigación.

—Estaba cantado que iba a pasar, tarde o temprano —replica Harriet.

—Manon, quiero que vayas a Cricklewood a primera hora de la mañana. Vamos a colaborar con el Departamento de Investigación Criminal de Kilburn. Visita a los familiares de Dent, sácales todo lo que puedas a la madre y al hermano. Luego puedes pasarte por Hampstead y poner al día a los Hind.

—Quizá debería informar a *sir* Ian de que por culpa de la austeridad presupuestaria de su querido amigo no tenemos suficientes recursos para encontrar a su hija —dice Harriet—. Que exponga el tema en la próxima cena de gala en la que coincidan.

—Voy a hacer como que no he oído eso —contesta Stanton, dirigiéndole a Harriet una sonrisa que dice «Estamos en el mismo bando».

—Por lo menos no tengo que decirles que hemos sacado a su hija del Ouse —concluye Manon.

Stanton cierra la puerta de su despacho. Lo ven girar la varilla de su persiana veneciana y desaparecer.

—¿Quieres que te lleve a algún sitio? —se ofrece Harriet, mientras se ponen el abrigo.

—No. Voy en tren a Bedford para recoger el coche, no tardaré mucho. Por cierto, se me ha olvidado preguntarte, ¿cómo fue jugar a Operación con Elsie? ¿Sobrevivió el paciente?

—Interminable —confiesa Harriet, cogiendo su bolso del suelo—. Muy, muy largo. No es un juego recomendable para enfermos avanzados de párkinson.

—No, no, me imagino que sacar esas piecitas de plástico...

Ambas niegan con la cabeza, solo de pensarlo.

—El caso es que no caí —se recrimina Harriet, con tono triste—. A veces soy una auténtica idiota. Eso sí, he de reconocer que ella no se rindió.

—También deberías evitar la Jenga...

—En fin... ¿Y tú qué hiciste? Una fiesta loca seguro, ¿eh?

—Pues no, fui al cine. Un ciclo de cine sueco en el Arts Picturehouse. De hecho me topé con el tipo del perro, el que encontró el cuerpo de Taylor Dent.

—¿Ah, sí? Davy dijo algo de su espectacular granero. También dijo que el tipo te cautivó.

—Nah —responde Manon, sonrojándose—. Ni muchísimo menos... —Y su mundo interior se estremece como si una bandada de palomas celestiales revolotease en su pecho.

Un banco solitario, color azul policía, en un andén dominical desierto. Manon se pregunta qué le queda en el frigorífico para cenar. He ahí el problema de la comida para una sola persona: lo simboliza todo. Ella querría manjares deliciosos, pero cocinar para uno es frustrante: el desperdicio de ingredientes, el derroche de agua para fregar y la sensación de que no importa cómo se haga ni si queda bien. Sobre

ella, en ese frío banco de hierro, cae todo el peso del esfuerzo cotidiano de vivir sola, la sensación de no tener ayuda para las minucias: internet no funciona, la lavadora no centrifuga... Claro, la gente habla de libertad —¡no rendir cuentas a nadie!—, pero también existe el exceso de libertad, una suerte de caída libre a través de la nada. Se pregunta qué tal se le da a Alan Prenderghast arreglar las cosas, o renovar el seguro de asistencia en carretera. Tiene que ser un maestro, a juzgar por su Ford Focus.

Hay otro pasajero solitario dos bancos más allá. Cuando se gira para mirarla, Manon está ágil y vuelve la cabeza. No hay que establecer contacto visual.

Se oye el trino de un pájaro, curioso sonido rural entre las vías y toda esa maraña metálica. El hombre se levanta de su banco y se encamina hacia ella, con un macuto que bien podría estar cargado con medio torso o con armas, pero que probablemente lleve una toalla mojada y un desagradable bañador de *slip* de la marca Speedo. El hombre llega al banco de al lado cuando los faros del tren First Capital Connect se distinguen a lo lejos. El tren se aproxima al andén a paso de tortuga, entre chirridos y jadeos, como un viejo *sex symbol* que tiene a las fans esperando. Los frenos rechinan y de algún sitio sale un chorro de aire a presión.

Manon espera a que el hombre elija su vagón, para así escoger otro. Nunca debe una subir la primera, o podrían seguirte.

Esos familiares asientos de tartán azul, ese olor del aire cálido que sale por los conductos metálicos del suelo, y el de la comida rápida de algún pasajero...

Al llegar a su coche, en Bedford, observa el resplandor anaranjado que se filtra a través de las cortinas de Bryony, y se los imagina a Peter y a ella acurrucados en el sofá, viendo algo en la televisión.

LUNES

MIRIAM

Año nuevo, pero le da la sensación de que ya está viejísimo, desgastado y herrumbroso. 2011, quince días sin noticias de Edith. El tiempo deja atrás su desaparición como una locomotora y la crudeza se va disipando, como si ese pudiera ser un nuevo y aceptable *statu quo*.

—Vale —le dice a Rollo, cogiendo su juego de llaves de la mesa de la cocina—, voy a ver a Jonti.

Rollo sigue comiendo tostadas. La cantidad de barras de pan que puede zamparse le parece pantagruélica.

—Salúdalo de mi parte —le dice con la boca llena.

Miriam se dirige a la tienda de Jonti, en Kensal Rise, con todos los sentidos alerta, como ya acostumbra a hacer. Ahora escruta cada rostro, mira en todas las puertas abiertas, ve a Edith por doquier: su pelo caoba, su cuello largo y fino; su cabeza por detrás, preciosa y ovalada, desprevenida y vulnerable.

El día anterior, Miriam se había pegado una carrera a través de la hierba descuidada del parque Heath hasta llegar al banco que miraba a los estanques, trastabillándose y contentísima, convencida de que era Edith y pensando que sería un alivio para Ian. Edith con un abrigo que no le había visto nunca, mirando fijamente las casas altas de Parliament Hill, al otro lado del agua.

«Ah», dijo Miriam, cuando la desconocida se giró con mirada interrogante. Se enfadó y le frunció el ceño a la mujer, como si fuera culpa suya.

Mira a los ojos a quienes duermen al raso, cuando antes pasaba a toda prisa por su lado, sintiéndose culpable; escudriña las caras entre la atmósfera caliente y metálica del metro, pero los viajeros apartan la vista. Ha visitado comedores para indigentes en King's Cross, y los demás voluntarios confunden su interés con la típica dosis de culpabilidad de clase media —es lo que toca en esta época del año—. Se ha apuntado a un grupo de ayuda para padres de desaparecidos. Algunos llevan en paradero desconocido seis, diez, quince años, y al observar sus obstinadas campañas de búsqueda se dice, mal que le pese: «¿No veis que están muertos?».

Está poniéndose en contacto con los amigos de la infancia de Edith, en busca de conexiones, pistas, cualquier cosa. En realidad, no sirve de nada, pero lo hace para tener la sensación de seguir en contacto con Edith, para poder hablar sobre ella y sentir que está haciendo algo.

—He pensado que a lo mejor podría ponerme en contacto con los EMF —le dijo un día a Rollo, de pasada—. Aunque vete a saber cómo...

—Vaya una panda de repelentes —respondió él.

Y tenía que admitir que su hijo estaba en lo cierto: los EMF eran repelentes, aunque Miriam nunca se lo habría dicho con esas palabras a Edith. Pusieron ese nombre al grupo en el instituto porque leían toda la obra de E. M. Forster y debatían sobre ella largo y tendido en algún café de Finchley Road, bebiendo té de limón y fumando como carreteros. Cuando Edith empezó a juntarse con ellos, Ian y Miriam mostraron entusiasmo (Ian más que ella): ¡el grupo intelectual! Edith sentía fervor literario, y la habían marcado hasta tal punto *Regreso a Howards End* y *Una habitación con vistas*, *Maurice* y *Donde los ángeles no se aventuran*, que viajó en tren a Florencia y San Gimignano (con Rollo a modo de carabina forsteriana, pues Miriam insistió) y escribió con tesón en su diario mientras su hermano oía música pop con unos auriculares que parecían acoplados quirúrgicamente a su cabeza. Sin embargo, resultó que los EMF se lo tenían muy creído. Eran presuntuosos y competitivos, sobre todo Electra, que sin duda era bulímica, se decía Miriam, y a la que le regalaron un coche por su diecisiete cumpleaños.

Miriam prefería a Christy, la chica que vivía al otro lado de la calle, unos cuantos años mayor que Edith, a la que le gustaba jugar a las peluqueras y ver la tele, y con quien su hija tenía una relación desenfadada, casi fraternal. Las fiestas de pijamas de última hora nunca eran un problema para su alegre y relajada madre española. También eran muy típicas las tardes en que volvían del colegio con los uniformes arrugadísimos y tomaban el té juntas. Ahora, Christy tiene dos hijas, de dos y cuatro años, y una casa en Golders Green.

Miriam había ido a visitarla unos días antes. Christy fue muy amable, como es natural; le preparó té (más té), le dio pañuelos y pidió perdón a Miriam: llevaba años sin saber nada de Edith. Luego estaban los silencios incómodos cuando Miriam se echaba a llorar, pero también iba acostumbrándose a eso.

—A vosotros os ha ido bien —dijo Miriam con la voz entrecortada, sentada a la mesa rústica y rayada de Christy. Pasó la yema de los dedos por los surcos en la madera—. También podría haberle ido bien a Edith, no dejo de darle vueltas a eso. A Edith y Jonti.

—Ah, no sabría yo qué decirte —le respondió Christy—. Era muy, pero que muy crítica con él. Edith es mucho más ambiciosa que Jonti.

Ahora suena la campanilla sobre la puerta de la tienda de Jonti, demasiado minimalista como para tener un cartel; en cuanto se cierra a su espalda, el estruendo de los autobuses se apaga. Pasan por esa calle de continuo, junto a *chaise longues* raídos de terciopelo dorado, mesas de formica de los años cincuenta, pantallas de lámparas con borlas, sillones club de cuero curtido y cómodas con pintura verde desconchada: los artículos de las tiendas de antigüedades que flanquean Chamberlayne Road.

Dentro la recibe el olor a serrín y linaza y el ambiente cálido tras el amplio escaparate. Pasa una mano por un armario, que parece de roble, y admira la superficie suave y las bisagras triangulares que se entrelazan como dedos. Jonti mezcla el estilo Shaker con su toque personal. Bloques de madera rectangulares con pequeñas clavijas a modo de pomos, como ojos francos en un rostro sereno. Cómodas sin ornamentos barrocos ni cenefas. Mesas estoicas. A Miriam le sorprende su pericia artesana. Ha construido todo esto desde la nada. Ojalá Edith hubiese confiado más...

—Jonti —saluda ella cuando el dueño vuelve de la trastienda, abrumada por el cariño que siente por él. Camina algo encorvado, se limpia las manos en los bolsillos traseros de los pantalones y lleva un ridículo gorro de lana gris. No es que esté exento de postureo (a fin de cuentas, la ubicación de la tienda ya es postureo), sino que carece de picaresca. Jonti no tiene otra «cara»: es sencillo como sus muebles.

—Señora... *lady* Hind —dice, volviendo a limpiarse las manos antes de tenderle una.

—Tutéame, por favor, Jonti. —Ignora su mano y le da un abrazo.

Había sido un miembro más de su cocina durante muchísimo tiempo; como un tercer hijo, cuando Edith y él tenían dieciocho años y salían juntos. Cuando estaba en casa, algo que ocurría con frecuencia, el ambiente se impregna de paz y tranquilidad. Se apoyaba en la encimera de la cocina, con las manos en los bolsillos de los pantalones de pana color mostaza, y preguntaba: «¿Quiere que le pele algo, señora H?». O jugaba al ordenador con Rollo mientras Edith se preparaba.

A Miriam le gustaba Edith cuando estaba con Jonti; se diría que limaba sus bordes más ásperos. Edith bajaba a toda prisa y con gran estruendo por las escaleras, jadeante y alegre, decía: «Nos vamos, mamá», arrastrando a Jonti del brazo, y Miriam les gritaba: «¡Pasadlo bien!».

Ian, huelga decirlo, veía a Jonti como un vago que había dejado el instituto, y era cierto que fumaba mucha marihuana (o «mandanga», como la llamaban Edith y Rollo). Tenía un par de años más que ellos, y ya se estaba formando para ser carpintero, como si rechazase su educación de instituto privado, aunque fuera a un centro de claro corte progresista, al que iban hijos de cantantes y artistas, donde no había uniformes y todo el mundo llamaba a los profesores por su nombre.

Cuando Edith se quedó embarazada ese verano, ya la habían admitido en Cambridge.

Sería un error sugerir que Ian la hizo abortar, pero sus silencios en la mesa durante las cenas les hacían pensar en todo lo que había en juego y que pendía de un hilo. Ian sabía cómo hacer que su expresión dijera «Estoy destrozado por la decepción» y que se te clavase en el corazón. Ian era el modelo de Edith. Ella se

esforzaba para gustarle, y se le daba bien. Miriam admiraba la disciplina de su trabajo en pareja, pues representaba un contrapeso al amor elástico que ella sentía por su hija. Miriam siempre titubeaba, no sabía muy bien dónde ponerles la raya a los niños, mientras que Ian estaba hecho de una pasta más dura y severa. «Nunca hay que recular con ellos —solía decir—. Es el principio del fin». Y ella pensaba: qué tontería. Son personas, ¿por qué no podían ganar alguna vez, a ver? Salirse una vez con la suya, irse de rositas...

Edith había sacado matrículas de honor y su plaza en Cambridge, y se había emparejado con Jonti y estaba embarazada. Miriam guardaba silencio frente a la desaprobación de Ian; no porque estuviese enfadada, sino porque creía que tener un hijo a los dieciocho años no era algo deseable. La «pulsión de muerte» de Edith, como alguien dijo... ¿Fue Patty, que estaba haciendo un curso sobre Freud? Miriam pensaba que fue un error más complejo; más ambivalente, menos destructivo.

Miriam y Jonti se sientan en dos mecedoras de ese bosque de madera transformada. Ha puesto el cartel de CERRADO en la puerta y le ha preparado un t verde que sabe a rayos, pero al que da sorbitos para no herir sus sentimientos.

—Lo siento muchísimo, señora H —le dice, y a ella le gusta que la llame así. Le había gustado tener hijos adolescentes, con sus corpachones desgarrados y entrañables, hablando sin parar en su cocina, como niños disfrazados en cuerpos de mayores.

—Gracias, Jonti. Tu trabajo, todo esto, es impresionante. ¿Cómo lo has hecho?

—Lo he ido construyendo poco a poco. Pasé mucho tiempo como aprendiz de un amable vejete de Whitechapel. Esta tienda solo lleva un par de años abierta. Sigue habiendo periodos demasiado tranquilos, en los que pienso que va a irse a pique, pero hasta ahora tengo muchos clientes que vuelven, y el boca a boca también es bueno, así que toco madera. —No le cuesta encontrarla.

—Pues no me sorprende. Las piezas son extraordinarias. Ayer vi a Christy. Dijo que estaba ahorrando para un aparador. Madre mía, Jonti, tiene dos hijas preciosas.

La expresión del chico se torna seria, y Miriam se percata de que le ha faltado tacto. Después del aborto, Edith dejó de estar a gusto con él. «No tiene ambición», le había dicho a Miriam, y ella pensó que esas palabras eran de Ian. En varias ocasiones vio a Edith ser cruel con él, ninguneándolo cuando hablaban de política o literatura en las comidas familiares. «¿Qué sabrás tú?», le dijo una vez cuando osó dar su opinión sobre Irak, y luego Jonti, a su discreta manera, salió de sus vidas, bastante maltrecho, pero sin rencor.

—Siento que te tratase mal —se sincera Miriam.

Jonti se encoge de hombros.

—Es agua pasada. Tengo el corazón en paz, señora H. Espero que esté bien, de verdad. Pienso mucho en ella desde que salió en las noticias.

—¿No sabes nada de ella? —pregunta, aunque sea en vano.

Él niega con la cabeza.

—Te lo habría dicho. No la he visto desde aquel verano. Fue una mala época. Necesité mucho tiempo para..., en fin, para asimilar todo lo que había pasado y dejarlo atrás. —Le parece oír a la madre de Jonti. Miriam recuerda que siempre estaba cascando sobre «auras emocionales», con el pelo negro encrespado y esa expresión deprimida que tienen algunas divorciadas. Hacía cursos de aromaterapia y medicina alternativa, y solo le daba lentejas.

—Pero al final lo hiciste —dice Miriam, con tono triste—. Fue una auténtica pena. Me parecía que hacíais buena pareja.

—¿Ah, sí? —responde él—. Nunca nos lo dijiste.

—No —contesta ella—, no os lo dije, ¿verdad?

Edith se ha perdido a ese hombre amable y tolerante de manos grandes y paso lento. Podría haber tenido ese aparador en su salón, para empezar. Le habría puesto un parqué precioso, habría montado las librerías... Hay cosas peores.

Se han quedado en silencio y Miriam cae en la cuenta de que Jonti y ella no tienen nada de lo que hablar. Esa época ya pasó, y ni siquiera pueden recordarla con cariño por lo mal que acabó. Otra cosa que se le había olvidado con esa oleada de nostalgia era que Jonti carecía de sentido del humor. Pensándolo bien, quizá la relación entre Edith y él no hubiese funcionado: el sentido del humor es indispensable para llevar un matrimonio.

Jonti y ella pasan unos minutos sentados entre esa multitud de aparadores y cómodas, bebiendo un té verde asqueroso mientras los autobuses retumban en la calle.

La lluvia golpea la cara de Miriam y salpica los hombros de su impermeable beis de Burberry, demasiado fino para enero. Entrecierra los ojos, con el viento en contra, y empieza a subir por Chamberlayne Road rumbo a la estación de Kensal Rise aliviada tras haberse despedido de Jonti y del sentimiento de culpa.

El aborto había cambiado a Edith. Su triste recuerdo seguía presente incluso años después, como la primavera en la que Christy se casó, hace tres o cuatro años. Su hija no paraba de decir que lo sentía muchísimo por su amiga, mirando a Miriam fijamente a los ojos. «Es demasiado joven. Acabará arrepintiéndose. A los veinte años no sabes quién eres. Lo último que querría es echar ya raíces, tan joven».

Miriam baja las escaleras de esa estación al aire libre para coger el tren hacia Hampstead Heath, recordando los momentos en que la tristeza se disipaba y esa

alegría infantil de Edith podía escaparse como las burbujas que ascienden por el vaso; como cuando fueron a Fenwick's para comprar un traje para la boda. Miriam veía a Edith, contoneándose y riéndose en los probadores, y se decía que adoraba cada célula de su cuerpo. Es una sensación a la que te acostumbras con los hijos, un amor que te arrolla como las olas. Pero luego Edith quiso un vestido carísimo — doscientas cincuenta libras— y Miriam se negó; no porque no tuviese dinero, sino porque no le parecía apropiado. Sentía la obligación de enseñarle a Edith el valor del dinero, para que luego no fuese una derrochadora. Y, como tantas veces le ocurrió en su breve carrera de madre, fastidió el momento. Miriam titubeó: «No sé, Edith, es carísimo». Y en su titubeo Edith veía censura, o un límite a su amor, o una frialdad que en realidad no existía.

No, cariño, vida mía, no era eso. El tren se acerca y las lágrimas se mezclan con la lluvia. Era mi puñetera contención. Ahora te lo compraría, Edith, cariño, una y mil veces.

Cada recuerdo feliz está teñido, como si, aún hoy, Edith pudiese cambiar el ambiente. En Fenwick's se quedó callada, enfurruñada, y no varió un ápice esa expresión insatisfecha cuando Miriam le compró un vestido de ochenta libras en la sección de Oasis, aunque le quedaba precioso, porque ella podía lucir cualquier cosa.

Sí, Miriam era incoherente: la quería y le compraba cosas, le expresaba su amor, pero no podía comprarle todo lo que quisiese cuando quisiese. Frunce el ceño al subir al tren, discutiendo mentalmente con Edith, convencida de que lleva razón. Y es que Miriam no tenía ninguna intención de reprimir esa espontaneidad. Como cuando Edith era una niña y ella le decía: «Vamos a la juguetería», por el mero hecho de que le encantaba dar alegrías a su hijita y era muy fácil dar alegrías a los niños, siempre dispuestos a sumarse a la fiesta. Pero luego también tenía que negarle caprichos y enfrentarse al odio. Era lo que tantas veces le tocaba, sentirse culpable, como cuando fueron a comprar el vestido y le fastidió la tarde a Edith.

Los demás pasajeros la miran mientras se aprieta los ojos con el pañuelo, intentando contener las lágrimas, en vano, consciente de que tendrá una expresión descompuesta, mezcla de rabia, arrepentimiento y una actitud a la defensiva.

Edith nunca ha perdonado rápido. ¿Será eso su desaparición, un enfurruñamiento enorme, como en Fenwick's? Ah, ojalá... Sería felicísima si supiera que Edith está viva, aunque no volviese a hablar con ella jamás. Lo que sea, pero no muerta.

La boda, en la iglesia que hay al final de Church Row, fue preciosa. Christy iba de blanco, embarazadísima, con una corona de flores en el pelo. Se sentaron juntas en la iglesia y, cuando miró a la izquierda para ver la cara de Edith, su hija tenía los labios rojísimos y compungidos, y las lágrimas le surcaban las mejillas sin cesar.

MANON

—A ver, Taylor Dent... —dice el subinspector Sean Haverstock, o Havers, como todos lo llaman en el Departamento de Investigación Criminal de Kilburn, mientras se repantiga en su silla giratoria. Manon calcula que tendrá su edad: calvo y con anillo.

—Sí... —ratifica ella—. Le pregunto que cómo llevamos sus movimientos la semana antes de su muerte.

—Fatal, para serle sincero, porque no tenemos un teléfono decente con el que trabajar. Su móvil era de prepago, no tenía *smartphone*. Y ha desaparecido. Se registró actividad en el norte de Londres hasta el domingo 11 de diciembre, pero eso era de esperar.

Manon asiente.

—Encaja con la fecha de defunción de la autopsia.

—Luego el teléfono se perdió, se apagó o se rompió.

—¿Quién aparece en el registro de llamadas?

—Le sorprenderá saber que eran casi todos teléfonos de prepago sin registrar. Números desconocidos. Su mundo...

—Parece que no sabemos mucho de su mundo —responde Manon.

Se pregunta si Havers se ha esforzado lo más mínimo. ¿Ha enviado a algún hombre a interrogar a los amigos y socios de Taylor Dent? ¿Ha probado a preguntar a sus contactos de Cricklewood, que podrían haber tratado alguna vez con Dent? ¿Ha hecho algo, coño?

—¿Y la familia? —se interesa Manon—. ¿Qué les han contado?

—Tiene un hermano pequeño, Fly Dent, que rondará los diez años. Al parecer, Taylor lo mantenía al margen de sus actividades más chungas, protegido. De hecho, podría decirse que Taylor cuidaba de él: le daba de comer, le lavaba la ropa, lo llevaba al colegio con puntualidad, etcétera. Ahora está con los trabajadores sociales. La madre es un caso perdido. Cosas baratas, ya me entiende: Magners, disolventes, metadona... No me sorprendería que se lo quedasen los Servicios Sociales.

—¿Alguien denunció la desaparición de Taylor? ¿Hubo una investigación?

—El hermano vino el lunes, sí. Creo que era día 12. —Havers se incorpora en la silla y rebusca entre los papeles de su mesa—. Lo registramos por algún sitio. Pero con un chaval así... Oficial Bradshaw, si empezásemos una investigación con cada joven desaparecido que está metido en todos esos fregados... Y no nos olvidemos de que no era un menor. Podría haber estado, qué sé yo, cargando una furgoneta con cartones de tabaco en España.

Havers se encoge de hombros, con complicidad. «Un chaval así». Le importa urbledo la muerte de un joven como Dent. Manon se imagina perfectamente cómo recibirían a su hermano pequeño cuando intentó alertarlos.

El autobús se aproxima tan rápido que cree que va a arrollarla, pero pasa como una flecha a su lado y su estela de aire caliente la despeina. La envuelven el olor a huevos fritos y el sonido de los frenos, que chirrían como cerdos atrapados. Pasa junto a The Crown, Paddy Power y los bolsos a rayas en las puertas de los Todo a una libra. Cada rostro con el que se cruza, cada fragmento de conversación que oye, es de otra parte del mundo. Las tiendas representan un auténtico surtido de inmigración, una detrás de otra, como los estratos de roca: McGovern's Free House; Kebab Halal Bacovia Magazin Românesc; Licorería Serhat (Polski Sklep); Biblioteka y tienda solidaria de la comunidad de Bosnia-Herzegovina; Comida Persa Milad; Cocina Exótica Africana D'Den; Sabores de Lahore; Bestco Minimarket, con la mitad de la estanterías vacías. Un crisol destartalado, a cuyo alrededor florecen como el liquen los negocios inevitables: la casa de empeños, el local de apuestas, la funeraria, la sucursal de Western Union Money Transfer...

Manon sigue andando y, cuando la densidad de tiendas disminuye y el rugido del tráfico aumenta aún más, llega a un restaurante etíope, Abyssinia, con cortinas de estopilla rojas y blancas. Justo al lado hay una puerta metálica gris: 11A. Manon levanta la mirada y ve las ventanas ennegrecidas por la contaminación; una de las cortinas grises está descorrida y hay una especie de saco o bolsa apoyado en el cristal. Dentro va a apestar, se dice, y su cuerpo se engarrota, preparándose. No le falta razón: una mezcla de aceite usado (grasa cuajada, el olor que desprenden las sartenes sin lavar) y humedad. Ha llamado al telefonillo y le han abierto, y ahora sube con pasos pesados las escaleras estrechas, tapándose la boca y la nariz con el cuello del polo.

—Sí, sí, adelante, adelante —dice una mujer con acentazo irlandés.

Tiene el pelo alborotado y pelirrojo, con canas en las raíces, una piel pálida y pecosa en la que se marcan las venas y una mirada asustada. Hace movimientos rápidos, como un animalillo que excava para escabullirse.

—Señora Dent —dice Manon.

—Yo misma.

—Soy la oficial Bradshaw, de la Policía de Cambridgeshire. He venido a hablar de Taylor Dent, su hijo.

—Taylor ya no está, Dios lo tenga en su gloria —dice, sin mirar a los ojos a Manon. Se dirige al interior de la casa y la invita a pasar, dejando la puerta entornada

—. Perdón, lo tengo todo hecho un lío...

El olor remite dentro del piso, sustituido por el de las colillas, que no le desagrada; en el fondo, es casi acogedor. La luz es tenue y la moqueta oscura. El pasillo desemboca en un salón, no mucho más iluminado, pues las cortinas impiden el paso de la luz. La casa parece impregnada de presencias humanas: una multitud vibrante de personas que ya no están, arrestadas o muertas.

Manon y la señora Dent (que le dice: «Tutéame, me llamo Maureen») se sientan en el sofá, tapizado de chenilla marrón con estampado de flores. Hay bolsas de patatas fritas abiertas en el suelo, un cenicero a rebosar y una televisión gigante que ocupa la mitad de la pared.

—Tengo que limpiar —dice Maureen—. Me voy a poner en cuanto pueda. Me tienen que meter una cámara en la barriga. ¡Una cámara en la barriga!, ¿me explico? Pero no quiero, así que nanay. Te puedo enseñar la carta, a lo mejor la entiendes. Yo no entiendo lo que dice, ¿sabes?

La mujer se levanta y se aleja a paso ligero, encorvada. Aún no la ha mirado a los ojos, es como si hablase con el aire, o con la casa, o consigo misma. Manon se siente rara, invisible; no es el primer intruso del Estado que pisa ese apartamento: la policía de Kilburn, los Servicios Sociales, los orientadores de Educación...

—No quiero, no señora —dice Maureen desde el pasillo, y Manon la sigue hasta una cocina minúscula y cochambrosa. El fregadero está lleno de platos y en todas las encimeras hay botellas y latas: Magners, vino tinto, Fanta... Las suelas de los zapatos de Manon se pegan en el linóleo. Maureen está abriendo cajones que se resisten, abarrotados de cartas y mecheros, y que luego no puede cerrar. Se sorprende con el hallazgo de un paquete de John Player Blues; saca un cigarrillo, se lo enciende y mira a Manon por primera vez con los ojos entrecerrados.

—¿Qué decíamos? —pregunta.

—Taylor, tu hijo.

—Está muerto. Taylor está muerto, Dios lo tenga en su gloria. Me llegó una carta del médico, la tengo por aquí. —Vuelve a forcejear con los cajones—. Quieren meterme una cámara en la barriga. ¡Joder! Y yo no quiero. ¿Me entiendes o no?

Saca un papel doblado y se lo entrega a Manon.

—No me entero de lo que dice —repite Maureen, y se escabulle de nuevo al salón a toda prisa, como una cucaracha.

Manon la lee por encima: «Cita para el 12 de diciembre de 2010 a las 10:00. Gastroscopia, Real Hospital Gratuito».

—Esta cita es de hace tres semanas —afirma Manon, siguiendo a Maureen—. ¿Fuiste?

—Joder, gracias a Dios que ya pasó. Vale, ¿quién dices que eres?

—La oficial Bradshaw, de la Policía de Cambridgeshire. Encontramos el cadáver de Taylor.

—¡Ay, Dios mío, no, no! Taylor ya no está. Descanse en paz.

Maureen mira fijamente su cigarrillo. Manon huele el alcohol que rezuma de su piel pecosa.

—Ahí está su habitación —dice, señalando al pasillo con el cigarro.

—¿Puedo echar un vistazo?

—Tú misma. No eres la primera. ¿Quieres té o algo?

—No, gracias —responde Manon, acordándose de la cocina.

Enfila el pasillo. Al fondo hay dos puertas abiertas. Al mirar por una de ellas ve unos tobillos cruzados. Las playeras finas, otrora blancas, tienen un agujero entre la suela de goma y la tela. Sin calcetines. Aunque estén dentro de la casa, esos pies deben de estar congelándose en un enero como este. Piel negra, aún más oscura en las rodillas.

Asoma la cabeza por la puerta y ve al niño, sentado en un colchón en el suelo, con las piernas estiradas. Hay una televisión diminuta en el suelo y está viéndola. Sobre el colchón, que no llega a ser de matrimonio, pero es bastante grande, hay dos sacos de dormir. También hay una cómoda de melamina, con todos los cajones abiertos, a los pies del colchón, por lo que solo hay que gatear para llegar a ella. El niño levanta la vista. Lleva el pelo rapado. Los ojos, asombrosamente oscuros, son enormes y destacan en la cara ovalada. Manon se queda unos segundos sin palabras. No es que sea muy guapo, que lo es, sino que tiene una mirada tristísima.

—Hola —saluda al fin.

El niño vuelve a mirar la televisión.

—¿Qué estás viendo?

—El puto *Top Dance*. Una mierda pinchada en un palo.

Ambos miran unos segundos la pantalla, de la que salen risitas metálicas.

—Me llamo Manon —se presenta—. Es un nombre raro, ¿eh?

El niño vuelve a mirarla. Se da cuenta de que es demasiado mayor e infeliz para andarse con juegucitos. Quiere que vaya al grano.

—Soy de la policía. Estoy intentando descubrir qué le pasó a Taylor. ¿Te importa que me sienta?

—A buenas horas... —replica.

Manon señala el colchón y el chico se mueve para hacerle hueco a su lado. Se deja caer con un suspiro y las articulaciones crujen: ya tiene una edad. No puede

doblar las rodillas del todo, así que se sienta como él, con las piernas estiradas y los tobillos cruzados.

—¿Cómo te llamas? —pregunta, no porque no lo sepa, sino porque el chico se merece ciertas formalidades.

—Fly —responde—. Me llamo Fly.

—Encantada, Fly Dent —dice, tendiéndole la mano y sonriendo—. Yo soy Manon Bradshaw. —Él le estrecha la mano; tiene la palma fría y áspera.

Manon mira a su alrededor.

—¿Compartías habitación con Taylor?

Asiente.

Se percata de las pegatinas de piratas de la cómoda, plateadas y fosforescentes, que se están despegando por los bordes. La calavera y las tibias; alfanjes; un barco pirata. Pegatinas de niños, de las que regalan con las revistas. Los sacos de dormir están enrollados a su espalda.

—Lo siento mucho, Fly. Estarás muy triste... —le dice.

Fly la mira. Sus ojos revelan miedo.

—¿Taylor tenía un teléfono móvil?

Fly asiente.

—Pues claro.

—¿Sabes dónde está?

Se encoge de hombros.

—Siempre lo llevaba encima, en el bolsillo. Era igual que este.

Se reclina para meterse la mano en el bolsillo, saca un móvil y empieza a jugar con él.

—¿Puedo mirarlo? —le pide Manon, cuando Fly vuelve a la televisión.

—Taylor me lo dio —dice, sin soltar el teléfono—, para que pudiese llamarlo. Si lo necesitaba.

El chico pulsa varios botones y se lo enseña. En la pantalla se lee «Taylor», y Manon pulsa el botón verde de llamada. La voz del joven muerto dice: «¡Pues va a ser que no estoy disponible! Deja un mensaje y a lo mejor te llamo, o no...». Luego se oye una carcajada.

—¿Es tu risa? —pregunta Manon con el teléfono de Fly pegado a la oreja, sonriendo mientras escucha, porque tiene una risa contagiosa.

Fly asiente, y él también sonrío.

Manon cuelga. El chico vuelve a concentrarse en la tele y ella aprovecha para trastear con el móvil. El único número que hay marcado es el de Taylor. Veinte o

treinta veces. Intentando dar con él. O quizá lo llame antes de dormirse, para escuchar la voz de su hermano y las risas de ambos.

—¿Tienes hambre? —quiere saber.

Fly asiente.

—Taylor me traía KFC. Él se encargaba de la compra, en Bestco, y me daba de comer.

—Pues vente —lo anima Manon, levantándose trabajosamente del colchón, con muy poco estilo.

Recorre el pasillo para volver al salón.

—¿Señora Dent? ¿Maureen?

Maureen está repantigada en el sofá, viendo *Cash in the Attic*. Parece medio grogui y tiene una lata en la mano.

—Voy a salir un momento con Fly para comer algo, ¿vale?

—Claro que sí, cariño —contesta Maureen, levantando la lata, con la barbilla en el pecho.

Joder, piensa Manon, podría haber sido cualquiera...

Fly es casi tan alto como ella, pero no deja de ser un chiquillo. Es sin duda un chiquillo, se dice, mientras lo ve ponerse la chaquetilla fina, como las que usan los tenistas para saltar a la pista, casi tan inútil como una gasa ante el frío implacable de enero. Sabe que no debería salir con él. Para los interrogatorios a menores (aunque eso no era un interrogatorio, ¿no?) había todo un libro de protocolo con normas, entre las que estaba no interrogarlos jamás a solas. Pero ella no estaba interrogándolo; iba a comprarle unos huevos. El chaval necesitaba comer y, al igual que con la radio de policía que tenía en casa, eso no estaba incluido en el protocolo.

Observan las sillas y mesas de plástico rojo en la acera, optimistas, como si aquello fuese Ipanema, y no Cricklewood Broadway. Justo al lado hay un expositor de alambre repleto de galletas portuguesas y brasileñas y de ingredientes para cocinar, la mayoría a base de almidón, por lo que Manon alcanza a entender (todos los artículos de los estantes son amarillos). Hay una enorme televisión de pantalla plana colgada de la parte alta de la pared, a su espalda, donde retumba un concurso portugués. La dueña del café los recibe con una sonrisa de oreja a oreja y les pregunta «¿Revueltos?», bloc en mano.

—Fritos —responde Fly.

—Revueltos —dice Manon, mirando a Fly con el ceño fruncido—. Y con extra de pan tostado.

Un autobús pasa como una flecha, con una pegatina anunciando Wonga. Le sigue

una bolsa de plástico cuyas asas parecen brazos suplicantes, que va a parar a la barriga de una mujer en sari.

—Taylor iba mucho ahí —le cuenta Fly, y Manon sigue su mirada hasta un toldo rojo en la acera de enfrente: Momtaz Shisha Café—. Allí todos lo conocían.

—¿Estaba metido en algo gordo?

—¿Drogas, dices? —Niega con la cabeza—. Veía a mamá y a sus novios, todos unos despojos humanos. Decía que nunca tocaría esa mierda. Y que, si yo lo hacía, me mataba.

Manon siente en la boca del estómago una determinación creciente: tiene que descubrir qué le pasó a Taylor Dent, qué lo apartó de este chico al que, está claro, quería con locura.

—Háblame de los días anteriores a la desaparición de Taylor —le dice—. ¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—Era domingo. Pasamos por Bestco a comprar. Él estaba de muy buen humor. Tomamos tostadas con judías en salsa y vimos *Bob Esponja*. Me dijo que hiciera los deberes y preparase todos los bártulos del colegio para el día siguiente. Él estaba con el móvil, mandando mensajes.

—¿A quién?

Fly se encoge de hombros.

—No sé a quién. Es que conocía a un montón de gente. No me hablaba de ellos.

—¿Y lo tenía en su móvil, en el que usabas para llamarlo?

Fly vuelve a encogerse de hombros.

—A veces llevaba más de un móvil. A veces no. Los móviles cambiaban, los que usaba para sus..., para los *tequemanques*. —Baja la mirada tímidamente, como si aún temiese poder meter a Taylor en problemas con la policía.

—¿Y luego qué pasó? —se interesa Manon.

—Luego dijo que tenía que salir, que volvería tarde. Antes de marcharse, me dijo: «Las cosas están a punto de mejorar un montón, hermano». Y ya está, esa fue la última vez... —De repente empiezan a caerle lagrimones. Manon cree que es la primera vez que el chico ha hablado del tema. Levanta la cabeza y le clava unos ojos enormes, inundados por la pérdida—. No volvió. Ya no volvió nunca. Me desperté y vi que no estaba.

Manon se imagina los sacos de dormir; uno de ellos estaba vacío cuando Fly se despertó el lunes 12 de diciembre.

—¿Y después?

—Fui al colegio. Seguí llamándolo y mandándole mensajes. Pensé que a lo mejor estaba trabajando. Al salir del colegio fui directo a la policía.

—¿Qué te dijeron?

—Que parecería. Que no era un niño, así que no podían hacer nada.

—¿Se te ocurre algún motivo por el que Taylor hubiese ido a Anglia Oriental?

—¿Eso dónde está? —pregunta Fly, mirando sus huevos mientras la camarera deja el plato en la mesa.

—Es una región a unas dos horas de aquí. Es campo. Todo está muy llano, y hay muchos ríos pequeños. —No consigue hacer que suene mucho mejor. Piensa en mencionar la niebla, pero lo evita. Se oyen aplausos en la televisión y el presentador del concurso dice: «*Obrigado! Obrigado!*».

—Sé que no lo parece —confiesa el niño, dándole un bocado al pan tostado—, pero este sitio está bien. Los persas son buena gente. —Con un ademán de la cabeza señala el Café Momtaz—. A veces me dan té gratis. Y los de Bestco nos regalan galletas rotas, trozos de tarta que no van a vender, cosas así. Saben lo de mamá y nos ayudan, sobre todo a Taylor.

—¿Él iba al instituto?

Fly niega con la cabeza.

—Decía que alguien tenía que ganar dinero y que no iba a ser mamá. Pero era superrestricto conmigo. Decía que era el hermano listo. Yo era el que leía todos los libros, aunque ahora que lo pienso, ojalá hubiese hecho algo para ayudarlo, en vez de tanto puto estudio.

—¿Ayudarlo cómo?

—Para que fuese un tío legal y no tuviera que vender, traficar y demás.

—¿Qué es «y demás»?

Fly se encoge de hombros.

—Esto y aquello.

—¿Por ejemplo?

—No me lo decía, no quería que lo supiese.

—¿Alguna vez te habló Taylor de una chica que se llamaba Edith Hind?

—¿La de las noticias? Es famosa, sale en la tele. —Los ojos se le iluminan, como si estar muerto fuese una nimiedad en comparación con las bondades de la fama.

—Sí, ¿la conocía?

—Nah.

—¿Qué crees que le pasó, Fly?

Fly la mira con esos ojos enormes de pupilas negras, muy abiertos y vulnerables. Su forma de sacar los labios cuando sorbe con la nariz es la viva imagen de la inocencia.

—Dijo que estaba ahorrando para nosotros. Dijo que nuestra suerte estaba a punto de cambiar. Pero no quería que supiese los detalles de sus *tequemanques*, me lo ocultaba todo. —Sus ojos han vuelto a llenarse de lágrimas, pero esta vez no rompe a llorar. Tiene una mirada aterrada, como alguien que está cayendo por un precipicio—. Era mi hermano.

—La última pregunta, Fly. ¿Alguna vez oíste el nombre de Tony Wright?

Se queda pensando. Sorbe con la nariz. Niega con la cabeza.

—¿Le hizo algo a Taylor?

—No lo sabemos, pero vamos a descubrirlo, Fly. Vamos a descubrir qué le pasó a Taylor y el culpable va a ir a la cárcel, te lo prometo. ¿Qué va a pasar ahora? Contigo, digo. ¿Te han dicho algo los de Servicios Sociales?

Le dice que no con la cabeza.

—Quiero quedarme en mi colegio y en mi casa con mamá. Me las apaño con lo que me dan los del Bestco. En Navidad fui a casa de un amigo. Estoy bien, no hace falta que me metan en una residencia y esas cosas.

Manon se reclina en su asiento, mirándolo con atención. Mirándolo mientras su cabeza trabaja a toda velocidad.

—Espera aquí —le pide.

En la caja registradora, la dueña del café tiene los ojos clavados en el concurso portugués, con una mirada ávida.

—¿Podemos hablar un momento? —le dice Manon, enseñándole la placa.

Conduce a Manon hasta un pasillo con pilas de cajas de comida y se quedan con las tiras multicolor de la cortina de la puerta en los hombros, como pelo de plástico.

—Quiero que cuides de ese chaval —le explica Manon—. Dale todo lo que quiera comer, cuando quiera, y pásame a mí la factura. Puedo darte el número de mi tarjeta de crédito a modo de fianza.

—No hace falta, es tu trabajo. Seguro que pagas —comenta la mujer, sonriendo—. Es un chiquillo, voy a darle de comer, no te preocupes.

—Vale —le dice a Fly cuando vuelve a la mesa—. Venga, vamos a comprarte un abrigo.

—Davy —le dice Manon por teléfono, con la respiración entrecortada y apoyada contra una pared. Está mirando el cielo sucio de Cricklewood, opaco como el algodón. Se diría que le cuesta llenarse los pulmones de aire—. Davy —repite, jadeando.

—Respira hondo, jefa. ¿Qué pasa?

—Tenemos que ayudarlo.

—¿A quién? ¿Ayudar a quién?

—Al hermano de Taylor, a Fly. Vive en una pocilga y su madre está chalada. Ahora que Taylor no está, nadie le da de comer. Davy, se lo van a llevar los Servicios Sociales. ¡Tiene diez años! —Está mareada por la falta de oxígeno. Un autobús pasa rugiendo a su lado, y su estela caliente de gases de escape le impide respirar—. Los trabajadores sociales ya están estudiando el caso. ¿Te acuerdas de lo que dijo esa mujer del Servicio de Protección de Menores? ¿Cómo se llamaba?

—Sheila Berridge —responde Davy—. Creía que no estabas prestando atención.

—Vale, Davy, vale. Ahora veo las cosas de otra forma. ¿Qué podemos hacer?

—Las residencias no siempre están tan mal. A veces son mejores que los sitios donde viven.

—¿De verdad?

—Pues claro. No digo que sea el paraíso. No hay mamá y papá y pollo asado los domingos. Pero la gente sale adelante, no hay humedad, les dan comida. Quizá le toque una familia adoptiva decente.

—O quizá lo metan en una residencia gigantesca plagada de pedófilos al acecho. Solo quiero que alguien, un profesor, un orientador, quien sea, le eche un ojo, ya está. Que le den la comida gratis en el colegio, qué sé yo. Taylor era el que le llevaba la comida, y ahora...

—Vale, vale —la tranquiliza Davy—. Yo me ocupo. Voy a hablar con otra colega tutora, a ver si puede mover unos cuantos hilos por allí. ¿Cuándo te has vuelto tan blandengue?

MIRIAM

—¡Iaaaaan! —grita por las escaleras mientras se dirige a la puerta principal, frotándose las manos y diciéndose que tiene que encender la calefacción. El temporizador del termostato no está adaptado a la presencia de tantos cuerpos en casa durante el día.

Miriam abre la puerta y ve a la oficial Bradshaw, un cúmulo de prendas negras arrugadas con un bolso enorme colgado del hombro. Se aparta los rizos de la frente y esboza una leve sonrisa a modo de saludo.

—Adelante —dice Miriam, haciéndose a un lado—. ¡Dios mío!, hace un frío que pela. Pase, pase y siga por el pasillo hasta la cocina.

La oficial Bradshaw camina por delante; Miriam la sigue y le pregunta:

—¿Quiere un té?

—Sí, muchas gracias —responde ella, dejando caer el bolso junto a la mesa de la cocina—. Me alegra ver que los fotógrafos se han ido.

—Sí, ya no somos un tema de interés, gracias a Dios —afirma Miriam, llenando el hervidor con agua del grifo—. Al menos por ahora. Los últimos se largaron en Nochevieja, pero ya eran solo los rezagados, la verdad.

Bradshaw se quita el abrigo y lo cuelga con mimo en el respaldo del banco acolchado; debajo lleva más prendas negras amorfas. Quizá los agentes tengan que estar siempre preparados, como heraldos de la muerte.

Ian entra en la cocina.

—Oficial Bradshaw —saluda, tendiéndole la mano. Su voz ya no tiene ese tono animado, ese humor que Miriam adoraba cuando lo veía saludar a los demás.

—Pueden tutearme, si les parece.

—De acuerdo, Manon.

—¿Quieres té, cariño? —le pregunta Miriam.

—Pues sí, ¿por qué no?

—¿Puedes pedirle a Rollo que baje?

—Sí, claro —responde Ian—. Está como loco con Twitter y Facebook —explica, antes de volver a salir para llamar a su hijo.

Miriam pone una taza de té delante de Manon, que levanta la cabeza y la mira. La luz que entra por la ventana de enfrente le ilumina la cara: tiene el ojo izquierdo hinchado, rosáceo y medio cerrado.

—Será mejor que te lo cures cuanto antes. Parece conjuntivitis —dice Miriam, poniendo su voz de médico de familia con la que no se discute—. Es muy sencillo:

compras unas gotas de cloranfenicol en cualquier farmacia, sin receta, y te las echas. En un día habrá bajado la hinchazón, pero acuérdate de cumplir con todas las dosis. Ya está, fin del sermón.

—Pensaba que a lo mejor bajaba solo.

—No tiene pinta.

—¿Cómo aguanta, *lady* Hind?

—Puedes tutearme, por favor —replica—. No aguanto, ni muchísimo menos. ¿Tienes alguna novedad?

—Sobre el paradero de Edith no. Tenemos algunas pistas...

—¿Pistas? —dice Ian, tomando asiento, junto a Rollo, frente a Miriam y Manon.

Manon le tiende la mano.

—Me alegro de volver a verte, Rollo. Me han dicho que estás haciendo una campaña extraordinaria en redes sociales.

—Por si sirviera de algo... Hay muchas manifestaciones de solidaridad —explica Rollo—, casi siempre de desconocidos. Sé que tendrían que reconfortarme, pero me dan un pelín de repelús.

Sonríen y beben un sorbo de té. En el silencio triste de la cocina, una mosca golpetea el cristal de la ventana. Pum, zzz, pum.

—Bueno, decías algo de unas pistas —continúa Ian.

—A ver, no son pistas exactamente —matiza la oficial—, sino posibles relaciones que tenemos que explorar. Encontramos un cadáver. —Y al instante añade—: No, no era Edith. Era un chico, un joven de diecisiete años que se llamaba Taylor Dent.

—Ay, la pobre madre... —dice Miriam, tapándose la boca con la mano. Pobre madre, pero gracias a Dios que no es Edith, gracias a Dios que esa madre desgraciada no soy yo—. ¿Qué tiene que ver con Edith?

—Aún no lo sabemos, por eso estamos investigándolo. Es, o era, mejor dicho, de Cricklewood, que no queda muy lejos.

—Pero habrás visto que Cricklewood está muy lejos de esto... —murmura Ian.

—¿Os habló alguna vez Edith de él? —pregunta Manon.

—¿De Taylor Dent? —dice Ian, inquiriendo a Miriam con la mirada. Ambos niegan con la cabeza.

—No me suena el nombre —responde Miriam—. ¿Cómo murió?

—No lo sabemos con certeza. Encontraron su cuerpo el viernes, en un río cerca de Ely. ¿Tú lo conocías, Rollo?

—No, no; no me suena el nombre —dice Rollo.

—¿Edith probó alguna vez las drogas? ¿Pudo comprarle marihuana a alguien, por

ejemplo?

—No —contestan al unísono Rollo y Miriam.

—Tuvo un novio que fumaba bastante, Jonti, pero nunca quiso probarlo —añade Rollo—. Lo sé porque estaba con ella cuando él fumaba.

—¿Es posible que dijese que no porque tú estabas delante?

—No creo. Tampoco era nada grave: no es que se sintiera mal o algo así. Es solo que no le gustaba, o no la necesitaba —añade Rollo.

—Vamos a tener que hablar con Jonti —explica Manon.

—He ido a verlo esta mañana. No la ha visto ni sabe nada de ella. Pero sí, claro, te doy su teléfono —dice Miriam, levantándose para coger la guía telefónica de la encimera.

Se vuelve a oír la mosca, en sus últimos estertores.

Ian se levanta y se gira hacia la ventana, dándoles la espalda. Empieza a traquetear con el cierre de la ventana, de manera un tanto frenética para el gusto de Miriam, intentando levantar la manilla de metal para que la mosca pueda salir.

La mujer vuelve a la mesa, con las gafas de lectura, y le pasa a Manon el número. Luego levanta la vista, irritada.

—Ian, deja la ventanita y siéntate. Esto es importante.

—Perdón —se disculpa—. ¿El tal Dent es vuestra pista? ¿Creéis que le hizo algo a Edith?

—Estamos intentando determinar, ante todo, si existe algún vínculo entre ellos. Si se conocieron o si tenían amigos en común.

—¿Tenía diecisiete años, dices? —pregunta Rollo.

—Un niño... —comenta Miriam.

—¿A qué instituto iba? —insiste Rollo.

—Lo había dejado. Trabajaba en el mercado negro, esencialmente —responde Manon—. Cigarrillos, artículos falsificados y objetos robados, entre otras cosas.

—Dudo mucho que Edith pudiese conocer a alguien así...

—Aj, Ian, cállate —le suelta Miriam, aunque se avergüenza al instante—. Lo siento —le dice a Manon—. No debería perder los nervios.

—No pasa nada —responde Manon, esbozando una leve sonrisa.

«Deja de observarnos de una puta vez», se dice Miriam para sus adentros. «Somos como esa mosca, nos estrellamos en vano contra un cristal».

—Tenemos la sensación —confiesa Ian— de que nos estáis ocultando información sobre las pesquisas.

Miriam mira a Manon a la cara. Se percata de que está tomando una decisión.

—Había otra pista que estuvimos investigando un tiempo, pero ha resultado..., en fin, no ha llevado a ningún sitio.

—Dios, hay que joderse... —bufa Ian, y Miriam le sonríe con gratitud. Al menos a él aún le queda algo de fuerza para luchar.

—Sigue —le ruega Miriam.

—Hemos investigado a un hombre que se llama Tony Wright. Salió hace ocho meses del Centro Penitenciario de Whitemoor, donde cumplía condena por robo con agravantes y violación.

—Violación... —dice Miriam—. Esperaba que no fuese...

—Y no es —la interrumpe Manon—. Tiene una coartada sólida como el acero para el fin de semana de la desaparición de Edith.

Tras la puerta cerrada se quedan la oficial Bradshaw y todo lo que les ha contado sobre Tony Wright, y cómo le puso un cuchillo en el cuello a su víctima muerta de miedo.

Miriam e Ian siguen en el recibidor, donde aún se siente el aire frío de la calle.  l la mira, frunce el ceño y se gira; en esa milésima de segundo, ella cree ver desprecio en sus ojos.  Por qué?  Por su enfado?

El hombre se dirige a su estudio y Miriam lo sigue.

— A qué ha venido el numerito de la ventana?  Es que no puedes estar un minuto sentado? —dice, impidiendo que se vaya tan campante y dándole de su propia medicina.

—Déjame en paz —responde él con tono frío. Se queda de pie, detrás de su escritorio, haciendo como que hojea unos papeles.

Ella sale del estudio y él le grita:

— D nde vas?  A echarte otra siesta? —Miriam se gira y vuelve a entrar como un rayo. La cara de su marido es una mezcla desencajada de rabia y acusación—.  Por qué tu angustia parece lo único que existe? —pregunta.

—Eso no es verdad, Ian, pero si por ti fuera no me permitir as sufrir lo más mínimo. Es mi hija.

—Y la mía, pero que te quedes sollozando o tumbada en la habitación con las persianas bajadas todo el día no sirve de nada.

— Qu  quieres que haga?

Su marido est  en silencio, con la cabeza mirando a la mesa, pero sabe que est  igual de alterado y cabreado que ella.

— Deja de hacer como si esto fuese culpa mía, me cago en la puta!—le grita Miriam, y vuelve a salir del estudio.

MANON

Tiene los pies sobre el asiento de tartán azul del tren First Capital Connect, junto a un letrero que dice: NO APOYAR LOS PIES EN LOS ASIENTOS. Se pellizca párpado y lo despega del ojo, intentando aliviar el picor. La infección ha convertido la irritación en dolor y, sin embargo, cuando ha pasado junto a una farmacia —en Hampstead High Street, en la estación de King's Cross—, comprar antibiótico no le ha parecido urgente. Ahora ya no puede hacer nada: son las ocho de la tarde y mañana tiene que estar en comisaría a primera hora para la sesión informativa sobre *Crimewatch*.

Ha avisado a los Hind de que se preparen para acaparar de nuevo el interés de la prensa —los fotógrafos volverán a apiñarse en la puerta de su casa— cuando la reconstrucción televisada del último viaje de Edith, volviendo a casa con Helena Reed, se emita el miércoles por la noche. Hablarles de Tony Wright no ha sido sencillo, a pesar de su coartada. Recuerda la expresión de terror de *lady* Hind, que la disuadió de explicarle qué había sido de su última víctima, a quien dejó la cara amoratada y desfigurada tras asestarle varios golpes en la cabeza con el mango del cuchillo: dos semanas después de la condena de Wright, ella se suicidó.

El móvil de Manon vibra en las profundidades de su bolso. Un mensaje de texto, número desconocido.

Estoy calentito.

Manon sonríe. Comprarle el abrigo a Fly había sido una fuente de alegría inesperada, como si la satisfacción se refractara en un arcoíris refrescante. Ella escogió un modelo rosa fosforito con lentejuelas y le dijo: «Este te queda bien». A lo que él respondió con una mirada fría, como si Manon fuese la persona más tonta que había conocido en su vida. Luego el niño escogió varios modelos de marca, pero cuando ella giró la etiqueta le dijo: «Ni en sueños». Pero, sobre todo, cuando eligieron juntos un abrigo azul aciano, con franjas blancas en el pecho, Manon sintió el inmenso placer de saber que no pasaría frío: pensó en la suavidad de la lana sobre la piel, en la capa exterior impermeable, que lo protegería de la lluvia... Fueron las veinticinco libras mejor invertidas en mucho tiempo.

¿Qué haces que no estás en la cama? M.

No tengo cinco años [...] De todas formas, estoy en la cama. Lo llevo puesto en la cama.

Ella se sonríe mientras sube las escaleras de comisaría y entra en recepción

pensando que tiene que pasar a máquina todas sus notas y prepararse para la sesión de la mañana. Va con la cabeza gacha, ajena a su entorno, cuando Bob, desde el mostrador, le dice:

—Manon, han venido a verte.

Levanta la vista y lo ve, con su abrigo gigantesco y sus zapatos feísimos, horripilante y fantástico a la vez: Alan Prenderghast.

—Hola —saluda él—. No esperaba encontrarte. He venido a dejarte esto.

Le tiende una bolsa blanca de papel doblada, con el logo verde de una farmacia. Manon la abre y saca una cajita rectangular, donde se lee: «Cloranfenicol oftálmico, para el tratamiento de la conjuntivitis».

—¡Anda! —exclama ella.

—Me siento como un delincuente al que pillan con las manos en la masa — comenta él.

—Dios... No he tenido tiempo de comprarlas, como habrás notado.

—Escucha —dice, con cierto apuro—, no sé cómo funciona esto. ¿Sigo siendo testigo del caso o algo así?

—No, ¿por?

—He pensado que podíamos salir a cenar o algo. O a ver una película y sentarnos en la misma fila. O incluso en butacas pegadas.

El rubor le sube por el cuello.

—No sé, ahora mismo tengo un montón de trabajo.

Ambos miran la bolsa blanca de la farmacia.

—Pues piénsatelo, ¿vale? —le pide él—. Te dejo mi número.

Él estira la mano para coger la bolsa y se palpa los bolsillos buscando un boli, pero ve que Bob le ofrece uno.

—Me gustó el café del otro día, después de la película —añade, mientras escribe apoyando la bolsa en la mano.

—Gracias —responde Manon mientras observa su caligrafía, con todos los números apelotonados—. Oye, tengo que irme a preparar una sesión informativa para mañana a primera hora. Acaba de entrar otro asesinato y encima esta semana dan *Crimewatch*. —Lo suelta así: ella es policía, un trabajo que él, mero analista de sistemas, debe admirar.

—Vale, pues nada —se resigna él, y lo observa cruzar las puertas de la comisaría y bajar los escalones rumbo al aparcamiento.

Cuando Manon se gira, ve a Bob con el ceño fruncido.

—¿A qué ha venido eso? —pregunta.

—¿El qué?

—Darle calabazas a un tipo agradable.

—¿Y qué sabrás tú, Bob?

—Sé que es bonito tener a alguien al volver a casa.

MARTES

DAVY

—Para mí —dice Kim, pensativa— sería pasta con atún al horno mientras veo dos episodios seguidos de *Place in the Sun*.

Davy está a punto de dar su opinión, en la que hay galletas saladas, queso y *Quincy*, cuando Harriet fulmina a todos los presentes con una mirada que dice «Callaos la puta boca, que viene el jefe».

El inspector jefe Gary Stanton lleva bajo el brazo un fajo de dossiers que dan la impresión de ser importantes, y los botones de su barriga parecen a punto de saltar. Toca ir cambiando de camisas, piensa Davy.

Todo el equipo está reunido en una mesa redonda, como parte de una nueva estrategia que Stanton trajo de los Estados Unidos, donde el otoño anterior hizo una estancia de intercambio en el Departamento de Policía de Nueva York. Para Davy, las cosas se volvieron mucho más confusas a su vuelta, pues Stanton regresó armado de un lenguaje administrativo incomprensible. Davy está completamente a favor de la jerga policial, que traza la línea entre el bien y el mal (anoche vio a un inspector en las noticias hablando de cómo había «destapado la red de pérfidas mentiras de los maleantes»). Sin embargo, ese palabrerío corporativo no aclaraba nada; más bien, se solapaba y se repetía, dando rodeos barrocos e innecesarios. Empezaron teniendo que «llevar a la práctica» cosas, en vez de hacerlas sin más; luego Stanton quiso «reducir la intensidad de esa línea de investigación», que al parecer significaba «descartarla». Habían pasado de «desmontar» una coartada a «encender el radiador para ver si se derrite». Y luego Stanton empezó a hablar de «cambiar el paradigma» para «aprovechar nuestras sinergias», y ahí fue donde Davy ya se perdió del todo. En un momento dado, llegó a temer verse obligado a cambiar de departamento, pero luego oyó a Harriet susurrarle a Manon: «¿Qué coño dice?», y se quedó más tranquilo.

Edith Hind lleva dos semanas desaparecida y la prensa ha dejado de lado el tema, como quien dice. Sin embargo, eso va a cambiar con la emisión de *Crimewatch*, sobre todo si lo que se dice por ahí es verdad. Stanton está a punto de usar toda su artillería verbal, así que más les vale estar preparados.

—Muy bien —dice el inspector jefe, con la voz algo tomada. Quizá acaba de subir de una rueda de prensa—. El tema de *Crimewatch*. Sin lugar a dudas, se producirá un extraordinario aumento del interés por parte de la prensa y, habida cuenta de esa realidad, hemos de prepararnos para recibir un aluvión de llamadas de ciudadanos —Colin emite un sonoro gemido— que debemos tomarnos muy en serio —continúa Stanton—. Hay mucha nieve fresca, con lo que es de esperar que se produzcan avalanchas. Llegados a este punto, no sabemos qué avistamientos podrían

ser relevantes, así que no descartéis nada, por favor. Me da igual que suenen muy izquierdosos. También sacaré a colación la vida sentimental de Edith y la cuestión de que tenía amantes hombres y mujeres. El objetivo es no dejar margen a los tabloides carroñeros: airear la lista de todos los amantes de Edith hasta la fecha, ya fuesen secretos o pasados.

Todos los presentes guardan silencio. Todo el mundo está pensando lo mismo: *sir* Ian Hind pondrá el grito en el cielo y llamará de inmediato a Roger Galloway, que llamará de inmediato al consejero de Interior de Cambridgeshire, *sir* Brian Peabody, que llamará de inmediato a Gary Stanton.

—Puedo manejarlo —dice con tono suave, como si les hubiese leído el pensamiento—. Tengo que dirigir esta investigación siguiendo mi instinto, como haría con cualquier otra; creo que le ha pasado algo grave y que un amante o algún tipo de relación sexual está en el meollo de su desaparición.

—¿Mencionar a una amante no hará que la cosa se descontrole? —advierde Manon.

—Es inevitable —responde Stanton—. Hay que poner leche en el peldaño y ver quién se la bebe a lengüetazos.

—¿Cómo?! —pregunta Harriet.

—Necesitamos que la gente se ponga en contacto con nosotros —dice Stanton—. Y, francamente, necesitamos que Edith vuelva a ser el centro del interés público.

—Aunque se la imaginen desnuda y haciendo la tijera... —dice Colin, y deja escapar un resoplido.

—En ese caso, ¿no deberíamos reevaluar el riesgo que corre Helena Reed? —plantea Manon—. Todo su mundo se vendrá abajo cuando salgas por la tele hablando de una amante. Por lo pronto, no me pareció una persona mentalmente fuerte.

—Sí, tenemos que avisarla, sin duda. Kim, encárgate tú de ir a hablar con ella, explícale toda la situación. Dile que van a emitir *Crimewatch* el miércoles por la noche, garantízale que no vamos a dar nombres, pero ofrécele nuestro apoyo si lo necesita. Podemos asignarle a un agente para su piso.

Kim asiente.

—Harriet, ¿nos pones al día sobre la investigación sobre Taylor Dent, por favor? —dice Stanton.

—Claro —responde Harriet, respirando hondo—. No hallamos su ADN ni en Deeping ni en George Street. Tampoco hubo contacto telefónico entre ellos, hasta donde sabemos. Pero Dent, claro, podría tener uno o varios teléfonos de los que no tenemos ni idea. La Policía Metropolitana de Londres lo está investigando y nosotros estamos contrastando los datos con el desconocido-515, el móvil al que Edith llamó

dos veces la semana antes de desaparecer.

—¿Qué sabemos de la familia Dent? —pregunta Stanton—. ¿Hemos descubierto algo?

—El hermano pequeño, Fly —dice Manon—, denunció la desaparición de Taylor el lunes 12 de diciembre, después del colegio. Es decir, una semana antes de la desaparición de Edith. Taylor no había vuelto a casa esa noche. Salió para hacer algún tipo de chanchullo, por lo que me contó el chaval. Antes de irse, le contó a su hermano que las cosas estaban a punto de cambiar, lo que sugiere que iba a ganar bastante dinero. Parecía muy entusiasmado. El caso es que el niño se despertó el lunes y Taylor no estaba en la cama; se preocupó muchísimo, pero quiso esperar por si aparecía a lo largo del día. Luego denunció la desaparición, pero la policía le dijo, resumiendo, que se largara y dejase de preocuparse, porque Taylor tenía diecisiete años y ya era mayor para cuidarse solito.

—En otras palabras, que no merecía la pena investigarlo —resume Davy, pensando en Ryan.

—El Departamento de Investigación Criminal de Kilburn tiene agentes indagando en los contactos de Dent; pero dar con ellos no está resultando sencillo, la verdad sea dicha —continúa Manon.

—Dent no aparece en las cámaras de ninguna estación de tren fuera de Londres. Parece que vino en coche —apunta Kim.

—Vale —dice Stanton apoyando las manos en la mesa, como si quisiera estabilizarse—. Si no aparece ninguna relación sólida entre Dent y Hind, y no podemos determinar el dueño del desconocido-515, voy a tener que pasar la investigación del asesinato de Dent al Equipo 2. No tenemos recursos para llevar dos casos con un solo equipo.

—Pero... —suelta Manon, y Davy la ve retorcerse en su silla—. A lo mejor encontramos..., más adelante, digo... —Su voz se va apagando.

—Y lo último, gente —anuncia Stanton—. Se ha reunido el Equipo de Análisis y Gestión de Recursos. —Se oyen quejas en la sala. En esas reuniones se habla de dinero, se contrastan las necesidades de una investigación con el presupuesto. Hablando en plata: hay que apretarse el cinturón—. Nos han informado de que estamos gastando más de la cuenta en el caso Hind y debemos controlarnos. Por eso, Nigel Williams y Nick Briggs pasarán al Equipo 2 y colaborarán en la investigación del asesinato de Dent, mientras que este equipo reducido sigue trabajando en Hind.

—Perdón, jefe —interrumpe Harriet—, ¿estás reduciendo el equipo un día antes de que emitan *Crimewatch* y nos entierren bajo una montaña fresca de pistas falsas?

—Así están las cosas, sí —espetea, levantándose de su silla y volviendo a

colocarse los informes bajo el brazo—. Estamos en la era de la austeridad, subinspectora Harper. ¿No te has enterado?

—Pan tostado con anchoas —le dice Colin a Kim cuando la reunión se disuelve—. Aunque el aceite siempre te gotea por la barbilla y no puedes disfrutar como Dios manda del episodio de *Columbo*.

MIRIAM

Se despierta, tras un sueño que la deja maltrecha.

Si pudiera, evitaría dormir, pero las noches son una tortura insomne —tazas de té en la cocina, viajes infinitos al baño, probar diferentes camas confiando en que la clave esté en la almohada—, por lo que suele sucumbir al agotamiento poco después del mediodía. En sus sueños, Edith se le aparece de diferentes formas: vistiendo ropa de desconocidos o con la cara transformada de una forma espeluznante. Metamorfoseándose, ora novia de un gánster, ora gul maligno.

La policía quiso saber si Edith conocía a Tony Wright o a Taylor Dent, y se pregunta en qué red se ha visto atrapada. ¿Qué sabe en realidad Miriam de su propia hija? Cada nuevo detalle es una bomba: la relación con Helena, los mensajes profundos a Rollo. ¿Qué estaba pasando en la vida de Edith? Toda la confianza que tenía Miriam en haber sido una buena madre se había derrumbado, y ahora se pregunta: ¿en qué se basa la confianza?, ¿en la suerte de nuestros hijos?, ¿en la lotería genética? Si son inteligentes y les va bien en la vida, estás orgulloso de ti. Si se quedan en la cuneta, el mundo te juzga. Ahora, cualquiera podría decirle cualquier cosa sobre Edith y ella no tendría más remedio que admitirlo, porque no sabe nada. Y ella que creía que Edith la quería.

Miriam coge una tarjeta del Día de la Madre que ha sacado de su mesilla, donde guarda como oro en paño todas las cartas de sus hijos. Escrita con la letra clara y perfeccionista de Edith: «Querida mamá, eres la mejor. Te quiero, y sé que nunca voy a decírtelo (o, al menos, no lo suficiente). Besos, Edith».

Se acuerda de la rabieta fingida de Ian.

—¿Por qué para mí nunca hay tarjeta?

—Porque su adoración hacia ti es demasiado grande —le había dicho Miriam—. Tiene que expresármela a mí.

Está llorando en su estudio. Lo ha oído mientras subía las escaleras, hace una hora. Se ha detenido, con una mano en la barandilla, curiosa por oírlo expresar su tristeza. Los sollozos de los hombres son tan poco frecuentes que resultan muy interesantes. Los de su marido eran entrecortados, como si las lágrimas fuesen a estrangularlo. Los suyos llegan de improviso, como una inundación, y la desarman por completo, como si no supiera estar a la altura. La debilidad de las lágrimas.

Se quedó ahí, escuchándolo, pero no entró al estudio. La tensión entre ellos es cada vez mayor, como un gato mecánico que se abre un poco más con cada día que pasa desaparecida; cada nuevo detalle los separa con violencia. Ian responde a la impotencia con la crítica y ella es su blanco, implícito en esa actitud suya de correr de

un lado a otro y ser importante; en sus visitas a detectives privados (por precaución); en la impresión de carteles, en las llamadas a su abogado y en las querellas a los editores de los periódicos por invasión de la privacidad. No para quieto, y en su expresión ceñuda Miriam lee «¿Qué estás haciendo tú exactamente?».

Su marido nunca reconoce su sufrimiento, entre otras cosas porque Miriam procura escondérselo, como en el viaje de incógnito que hizo a Huntingdon, en el que pasó bajo el horrendo puente de hormigón que hay entre la comisaría y George Street. Se detuvo junto a la casa de Edith, pero fue incapaz de entrar, pues el interior, manchado de negro con el polvo para huellas dactilares, le recordaba demasiado al lugar de un crimen. Así que se dirigió al centro de la ciudad, escudriñando la cara de todos los transeúntes, y tuvo ganas de mirar al cielo y soltar un alarido, porque no sabía qué hacer. El mundo se inclina vertiginosamente, siente sus órganos caer a plomo. El miedo es muy físico.

No, no le ha contado nada de eso, y parece que cada vez que su marido la busca la encuentra tumbada en la cama, en la penumbra de su habitación, como ahora, con el dorso de una mano en la frente. Se percata de las arrugas de sus nudillos, toca el anillo —un enorme óvalo de cuarzo, color miel, en un grueso aro de plata— con la yema del pulgar y lo gira.

Pero no la tiene tomada solo con ella. Cada vez es más crítico con la policía, y busca en Google a los agentes del equipo de investigación, confiando en encontrar su trayectoria en el cuerpo, su experiencia y formación. Sin embargo, lo único que le devuelve Google son fragmentos de noticias antiguas. Se pregunta qué puede deducir Ian al saber que en 2006 la subinspectora Harper advirtió a los conductores de Bedfordshire de que se asegurasen de cerrar sus coches. Su alivio al saber que Stanton se pondría al mando fue muy efímero; ahora Ian considera que Stanton «no es el cuchillo más afilado del cajón», de ahí que se haya puesto en contacto con detectives privados.

—¿Por qué no hablas con Roger, si tan preocupado estás? —le dijo Miriam una noche, antes de acostarse.

—No quiero que le metan presión a Stanton, aún no —respondió Ian—. Podría ser contraproducente. Por ahora prefiero mantener la pólvora seca.

Rog y Patty se han interesado, claro: dejaron un mensaje en el contestador y les enviaron una tarjeta preciosa con una flor de hibisco. «Si podemos hacer algo...».

Se lleva la mano a la nuca y, mientras se masajea, piensa: estas cosas no te unen, sino que te distancian. Lo único que puedes hacer es caer en el sentimiento de culpa, como en los brazos de un amante. Si Ian no hubiese presionado tanto a Edith. Si Miriam no fuera tan pasiva. Si Rollo no estuviese tan vivo. Era culpa de todo el mundo, porque no era culpa de nadie.

Miriam oye girar el picaporte, deseando y temiendo al mismo tiempo que sea Ian, y a los pocos segundos está sentado al otro lado de la cama. Le acaricia el brazo que tiene apoyado en el colchón y suspira hondo, pero ella no lo mira.

—Perdóname, Miri.

Rompe a llorar y ella se incorpora para mirarlo, curiosa y conmovida.

—¿Por qué?

—Por todo..., por todo lo que he hecho —confiesa. No la mira a los ojos; esconde la cara—. No he sido un buen marido.

—Me da la sensación de que me odias —le dice.

—¿Cómo te voy a odiar? Te quiero. Te quiero con toda mi alma.

La abraza y Miriam levanta la cabeza para besarlo. Él le devuelve el beso, y es un beso que incluye un punto final, aunque ella esperaba que continuase. Consumar. Necesitan estar unidos y así es como se unen mujer y marido, aunque muchas veces se vaya a destiempo, se malinterpreten intenciones. ¿Cuántas veces se habían rechazado por rencor, cansancio, frialdad, o un poco de cada?

—¿Qué te parece si salimos a cenar esta noche? —le propone—. Podemos ir a La Gaffe, ese restaurante francés nuevo. Quizá sea nuestra última oportunidad antes de volver a tener a esos zoquetes en la puerta de casa.

Es un buen marido. Está ahí y la quiere. Con toda su alma.

—Va a parecer que estamos celebrando algo —dice ella.

—No, señora. Venga, levanta. No ayudamos a Edith en nada quedándonos aquí como prisioneros.

MIÉRCOLES

DAVY

—*Sir* Derechoso está abajo, con cara de pocos amigos —dice Kim.

—¿Abajo? ¿Ián Hind? —se sorprende Harriet.

—Abajo, sí. Caminando de arriba abajo como un oso enjaulado.

—¿Teníamos una reunión de la que me he olvidado? —le pregunta Harriet a Davy, que se encoge de hombros y la sigue mientras bajan las escaleras, al trote—. Habrá venido a darme por saco con algo. —Se detiene y mira a Davy—. Seguro que es por la investigación de la amante. Pensaba que no lo sabía. Supongo que la agente de mediación familiar lo puso al tanto. Joder, va a estar cabreado como una mona. Qué típico de Stanton, estar por ahí tan campante mientras la mierda salpica al personal.

—¿Ocurre algo, *sir* Ián? —pregunta Harriet, que espera a que Davy pase y cierra la puerta de la sala de interrogatorios 1.

El hombre camina de un lado a otro, a paso ligero, tal y como Kim lo ha descrito, como un oso que lleva tiempo sin comer en una jaula estrecha.

—¿Dónde está el inspector jefe Stanton? —la interroga. Su abrigo azul marino ondea cuando se gira.

—Hoy no está en la comisaría —responde Harriet—. ¿Qué pasa, *sir* Ián?

—Están destrozando de forma sistemática la reputación de mi hija.

—No creo que decir que tenía una amante sea peyorativo, ¿no le parece?

—Es lúbrico —espeta. Davy no acaba de tener claro qué significa «lúbrico»—. Es salaz. —Ah, se dice Davy, ahora sí—. Es mancillarla en la mente de la opinión pública; y seguro que no necesitan demasiado. Están tratando como a un trapo a mi familia y... —La voz se le entrecorta en la garganta por la emoción, pero a Davy le parece demasiado cabreado como para llorar.

—*Sir* Ián, le prometo que no es nuestra intención. Queremos encontrar a Edith y queremos encontrarla viva. Vamos a hacer todo lo que haga falta, absolutamente todo, y eso incluye avergonzarla a ella, y quizá a usted, aunque no me parece que tenga motivos para avergonzarse...

—Mi mujer está en la cama llorando, conmocionada por lo que están diciendo de Edie, muerta de miedo por lo que la oficial Bradshaw nos contó sobre Tony Wright. He buscado sus crímenes y son horribles.

—Hemos investigado a Tony Wright igual que hemos investigado a otros muchos delincuentes fichados con un perfil que encaje. Es una línea de...

—¿Una línea? Nos han dicho que un violador a punta de cuchillo podría estar

relacionado con su desaparición y ahora... ¿nos dejan así?

—Wright tiene coartada —le dice Harriet—. Una coartada muy sólida. Solo les mantenemos informados. Mire, sé que es frustrante. Precisamente por eso asignamos a una agente de mediación, para intentar contener esos miedos y responder a cualquier pregunta que pudiesen tener. Intente tranquilizarse, *sir* Ian. Si se sienta...

—No, no quiero sentarme. Todo el mundo me dice siempre que me siente o me obliga a beber té. No me gusta nuestra mediadora, pero eso es lo de menos; lo que quiero saber es qué están haciendo, en qué consiste la investigación. No quiero una terapeuta con horchata en las venas que me dé palmaditas en la espalda para «contenerme».

—Estamos analizando todas las posibilidades. Tony Wright es una de nuestras líneas de investigación. Otra es la posibilidad de que la vida privada de Edith, sus amantes, estén en el meollo de lo que le ha sucedido. Confiamos en que el tirón de *Crimewatch* nos haga llegar información nueva.

—No lo entiendo —replica—. ¿Entonces por qué la oficial Bradshaw también nos habló de un chico? De un tal Dent, creo.

—Esa es otra línea de investigación.

—¿Qué quiere decir «otra línea»?

—La semana pasada encontraron el cuerpo de Taylor Dent en el río, cerca de Ely. Creo que la oficial Bradshaw ya se lo dijo, ¿me equivoco? Lo hemos considerado una investigación por homicidio y estamos buscando una posible relación con la desaparición de su hija. Los dos sucesos tienen un marco temporal parecido: sería un error no buscar vínculos.

—Me va a perdonar, subinspectora Harper... —dice, frunciendo el ceño y negando con la cabeza—. Pero ¿cómo pueden centrar su investigación si están analizándolo todo por encima? Si tienen numerosas líneas de investigación, si creen que pudo ser su vida sentimental, o su vida barriobajera, o el chaval del río, ¿se puede saber cuál es su pista? ¿En qué se están centrando? —Se gira y clava sus ojos grises y fríos en Harriet de una manera que, Davy se ha percatado, la obliga a fingir estar leyendo algo en su portapapeles—. Subinspectora, ¿es Tony Wright o Taylor Dent? Me parece que no tiene ni idea. O a lo mejor este caso le queda demasiado grande para dirigirlo, e intenta investigarlo todo de manera frenética... —Está siendo despiadadamente franco y severo, como un director que le echa la bronca.

—Estoy... Estamos siguiendo todas las pistas posibles —explica Harriet, toqueteando la esquina de una página.

—¿Quién es? —estalla *sir* Ian. Tiene los nudillos apoyados en la mesa y está encorvado sobre Harriet. Parece a punto de darle un puñetazo a la mesa.

—Cuesta determinarlo con precisión —dice Harriet—. Ahora mismo, tenemos numerosas...

—Se supone que está dirigiendo esta investigación, ¿no? ¡Pues dirija! ¿Es Taylor Dent o es Tony Wright?

—Para serle sincera, ninguno de los dos está llevándonos muy lejos. Pero si yo..., si tuviera que elegir, yo diría que Wright tiene más posibilidades. Pero su coartada...

Sir Ian resopla, cargándose de paciencia, se yergue y, con voz más suave, dice:

—Muy bien, ¿entonces no cree que debería poner todos sus recursos en Tony Wright, subinspectora Harper?

Ian Hind sale de la sala y de la comisaría, monta en su Jaguar y vuelve a Londres. Al menos es lo que todos esperan.

Davy aguarda junto a Harriet en la puerta de la sala de interrogatorios 1. Está apoyada en la pared del pasillo, con los ojos clavados en el techo, resoplando.

—Hay que joderse —susurra. Abre los ojos y mira a Davy, sin bajar la cabeza—. Sí que he estado fina... Mira y aprende, Davy Walker.

—Se lo has explicado.

—Sí, ¿no?

—Al menos le ha quedado claro quién manda... —añade Davy.

Kim se les acerca, tras pasar por la casa de Helena Reed.

—¿Cómo estaba? —pregunta Harriet.

—Bueno, ahí va. Está un pelín perdida. No estoy segura de que sea consciente de todo lo que esto implica, por lo que respecta a la prensa y demás.

—¿Se lo has dejado claro?

—He hecho lo que he podido. Le he sugerido que quizá le convenga ser discreta, marcharse con su familia. Y que podíamos asignarle a un agente, si quería. Me ha dicho que no podía ir con su familia, aunque ha eludido el porqué, y que no nos necesitaba.

—De acuerdo, pues escríbemelo todo en un informe, ¿vale? —le pide Harriet.

JUEVES

MANON

Los teléfonos repiquetea, uno tras otro, como los llantos de unos recién nacidos que exigen atención inmediata. Tiene ciento cuarenta y ocho mensajes nuevos en su bandeja de entrada. El coro ininterrumpido y estridente de teclados, voces y móviles taladra su lóbulo frontal y se transforma en un dolor penetrante que se le clava en el ojo izquierdo. El departamento funciona a marchas forzadas desde la emisión de *Crimewatch*, anoche.

Han visto a una chica que encaja con la descripción de Edith paseando al sur de la ciudad; a otra chica que encaja con la descripción de Edith paseando al oeste de la ciudad; a otra en Manchester, y en Glasgow, y en siete puntos distintos de Londres. Habría que seguirlas todas. Rastrear e interrogar. No ignorar absolutamente nada.

Han bajado por completo el volumen de la televisión, pero se ve a Stanton dando más entrevistas, y en la franja roja de la parte inferior de la pantalla se lee: «Inspector jefe Gary Stanton, Policía de Cambridgeshire: Edith, la joven desaparecida, tenía una relación lésbica. La investigación gira en torno a su compleja vida sentimental».

—Perdone, pero ¿por qué le han pasado con este departamento? —pregunta Davy por teléfono—. No, no quiero contarle los detalles de la historia. —Espera unos segundos—. Muy bien, sí, gracias. Voy a pasarle con el gabinete de prensa, no cuelgue —dice, y pulsa varios botones antes de colgar el auricular con un insólito golpe de enfado—. ¿Por qué no pasan estas llamadas al equipo de prensa? ¿Por qué nos las mandan todas a nosotros?

—Porque les mienten a los de la centralita, por eso —responde Harriet.

Colin está como pez en el agua, y salta cada cinco minutos.

—Este dice que la culpa es de los inmigrantes. Si no les dejásemos pasar en oleadas por nuestras fronteras... —Niega con la cabeza, y apunta—: Típico.

Manon hojea la pila de periódicos esparcidos sobre su escritorio, sobre todos los escritorios. Todos abren con la investigación de Hind: «La desdichada Edith tenía una amante», «Los encuentros lésbicos de Edith», «Edith, la joven desaparecida, tenía una novia secreta, según la policía». Incluso los periódicos más serios lo sacan en portada. *The Telegraph* aprovecha la oportunidad para volver a mostrar una gran fotografía de Edith con su birrete; un detalle más para quienes se la imaginen desnuda y en una sugerente postura lésbica. *The Guardian* hace gala de su habitual mal gusto con una franja en la parte inferior de su portada: «Locura en la prensa por “la amante” de la investigación de Edith». Una chica liándose con otra: la idea los inspira. O, mejor: una chica pija liándose con otra chica. Reza porque nadie ate cabos evidentes y apunte a Helena Reed. La Policía Metropolitana de Londres ha tenido que desplegar

un equipo en Church Row, en Hampstead, pues están acosando sin miramientos a los Hind en la puerta de su casa.

Fergus ha entrado en la sala. Dos charcos oscuros destacan en las axilas de su camisa gris de algodón. Su brote de acné se ha enrojecido. Se ajusta las gafas en la nariz y dice:

—¿Podéis prestarme atención un segundo, por favor?

El departamento se detiene, la gente se sienta o se queda en pie, pero siguen oyéndose los alaridos de los teléfonos.

—Tenemos que permanecer muy atentos a los intentos de infiltrarse en esta investigación —dice—. La mayoría de vosotros habrá recibido llamadas de periodistas esta mañana. Tienen hambre, muchísima hambre; sus jefes los someten a mucha presión para saber más detalles tras las revelaciones de hoy. Os sugiero encarecidamente que no habléis del caso por el móvil.

—¿Dices que nos han pinchado el teléfono? —pregunta Stuart.

—No lo descartaría —replica Fergus, volviendo a ajustarse las gafas, que se deslizan con el sudor—. Es por una cuestión de seguridad: no lo comentéis por teléfono. Y cuando estéis hablando entre vosotros, no mencionéis nombres ni detalles, ni les contéis nada a vuestros familiares y amigos, ¿vale? Muchas gracias.

Cada cual vuelve a lo suyo, cada vez con más estrépito. Manon necesita evadirse de ese aumento de los decibelios, del calor y de la tensión en el ambiente, del dolor que le atraviesa un hemisferio del cerebro.

—Voy a la cantina, Davy. ¿Quieres un café o algo?

—Esto es un auténtico follón —dice Davy, y Manon se sorprende, no solo de oírlo decir unas palabras tan desalentadoras, sino de ver su expresión descompuesta—. Joder, si es que ¿a quién se le ocurre? Así no es como se descubre qué le pasó a Edith. Esto sirve solo para explotarla.

—Es normal agitar un poco la situación, llegados a este punto —le responde ella—. Después de dieciocho días desaparecida, la gente empieza a olvidarse de Edith. No tenemos ni una puta pista creíble. Stanton quiere ver si suena la flauta. ¿Te apetece un té? ¿Un sándwich de beicon?

Mientras baja por las escaleras, le manda un mensaje a Fly.

¿Qué tal el abrigo?

El abrigo, perfecto, pero hace que mis zapatos queden mal.

Le da un empujoncito a Bryony, que ya está a la cola de la cantina.

—¿Qué tal?

—¡Anda, hola! —dice Bryony—. Estáis saturados, ¿eh?

—Y que lo digas. La cabeza va a reventarme. Los teléfonos no paran de sonar ni un segundo.

—¿Alguna novedad interesante?

—Por ahora no. Ya sabes lo que hay...

—¿Te sientas conmigo?

—Cinco minutos, ¿vale?

Se sientan a una mesa en un rincón y Bryony interroga a Manon sobre su vida sentimental.

—A ver si lo entiendo: vino a la comisaría para pedirte salir, te compró colirio para los ojos, ¿y no lo has llamado? —le dice Bryony, sin dar tregua al dolor de cabeza de Manon.

La conjuntivitis remitió el martes por la mañana. Se había echado las primeras gotas en cuanto subió al departamento, el lunes por la noche, y al día siguiente llegó pregonando los superpoderes naturales de los antibióticos. ¿Se puede saber qué hará el ser humano cuando esa medicina deje de surtir efecto? Volver a morir en el parto. Cegar por culpa de una conjuntivitis. Sufrir insuficiencias renales por la cistitis. Suicidarse por un dolor de muelas insufrible. Estuvo un rato dándole vueltas, con pesimismo, y luego abordó el nuevo día. Durante unas horas también sintió una gratitud indecible hacia Alan Prenderghast, pero se evaporó igual de rápido que la infección, con lo que el miércoles por la tarde ya ni se acordaba de la molestia. No había sacado ni un minuto para darle las gracias, y luego pensó que ya no tenía sentido.

Ahora, sentada frente a Bryony, sintiendo toda su presión, cae en la cuenta de que no es tan sencillo. ¿Qué es lo que no logra expresar con palabras? El porqué complejo, con matices, de no querer empezar con él. Su tendencia a evitar las relaciones sentimentales, al no poder comprometerse. Es su ambivalencia pura y dura, que a Bryony le parece muy sencilla, pero nada más lejos de la realidad: el contacto humano es difícil.

—Eso sí, luego te acostarás con el primer sociópata peludo con el que te cruces por internet, ¿no? —le pregunta Bryony.

Manon se encoge de hombros, como diciendo «¿Qué quieres que le haga?».

—No hay manera de ayudarte. Me rindo, en serio.

—El caso es que quiero llamarlo —entona Manon, percatándose del tono de su voz: suena lenta y ajena, como si estuviese lejísimos—. Lo que pasa es que no saco un momento para ponerme. No sé por qué.

—Yo sí que lo sé: porque podría ser agradable; porque podría tratarte bien y darte hijos.

—Déjate de historias —le responde, con el ceño fruncido, molesta al verse abrumada por su amiga—. No tienes ni puta idea de quién es, Bri.

—Pues ya sé que es mejor que todos y cada uno de los personajes horribles con los que sueles quedar.

Manon se levanta de golpe. Está hasta la coronilla.

—Pues entonces sal tú con él, coño.

Se aleja de la mesa, y le da tiempo a oír a Bryony decir: «Manon, ven aquí, no...» antes de que las puertas se cierren a su espalda.

HELENA

Su respiración va a trompicones: desciende por el plexo solar, para luego subir y bloquearle la garganta. Una cascada de lágrimas.

—Vie-nena por mí —dice la chica—. Vie-nena por mí.

—Creo que si conseguimos regresar al sueño, podemos intentar desenmarañar esto —responde el doctor Young, con voz sosegada.

—Vie-nena por mí. Los per-iódicos... Está en todos los per-iódicos... Ay Dios, ay Dios... —Se lleva las manos a la cara, mojada e hinchada por el torrente de lágrimas. Quiere esconderse, quiere que se la trague la tierra, como una tumba bienvenida. La exposición acecha por doquier, está a la vuelta de la esquina. Están a punto de nombrarla. Es sucia.

—El sueño —repite el hombre.

En el sueño, iba corriendo por una calle periférica. Podía estar cerca del Newnham College, o de la calle de sus padres, en Bromley. No estaba segura. Le faltaba la respiración, tenía la ropa desgarrada y la perseguía una bandada de enormes cuervos negros, con alas que parecían togas académicas y picos rabiosos. Corría a más no poder, intentando huir, pero le iban comiendo terreno, hasta que doblaba una esquina y veía la casa de sus padres, la puerta principal de su infancia, y sentía un enorme alivio, convencida de que estaba a salvo. Le abrirían la puerta, entraría y se desharía de los cuervos. Llegaba a la puerta y la aporreaba; los cuervos ya estaban en la cerca del jardín. Pero no se abría. Sus padres no respondían, y el miedo, el miedo... Siente que vuelve a derrumbarse, se acurruca, angustiada. Veía a sus padres mirándola por la ventana, desde la seguridad del salón, dejándola fuera, sola ante los cuervos.

—No me dejaban entrar —solloza, tapándose la cara mojada con las manos, mientras las lágrimas se le filtran entre los dedos—. Porque soy asquerosa.

—¿Por qué eres asquerosa?

—Porque... porque... los periódicos dicen que tenía una amante, pero no soy yo, no soy yo... Todo el mundo pensará que yo era su amante, pero no. No fue así, pero todo el mundo creerá que soy sucia, sórdida, que le hice algo.

—¿Por qué iban a llegar a esa conclusión? ¿Hay algo de tu relación con Edith, algo que pasara esa noche, que estés ocultando?

—No, no, pero ¿ves? Tú crees que sí. Lees «una amante» y piensas en mí. Su mejor amiga, que estaba con ella la noche que desapareció. La insinuación está implícita.

Silencio.

—Pero tú sabes lo que pasó exactamente —la sonsaca él—. La verdad de esa noche.

—Sí, la sé. A ver, no quiero decir eso. Digo que no sé lo que le pasó a Edith; eso no lo sé. Estás intentando liarme. Estás intentando sonsacarme que tuve algo que ver.

Silencio, que esta vez parece inculpativo.

—Me pregunto —dice el hombre— si vas a sentir que yo también te he dejado fuera, a merced de los cuervos negros, entre esta sesión y la del lunes que viene. Considerando el interés de la prensa, esa sensación que tienes de estar expuesta..., tres días es muchísimo tiempo para enfrentarte sola a todo esto.

Ella guarda silencio; solo se oye el ritmo irregular de su respiración.

—Vamos a dejarlo por hoy —concluye el doctor Young.

DAVY

«Qué calle más bonita», dice. Pulsa un botón del mando y el coche responde con su pi-pi electrónico. Las luces parpadean dos veces mientras se alejan por la acera cubierta de escarcha, expulsando nubes de vaho por la boca y con las manos hundidas en los bolsillos. Es un alivio alejarse del calor frenético de la Jefatura, del millón de avistamientos contradictorios de Edith y de los engaños de los periodistas, que han vuelto a interesarse por la historia, para conseguir filtraciones.

Una franja de niebla serpentea entre las copas de los árboles. Davy observa los jardines de las casas: las baldosas ajedrezadas y los tallos desnudos de las magnolias y las lilas; las bicicletas encadenadas a verjas de hierro negro; las ventanas mirador, tan limpias que parecen líquidas, y sobre ellas pequeñas y orgullosas torretas de pizarra gris.

Han venido a la zona pija de Cambridge, a Newnham, para hablar de nuevo con Barbara Garfield, la mujer del director de tesis de Edith, que los ha llamado para decirles que tiene más información. Como todo el mundo después de ver *Crimewatch*, ¿no?

Tiene que ser bonito vivir en un sitio así, se dice, con todo tan cuidado. Esos jardines serán de gente que escucha programas de jardinería en la radio y se sabe el nombre de cada arbusto. Se apuesta lo que sea a que, por dentro, las casas estarán un pelín anticuadas, pero impregnadas de una atmósfera intelectual; nada que ver con los pisos cutres y deprimentes que tienen que visitar por trabajo, tapándose la boca y la nariz con el cuello del suéter. No, esta es una antigüedad sosegada, una antigüedad orgullosa, una antigüedad de alfombras persas.

—Grantchester Street —dice, comprobando su cuaderno verde.

—Al fondo a la izquierda —afirma Manon.

Siguen avanzando por la acera.

—¿Has visto que Stuart se ha comprado un iPad nuevo? —pregunta Davy.

—Eso le interesa más a Colin que a mí —responde Manon.

—Está chulísimo, es el último modelo, ¿sabes? Blanco, finísimo. Dice que no acaba de acostumbrarse a la pantalla táctil. Me pregunto cómo podrá permitírselo, eso sí. No sabía que los investigadores civiles cobraban tanto... —De repente, alguien pasa como una flecha a su izquierda. Ha salido de una de las casas junto a las que acaban de dejar atrás—. ¡Ey! —exclama, agarrándola del hombro—. Pare un momento. ¿Está bien?

La chica está llorando y, cuando levanta la cabeza, Manon dice:

—¿Helena?

Ella no responde. Tiene los ojos rojísimos y los labios hinchados, y está temblando.

—Helena —repite Manon—, ¿qué haces aquí? ¿Pasa algo?

—Se va a enterar todo el mundo —dice, suplicando con la mirada—. ¿Por qué lo ha dicho, por qué ha hablado de una amante? ¿Por qué ha tenido que decirlo por la tele? Se va a enterar todo el mundo. Está en todos los periódicos. Querrán saber quiéres. —Y se lanza a los brazos de Davy.

—¿No vino una agente a avisarte de lo de *Crimewatch*? Creía que Kim Delaney...

—No era consciente, no me di cuenta de la gran repercusión que tendría — responde Helena, con los ojos abiertos de par en par, muerta de miedo—. La televisión, iban a darlo por la televisión. No sé en qué estaba pensando... No lo asimilé.

—Nadie sabe nada de ti —responde Manon—. Lo vuestro no va a salir a la luz —Davy y ella se miran por encima de la cabeza de Helena—. Nadie va a publicar tu nombre, Helena. Para la prensa, tú solo eres la amiga con la que salió el sábado por la noche.

—Escúchame: si alguien te molesta, me llamas —le dice Davy, apartándola un momento para meter la mano en el bolsillo y sacar una tarjeta con su número, y también para mirarla a los ojos. Para decirle que va en serio. Que la protegerán—. Ahora vuelve a tu casa y sé discreta. ¿Necesitas un coche? Puedo llamar para que venga alguien...

—No, no —responde. Se limpia la nariz con el dorso de la mano y el gesto recuerda al de una chiquilla—. Ya vuelvo sola.

Está observando la tarjetita blanca de Davy, en la que aparece la estrella plateada con una corona real y un círculo azul, en cuyo interior se lee «Jefatura Superior de Policía de Cambridgeshire».

—¿Quieres que mandemos a un agente a tu piso? No nos cuesta nada —dice Davy.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta Helena de repente—. ¿Qué hacéis en la calle de mi... de mi amigo? Tengo un amigo que vive aquí.

—Investigaciones protocolarias —responde Manon, sonriendo, aunque parece que eso solo aumenta el miedo en los ojos de Helena.

—¿Seguro que estás bien? —insiste Davy—. Creo que debería llevarte a casa. Tengo el coche aquí, a la vuelta de la esquina.

—No, no. —Y se revuelve, zafándose de la mano que Davy le ha puesto en el hombro—. Es que tengo que ir a un sitio ahora, no voy directa a mi casa. No pasa nada, estoy bien. —Sorbe con la nariz—. Esto pasará, ¿no? La tormenta escampará.

Manon y Davy la observan dar media vuelta y alejarse, encorvada y a paso ligero,

por Grantchester Street.

—No me gusta un pelo la pinta que tiene —advierte Davy—. Deberíamos llamar a comisaría y decirle a Harriet que parece vulnerable.

—Sí, daremos parte cuando acabemos aquí y volvamos a la oficina —contesta Manon.

MANON

—¿Has acabado? —comenta Manon, sonriéndole.

—No, aún no —responde Davy, estornudando otras tres veces.

—¡Dios mío! —dice la señora Garfield—. ¿Está bien?

—¿Tiene gato? —pregunta Davy.

—Ay, por Dios, lo siento. Espere un momento, voy a meterla en la habitación.

Manon se sienta a la mesa mientras Davy se suena la nariz. Las ventanas de la cocina están a ras de suelo y dan al jardín trasero. El suelo es una cuadrícula de baldosas cuadradas de terracota y los armarios son de roble. Huele a lentejas y a encimera recién limpiada con un paño húmedo. El lavavajillas está en marcha. La mesa redonda, al fondo, junto al jardín, está cubierta con un hule color verde pálido diseñado por William Morris. En la pared hay una foto del señor y la señora Garfield, muy juntitos, en pantalones cortos y gafas de sol.

—Ya está, ya no lo molestará —le asegura la señora Garfield, volviendo de la habitación mientras se sacude la falda—. Aunque no puedo garantizarle que su pelo tampoco: mucho me temo que está por todas partes. Bueno, ¿qué quieren que les prepare? ¿Té? ¿Café?

—Un vaso de agua, si no es mucha molestia, señora Garfield —le pide Davy.

—¿Oficial Bradshaw?

—Para mí nada, gracias.

La señora Garfield abre el grifo, comprueba con un dedo la temperatura del agua y dice:

—La verdad es que no sé por qué he llamado. Seguro que están completamente abrumados después de *Crimewatch*. Sale en todos los periódicos.

—¿Se ha acordado de algo que puede ser importante? —pregunta Manon.

—En realidad es una tontería, y les he hecho venir hasta aquí... A veces te da la sensación de que sabes algo importante y luego no es nada, ¿me explico?

—¿Algo sobre la noche de la desaparición de Edith, quizá? —dice Manon—. ¿Cuando su marido volvió de *The Crown*?

La mujer deja el vaso de agua delante de Davy, que ha sacado su cuaderno verde y lo tiene sobre la mesa. La señora Garfield no se sienta con ellos, sino que vuelve a la encimera de la cocina y sigue trajinando, yendo de aquí para allá con sartenes y cuencos varios. Esperan.

Davy escribe algo en su cuaderno, tal vez la fecha y la hora. Manon mira al jardín, a las losas grises y húmedas, manchadas de barro y de hojas caídas. Todo parece

muerto.

Manon rompe el silencio, con un tacto inusitado.

—¿Hay algo que no acabe de cuadrarle... sobre el señor Garfield?

—Borra su historial de internet —responde la señora Garfield, sin levantar la mirada, haciendo movimientos circulares sobre la encimera, paño en mano.

—Siga —le pide Manon.

—Yo no. Yo no borro mi historial. Yo solo me meto en la página de John Lewis para buscar lámparas de mesa. O en Amazon. Yo no borro mi historial, no se me pasaría por la cabeza. ¿Por qué él sí?

—Pero se le ocurrió buscar en su historial de internet, señora Garfield. ¿Por qué?

—Siempre está en el ordenador, perdido en un mundo del que no sé nada. Es como una puerta secreta por la que entra, tras la que es inalcanzable, como si la pantalla me lo hubiese arrebatado. —Niega con la cabeza y cambia de tono—. Lo más seguro es que no sea nada: cosas del trabajo o resultados de fútbol. O quizá lea el *New Statesman*. Aunque nunca se sabe, ¿no? —Se ríe, pero la atmósfera en la sala se ha vuelto más pesada.

—¿Estuvo con usted la noche del 17 de diciembre, al volver de *The Crown*?

La señora Garfield asiente.

—Que yo sepa, sí.

—¿Que usted sepa?

—Eso fue lo que dije en su día, pero a lo mejor no me expliqué del todo bien. Estaba a punto de dormirme cuando oí la llave en la cerradura. Me quedé con ese sonido y luego me dormí. No lo vi directamente.

—¿Y cómo ha sido su relación con el señor Garfield? —le pregunta Manon.

—¿Qué quiere decir?

—¿Todo ha seguido siendo normal entre ustedes? ¿Se ha comportado como siempre?

—Que yo sepa, sí —responde la señora Garfield.

Manon espera. Si espera, quizá salga a la luz algo más. Sin embargo, ahora la señora Garfield trajina y va de aquí para allá en la cocina, con diligencia. Su lenguaje corporal dice: estoy demasiado ocupada para estas cosas.

—Bueno, pues muchas gracias por su tiempo —dice Manon, levantándose de la silla. Davy hace lo propio—. Seguro que lo del ordenador no es nada preocupante, pero gracias por contárnoslo. Y llámenos si se le ocurre algo más, señora Garfield, por favor. No hace falta que nos acompañe a la puerta.

Las puertas del coche se cierran con un pum acogedor y los sonidos del exterior se apagan. Sin quitarse el abrigo, meten el cinturón en la hebilla roja: clic.

—¿Entonces vamos a mirar el portátil de Garfield? —pregunta Davy, antes de arrancar.

Manon ya tiene el teléfono pegado a la oreja y, tras una breve espera, dice:

—Señor Garfield, sí, siento molestarlo, soy la oficial Bradshaw. Nos gustaría echar un vistazo a su portátil.

—¿A cuento de qué?

—Para sacarlo de una vez por todas de nuestra investigación. Lo mejor sería que nos lo entregase de manera voluntaria.

—Lo siento, estoy dispuesto a colaborar como sea, pero lo único que van a encontrar en mi portátil es una serie de ensayos muy aburridos sobre *Los idilios del rey* de Tennyson y cosas por el estilo.

—Podemos devolvérselo dentro de una semana —dice Manon.

—Ojalá pudiera ayudarlos, de verdad, pero no puedo pasar una semana sin mi ordenador. Además, no tiene nada. Nada que pueda interesarles. Oiga, lo siento mucho, pero tengo una tutoría dentro de cinco minutos.

—Señor Garfield...

—¿Sí?

—No querría tener que ir a arrestarlo al *college*.

—¿Por qué iba a arrestarme?

—Porque un arresto me da *ipso facto* la potestad de registrar y requisar lo que sea.

Hay un silencio en la conversación.

—Preferiría no tener que montar un numerito, ya me entiende. Los agentes de uniforme en la portería, preguntando dónde está. Los coches patrulla con las luces azules a tope en las puertas del *college*... Es que nos encanta poner las luces. Los agentes cruzando el patio interior rumbo a su despacho, con todos los estudiantes alrededor, observando. Ya sabe cómo es Cambridge: los cotilleos vuelan. Pero tendría que hacer todo eso para conseguir su portátil, ya ve. En cambio, si nos lo entrega de forma voluntaria, podríamos llevarlo con total discreción.

Davy arranca y Manon guarda el móvil en el bolso. Cuando mete primera, dice:

—¿Entonces vamos a la universidad?

—Equilicuá.

—Por cierto, he hablado con mi colega tutora, la de Brent. Dice que está buscando al hermano de Taylor. Fly, se llama, ¿verdad? Se ha reunido con los orientadores de Educación y con el colegio, y han accedido a colaborar para que pueda quedarse en casa con su madre.

—Genial. Qué buena noticia.

—De hecho, a ella le ha parecido un chaval increíble.

Ya sé que es increíble, se dice Manon, pero pregunta:

—¿Qué quieres decir?

—Pues en el colegio aseguran que tiene altas capacidades, que es un lector voraz. Dicen que, en su situación, lo normal sería que bajase su rendimiento, pero sigue sacando las mejores notas de la clase.

—¿Eso hace que merezca más la pena salvarlo? —pregunta, intentando disimular un rubor involuntario de orgullo por Fly Dent. A fin de cuentas, ¿por qué iba a estar orgullosa? Ni que fuera hijo suyo.

—Eso hace que a ellos les resulte más interesante —responde Davy, mirando la carretera con una sonrisa en los ojos—. Mi colega lo tendrá vigilado. Pero la madre de Fly está muy enferma. Eso lo sabías, ¿no? No ha ido a ninguna cita al hospital. Si muere, lo mandarán a una residencia. Lo digo para ponerte sobre aviso.

—Sí, sí, ya lo sé —replica, mientras saca del bolso su teléfono móvil y empieza a escribirle un mensaje a Fly.

¿Qué tal en el colegio?

Bien, si te gustan estas cosas.

¿Qué has tomado en la cafetería portuguesa?

¿Por qué preguntas?

Porque pago.

Ah, vale. Una tostada de mermelada.

¿Blanca o marrón?

La verdad es que era más bien roja.

Jaja. La tostada, digo, ¿era de pan blanco o integral?

No me agobies, agente Tita.

DAVY

No tardan mucho en llegar al edificio donde está el despacho de Graham Garfield, en el Corpus Christi, y mientras Manon sube un momento a coger su portátil —solo ella, con discreción, tal y como le ha prometido—, Davy espera en el asiento del conductor y echa un vistazo a su BlackBerry. Su primera solicitud de información a los informáticos sobre el desconocido-515 no había dado frutos, pero eso fue antes de Navidad. En cuanto volvió del parón navideño pidió una actualización, y le acababa de llegar al correo.

Manon se deja caer en el asiento del copiloto, después de colocar el portátil de Garfield en la parte de atrás.

—No le ha hecho gracia —dice, jadeando, sin quitarse el abrigo.

Davy se revuelve en su asiento, poniéndose recto.

—Desconocido-515 —dice, leyendo.

—¿Qué pasa?

—Hicieron una recarga. En la gasolinera BP de Biggleswade. Hace dos semanas.

—Ahí seguro que habrá cámaras —comenta—. Vamos para allá.

—¿No deberíamos volver a la Jefatura, dejar el portátil y avisar a Harriet de lo de Helena Reed? —pregunta Davy.

—Nah —lo disuade Manon, emocionada. No es la primera vez que Davy ve esa mirada: cuando se le mete algo en la cabeza, no hay forma de pararla—. Vamos, Davy, ahí podría estar la clave que lo resuelva todo. Tú, yo y nuestras esposas. —Sube y baja las cejas varias veces, con gesto cómico—. ¡A Biggleswade se ha dicho! —grita, levantando una espada imaginaria.

Davy niega con la cabeza y mete primera.

En cuanto el coche pisa el suelo de hormigón de la gasolinera, Manon escudriña su techo bajo y rectangular en busca de cámaras.

—Necesitamos ver las grabaciones de seguridad del 23 de diciembre —dice al llegar al mostrador, enseñándole la placa al cajero—. ¿Las guardan en algún sitio?

El cajero, un veinteañero con la cara llena de granos, niega con la cabeza.

—Las borramos a principios de año —responde—. Lo sé porque estaba ese día.

—¿Trabajó el 23 de diciembre? —pregunta Davy.

—No, señora. No sé a quién le tocó. Tendría que preguntárselo a mi encargado, pero ahora mismo no está.

Al oír el chirrido de la puerta, Davy se gira y ve que Manon ya ha salido. La sigue al trote: se dirige a grandes zancadas hacia la entrada de la gasolinera y observa la

London Road, con sus bungalós espaciados a izquierda y derecha.

—Podemos hablar con el encargado y que nos pase el cuadrante con los turnos — sugiere Davy, a su espalda.

Manon entrecierra los ojos para ver mejor, mirando a un lado y a otro.

—¡Ahí! —exclama, señalando algo.

—¿Qué? —pregunta Davy.

—Ahí, ¿es que no la ves? Entre la hiedra.

En una pared de ladrillo, frente a la estación de servicio de BP, camuflada en el lujurioso follaje, hay una cámara que apunta a los surtidores.

—A ver qué hay en esa.

MANON

Cuando regresan al departamento, Manon dice:

—Toma, Colin, lúcete. —Y coloca el MacBook Air de Graham Garfield sobre su mesa.

El hombre levanta la elegante pantalla gris y bromea:

—¿En qué se ha metido, el muy malandrín?

—Nos interesa su historial de búsquedas.

—Todo deja un rastro —murmura, pinchando por doquier, como si el portátil fuera suyo—. Aunque lleva un tiempo descargarlo y revisar todos los datos.

La sala está más tranquila que cuando se marcharon. Parece impregnada por el agotamiento colectivo, pero Manon sigue exaltada. Quiere esa grabación, porque la persona a la que Edith llamó un día antes de desaparecer tiene que ser la clave, y Manon está a punto de pillarlo, de verle la cara. Es imposible que sea Taylor Dent, a menos que se puedan hacer recargas desde la ultratumba (quizá las compañías ya estén trabajando en ello), pero podría ser uno de sus socios.

Kim está pasando entre las mesas con un surtido de bombones de Thornton's Milk. La bandeja es tan ancha y delgada que parece que va a doblarse en cualquier momento.

—Nos hemos topado con Helena Reed. Estaba destrozada por lo de *Crimewatch*. Hay que echarle un ojo —le dice Manon a Harriet. La boca de Kim ya está masticando un bombón de chocolate, con movimientos lentos y bovinos, y antes de ceder la bandeja coge otro.

—Yo no, gracias —dice Harriet, siempre tensa: primero se sienta, luego se levanta, mueve los hombros, se ajusta un tirante del sujetador—. Vale, esta tarde le mandamos una agente de mediación. Pueden quedarse con ella el fin de semana. Encárgate del papeleo, ¿vale, Manon? ¿Quién los ha traído, por cierto? —dice, señalando los bombones con la cabeza.

—Algún listillo los ha dejado en recepción.

—¡Dios mío!, estaría chupado comprar a toda la Jefatura de Cambridgeshire: os coméis cualquier cosa.

—¿Dónde está el del menú? —pregunta Colin, al que por fin le ha llegado la bandeja.

—Date prisa, Brierley —dice Stuart.

—Voy a tomarme... No, espera. Sí, una Caricia Almendrada. —Con la boca llena, dice—: Hasta ahora no he encontrado nada sucio en sus documentos. Parece,

eso sí, que la señora Garfield y él se lo pasaron de lujo en Broadstairs.

—¿Cuándo nos mandan el vídeo de esa cámara? —se inquieta Harriet.

—Es cuestión de minutos —responde Manon, actualizando su bandeja de entrada—. El Ayuntamiento ha dicho que me lo enviaban en menos de una hora.

Abre un correo electrónico nuevo, escribe «Subinspector Haverstock» y su dirección del Departamento de Investigación Criminal de Kilburn aparece de manera automática. «Te escribo rápidamente para pedirte que, si descubris algo importante en el caso Dent, me envíes un correo, ¿vale? Tenme al tanto, solo eso». Y pincha en «Enviar».

Observa a Colin y a Stuart: Colin busca sin muchas ganas en el ordenador de Garfield, y mira de refilón al iPad nuevo de Stuart.

—No acabo de aclararme —comenta Stuart, pasando el dedo por la pantalla y frunciendo el ceño.

A lo que Colin responde, masticando un bombón, con las gafas en la coronilla calva:

—Es normal con los artilugios nuevos. Al principio los odias. Siempre pasa.

—Aquí está —anuncia Manon en voz alta, abriendo el correo que acaba de aparecer en su bandeja de entrada.

Parece que la grabación tarda un siglo en descargarse, y Harriet no para quieta: se sienta, se levanta, se ajusta el tirante del sujetador. Manon repasa en su cabeza las distintas posibilidades: un socio de Taylor Dent; un amante del que no les han dicho nada; un traficante de drogas cuyas condenas previas ya estarán en el sistema. Se agrupan alrededor de la pantalla de Manon: Harriet, Davy, Kim y Colin. El vídeo gris y granuloso avanza, y ven pasar un coche detrás de otro.

—¿A qué hora decías que era, Davy?

—Hicieron la recarga a las 18:02 —contesta.

Manon pasa el ratón por la barra de tiempo y los diminutos números amarillos en la esquina de su pantalla vuelan. A las 17:59 ven a una persona con chaqueta vaquera, unas pequeñas gafas redondas, las manos metidas en los bolsillos y el pelo blanco recogido en una cola.

VIERNES

MIRIAM

En la sala octogonal del Vestíbulo Central, con su perpetua luz crepuscular, resuenan las pisadas de zapatos importantes. La gente lleva sus pases en la solapa o colgados del cuello. Miriam está en un sillón de cuero negro e Ian espera de pie, a su lado, leyendo la placa en la base de una de las estatuas de alabastro.

Rog y Patty habían declinado amablemente su invitación para que fuesen a Church Row, e Ian y ella sabían por qué: sin duda por los zoquetes que habían vuelto a la puerta de su casa, con sed de venganza, tras la emisión de *Crimewatch* hacía dos días. Miriam los oía desde su habitación, charlando y riéndose, apagando cigarrillos en sus baldosas de piedra. Colgaban sus cámaras en la verja de hierro forjado, como si estuviesen en su casa, y sus obturadores se volvían locos cada vez que Rosa sacaba la basura. Cada cierto tiempo, Ian montaba en cólera y llamaba a tal o cual contacto. Entonces, los fotógrafos se retiraban a la otra acera, espantados por algún policía local, pero no tardaban en volver; o se agazapaban, al acecho, en el cementerio de la iglesia que había cerca de la casa. Ian decía que la Comisión de Quejas a la Prensa estaba escribiendo una carta a los editores, para pedirles que «respetasen la privacidad de la familia Hind en esos días convulsos», pero Miriam no estaba segura de que fuese a servir de algo. Todo el mundo sabía que la Comisión era un perro guardián sin dientes.

El caso es que Patty les había dicho: «No queremos echar más leña al fuego apareciendo con un coche oficial». Así que Ian y ella, cual «desconocidos» obedientes, han pasado como borregos por los detectores de metales de St. Stephen's Gate y ahora están esperando a que vayan a buscarlos.

Esta mañana, mientras Miriam se subía las medias 10 denier, sentada en el borde de la cama, e Ian se ponía la corbata, le ha preguntado a su marido:

—¿Crees que es por Edith, por lo que han dicho de ella? ¿Crees que por eso se han negado a...? ¡Coño! —Se había hecho una carrera y la sintió como una herida. Odiaba la textura de las medias, y encima ahora tenía que ponerse otras.

—Tendría narices, viniendo de él —repuso Ian.

—¿Eso qué quiere decir?

—Nada.

—No fastidies, Ian, no puedes soltar un comentario así...

—En el colegio era el pan de cada día, solo eso.

Para ser sincera, lo había supuesto, al tratarse de un colegio así. Los dejaban a los siete años, no tenían a nadie que los abrazase cuando se caían y se hacían sangre en las rodillas, y sentir nostalgia del hogar se consideraba desobediencia. Ese colegio

formaba a líderes y príncipes, pero eran hombres forjados en los hornos de la represión. Que Dios se apiadase de ti si no eras de complexión robusta; si echabas de menos a tu madre desesperadamente. Cada vez que veía fotos de Ian de niño, sabía que él era de los sensibles: con las piernas flacuchas, con unos morritos que casi seguro reprimían lágrimas. Ni siquiera planteó la posibilidad de que Rollo siguiera sus pasos —salvo por algún comentario tibio sobre las extraordinarias instalaciones deportivas del colegio—. Además, parecía tener muy claro que Miriam defendería con uñas y dientes a Rollo para que se quedase en casa.

De todas maneras, se dice ahora, no es todo tan cuadrulado como podría pensarse. Los niños experimentan cosas, y las niñas también, claro; sus sentimientos van y vienen. Todo es parte de la búsqueda a tientas del camino a la madurez.

Él le había dicho que no fuese paranoica, pero tiene la sensación de que Rog y Patty están soltando la cuerda, como si Ian y ella fueran un bote que se deja a la deriva. Le ocurre lo mismo con Palacio, que no se ha pronunciado. Miriam intuye que están mancillados; muestran la mancha de la vida que se tuerce, muy similar a la de la enfermedad o la incapacidad, el sobrepeso, la depresión o los apuros económicos, con ese tufillo a «fracaso», a no haber sabido mantener el control.

—¡Vaya, hola! —dice Patty, y Miriam se levanta. Su amiga le agarra los brazos y le da dos besos—. Rog os está esperando en su despacho, ¿vamos?

Abre el camino taconeando, saludando a varias personas trajeadas, a través de pasillos cubiertos de baldosas, hasta llegar al reino de los infinitos revestimientos de madera.

Rog se ha levantado de la mesa y cruza la alfombra para recibirlos.

—He pensado que aquí tendríamos más privacidad que en Marsham Street —dice, tendiéndole la mano a Ian—. ¿Cómo lo lleváis?

A Miriam la reconforta la corpulencia y afabilidad de Roger. Se lo imagina como un jugador de críquet, con un jersey blanco de punto trenzado que marca un poco de barriga, corriendo hacia el bateador y lanzando la pelota por encima del hombro. Pura esencia inglesa y juego limpio.

—No muy bien, la verdad —responde ella—. Resulta que perder a un hijo es una tortura en vida. Nadie te lo dice antes de que los tengas, ¿eh?

Ian frunce el ceño, mirándola, y Roger tose adrede en un puño. Patty tiene la cabeza ladeada, como un psicólogo o una actriz que empatiza.

—Pasad, pasad —los anima Roger—. Tiene que ser horrible... ¿Queréis beber algo?

Ian y Miriam responden «Gracias» y «Sí, por favor» al unísono.

Ya habían estado ahí, poco después de que ganaran o, mejor dicho, de que

formaran la coalición, en mayo. Roger lo había llamado, entre risas, el *tour* de la vanidad. Sin duda estaba satisfecho consigo mismo, y sus razones tenía.

La sala es amplia y la alfombra se despliega con gran profusión de rosas persas, pálidas por los años. Hay cortinas pesadas y enormes lámparas. Y una mesa tan grande como la de su comedor. Patty abre un armario de palisandro pulido y revela un mueble-bar muy bien surtido: botellas, copas de cristal tallado e incluso un decantador.

—¡Dios mío! —exclama Miriam—. No sabía que seguían haciéndolos. —Para consolar a los desdichados, intuye, o para echar a gente. O para esas largas noches planeando una política migratoria draconiana.

—Ya no los hacen —responde Patty—. Este es de los años treinta. Lo compramos en una subasta de Bonhams. Fui con Sam, que tiene muchísimo más tiempo libre desde que dejó Smythson.

Miriam no tiene energía para darle a Patty lo que necesita: admiración. Ian y ella siempre han sido pródigos al respecto, pero ahora, viendo a Patty y su puñetero mueble-bar nazi mientras Ian y Rog hablan sin parar al otro lado de la sala; ahora que la han despojado de todo, que Ian y ella lo han perdido todo, mientras que Rog y Patty siguen disfrutando de su vida, Miriam se pregunta en qué puede basarse cualquier tipo de amistad.

—Es que creo que no saben lo que hacen —explica Ian, mientras Patty le ofrece a Miriam una tónica de limón en un vaso pesado y tallado. (Nada de té, gracias a Dios). Le lleva a Ian un vaso de *whisky*: no es lo que más le gusta, ni mucho menos, aunque últimamente más—. Decir todo eso en *Crimewatch* solo ha enturbiado la investigación.

Rog se ha retirado tras su escritorio, para protegerse.

—Sé que estás preocupadísimo y me imagino que el programa habrá sido una angustia, pero lo mejor que podéis hacer es dejar trabajar a la policía.

—Es que hay una confusión enorme en la investigación. No dejan de buscar conexiones donde no las hay. Primero dicen que es un criminal, Tony Wright; luego su compleja vida sentimental; y al rato el chaval ese, Dent. La Edith que describen no se parece en nada a...

La voz de Ian se vuelve suplicante y, justo en ese momento, los ojos de Roger se tornan fríos. He ahí su esencia matona, en la que de verdad radica el poder de Roger: una mirada que reluce como el acero, una forma de acaparar toda la escena, sin remordimientos. Miriam se pregunta qué tipo de matón es; qué castigo usa, pues estas cosas no pueden ser mentales, sin más, si quieren dejar huella. Quizá sea la mera amenaza de ser expulsados del círculo de influencia. La cuerda es cada vez más larga.

—Habíamos pensado que a lo mejor podías usar tu posición... —dice Ian, mirando a Miriam en busca de apoyo.

—Supongo que entenderéis que no puedo inmiscuirme en el trabajo de la policía. En un caso individual, parecería raro... —afirma Roger.

—Venga, no me jodas —replica Ian—. Seguro que te inmiscuyes cada dos por tres. Seguro que estás ahí cuando el *Daily Mail* dice que no actúas con la suficiente firmeza.

—Ian... —lo contiene Miriam, con voz suave—. Lo único que queremos... —empieza a decir, aunque se pregunta qué es lo que quieren de verdad. Rog y Patty no pueden encontrar a Edith, que es lo único que importa. Quizá quieran lo que todo el mundo quiere de los poderosos: protección. Quiere que Roger agilice el proceso, como habrían hecho ellos por él; que los proteja de los miserables medios—. Lo único que queremos... —vuelve a intentar decir, pero las lágrimas se lo impiden y, en cierto sentido, los salvan a todos—. Dios, perdón —solloza Miriam, mientras Patty la abraza—. ¿Podemos hablar de otra cosa, por favor? ¿Qué os contáis vosotros? ¿Cómo está Calista?

MANON

—Prestadme atención un momento, por favor —dice Harriet, y el departamento guarda silencio—. Como sabéis, a las cinco de la tarde de ayer arrestamos a Tony Wright. Ha pasado la noche en el calabozo, así que es probable que esté muy simpático y hablador esta mañana. Su piso se considera el lugar de un crimen. La Científica sigue allí, buscando cualquier conexión entre Wright y Edith o Taylor Dent. Nos quedan —mira su reloj— seis horas para acusarlo de algo, antes de que lo suelten. En su defensa dirá que el vídeo no es lo bastante nítido para una identificación certera y que su coartada el fin de semana en que desapareció Edith sigue siendo sólida.

—Y es verdad —dice Manon.

—Y es verdad —repite Harriet, asintiendo—. Vale, ¿entonces por qué llamó Edith a Tony Wright en la semana de su desaparición? Dos veces: una el lunes y otra el viernes.

—No pensaréis que estaba liada con él, ¿no? —dice Davy.

—Habría que ser ciego y sordomudo para liarse con Tony Wright —señala Kim.

—A lo mejor —señala Colin, meditabundo, como si estuviese paladeando un vino tinto exquisito— estaba hasta la coronilla de tanto niño pijo y le apetecía algo más de marcha.

—Claro, porque es un tipo duro, ¿no? —argumenta Kim, creando una balanza con las manos—. Por un lado tienes a un estudiante de Cambridge macizorro, Will Carter; por el otro a un ladrón depravado, Tony Wright. ¿A quién eliges?

—Para gustos los colores —sentencia Harriet.

—A lo mejor los tipos duros la excitaban —aventura Colin.

—Hay mucha esperanza en tu voz, Colin —comenta Manon.

—No nos desviemos del tema —interviene Harriet—. Vamos a suponer que estuviesen liados, por absurdo que parezca. Eso no explica cómo se conocen. ¿Cómo coño conoció una chica como Edith Hind a alguien como Tony Wright? Además, él sigue aquí, y ella no, así que no podemos decir que hayan escapado juntos hacia una puesta de sol.

—A lo mejor la estaba chantajeando —dice Manon—. Si no es sexo, es dinero. A lo mejor conocía, qué sé yo, algún oscuro secreto sobre ella, y Edith tenía que comprar su silencio. Eso explicaría por qué lo llamaba.

—Vale, entonces tenemos que fijarnos en las cuentas de Wright —apunta Harriet—. A ver si hay una televisión de pantalla plana recién estrenada en su piso. Quiero que saquéis los datos de todos sus teléfonos y ordenadores. Quiero que la Científica

analice todos los vehículos que usa. Vamos abajo, a hablar con Wright —le pide a Manon—. Si la Científica encuentra algo, avisadnos.

—¿Por qué no nos dijiste que conocías a Edith Hind? —le pregunta Harriet, sir rodeos.

—Ah, sí —dice Wright, y Manon ve que está irritado, harto de todo eso—. ¿La chica a la que secuestraron? ¡Éramos colegas! ¿Queréis ponerme ya las esposas o vais a esperar a la furgoneta? ¿Nos molestamos en celebrar un juicio o me mandáis directo a Whitemoor, donde podréis reventarme a hostias hasta matarme?

Tony Wright se ha levantado y ha tirado la silla al suelo. Su abogado, un hombre sosegado y silencioso, de traje gris y chaleco a juego, lo mira, y Wright vuelve a sentarse.

—Háblame de tu relación con Edith Hind.

—No tengo nada que decir.

—¿Cómo la conociste?

—No tengo nada que decir.

Y así sigue, con cada pregunta, con lo que ambas partes acaban interpretando su papel de manera monótona, y Wright ni siquiera espera a que Harriet acabe las frases. Hasta que menciona a Taylor Dent. Entonces, Wright parece desconcertado de verdad, frunce el ceño y acaba con otro «No tengo nada que decir». Alguien llama a la puerta, Harriet detiene la grabación y las dos abandonan la sala.

—Su piso está limpio —les informa Kim en el pasillo—. No hay nada que llame la atención, ni ropa ni objetos que perteneciesen a Edith —continúa, mirando a Harriet—. Tampoco hay nada manchado de sangre. La Científica tardará un poco más, eso sí.

—Hay que joderse... —dice Harriet, mirando a Manon. Ambas saben que, salvo milagro a lo largo de la tarde, van a tener que soltar a Wright—. Su defensa no va a darnos tregua —señala—, preguntará qué pruebas tenemos para prolongar el arresto.

—No podemos acusarlo de hablar con ella por teléfono —dice Manon.

La única forma de desconectar tras una semana de turnos de quince horas es perderse en un libro o una película, así que ahí está otra vez, frente al cine, con la cabeza gacha para protegerse del frío, una mano en el bolsillo y la otra escribiéndole a Fly Dent.

¿Qué has tomado en el café portugués?

Algo nuevo. Dice que se llama yuca, que va a presentarme nuevas

comidas. No me hace mucha gracia.

¿Estaba buena?

La verdad es que no. Era amarilla. Y estaba seca.

¿Crees que podrá presentarte las verduras?

Ya nos conocimos, pero no nos llevamos bien.

Arrastrando los pies, avanza en la cola para sacar la entrada para *Mi vida como un perro*, de Lasse Hallström, reacia a guardar el teléfono. Está relejendo su conversación con Fly cuando oye una voz: «¡Otra vez por aquí!».

Me cago en la puta. Intenta pensar en algo antes de levantar la mirada. Es la última persona en el mundo que quiere ver, no porque no le guste (aún está en un mar de dudas al respecto), sino porque nunca le dio las gracias, nunca lo llamó, y se le cae la cara de vergüenza e incomodidad. ¿Es demasiado tarde, se pregunta, levantando la cabeza, para fingir un ataque de tos y decirle que ha estado en cama con la gripe?

—Alan —le dice—, ¿cómo estás?

—Me siento dolido y rechazado —responde, sonriéndole.

—Dios, lo siento muchísimo. El colirio fue todo un detalle por tu parte, y mira — le comenta, parpadeando—, ¡está curado!

—Ya veo, ya.

—Quería llamarte y darte las gracias. Pero el trabajo... No tengo otra cosa en la cabeza.

—Claro, el trabajo —recalca, sonriendo irónicamente, como si la tuviese calada. A ella le irrita un poco esa presunción, porque es verdad que no ha pensado en otra cosa.

—Es algo que me afecta, es muy importante para mí —replica.

—Sí, señora oficial —contesta él, sonriendo otra vez, con las manos en los bolsillos.

—Me gustas —le suelta, sin percatarse de que lo ha dicho en voz alta hasta que ya es tarde. El pensamiento se convierte en acción—. A veces me comporto así porque me gustas. —Y, cuando lo mira, nada parece sincero, ni siquiera eso.

—Ciclo de cine sueco —dice él.

—Sí —responde ella, riéndose—. Ciclo de cine sueco.

Se quedan ahí de pie, como una pareja, como buenos amigos, solo que Manon está engarrotada por dentro, como un puño. Alguien paga en la taquilla y avanzan con la cola, a medio metro de distancia.

—¿Nos sentamos juntos esta vez? ¿Te molesta? —pregunta él.

Ella sonrío. La ha perdonado, y está intrigada por su proximidad (una sensación

nueva, un olor nuevo) y por saber dónde los llevará.

El niño de la película se llama Ingemar. Su madre se está muriendo y él no deja de decir «Podría ser peor», lo que le recuerda a Fly. Siente vibrar su móvil y cuando lo abre ve que hay un mensaje del niño, en el que aparece una fotografía de una bolsa de lenguas de fresa y la frase «Una de mis cinco diarias».

La pantalla del cine lanza destellos blancos y negros, colores y luz solar. Se oyen palabras, pero ella ha perdido el hilo. La mano enorme de él está en el brazo de la butaca que los separa, y Manon la agarra. Se siente receptiva, como una flor que se abre, triste y vulnerable. Él la mira, y con la otra mano cubre la de Manon; los dos se inclinan y juntan la sien. Por dentro tiembla como un flan, y la inmensa pantalla del cine la rodea de imágenes que no significan nada. Cierra los ojos. Las manos de Alan son grandes y envolventes, y las yemas de sus dedos ásperas. Manos ajenas, nuevas al tacto. Él le hace caricias levísimas con el pulgar y Manon nota una réplica de ese temblor entre las piernas. Nota el movimiento del aire cuando Alan parpadea. Ahora busca su boca, y apoya sus labios, suaves y secos, con delicadeza, en los de Manon, cuyo estómago da una vuelta de campana. Se está derritiendo en la oscuridad. Alan, el analista de sistemas, con unos pantalones de pana enormes y unas deportivas que parecen transatlánticos. ¿Quién lo diría? Algo tácito, una especie de aroma, la hace acercarse a él, fogosa, como si todas las sensaciones fueran suyas, como si las pusiera ella, y eso la hace sentirse aún más plena.

Cuando se encienden las luces, sus cabezas siguen juntas, pero le duele el cuello y los dos tienen las manos sudadas.

—¿Un café? —pregunta él, y ella asiente.

Suben las escaleras del cine y entran en la cafetería *art déco*, como la otra vez. Se sientan a la misma mesa, pero ahora, mientras él vuelve con ella con las bebidas — Manon le ha pedido té verde con hierbabuena para refrescarse el aliento—, se percata de sus manos elegantes.

Cuelga su bufanda granate en el respaldo de la silla y dice:

—Me ha encantado la historia de la perra que los rusos pusieron en órbita. En comparación con ella, no hay nada tan malo.

Ah, piensa Manon, así que estabas concentrado.

Le da un sorbo a su té. Él se inclina hacia ella.

—¿Y ahora qué, oficial Bradshaw? —la interroga con una expresión irónica, y es como si le preguntase «¿Hasta que la muerte nos separe?».

—Eso digo yo, ¿ahora qué? —responde ella.

Se toman tranquilamente sus bebidas, cada cual envolviendo su taza con las manos y con los codos apoyados en la mesa, y Manon se pregunta: «¿Ha ocurrido algo ahí

dentro o me lo he imaginado todo?».

Están tumbados en la cama. Él le ha pasado el brazo por debajo del cuello y ella lo agarra de la muñeca, agitándola de cuando en cuando.

—Creo que deberías saber —le advierte Manon, mirando al techo— que, fundamentalmente, opino que la vida es una mierda.

—Ah, pues ya somos dos. El único motivo por el que no me suicido es la comida. Y, para ser sinceros, a menudo también es una mierda.

Manon suelta una carcajada, y vuelve a agitar su muñeca.

—Es como Navidad, pongamos —dice ella.

—Una cena genial, un día pésimo.

Manon vuelve a reírse.

—Creo que parte de su atractivo radica en esa sensación de bienestar que nunca acaba de llegar —reflexiona Alan.

—Te refieres a pensar «Oye, pues casi que me lo estoy pasando bien... Ah, no, la verdad es que no». ¿Es eso?

—Sí, efectivamente. O, aún mejor, es algo así como «Voy a divertirme, voy a divertirme, voy a divertirme... Ah, no, es un coñazo otra vez».

—Las expectativas —apunta Manon—. Eso es lo que se carga la diversión. Las vacaciones son estresantes justo por eso.

Al cabo de un rato, Alan dice:

—La perra. Tengo que volver para sacar a Nana.

En su fuero interno se tensa por el chasco, pero Alan añade al punto:

—¿Vienes?

Abre un ojo y ve la luz granulosa de la mañana. Por un instante no se acuerda, pero luego ve su cuerpo bajo un mar de mantas, a su lado, con la cabeza hundida en la almohada. ¡Dichoso enero! Entra una corriente fría en la habitación, pero en la cama se está calentito y somos dos. Somos dos. Le da un beso en el hombro desnudo, oliendo su piel, que huele a malta y a masculinidad, como masa fermentada. ¡Un hombre desconocido! He ahí lo que ella necesita: una persona que le sea ajena.

Se pone bocarriba y cierra los ojos. Siente el cuerpo de Alan contra el suyo, sus labios suaves y secos, su aliento dulzón que intenta disimular manteniendo la boca cerrada, la erección en su pierna.

—Hombre, buenos días —dice, riéndose.

—Buenos días —masculla, como si no debiese hacer bromas con eso.

Tiene la voz áspera y los ojos cerrados como un pequeño roedor nocturno, así que Manon se pregunta si sigue dormido y la desea con el inconsciente, con esa virilidad atávica, somnolienta y matutina. Qué alegría. Buenos días.

Alan apoya la cabeza en su cuello y se balancean juntos, medio dormidos y excitados, con los ojos aún cerrados, pero las células cargadas de retales de sueños.

Una vez tras otra, todo el día en la cama, envueltos en sábanas de lino gris, ella encima, con los senos desnudos y la cara de Alan hundida entre ellos. Manon intenta ignorar las miradas estoicas de Nana, que deambula de aquí para allá, como un jubilado confuso en un bar de *striptease*. En la ducha, él insiste, agarrándola por detrás, mientras el agua se desliza por su cuello, por sus pezones durísimos y por la mano que él tiene entre sus piernas. No pueden parar, y cuando paran parece que vuelven a empezar, y siempre es algo nuevo, siempre recuerdan la última vez y la reinventan.

—Voy a dejar mi trabajo y ganarme la vida a base de sexo —anuncia Manon, en camisa y bragas, con los pies descalzos en el suelo gélido de la cocina.

—Yo también —responde él, apoyándose en la encimera mientras se come una tostada. ¿Cómo es posible que el hecho de no tocarlo, tenerlo a unos metros, ya sea erótico, una suerte de insinuación?—. Aunque nuestro sueldo podría salir un pelín malparado.

—Me da igual —dice, mientras se le acerca lentamente, le mete la mano en los pantalones y se lo lleva a la cama.

*Mi corazón se ha decidido,
y me temo que eres tú.*

No quiere salir de esa burbuja. Ahora han vuelto a su piso y siguen explorándose. No quiere que el mundo abrasivo los despierte de manera traumática con sus obligaciones hostiles. Manon mira los dos teléfonos móviles, como escarabajos negros en la mesilla —la BlackBerry del trabajo y el Samsung Android, personal—, ambos apagados, porque ¿cuándo fue la última vez que tuvo vida? ¿Cuándo fue la última vez que el trabajo quedó en segundo plano, desbancado por las pródigas turbulencias de su corazón? Se ha ganado este paréntesis. Se ha ganado el derecho de entregarse a Alan Prenderghast sin que la molesten, aunque los teléfonos negros parecen llamar su atención, y piensa que quizá debería ver cómo van las cosas en comisaría, sobre todo con relación a Helena Reed.

Pero no va a hacerlo. Ahora su cuerpo es su antena, y lo escoge a él una y otra vez. Y se pregunta, sorprendida, si será su perdición. ¿Cuánto apetito puede tener una mujer en estos tiempos? Se coloca sobre él a cuatro patas, sintiéndose como una

Alicia que se ha comido el pastel que dice «Cómeme» y ahora es más grande que la habitación.

—Venga, ¿cuántas?

—No muchas —responde él, moviendo los dedos errantes de Manon, que recorren el vello que rodea sus pezones hasta que Alan se ríe y grita: «¡Quita!». Luego Manon entrelaza los dedos con los suyos, juguetona.

—Venga, dímelo —lo azuza.

—Mmm... —Está tumbado bocarriba y ha cerrado los ojos—. Solo una seria.

—¿Cuánto duró?

—Seis meses.

Ella no hace ningún comentario sobre lo poco que es para un hombre de cuarenta y dos años. Quiere que le pregunte por sus antiguos novios, como el compañero de universidad con el que estuvo a punto de casarse. Cuánto lo había querido durante siete largos años, y cuánto sufrió al perderlo cuando la relación se fue extinguiendo.

Pero no le pregunta nada. Todo es una novedad, supone Manon; lo único que importa es el ahora. ¡Es el nuevo régimen! Bendita cama sagrada. ¿Quién habría dicho que Alan, con toda su *alanosidad*, representaría algo bueno después de tantos errores, de todos esos años de soledad, de citas horribles? En cuanto conoces a la persona definitiva, todo encaja, y los fracasos parecen... intencionados. Justo a tiempo, joder.

Buenos días.

SÁBADO

DAVY

Ni siquiera mientras preparaba los macarrones con queso, anoche, se sentía bien.

Davy creyó que sería un detalle cocinar para su madre, después de todo lo que había hecho ella por Chloe y por él en Navidad. Había sido un trabajazo, como se encargó de recordarles varias veces su progenitora, sobre todo al no tener a nadie que la ayudase. Davy pensó que los macarrones con queso serían una comida hogareña y reconfortante para ese sábado de enero familiar: solos él, su madre y Chloe, que aseguraba que, como novia, le tocaba estar presente —aunque Davy empezaba a sospechar que lo estaba protegiendo de su madre, que no quería que pasara tiempo a solas con su hijo, para no perderse nada de lo que se dijese—. De repente cayó en la cuenta de que estaba pensando una cosa feísima, algo que le sucedía cada vez con más frecuencia.

Con un cucharón puso los macarrones con queso en una bandeja blanca cuadrada y la envolvió con innumerables capas de film transparente. Colocó la bandeja en paralelo al salpicadero, sobre el hornillo, pero no sintió ni un ápice de satisfacción.

No sabe lo que le pasa, piensa ahora, mientras quita el film transparente y mete la bandeja en el horno, para calentarla y que la parte superior quede crujiente. Coge el teléfono del trabajo y marca el número de Helena Reed: no puede dejar de pensar en ella, porque se acuerda de cómo se topó contra él, con una cara que rezumaba miedo. ¿A quién había ido a visitar hasta Newnham, nada menos? ¿Y por qué parecía hacerlo a escondidas? ¿Qué «amigo» le había provocado esas lágrimas?

No responde. Esta vez oye una voz que le dice que su contestador está lleno, así que no puede dejarle un mensaje. Es su tercer intento esta mañana.

«Soy yo otra vez, Helena... Soy el agente Walker, vaya. Únicamente quería saber cómo estás —había dicho unas horas antes—. Si escuchas este mensaje, pégame un toque; dime que estás bien». En cualquier caso, la chica ya tenía su número, si lo necesitaba.

Suena el timbre.

Chloe se ha alisado el pelo, que le cae en capas rectísimas a ambos lados de la cara. Siempre le ha parecido que está más guapa cuando no se pasa tanto la plancha —como al principio de su relación, cuando la arrastraba a la cama según salía de la ducha, sin dejarle tiempo para tanta historia—, cuando no lleva ese maquillaje efecto bronceado ni esas enormes pestañas negras, que ni siquiera sabe si son suyas.

Trae bajo el brazo los periódicos del sábado.

—He pensado que podríamos ponernos al día —propuso, con la respiración entrecortada.

—Déjalos en el salón —responde Davy, señalando la mesa de centro de cristal, donde ya hay una pila precaria de revistas de papel cuché. Una torre de insinuaciones, piensa Davy, montañas de chismes sin contrastar. No soporta verlas—. Vale —dice, dando una palmada, cuando el timbre vuelve a sonar—: esa será mamá.

Chloe y su madre se sientan a la mesa de la cocina, y Davy pregunta:

—Muy bien, ¿quién quiere macarrones con queso?

Intenta que su voz vuelva a sonar animada, pero no lo consigue. Lleva días sin conseguirlo. Manon se lo está pegando, seguro que es eso. Su pesimismo, su manera de ver las cosas: siempre los incómodos puntos débiles, nunca el lado bueno.

Anoche, cuando salieron juntos de la oficina, se sinceró con su compañera:

—Me parece que esta vez no vamos a resolverlo.

Ella le puso una mano en la frente y le preguntó:

—¿Tienes fiebre, Davy?

Él frunció el ceño y apartó la cara, como un adolescente cabreado.

—Hablo en serio. Esto me está deprimiendo..., el no llegar a ningún sitio. Hemos tenido que soltar a Tony Wright. Lo del chaval en el río tampoco avanza. Y luego está esa chorrada de la vida sentimental: no me gusta un pelo.

—Hay que esperar a que salga a flote, Davy —le recomendó ella—. Esperar a que pase la confusión, la oscuridad. Las cosas se irán esclareciendo, ten paciencia, ya verás. Pero, mientras tanto, tienes que evitar que el no saber nada te afecte.

De repente, se sintió completamente perdido, como si un pozo de tristeza se abriese bajo sus pies y estuviera a punto de caer en él.

—¿Qué le has echado? —pregunta su madre, poniendo una cara rara y sacándose algo de la boca con la lengua. Lo coge con los dedos y lo examina con atención—. Nuez moscada, ¿verdad? —Se limpia en la mesa—. ¿Es que no la has rallado?

—Claro que la he rallado, mamá. Se habrá caído un trocito. Ahí tienes una servilleta.

Los macarrones con queso están tan secos que ha tenido que cortarlos con el cuchillo. Ni siquiera varias cucharadas de salsa de encurtidos Branston le dan vidilla al plato.

—Todo el mundo en mi trabajo quiere enterarse de los detalles —dice Chloe, más animada, incluso se diría cariñosa, de lo que la ha visto en mucho tiempo. Se pasa un dedo por la cortina de pelo, apartándosela de los ojos sin alterarla un ápice—. Es sorprendente que estés en todo el meollo de lo que sale en las noticias.

—No puedo hablar del tema, Chlo —le dice, intentando masticar un bloque rígido de macarrones.

—El otro día llevé flores a George Street —dice su madre—. Las dejé en la

puerta, junto a los otros ramos.

—¿Por qué? —pregunta él.

—Bueno, pues sería por participar, ¿no? Es tristísimo, pero estando tan cerca, en nuestra propia ciudad, no quería perdérmele. ¿Tú qué crees que le pasó?

—Lo sabe todo, pero no puede decirlo, ¿verdad, Davy? —interviene Chloe, guiñándole un ojo.

—Entonces está muerta, ¿no? —dice su madre, expectante.

—Amantes hombres y mujeres —lo azuza Chloe—. ¡Quién lo habría dicho! ¿Cuántos?

—No lo sabemos.

—Pero más de uno, ¿verdad?

—No lo sabemos.

—Sí que lo sabéis, pero no lo queréis decir —le suelta su novia, arrogante—. Pero bueno..., cada uno es como es —le dice a su madre, por fin unidas—. ¿Su novio lo sabía?

—Te digo que no puedo hablar del tema, Chlo.

—No, claro. Bueno, ¿y has hablado directamente con la prensa?

—Todas las peticiones de la prensa las lleva el gabinete de prensa —responde.

—Aun así —añade su madre—, me apuesto lo que sea a que te pagarían un buen dinero por un poco más de información.

—Y me echarían.

—Si lo haces con discreción, como Dios manda, no.

—Pero eso no está bien.

—Seguro que su madre está traumatizada —especula Chloe—. Dios, imaginad cómo será tener una hija que se comporta así.

—Y él es un médico famoso —apunta su madre.

Davy tiene la mirada perdida. La iluminación es hostil y azul; cae en la cuenta de que su cocina es igual de acogedora que una clínica dental.

—Son gente —dice con voz pausada—. Gente normal y corriente.

Comprueba su móvil para ver si tiene alguna llamada perdida o un mensaje de Helena Reed. Quizá debería pasarse por su casa para cerciorarse de que está bien. Aunque a lo mejor se ha ido a Bromley, a casa de sus padres, para alejarse de los focos hasta que la situación se calme un poco.

DOMINGO

HELENA

Los oye reírse como domingueros, fumando junto al Monumento al Soldado Desconocido que hay debajo de su piso, aunque las cortinas están echadas. Las cortinas llevan echadas desde que ayer se arremolinaron en la puerta de su edificio.

Al principio eran solo unos pocos, pero luego acudieron como moscas, abriéndose paso a empujones para acercarse a la puerta azul y estrecha que hay junto al Barclays, y que hasta ahora parecía invisible. «¡Helena Reed!», gritaban, como si esperasen que abriera una ventana y los invitase a subir. Cuando describió un poco una cortina para echar un vistazo, todos se apresuraron, entre empujones y gritos, a poner sus grandes objetivos y sacar una foto borrosa, con lo que Helena se retiró al instante. Se pasó todo el día del sábado en casa, y toda la noche, oyendo el clic del contestador automático y rebobinando todos los mensajes de desconocidos, que la tentaban con un tono íntimo y falso, «Sabemos que lo estás pasando mal y queremos ayudarte». Mordiéndose la carne del pulgar. Preguntándose quién había dado su nombre.

Aunque, bien pensado, sabía que era cuestión de tiempo que ocurriese, después de la emisión de *Crimewatch*. Desde que se topó con esos dos agentes, junto al despacho del doctor Young, ha sido rehén de sus pensamientos. Tres días, cuatro noches larguísimas. ¿Comprobaría la policía a quién había ido a ver en Newnham? ¿Descubrirían que estaba yendo a un psicólogo y deducirían que tenía algún tipo de inestabilidad mental? ¿Hablarían con el doctor Young? ¿Les mencionaría él sus miedos atroces? ¿A qué conclusión llegaría entonces la policía? ¿Informarían al doctor Young de que era la amante de Edith? Él respondería, desconcertado, con un «Pues no me había dicho nada», y entonces todos creerían que está aún más loca y es más inescrutable, que miente sobre los hechos que rodean la desaparición de Edith.

El jueves por la tarde enviaron a una agente «para estar con ella», según sus propias palabras. A una niñera. Helena siguió haciendo sus cosas por la casa, procurando parecer normal, pero por dentro le carcomía la sensación de que la estaban observando en su propio hogar, de que la estaban vigilando, así que al final dijo: «Puede irse, estoy bien, no necesito que cuiden de mí. De hecho, voy a casa de unos amigos». Helena sonrió, con una mano apoyada en la puerta abierta. La agente-niñera respondió: «¿Estás segura?», pero Helena vio que en el fondo se alegraba. Había recibido una llamada discreta sobre la manutención de sus hijos y estaba deseando irse.

El viernes y el sábado salió muy temprano a comprar los periódicos, temiendo y dando por sentado que vería su nombre, y sorprendiéndose al no encontrar ninguna

mención a ella, salvo en la habitual cronología de la noche. Así pues, cuando ayer por la tarde los primeros cuervos se arremolinaron en la puerta de su casa, sintió que había sucedido lo inevitable.

Miró una y otra vez la única tarjeta que tenía de la policía: la de la oficial Manor Bradshaw. La otra —la del agente amable con el que se había topado y que había prometido protegerla— se le debió de caer del bolsillo al volver a casa a toda prisa aquel día. La oficial Bradshaw tenía el móvil apagado, y en el número del despacho del doctor Young saltaba el contestador. No se le ocurría ningún mensaje, así que colgó.

Esta mañana, a eso de las diez, la situación parecía haberse tranquilizado ostensiblemente en su portal, y se armó de valor para mirar por una rendija entre las cortinas. Habían desaparecido: habrían dejado a un par de desgraciados vigilando la casa y estarían en algún restaurante barato atiborrándose de fritanga. Necesitaba comprar pan y leche, así que tentó a la suerte y bajó por la escalera trasera, de hormigón, donde olía a colillas, hasta llegar a una puerta con una barra metálica que daba a los contenedores que hay detrás del Barclays. El frío y la lluvia se le clavaban en las manos y la cara mientras corría, sujetándose la capucha, hasta el quiosco más cercano, pero se detuvo en seco al ver el expositor gris de la puerta, donde ocho fotos de Edith y ella ondeaban al viento.

La amante secreta de Edith era su mejor amiga.

Su «amante» estaba con Edith la noche de su desaparición.

Las chicas eran amantes.

Era como ver las fotos de una desconocida que le sonaba muchísimo. Se percató de lo joven que parecía, aunque ahora mismo lo último que se siente es joven. No estaba, ni de lejos, tan gorda como creía; de hecho, estaba bastante delgada. Intentó verse como la verían los lectores de esos periódicos de mala muerte: inestable, depravada, libertina. Había una brecha entre el interior y el exterior, y a veces era muy amplia; lo bastante para caer por ella.

No se había parado a pensar en cómo volvería a su casa; de hecho, no tardaron en abalanzarse sobre ella. Se vio rodeada de cuerpos y voces, del olor de desconocidos, mientras buscaba las llaves hecha un manojo de nervios.

«¡Helena, aquí!», gritaban, a medida que se abría paso entre esa maraña negra de chaquetas, brazos y hombros, procurando no mirar a nadie a la cara. Alguien le puso una tarjeta en la mano, cree que fue una mujer rubia, pero iba con los ojos cerrados, apretadísimos, intentando atravesar la marabunta, tratando de meter la llave en la cerradura sin que se le cayese la leche. La mujer se le acercó y le dijo al oído:

«Podemos contar tu versión de la historia. Te dejo mi tarjeta».

Tras subir las escaleras, cerró de un portazo y miró al techo, con la cabeza apoyada en la puerta, apretando los ojos. Helena Reed, la intrigante lesbiana. Helena Reed, la amante celosa. Helena Reed, la asesina. Edith, envuelta en ese halo de inocencia propio de los desaparecidos, no pudo hacer nada malo; la lujuriosa Helena la sedujo para llevársela a la cama. En adelante, Helena siempre sería la *femme fatale*, en cualquier entrevista de trabajo, en la defensa de la tesis doctoral, cuando solicitase una beca de investigación, conociese a otro hombre o empezase las prácticas en una clínica. Alguien, en algún sitio, levantaría la mirada de su mesa y preguntaría: «¿Helena Reed? ¿De Huntingdon? ¿No era amiga de esa chica desaparecida?», y en la palabra «amiga» rezumarían todas sus taimadas connotaciones.

Era típico de Edith, de la alegre y despreocupada Edith, dejarla con todo el marrón; que Helena fuese la que se preocupara. Había sido así desde el primer día, cuando Helena llamó a la puerta de una de las habitaciones de la residencia del Corpus Christi. «¡Pasa!», gritó Edith, y la encontró subida en la cama, con unos Levi's 501 desteñidos, clavando un clavo en la pared para colgar una lámina de Modigliani. En el escritorio, junto a la ventana, había un jarrón de anémonas, rojas, violetas y blancas, cual espléndidas joyas. «Son de mi madre —dijo Edith, jadeando, sin volverse—. ¿Quieres un té?».

Edith vivía despreocupada, pero era resuelta. Ella tiraba por su camino, como cuando se mudó a Huntingdon, y podías acompañarla o apartarte. Edith, segura; Helena, ansiosa, detrás. Ve lo anodina que es en comparación con la radiante Edith, con su carisma. Y se odia por haber sido su perrito faldero. Por todas esas noches de sábado viendo películas en su cuenta de Netflix, por las comidas de domingo en su cocina, por las horas pasadas en el sofá, con Edith tumbada con la cabeza en el regazo de Helena, leyendo, y Will sentado en el suelo, bebiendo vino. Helena, la única hija de la pareja.

Ahora, sentada en aquel salón asfixiante, oyéndolos reír y charlar en la calle, se pregunta si debería llamar a sus padres. Pero ¿qué pasa si los cuervos también están apostados en la puerta de su casa, si están prisioneros y se lo dicen, y sabe que ella es el motivo? ¿Hasta cuándo durará ese cautiverio con las cortinas echadas? Y, si alguna vez se atreve a salir al mundo otra vez, ¿qué encontrará? La tarde anterior había llamado a la Brigada de Homicidios, al ver que la oficial Bradshaw seguía con el móvil apagado, y la pasaron con la agente Monique no sé qué, que estaba de guardia y que le dijo que «verían lo que podían hacer», pero quedó en nada.

—Hay mucha gente fuera.

—¿Me puede repetir su nombre, señorita?

No tenía sentido volver a llamar hoy. Seguro que el domingo había aún menos agentes. Además, ¿qué iban a hacer? La historia había salido a la luz y no se podía dar marcha atrás. Sus dos teléfonos, el móvil y el fijo, estaban saturados de mensajes de intrusos que no deberían tener su número, para empezar, y que la hostigaban y la intimidaban. No soportaba volver a oírlos, así que los borró todos.

De madrugada, a eso de la una, los cuervos habían levantado el vuelo (lo más probable es que se hospedasen en el hotel George). Otra oportunidad: se imaginó subiendo a un avión rumbo a Río de Janeiro, y luego a otro rumbo a Manaus. Allí cogería un barco hasta donde el río Negro se encuentra con el río Solimões, en el Encuentro de las Aguas, pues siempre había querido ver ese espectáculo, y acabaría adentrándose en los afluentes del Amazonas. El mundo es inmenso y hermoso, y ella apenas ha comenzado a explorarlo.

Deambuló por su piso, planeando su huida. ¿Dónde estaba su pasaporte? ¿Qué ropa se pondría? Cuando quiso darse cuenta, ya eran las siete de la mañana y los cuervos estaban de nuevo en su puerta. Si no sabía cómo llegar al otro lado de la calle, no digamos ya a la cuenca del Amazonas. Se quedó mirando fijamente la puerta de su habitación, el gancho donde colgaba su bata.

No ve la forma de salir. Ojalá tuviese a alguien —a Edith, para ser sincera— que le cubriese la cabeza con un abrigo y la sacase de ahí. Está frente a las cortinas del salón, llorando como una magdalena. Lanza un grito mudo, con los labios agrietados. Nunca saldrá de ahí, nunca verá el Amazonas. Nunca será libre ni feliz. Y la chica a la que ama ya no está.

LUNES

MANON

—¡Qué blusa más bonita, Kim!

Kim levanta la cabeza, sorprendida.

—¡Stuart, amigo mío!

Stuart mira a Kim, que se encoge de hombros.

—Colin —dice Manon, apretándole los hombros, y una nube de olor a tabaco asciende de su suéter—. ¿Tienes algo para mí? Vamos a encontrarla, estoy convencida.

Cuelga su chaqueta en el respaldo de la silla y mete la mano al bolso en busca de su cartera. Quiere comer algo, está pensando en un sándwich de beicon, salchichas y tostadas con mantequilla mojadas en yema de huevo. La comida le sienta como nunca; sus caderas parecen más anchas, sus senos más grandes. Es una Manon en flor. Se siente indolente, voraz y somnolienta, sensual. Ella quiere que se mude a su casa, pero Alan Prenderghast tiene la cabeza, esa preciosa cabeza, fría. Anoche, cuando se disponía a volver a su granero tras ponerse ese abrigo gigante, diciendo que tenía que madrugar —«tenemos que estar frescos para el lunes»—, la besó una, y otra vez, y se besaron hasta llegar a la puerta de su piso. A Manon le dolían los labios, pero, cuando la puerta se cerró, añoró ese último beso que no se habían dado. Entonces Alan volvió a llamar al timbre, y a Manon, enamorada y radiante, el corazón le dio un respingo. Abrió la puerta, lo agarró mientras se quitaba el abrigo apresuradamente y, con la camisa abierta y a horcajadas sobre él en el sofá de pana, volvieron a hacerlo.

«No me dejes», le susurró a los labios.

Empieza a mandarle un mensaje, repantigada en su silla: «Buenos días, ¿cómo está mi tiarrón espectacular?», pero la interrumpe un golpe seco y un ligero soplo de aire en la cara.

—Supongo que habréis visto esto —dice Harriet, poniendo una mano en la pila de periódicos que acaba de dejar sobre la mesa de Manon.

Ella se endereza. La cara de Helena la mira a los ojos. El titular, bajo la cabecera roja, dice: «Las chicas eran amantes». Manon siente cómo la sangre le baja a los pies; tiene la cara helada y el miedo le pone la piel de gallina. Mira a Davy, que también ha palidecido.

—¿Quién ha dado su nombre? —le pregunta Davy a Harriet.

—No lo sabemos, puede haber sido cualquiera. He mandado un par de agentes a su piso en cuanto Fergus me los ha enseñado. Tienen permiso para forzar la puerta si no responde. He intentado llamarla a sus dos números, pero no lo coge y los contestadores están saturados.

—Pero si enviamos a una agente de mediación... —dice Manon.

—Y le pidió que se marchase —responde Harriet—. Le dijo que iba a casa de unos amigos.

Quizá no pase nada. No habrá pasado nada si encuentran a Helena sana y salva. Recuerda el rostro aterrado de Helena, hecha un mar de lágrimas, mirándolos. Recuerda los teléfonos apagados, inertes en la mesilla junto a la cama en la que se retorció de placer, «participando» de Alan Prenderghast.

Manon cierra lentamente los ojos. El cuerpo se le engarrota mientras la vergüenza empieza a filtrarse poco a poco, como la sangre. Para una vez que lo hace. Para una vez...

—¿La avisaste de la emisión de *Crimewatch*, Kim? —pregunta Harriet.

—Sí, no pareció afectarle. Estaba tranquila, pero esto es distinto —responde Kim, señalando los periódicos con la cabeza.

—¿Tú preparaste el informe sobre la evaluación de riesgos el jueves? —le pregunta Harriet a Manon, que asiente.

—Si dijo que iba a casa de unos amigos —dice Manon, buscando una salida—, no estará en su piso. ¿Cuánto tardarán en llegar los agentes? ¿Cuándo lo sabremos?

—Han salido hace diez minutos. Van a llamarme —responde Harriet—. Mientras tanto, Colin va a hacernos un *tour* maduro y sin insinuaciones por el disco duro de Graham Garfield.

Colin se gira hacia su mesa.

—Hay un montón de borradores de sus libros sobre los victorianos, ensayos sobre George Eliot, trabajos de sus estudiantes, varias plantillas de evaluación de la universidad y cosas por el estilo. Peeero —añade, bajándose las gafas de la coronilla y pinchando con el ratón, de modo que la pantalla del portátil se llena de cuadraditos con páginas web: un *collage* colorido y llamativo de pornografía— le gustaba de todo un poco: Chicas Asiáticas, Gorditas con Ganas, Amas de Casa Juguetonas. Un hombre de intereses variados. —Colin sube y baja con el ratón, pinchando con fervor—. De todas formas, eso es lo de menos; lo más significativo es lo siguiente —dice, apartándose para que todos puedan ver la pantalla.

Lo único que ve Manon son varias líneas con direcciones de páginas web. Todas empiezan con «Facebook».

—¿Qué es eso? —pregunta Manon.

—Graham Garfield miró el perfil de Facebook de Edith Hind cinco veces por noche la semana de su desaparición. Y desde entonces unas cuarenta visitas. Más concretamente, ha pinchado en estas fotos: selfis, creo que se llaman.

Aparecen varias fotografías de Edith: ojos profundos e intensos, clavados en la

cámara, una con un suéter enseñando el hombro, otra tumbada en la cama, con el teléfono en la mano levantada. Solos ella y el espectador.

—Eso no demuestra nada —espeta Stuart—. Ella las colgó. ¿Para qué lo haces si no quieres que te miren con ojos golosos?

—Demuestra que tenía un interés enfermizo por ella —dice Harriet.

—¿Qué hombre no se hincharía a ver estas fotos? Está buenísima. ¿Qué esperaba cuando las tomó? —comenta Colin.

—Eh... ¿Libertad? ¿Autonomía? —sugiere Kim.

—¡Déjate de rollos! ¿Tumbada así en la cama, con esa cara de «aquí te espero»?

—A lo mejor no daba para más —sentencia Kim—. Todo el mundo es imbécil a los veinticuatro años.

MIRIAM

Abre los ojos y parpadea, intentando acostumbrarse a la penumbra permanente de la habitación. Oye a Rosa trajar en la cocina. Dios sabrá dónde está Ian; tal vez corriendo de un lado a otro y siendo importante, como de costumbre. Ha estado pidiendo favores por teléfono a sus amigos de la prensa seria, antiguos compañeros del Bullingdon Club, y ha dado un par de entrevistas sobre su hija al *Telegraph* y al *Times* —para «cambiar la dinámica», dijo—. «Alguien tiene que contar la verdad». Le han prometido que serán delicados en sus pesquisas y le pedirán el visto bueno de todo lo que vayan a publicar.

Incluso Rollo se mueve con determinación: de tal palo, tal astilla. Ahora está reunido en la sede de una organización benéfica de desaparecidos, hablando sobre una nueva campaña por internet para la que necesita unos mil tuits. No aspira a entender las redes sociales o por qué la gente está dispuesta a perder el tiempo con ellas, pero se alegra mucho de que Rollo tenga ese frente cubierto.

Se obliga a salir de la cama, con el pelo húmedo y aplastado; se calza las zapatillas de piel de cordero, sale al pasillo y sube un tramo de escaleras estrechas y torcidas, agarrándose con firmeza a la suave curva del pasamanos que conduce a la habitación de Edith. En el rellano que hay entre las habitaciones de sus hijos, en la planta más alta, bajo un tragaluz mohoso, hay una casita de muñecas victoriana con un diseño como el de la suya. Una casa georgiana dentro de una casa georgiana. La madre de Ian, la abuela Edith, se la regaló a su nieta cuando era una niña. Ian sentía por la casita de muñecas la misma devoción que por su madre, y se opuso cuando Edith quiso llenarla de Polly Pockets —como si, en cierto sentido, mermase su pureza educativa—, a diferencia de Miriam, que pensaba que el sentido de jugar es personalizar el juego. Habría estado orgullosísima de Edith si hubiera rayado con un rotulador permanente el remilgado papel de pared estampado con capullos de rosas.

Ian insistió en que le pusieran a su hija el nombre de su madre, cuando todas las amigas de Miriam les ponían a las suyas Chloe o Jessica. Hoy en día, los antiguos nombres de las viudas causan furor; hasta los partidarios incondicionales de los *toris* les ponen Florence y Alfred a sus hijos, con un guiño cómplice. Pero, en su día, Miriam evitaba el nombre, suavizándolo con Edie, aunque lo hubiese aceptado, como la casita de muñecas, porque no tenía más remedio.

Está tumbada en la cama de Edith, en parte para desordenar la perfección del edredón inerte. Mira la funda negra del violín, encima del armario, y el *collage* de fotos apoyado en la pared, con imágenes de su Interrail con Rollo. En una aparecer los dos sonriendo en las escaleras de la plaza de España. Miriam cierra los ojos para

ver a su hija; para concentrarse en ella con tanta fuerza que sea lo único que existe, pensando que a lo mejor así descubre dónde está y qué le ha pasado, merced a una intuición telepática sobrenatural. Piensa en los parientes de desaparecidos que ha visto en las noticias a lo largo de su vida, y que no abandonan su búsqueda obstinada aunque las posibilidades sean abrumadoramente escasas. El argumento final era siempre el mismo: «Si estuviese muerto, lo sabría». O su variante: «Siento que está vivo». Siempre había rechazado la irracionalidad de esas afirmaciones, la forma en que la gente se aferraba a una mentira, pero ahora le parece que tiene todo el sentido del mundo. No pueden cortar la cuerda que los une a sus seres queridos; no sin un cadáver. Lo que necesitan es un cadáver; de lo contrario, esa locura se extiende como la mala hierba, incontrolable.

Quizá, se dice ahora, haya alguien —un médium o un adivino— que podría entrar en ese otro reino con ella y decirle qué le ha pasado a su hija. Alguien con telepatía, que pueda hablar con los espíritus o leerle el futuro. No esos abominables buzos que rastrean los ríos.

Baja con cuidado las escaleras hacia la planta baja, donde oye a Rosa vaciar el lavavajillas, y se dirige al salón, que tiene las cortinas echadas para evitar a los mirones y las lámparas encendidas como si fuese de noche. Su iMac está hibernando, pero le basta pulsar una tecla para que despierte. No se atreve a googlear «Edith Hind». Sabe que circulan todo tipo de rumores lascivos, a la espera de que los lea y se eche a llorar; mensajes viciosos de troles que son, en realidad, chavales de catorce años con habitaciones suntuosas, esperando a que sus madres les preparen las barritas de merluza.

No, lo que escribe en la barra de búsqueda es «médium» y su código postal, NW3. Hay quince en la zona, según las Páginas Amarillas, que también ofrecen un mapa muy útil. Pincha en www.resuelvetumisterio.com, una página que publicita tarot, quiromancia y lecturas psíquicas empáticas. Tal vez sea la palabra «empáticas» la que la convence.

MANON

Le sube por la columna con un escalofrío: una mezcla de horror y nerviosismo.

—¡Joder, qué putadón! —dice Harriet, que no puede parar quieta—. Es un putadón de los gordos, cago en la hostia.

—¿Cuándo se...? ¿No pidió ayuda? —dice Kim.

El tiempo se ha ralentizado y el aire es tan espeso que Manon respira a duras penas. En la boca tiene un sabor metálico, como a sangre.

—La he estado llamando todo el fin de semana, pero saltaba el contestador —dice Davy—. Debería haber ido a su casa. No lo entiendo... Tenía mi número, le dije que me llamase si necesitaba cualquier cosa.

Está sudando, un rubor le sube por el cuello.

—Al parecer, nos llamó el sábado a última hora —dice Harriet—. Respondió una agente del turno de noche que estaba de refuerzo. No sabía quién era y dejó una nota en el registro, pero no hizo nada más. Como con todas las muertes en las que ha habido contacto con la policía, voy a dar parte a la Comisión Independiente de Quejas sobre las Intervenciones Policiales. La CIQIP llevará a cabo una investigación paralela a la de Protocolos Profesionales para ver si cometimos negligencia a la hora de cumplir con nuestro deber de asistencia para con Helena Reed.

—¿Cuándo? —dice Manon, sorprendida de oír su voz, pues tiene la sensación de estar bajo el agua—. ¿Cuándo se...?

—El domingo. La autopsia nos dará más información.

Rompiendo el silencio que se ha cernido sobre el departamento, Harriet les explica que los agentes tardaron un rato en encontrar a Helena Reed. Su piso estaba impecable y desierto; todo recién fregado. Era, decían, como cuando te marchas de una casa a la que no vas a volver. De hecho, eso fue lo primero que pensaron los agentes.

—Se ha ido, no pasa nada. Solo se ha ido con sus amigos, como dijo —comentó uno de los policías.

—Espera, ¿qué es eso? —lo cortó su compañero.

Primero vieron la nota, sobre la cama impecable, y luego la encontraron a ella, colgada del gancho que había detrás de la puerta de su habitación con el cinturón de la bata.

—Dios... —exclama Manon con voz entrecortada, llevándose una mano a la boca. Es como si Helena hubiese limpiado toda su presencia.

La nota rezaba:

*No es lo que quería decir,
no es esto en absoluto.*

—Putos estudiantes de Cambridge —dice Colin—. ¿Por qué no pueden dejar una nota como Dios manda, como todo el mundo? Lo típico: «Nunca os importé» o «Estaba sola».

—Alguien se fue de la lengua y la hundió —afirma Davy, y Manon se percata de que este tiene los ojos clavados en Stuart, mientras cierra y abre los puños, conteniéndose.

—Eso no lo sabemos —responde Stuart, tratando de quitarle hierro al comentario, aunque la vena del cuello le hace parecer un camaleón que intenta camuflarse con su roca.

—¿Cómo se enteraron de lo de Helena Reed y Edith? —pregunta Davy, sin apartar la mirada de Stuart, acercándose desde el otro lado de la sala. Todos se quedan paralizados, como espectadores. El ambiente está cargado de remordimiento.

—A ver, no hay que ser una lumbrera, ¿no? Es la mejor amiga de Edith y está con ella la noche en que desaparece. Puede haber sido cualquiera. Cualquiera en este edificio puede haber hablado del tema con su mujer o su novia —teoriza Stuart, reculando—. O uno de los estudiantes, Jason Farrer, por ejemplo. No era muy discreto que digamos.

—Pero no es normal que se atrevan a publicarlo, a menos que venga de la policía, ¿no, Stuart? —lo acusa Davy, mientras Stuart se coloca, como quien no quiere la cosa, detrás de una mesa, para guardar las distancias con él.

—Aun así —responde Stuart—, no hay pruebas de que saliese de nosotros.

—Lo descubriré —dice Harriet—, y el autor de la filtración se irá de cabeza a la puta calle.

Eso no es verdad. Manon lo sabe; todos los presentes lo saben, salvo quizá Stuart. Las filtraciones son imposibles de rastrear y ningún periodista revela sus fuentes. Cualquiera podría haber revelado ese jugoso dato a los tabloides.

—O la autora... —apunta Stuart.

—Vete, no quiero ni verte —dice Davy en voz baja y serena, mientras Stuart se dirige a paso ligero hacia la puerta doble, disimulando con el móvil en la oreja.

—¿Probó a llamarte, Manon? —pregunta Harriet—. ¿Tenías el móvil encendido?

—Claro —responde Manon, girándose para mirar hacia el aparcamiento, aunque no se ve nada—. A ver, la cobertura funciona de aquella manera, va y viene... —A Manon le pica la cara con un calor incandescente, como una alergia.

«Ahorcada», murmura para sus adentros. Ha visto muchos suicidios por

ahorcamiento y sabe muy bien cómo están: la cabeza pálida e hinchada hacia un lado del cuello estirado, con abrasiones de la soga. A veces se han descolgado. A veces las puntas de los dedos rozan el suelo. Le sorprende que el gancho de la puerta aguantase su peso, aunque Helena Reed era más bien menuda.

La cabeza de Manon avanza a tientas por el territorio de las cosas que pudo haber hecho: desplegar agentes que protegiesen el piso de Helena en cuanto *Crimewatch* habló de una amante; pedir a Davy que acompañase a Helena a casa desde Newnham, el mismo jueves, y negarse a aceptar un no por respuesta; echar un vistazo a su móvil del trabajo a lo largo del fin de semana, como habría hecho en una situación normal, aunque no estuviese de guardia. Cuatro días de abandono, en los que Manon no hizo nada de eso, por la sencilla razón de que no lo hizo, y punto. Las ansias de Manon por esos placeres básicos y ansiados dejaron de lado todo lo demás. Qué vergüenza, qué vergüenza.

Pero, apenas unos segundos después, empieza a ver las cosas de otra forma. Se dice que no podía hacer nada, que cómo iba a saberlo, que no estaba de servicio. Si hubiese estado de guardia, sus teléfonos habrían permanecido encendidos. Se dice, con actitud desafiante, triunfante, que su fin de semana era suyo, que ese trabajo no es su vida; así que no está mintiendo cuando se defiende ante Harriet Harper. Está diciendo una especie de verdad.

—Qué horror —dice Alan, mientras oscurece tras los ventanales de su fabuloso granero. Manon mira el horizonte, una línea de fuego reprimida por el cielo azul grisáceo.

—Sí —responde ella. Se acerca a su corpachón, aún más abultado por el cárdigan azul marino de lana con botones de cuero; pone las manos en sus labios y la frente en su amplio pecho.

—Pobrecilla —dice, dándole un beso en la cabeza. Manon no sabe si se refiere a ella o a Helena Reed.

—Lo peor de todo es que no tenía nada que ver. Se vio implicada en el follón de otra persona.

—Mmm... —dice él, apoyando la barbilla en su cabeza.

—Estaba avergonzada, muerta de vergüenza —continúa Manon. Siente que la rabia le sube hasta la garganta, está a punto de gritar—. Solo probó algo distinto, ya está, y de repente se ve en boca de todos, y la vergüenza, el sentimiento de culpa...

—No llores —le dice Alan, poniéndole la mano en la mejilla, y Manon se pregunta si lo dice para consolarla o porque en realidad le está pidiendo que no exteriorice sus sentimientos delante de él. Ella está hundiéndose y él se eleva, como

los pájaros al otro lado del ventanal. Ese posarse y levantar el vuelo.

—«No soy el príncipe Hamlet ni pretendía serlo» —dice Manon. Él la mira—. E poema. Estaba diciendo que no era la protagonista de su propia obra.

De camino a casa de Alan, estaba en un atasco y observó todas aquellas cabecitas y hombros frente a sus volantes. Todos atrapados en sus pensamientos, enredados en vidas complejas; todos creyendo que somos el centro del universo.

—¿Quieres vino? —pregunta Alan, y Manon lo ve caminar hasta su cocina de acero gris.

—Sí, por favor.

Manon se sienta en el sillón desfondado, pero la última línea de sol se ha extinguido y ya no se ve nada. Están juntos, de eso no hay duda, así que ahuyenta los sentimientos de miedo y soledad. Piensa en Edith. Ella era de esas personas que se ven como líderes. Descuidada y egoísta. Sí, hay cierto placer corrosivo en echarle la culpa a Edith Hind. Helena, en cambio, era la compañera leal, deferente, feliz de poder serle útil.

—¿Cómo afecta al caso? —pregunta Alan, ofreciéndole una enorme copa de vino tinto que le ocupa toda la mano. Incluso su cristalería es preciosa.

—Habrá una investigación. De la CIQIP. Para ver si manejamos bien el asunto; y la verdad es que lo hicimos casi a la perfección. Aunque está claro que no del todo, porque pidió ayuda y los del turno de noche no hicieron nada, o al menos no lo bastante rápido. —Se detiene antes de entrar en más detalles, por el bien de ambos—. Podríamos haberlo evitado —se limita a susurrar en su copa, y bebe un sorbo. Alan ha vuelto a la cocina y trastea con sus palanquitas.

—¿A ti te investigarán, personalmente? —pregunta.

Ella se encoge de hombros.

—Supongo que a todo el equipo del caso Hind, por una cuestión de protocolo. Es el procedimiento estándar cuando alguien muere después de haber hablado con la policía. No será, eso sí, hasta dentro de varios meses. No mientras la investigación de Hind siga abierta.

Alan está trajinando en la cocina. Ella se levanta, se le acerca por detrás y vuelve a ponerle las manos en la cadera.

—Sé que tienes una regla sobre las noches entre semana y tal —le dice—, pero ¿puedo quedarme? Por favor, esta noche. No quiero estar sola.

—Claro —responde él, y durante unos segundos Manon siente alivio y lo abraza por la espalda. Luego la abruma una sensación desequilibrante: la está aguantando.

Comparte con ella un filete de carne poco hecho, y los granos marrones y amarillos de mostaza flotan en su estela de sangre. El brócoli verde oscuro está

crujiente. Se acaban una botella de tinto y Manon percibe que la amenaza de Helena Reed se acerca, que hay algo inalcanzable en Alan, que una brecha de soledad los separa. Tiene algo que ella no alcanza a comprender, algo que Manon no puede identificar en nada concreto de lo que dice. El vino y la tristeza y la culpa entorpecen sus movimientos.

Piensa que quizá puedan salvar esa brecha en la cama, que ahí es donde podría corregirse el desequilibrio, pero Alan parece aún más distante cuando se le acerca. Tiene ese casi-amor tan sumamente próximo que pone todo su empeño en alcanzarlo. Se coloca encima de él, lo besa, lo toca; el vino tinto lo vuelve todo confuso y oscuro; su pecho se hincha y todo está fuera de control. Cuando acaban y vuelve a tumbarse, Manon rompe a llorar: no son unas lágrimas tímidas y eduardianas, sino unos sollozos incontenibles, de esos que dejan paso a riachuelos de mocos.

Él se incorpora, apoyándose en un codo, y pregunta: «¿Qué pasa?» con una voz que suena al borde de la irritación, aunque podrían ser imaginaciones suyas.

—¿Tú te sientes así? —pregunta, tapándose los ojos con las manos—. ¿Eh?

Él le acaricia el brazo.

—He estado solísima, joder —dice, con un llanto gutural que la alivia medio segundo, pero que luego la hace sentirse fatal, porque él no dice nada y vuelve a tumbarse en su almohada de lino gris, con los ojos clavados en el techo.

MARTES

MIRIAM

Su hija lleva veintitrés días desaparecida y no ha tenido ningún problema en llegar aquí, a la puerta de una médium que ha encontrado a través de *www.resuelvetumisterio.com*. Miriam Hind, apellidada Davenport de soltera, antigua científica, siempre racionalista, esperando frente a la puerta de Julie, la quiromante.

Vive en el periférico Hendon, en un chalé adosado construido en los años treinta, con las ventanas tan limpias que reflejan la poca luminosidad de enero. El timbre suena con un carillón. Cuando Miriam llamó por teléfono ayer, en un arrebató, no creyó que fuesen a darle cita para el día siguiente. Era evidente que la agenda de Julie no estaba hasta arriba.

Sin embargo, el paso de las horas, y de la noche, había enfriado el entusiasmo de Miriam por la quiromancia, y ahora es consciente de lo tonta que ha sido. Ha venido a regañadientes, porque ya había reservado y no está bien cancelar las reservas sin más. Hay que cancelarlas con educación o respetarlas, como todo británico que se precie. Pero no volvió a llamar, ni envió un mensaje al correo electrónico de la sección «Contacto» en la página web. Hoy en día hay muchísimas formas de escurrir el bulto en silencio.

Le explicaré que no va conmigo, piensa Miriam justo antes de que la puerta se abra.

—Adelante —dice la mujer, y Miriam pasa a una sala espejada e iluminada, con una moqueta impoluta color crema. La calefacción está demasiado alta.

—¿Me quito los zapatos? —pregunta, confiando en que la respuesta sea no, porque agacharse ya no le resulta tan fácil como antes.

—Sí, por favor —responde—. La espero en el salón.

Su actitud, las mechas rubio ceniza, el cárdigan gris topo con lentejuelas: tiene todos los detalles meticulosos de una esteticista de la periferia. Miriam la sigue hasta un salón con dos grandes puertas que dan a un jardín. Aquí también huele a moqueta nueva, y hay un amplio sillón de cuero crema en el que Miriam se hunde. Se diría que contactar con el mundo de los espíritus no es mala forma de ganarse la vida, aunque se tenga una agenda tan libre como la de Julie.

—Muy bien —dice la mujer.

—Muy bien —replica Miriam, cada vez con más reticencia.

—Siento una gran tristeza, un gran dolor —continúa Julie, ladeando la cabeza—. Veo que todo está desalineado.

Miriam asiente. Es absurdo que esté ahí. Tiene que encontrar el momento idóneo para excusarse y marcharse. ¿Qué pensaría Ian si se enterase?

—Siento que ha perdido la esperanza, que ha perdido su camino en este mundo. El dolor es demasiado grande. Se siente confundida e infeliz.

Venga, déjate de rollos, piensa Miriam.

—Quiere saber qué la espera, cómo se resolverá todo. Quiere acabar con la incertidumbre, con el miasma, como yo lo llamo. Puedo leerle las cartas, la mano o el aura. ¿Qué prefiere?

—No lo sé.

—¿Una lectura general, quizá? Puede pagar con cheque. No acepto tarjetas. C puede domiciliar el pago, que es lo que recomiendo a mis clientes: hay una rebaja a partir de tres sesiones.

—¿Ahora? —pregunta Miriam, metiendo la mano en el bolso.

La mujer asiente. Miriam extiende un cheque, una tarifa plana de ochenta libras por una lectura. No va a picar en esa tontería de la domiciliación.

—¿Me permite? —solicita Julie, envolviendo lentamente la mano de Miriam con las suyas, como si fuese un objeto valiosísimo, y colocando la palma hacia arriba. Miriam se percata de sus uñas borgoña, como garras manchadas de sangre—. Veo a alguien que quiere con toda su alma. Alguien al que ha perdido...

Estás leyendo mi edad, piensa Miriam. Estoy en la edad de la pena.

—Una hija, una hija muy amada, cuya seguridad corre peligro.

Has leído los tabloides. Me has visto en las noticias.

—Quiere saber qué le ha pasado a su hija —afirma, mirándola a los ojos, y su corazón se acelera. Ambas sienten su mano temblar.

—Sí —responde Miriam.

—Quiere a su hija con toda su alma y está sufriendo muchísimo —dice—. La atormenta pensar lo que puede haberle pasado. Vive una agonía a causa de la incertidumbre. No puede llorar su muerte, pero no se permite tener esperanzas.

—Sí —dice Miriam, con la voz entrecortada, manchada de necesidad—. Por favor, yo... —Ahora es Miriam la que agarra la mano de la mujer, apretando.

—Su hija está viva —dice ella.

Miriam la mira fijamente.

—Su hija está viva —vuelve a decir, exhalando con fuerza, como si ella también sufriese, haciendo suyo el dolor de Miriam.

—¿Cuándo volverá? —pregunta Miriam—. ¿La han secuestrado?

Julie cierra los ojos, y acaricia y agarra la mano de Miriam entre las suyas. Respira por la nariz, con los ojos cerrados. Mueve la cabeza de un lado a otro.

—Lo he perdido —dice—. A veces es demasiado potente. A veces no puedes

conservarlo.

—¿Cuándo lo recuperará?

—Tendrá que volver.

DAVY

Mientras le ofrece la taza, sabe que se ha equivocado y no le importa. Por una vez, Manon se tendrá que aguantar. Ella también tiene muy mala cara, quizá tanto como la suya: hinchada, evasiva.

—¿Esto qué es, Davy? Yo no bebo café solo.

—¿Te estás oyendo? —le dice, en plan «venga, a ver si te atreves».

—Vale, vale —responde Manon—. Joder, ¿y a ti qué mosca te ha picado?

Se ha despertado a las cinco y media de la mañana con un recuerdo abrupto, como si el duro acero del sentimiento de culpa lo hubiese arrancado del sueño. Ha mirado a Chloe, dormida a su lado. El pelo, pegajoso por los potingues varios que se echa, le envolvía la cabeza como una venda. Ella le ha hablado de «pasar al siguiente nivel» y Davy está confuso: hace un par de semanas lo tenía clarísimo, pero ahora... Apenas comparte con ella los problemas que lo atormentan últimamente. Sin embargo, su desapego parece espolear el entusiasmo de Chloe, y Davy se pregunta si será ese el secreto sobre las mujeres, que los demás hombres saben desde hace tiempo y que a él tanto le ha costado entender. Quizá era lo que hacía que una sabandija como Stuart Leach triunfase con ellas. Stuart es capaz de tirarse a Marie, la de Contabilidad, y luego hacer como que no la conoce en el trabajo.

Davy vuelve a llamar a la trabajadora social encargada de Ryan, Reeve Dell. A juzgar por su tono de voz, pesimista y monótono, siempre está cansadísima. Aunque también es cierto que los Servicios Sociales están llenos de gente deprimida.

—Su madre se ha mudado, como le comenté. No tenemos la nueva dirección —le dice Reeve.

—Vale, pero ¿sigue teniendo el apellido Wade? —le pregunta, rastreando de memoria la base de datos de la policía, que podría consultar.

—No, no, espere. Se casó con alguien. ¿Quiere su apellido?

—Sí, por favor.

—Un momento.

La oye moviendo unos papeles y tecleando algo. El presupuesto no daba para Vivaldi. Davy se pregunta con qué clase de sociópata se habrá liado ahora la madre de Ryan.

—Vale, aquí está. Ahora se apellida Jones.

—¿Jones? Me estará tomando el pelo...

—¿Por qué iba a tomarle el pelo, agente Walker?

¿Cómo voy a dar con una Jones?, se pregunta, y le entran ganas de llorar, o de

arrancar el teléfono del enchufe y llevarse un trozo de pared.

—¿Ryan también se apellida Jones? ¿Han avisado a las autoridades de la nueva zona de que está registrado como un caso de riesgo?

—Como le digo, no sabemos dónde han ido. No nos pidió permiso ni nada por el estilo. Recuerde que le devolvieron la custodia del chaval.

—Sí, pero fue porque... —Davy se rinde. No tiene sentido seguir intentándolo con Reeve Dell.

—Siento no poder ayudarlo —dice la mujer.

—Nada, no pasa nada —se despide él.

Harriet se acerca a la mesa que comparten Manon y él, apoya los nudillos y agacha la cabeza.

—El registro de llamadas de Helena Reed... —murmura Harriet, para que solo la oigan Manon y Davy—. Intentó hablar contigo, Manon, tres veces.

Davy mira a Manon, que está hurgando en su bolso en busca del teléfono, como si su presencia física pudiese explicarlo.

—No estaba de guardia —responde Manon, mirando a Harriet con brusquedad—. Tengo derecho a apagar el móvil el fin de semana, a tener mi vida. A lo mejor tú quieres estar casada con este trabajo, Harriet, pero yo no. De todas formas, como te dije, a veces la cobertura falla en mi piso, va y viene, ¿me explico?

—Ya sé que no estabas de guardia, y no formaba parte de una investigación oficial —replica Harriet—. Solo te estoy informando, Manon, joder.

—Vale, es culpa mía —se hunde Manon, al borde de las lágrimas.

Davy y Harriet la ven dirigirse a la puerta doble, casi a la carrera, y perderse tras ella cual nadador al zambullirse.

—A ver, Graham Garfield —dice Harriet, ya en voz alta, para que el departamento la oiga—. ¿Qué hemos encontrado sobre él?

—Una estudiante dice que se le insinuó sin que ella le diera motivos, y varias afirman que tenía fama de intentarlo —informa Kim—. A mí me suena más a plasta que a acosador. Un oportunista, lo típico: se probaba, le daban calabazas casi siempre, pero de cuando en cuando caía una.

—¿La señora Garfield lo sabe? —pregunta Harriet—. No tiene pinta.

—Cuando fuimos a su casa tenía dudas sobre la coartada de su marido —dice Davy—. Al principio había dicho que estuvo con él en casa cuando volvió de The Crown, pero luego nos confirmó que solo lo oyó meter la llave en la cerradura justo antes de dormirse.

The Lord Protector, un local frío y húmedo, con el suelo de madera pegajoso y los

ruiditos metálicos de las tragaperras. Davy está girando su vaso, en una mesa en un rincón, e intenta explicarle a Chloe lo que le pasa.

Intenta hablarle de su trabajo, decirle que es una parte importantísima de cómo se ve a sí mismo. Procura describirle su deber de asistencia para con Helena Reed, y le explica que le han fallado y que no puede quitárselo de la cabeza. Habían hecho todo lo que se suponía que debían hacer, pero ¿entonces por qué se siente tan sumamente mal?

Una parte de él ya está resentida por las críticas que les llueven como policías: la eterna pregunta de qué podrían haber hecho mejor, más rápido, con un papeleo impecable y una delicadeza exquisita; qué deberían aprender de los errores cometidos. Esa agente del turno de noche, Monique Moynihan, probablemente pierda su trabajo, y quizá hasta se lo merezca. Pero, a pesar de eso, no abandona la sensación de estar en una guerra donde les faltan recursos. Se estaban limitando a cumplir con su cometido.

Intenta verbalizarlo para ella, necesita que Chloe entienda lo que siente en este momento crucial. Pero, cuando levanta la mirada, ve esa expresión tan típica suya: tiene los músculos de las mejillas relajados, parece que se le está derritiendo la cara, y una mirada de piedra, como tantas otras veces, distante y desdeñosa.

En vez de pedirle que le preste atención, le pregunta:

—¿Qué te pasa?

Ella se encoge de hombros y responde:

—Nada. Estoy bien.

—No, te pasa algo. Estás enfurruñada otra vez. ¿Qué pasa ahora?

Su franqueza parece pillarla a contrapié, pero sus mejillas siguen caídas. Las mejillas del apocalipsis, piensa Davy. También tiene la boca fruncida.

—Pues que me parece un poquito raro que te preocupes tanto de una muerta. De una muerta que encima es lesbiana —dice.

—Estás de coña, ¿no?

Chloe se encoge de hombros.

—Siempre estás pensando en otras cosas: pobre Helena Reed, pobre Ryan, pobre Manon la genio. Nunca estás aquí, viviendo el momento.

—Por Dios, Chloe, ¿alguna vez te has parado a pensar por qué? ¿Alguna vez has pensado en cómo es «el momento» para mí? —Se levanta de la silla, sorprendiéndose a sí mismo—. Estar aquí contigo viviendo el momento es como..., es como hundirse en arenas movedizas. Es como ahogarse. —Se siente como el Davy de diez años, recorriendo las cortinas de la habitación con entusiasmo, mientras su madre se queda en la cama, sin levantarse, día tras día—. Haces que me asfixie, Chloe —le dice,

cantándole las cuarenta, y las ochenta—. Haces que me asfixie de la tristeza.

Sin ser muy consciente de sus gestos, se ve cogiendo el abrigo del respaldo de la silla y saliendo del bar, y mientras camina ya sabe que esa discusión será imposible de superar.

MANON

¿Se ha acabado tan pronto, después de su arrebato idiota en la cama? ¿Lo ha asustado? Esta mañana, Alan le ha hablado con auténtica superficialidad, y a ella le ha dado la sensación de que le molestaba que estuviese trastocando su rutina: la ducha con gel astringente (de menta; lo había probado y sintió un curioso frescor entre las piernas), el café, la pulcritud oscura de su traje. Si pudiera dar marcha atrás, respetar los espacios, quizá Alan volviese a imaginarla como la amante perfecta que había estado a punto de tener. La inalcanzable Manon. Ansía a Alan Prenderghast.

—¿Papá? —dice, hundiéndose en la almohada, con el teléfono en la oreja.

—Hola, cariño —susurra. Lo oye levantarse de su cama con esfuerzo, y luego un gruñido de fondo. Es la voz de Una, que le dice: «¿Qué horas son estas de llamar?».

Manon mira su reloj. Son las once menos cuarto.

—No cuelgues —la pide—. Voy a cogerlo en el estudio.

Oye un movimiento de pasos y el auricular al caer. Clic. Luego su padre vuelve a coger el teléfono y por fin habla con tranquilidad:

—Bueno, cariño, ¿qué te cuentas?

—¿Se ha vuelto a cabrear?

—No, Manon, no vayas por ahí. Una estaba a punto de dormirse, ya está. No... ¿Qué tal? ¿Cómo va el trabajo?

—Bien, bien... —responde con tono triste.

—¿El caso te está afectando? He visto en las noticias lo de esa pobre chica, Helena Reed. Stanton va a tener que cargar con el muerto.

Siempre muestra muchísimo interés: la policía es un *hobby* que vive a través de su hija. Se plantea contarle la verdad sobre Helena Reed, pero ni siquiera tiene claro dónde empieza y acaba la verdad, hasta qué rincones llega su culpa. Porque él la entendería, él creería en Manon. Le diría que no era culpa suya, sin dejar de reconocer que a lo mejor un poco sí. Guardarían silencio al teléfono, con el auricular pegado a la oreja, y sería un silencio franco.

—La verdad es que he conocido a alguien, papá.

—¿Ah, sí? —responde, con una voz sinceramente atónita.

Por Dios, piensa Manon, tampoco estoy tan mal...

—Cuenta cuenta —la anima.

—Se llama Alan. Alan Prenderghast. Es analista de sistemas.

—¿Analista de sistemas? —lo dice con la misma voz con que solía decir «Es un erizo, ¿no?», cuando, de pequeña, le enseñaba fotos del colegio—. ¿Qué es un

analista de sistemas?

—Para serte sincera, no lo tengo del todo claro. Vive a las afueras de Ely.

Podría haber añadido «tiene un Ford», como si estuviese diciendo «Darcy, sí, de Pemberley».

—¿Y te gusta? —le pregunta su padre, con tono incrédulo.

—¿Es tan difícil de creer? —responde.

—No, no. Estoy seguro de que es un tipo fantástico —añade.

¿Es que no puede oír lo maravilloso que es Alan Prenderghast, su analista de sistemas que vive a las afueras de Ely, con su cristalería preciosa y su perra Nana? ¿No puede ver lo inmenso que es este amor?

Se quedan callados.

—¿Cuándo me lo vas a presentar? —dice su padre al cabo de unos segundos.

—Cuando te encuentres los huevos y vengas a verme —le responde, sin maldad premeditada, como diría Davy.

Se imagina a su padre con el pijama arrugado, tapando el auricular con una mano y lanzando miradas furtivas a la puerta del estudio, rodeado de tartán y cabezas de ciervos que despuntan de las paredes como intrusos sorprendidos. Como si estuviese viviendo un idilio en las Highlands tal y como se lo habría imaginado Walt Disney, solo que Una Simmons tiene la llave de ese refugio de caza. Una Simmons, la Macbeth de Moray, que siempre busca la forma para que sus hijas —bueno, al menos esta hija— no tengan cabida en su apretada agenda; que busca razones para que no haya sitio para ellas en Navidad.

—¿Has hablado con Ellie? —le dice tras unos segundos, devolviéndola a la conversación.

—No, papá, no he hablado con Ellie. Será mejor que cuelgues, ya es tarde. Vuelve a la cama con Mein Führer. —Y es ella la que cuelga el teléfono.

La sensación en su familia era que había que culpar a Margaret Thatcher, no solo por el desempleo récord («el quince por ciento de la población en edad de trabajar», decía su padre, negando con la cabeza, siempre detrás de un periódico), sino por los mineros, claro, y porque Murdoch se cargase los sindicatos de impresores (algo que dolió particularmente a su padre), y también, en algún oscuro sentido, por lo sucedido a la familia Bradshaw. Todo iba mal: con Thatcher y sin madre. La tristeza de su padre, en suspenso mientras la naturaleza enérgica de su madre iluminaba y vigorizaba la casa, se convirtió en el microclima predominante cuando murió. Era algo generalizado: una sensación de desesperanza por ellos y por el mundo. Suspiraba hondo con el telediario. Suspiraba al leer el *Guardian* y se pasó al recién nacido

Independent (con su lema «Lo somos. ¿Y tú?»), que también acabó haciéndole chasquear la lengua. Suspiraba al ver fotografías antiguas.

Ellie y Manon escuchaban a Kate Bush en su habitación; a Peter Gabriel y a Kate Bush, mejor dicho, cantándoles que no se rindieran con su *Don't Give Up*, y lloraban a lágrima viva.

La situación siguió así cinco largos años, en los que él decía que estaba «criando a las niñas», aunque lo que hacía era estar detrás de su periódico, indignándose. Volvió al *Guardian* tras otra desilusión y se convirtió en un mero cascarrabias, farfullando y echando pestes sobre el nuevo diseño de su cabecera (¡ITC Garamond dual cursiva en comparación con Helvética negrita! ¿A quién se le ocurre?). Aquello parecía una mejora. Volvió a escribir para el *Fenland Citizen*, del que era editor (los trabajadores se las habían apañado bastante bien durante sus años de luto), reseñas de libros y películas en su mayoría, o algún artículo esporádico de viajes cuando pasaba una noche en Dublín u otra ciudad por el estilo y las chicas se quedaban solas.

En 1997, su padre empezó a interesarse por sí mismo. Se compró ropa por primera vez desde los años setenta: un polo y unos chinos. Fue a la peluquería *motu proprio*. Empezó a silbar en el baño, a sonreír y contar chistes. El origen de aquel cambio no se descubrió hasta varios meses después, y resultó que no era un proceso orgánico de curación, sino una mujer llamada Una Simmons, compañera en la redacción, que escribía una columna de consejos para amas de casa llamada «Soluciones Simmons». La noche de las elecciones generales fueron juntos a la imprenta de High Wycombe, presumiblemente a dar el visto bueno para imprenta a la portada definitiva. Lo demás, como solían decir, fue una victoria aplastante del laborismo. Las cosas, ya lo dice la canción, solo podían mejorar, y sin duda mejoraron —al menos para el padre de Manon—. Fue entonces más o menos cuando Manon lo perdió.

Deja el teléfono en el suelo, mulle la almohada y estira la mano en busca del sintonizador de la radio.

MIÉRCOLES

MIRIAM

—¿Puedes decirle a Rosa que no hace falta que limpie mi estudio? Tengo todas las cosas de la campaña y documentos que no quiero que se traspapelen —le explica Ian.

—Sí, claro. ¿Dónde vas? —pregunta Miriam. Está poniendo en un jarrón unos lirios silvestres que acaba de comprar en el Tesco Express de la esquina. Ni siquiera le gustan, con sus hojas apagadas y sus capullos anodinos, pero siente que al comprarlos vuelve a conectar con el reino de los vivos, gracias a Julie, de Hendon. Además, aportan una buena fragancia a la casa en invierno.

—A correr un rato —responde—. Te veo más animada. —Se está atando los cordones de las deportivas y tiene un pie apoyado en la silla de la cocina, tapizada de color crema.

—¿Puedes bajar el pie? —le dice.

—Sí, perdona.

No le ha contado lo de Julie, huelga decirlo, pues lo consideraría como una prueba más de su locura. Sin embargo, le ha bastado una visita para conseguir que la situación sea soportable.

—Estaba pensando en volver a la consulta, ¿sabes? —le comenta, manoseando los tallos para intentar que queden naturales en el jarrón, aunque están más rígidos que un andamio.

—¡Qué buena idea! Te vendría bien salir. Tener la mente ocupada.

—¿Dejar de pensar en Edith?

—Pensar en ella no sirve para encontrarla.

—Bueno, tampoco me he decidido aún —concluye Miriam.

Su socio de la consulta, Raj, la había llamado después de Navidad, pero solo para decirle que se tomase el tiempo que necesitara, que había contratado a un médico sustituto y que, si había que firmar algo (el papeleo de las consultas concertadas con el Estado era increíble), él podía pasarse por su casa. Veinticuatro días desaparecida; tres semanas y media de vida suspendida, de insomnio y clausura. Era una sensación mezcla de sosiego y aislamiento, como estar debajo del agua, y tiene unas ganas enormes de quedarse sumergida, en lugar de salir al mundo atronador, donde la gente le preguntará cómo está y cómo van «las cosas». ¿Por qué no puede quedarse en casa, teniéndolo todo ordenado, fiel a Edith en su cabeza y fortalecida por su conexión con Julie? ¿Por qué eso no está bien?

—Vale —dice Ian, metiéndose las llaves en un bolsillo de los pantalones de deporte y cerrando la cremallera—. No tardo.

Una hora después, Miriam se sienta a su escritorio para abordar algunos papeles de la casa que tenía olvidados: la cuota del seguro del hogar, el cheque para el lechero, la lectura del contador. Cae en la cuenta de que necesita un sello y entra en el estudio de Ian. Tiene un alijo guardado en el cajón central del escritorio, entre clips, sobres y funditas de plástico para las etiquetas de los archivadores, que resuenan mientras hurga en el cajón, que está duro y no se abre del todo. Rebusca y levanta objetos en la parte de delante, pero no ve ningún taco de sellos, así que mete la mano y busca a tientas, entre cintas elásticas y polvo inmemorial. Bolígrafos, una linterna, una chincheta con la que se pincha. Entonces nota algo sólido y cuadrado, que no reconoce. Lo saca. Es un Nokia. Un ladrillo anticuado, a años luz de los *smartphones* que todo el mundo tiene ya. Con los bordes de la pantalla mugrientos. En la carcasa hay pegatinas de piratas fosforescentes: la calavera y las tibias, un barco pirata. Es el móvil de un niño. ¿Por qué...?

Pasa la yema del pulgar por el borde de las pegatinas, agradables al tacto, y se despegan un poco. Vuelve a girar el móvil. Está muerto, como es natural; la batería se ha agotado. Ian debía de haberlo encontrado tirado por ahí.

Devuelve el móvil al fondo del cajón y, justo en ese momento, oye la llave en la puerta principal. Empuja el cajón para cerrarlo, pero se queda encajado; cuando vuelve a intentarlo, su marido aparece por la puerta del estudio, diciendo:

—¿Qué buscas?

—Quería un sello —responde, sin saber muy bien por qué está nerviosa—. Es igual.

Su marido se coloca entre el escritorio y ella y cierra el cajón central con un fuerte empujón. Luego abre el cajón de al lado y saca un taco de sellos.

—Toma —dice.

SEIS DÍAS DESPUÉS. MARTES

MANON

Sonríe mientras cierra la puerta principal y levanta la cara al sentir ese calorcillo atípico en enero: un cielo clarísimo y un sol cegador, que casi duele mirar. El aire fresco le entra en los pulmones y el río resplandece como el diamante. Se pregunta cómo la sorprenderá el Día de San Valentín. ¿Flores? ¿Una mesa en el reservado de algún restaurante? ¿Un viaje a París?! Qué rápido se desvanece la soledad. Es como ver el suelo desde un avión que acaba de despegar: cada vez más pequeño y más lejano. Basta poco tiempo para que el recuerdo sea remoto, como si el cuerpo estuviese deseando disfrutar del calor que envuelve al nuevo territorio —el amor—, olvidándose de que es nuevo. Una semana o un mes bastan para que la idea de regresar sea impensable.

Se hunde en el asiento del conductor, baja la visera para protegerse del sol rebelde, hurga en su bolso en busca de las gafas de sol y arranca el coche. ¿Ha notado Alan los kilos que ha cogido después de tanto desayuno a base de fritanga los domingos y tanto viernes cenando curri? ¿Verá con buenos ojos que la alegría desdibuje sus contornos? Parece que, cuanto más expresa ella, menos lo hace él, y a veces se dice que le gustaría volver a las escaleras del cine, cuando ella mantenía las distancias y él la buscaba. A Alan no le gusta escribir mensajes ni correos. Todos los corazoncitos son cosa suya; se los envía en arrebatos de amor que no necesitan reciprocidad, aunque, cuando no le responde, su mundo interior se nubla. Se le ha quedado una imagen grabada en la cabeza: esa bandada de pájaros que se posaban y levantaban el vuelo en el otro margen del río, frente al granero de Alan. Unos tocando tierra mientras otros se elevaban, como si llevaran ritmos opuestos.

Frena en un semáforo y la sorprende el brillo del sol en los capós y en los espejos retrovisores. Vuelve a sonreír, acordándose de su domingo: con la cabeza en su regazo, oyendo el crujido del periódico, mientras ella disfrutaba de su libro, aletargada, y decía:

—Me encanta esta palabra: «ávido».

—Mmm, a mí me encanta «seno» —respondía él, aferrándose los, y ya estaban otra vez, dale que te pego.

Son dos personas distintas. Todo se andará. Él es comedido, con un carácter reservado, muy británico, que le parecería adorable a cualquiera. No le gusta mandar mensajes y punto.

Una nube inmensa y oscura, aciaga, pasa sobre ella, y Manon se levanta las gafas. No deja de ser invierno...

El semáforo se pone en verde y pisa el acelerador, aunque el coche tarda en

responder. La Ley para las Noches Entre Semana de Alan sigue vigente: ocho horas completas, con su antifaz de seda color lavanda. Nada de cucharita y marcha, no un martes. Tiene las cosas muy claras y controladas. ¡Prenderghast el Puritano Presidente! Es auténtico y están juntos. Y sí, los pájaros levantan el vuelo, pero también se posan: solo tiene que darle tiempo.

Era como le dijo a Bri cuando su amiga la obligó a ayudarla a mover los muebles del bungalow de su madre, que estaban a punto de alquilar:

—A mucha gente le gusta tomarse las cosas con calma, ir a su ritmo, ¿no? Forma parte de...

—Ahí, pegado a la pared —soltó Bryony, mostrando el interés justito, para el gusto de Manon.

—Vale, no está eufórico, pero tampoco pasa nada. Joder, yo he sentido presión y he reulado mil veces, ¿no? Es una reacción humana. —Ahora también reculaba con torpeza; las yemas de los dedos le quemaban bajo el peso del sofá Parker Knoll de la madre de Bryony—. Así que lo más importante es...

—Ahora la mesa de centro —dijo Bryony.

—Es estar tranquila y no meterle presión. Ya sabes lo que dicen: vísteme despacio que tengo prisa.

Está tan sumamente cerca, ese casi-amor... Ojalá pudiera contenerse y no abrumarlo. Anhela con cada célula de su cuerpo al inalcanzable Alan. Y cuando ella se posa, él levanta el vuelo.

Entretanto, mientras se prolonga ese anhelo —que no tiene nada que ver con las citas a regañadientes, el sexo con sentimientos encontrados y el no acabar de querer a nadie—, siente que se ha convertido en una Manon más plena; en un océano de Manon que inunda a Alan. Suficiente para ambos. Ella podría vivir con esa expectación. ¿Hay algo más feliz que estar seguro de tus sentimientos y acabar con todas esas relaciones de quita y pon? Ahora le dan pena las pobres mujeres que se conforman o que temen el compromiso; que se preguntan si funcionará o si habría alguien mejor. Ella fue así, durante siete largos años, con su novio de la universidad: cuando lo dejaron no tenía ni idea de si estaba haciendo bien. Aunque eso ya es agua pasada.

En esta nueva era, con Alan, todo es perfecto, y todo —sus zapatos enormes, su abrigo holgado, su cabeza de Fungus, el hombre del saco, adornada con un antifaz de seda color lavanda, o su Ley para las Noches Entre Semana— tiene sentido. Va a ser un padre fantástico. Instalará un enorme tren de juguete que recorrerá su precioso granero. Y es divertidísimo. A veces, cuando gasta una broma, Manon se ríe tanto que se le escapa el pis, aunque no se le ocurre ningún ejemplo concreto de algo divertido que haya dicho.

Llega a su destino y aparca pegando el morro del coche a un arbusto. Gira la llave y todo queda en silencio, como un corazón al detenerse. Se coloca el bolso en el regazo mientras el coche restalla, enfriándose, y busca su móvil, el personal, por si el amor de Alan hubiese aparecido en forma de mensaje. Sin embargo, la pantalla sigue igual. Así que es ella la que le escribe, como de costumbre:

Dios, estamos a martes y ya estoy hecha polvo. Tengo unas ganas locas de que llegue nuestra noche de cena a domicilio, y luego postre. ¡Besos! M.

DAVY

Bebe un sorbo de café recalentado y mira por la ventana de la tercera planta, con una mano metida en el bolsillo de los pantalones jugando con las llaves. Ve a Manon cerrar la puerta de su coche y quedarse quieta unos segundos, mirando al sol de invierno, disfrutándolo con los ojos cerrados. Como si estuviese viviendo una experiencia religiosa.

Lejos quedan las llanteras en el aparcamiento, la frente apoyada en el volante. Ya no le arrebatara, ceñuda, el café con leche que él le ofrece, ni se limpia las manchas de rímel. Ahora es Davy quien se impacienta con el tráfico, como si los atascos fuesen una prueba más de que nada funciona en el mundo. Su planeta ya no está alineado. Una chica lleva más de un mes desaparecida, otra está muerta. No han cumplido, se dice Davy, y todo está patas arriba.

Manon se ha vuelto... despreocupada. Está relajada, es amable con los compañeros y se interesa por sus entrañables anécdotas de padres, mientras que antes solía poner cara de asco y fingir que vomitaba a sus espaldas.

Hola, ¿qué han hecho los gemelos este fin de semana, Nigel? Te han dejado para el arrastre, ¿eh?

A Davy lo irrita sobremanera esa ligereza en sus andares.

La semana anterior habían estado vigilando a Tony Wright, pero se portó como un angelito. La autopsia de Taylor Dent ha llegado, pero no les dice nada: «Resulta imposible determinar si la muerte se produjo antes o después de que el cuerpo cayese al agua. Las lesiones encajan con las que suelen producirse en un río. El análisis toxicológico no es concluyente».

Las pesquisas sobre el entorno de Garfield, y el incómodo interrogatorio al que sometieron al profesor sobre su uso de Facebook, no bastaban para arrestarlo. No avanzaban. A Garfield se le vio inquieto en el interrogatorio, pensaba Davy, pero no por vergüenza; en su expresión se leía: «Soy un hombre. Acepto mis pecados veniales. ¿Por qué tú no?».

Los periodistas habían empezado a mesarse las barbas y publicar artículos más largos y sesudos, analizando los parámetros de la investigación. La última propuesta del *Mirror* es que la policía investigó demasiado a fondo a su círculo más cercano. Los agentes no consideraron lo suficiente la posibilidad de que un desconocido apareciese de la nada. Un ataque al azar.

Cómo le gusta criticar a la gente, se dice Davy, negando con la cabeza. Nunca es un desconocido. Bueno, casi nunca.

Y, mientras tanto, Manon sigue con la perorata de los restaurantes nuevos que quiere probar. «He puesto toda mi pasión, estoy dándolo todo», le dijo ayer, mientras aguardaban en el coche con sendas bolsas de papel marrón, del local de comida rápida, sobre las piernas.

Estaban en una misión de vigilancia: drogas y prostitución. Davy tenía el regazo calentito y la boca llena de una mezcla sintética de grasas saturadas y sal, y hablaba murmurando, disimulando su irritación con la comida.

—Siempre soy yo la que muestra más entusiasmo en las relaciones, la que le pone más ganas.

Él asintió, pegándole otro bocado a su hamburguesa con queso.

—Aunque a veces no —siguió diciendo Manon—. Por lo general no me gusta la gente y, en ese caso, no pongo nada de pasión.

—Fascinante —murmuró Davy, sin dejar de mirar al frente.

—Lo que quiero decirte es que tardo años en encontrar a alguien que me parezca genial, y luego lo abrumo con mi entusiasmo.

—Como un san bernardo.

—Algo así, sí.

—¿Nos pedimos otra hamburguesa con queso?

Manon asintió, aún masticando.

—Son solo noventa y nueve peniques...

—No creo que el problema sea el precio, ¿no? —respondió Davy.

—Voy a pillarlas.

Debería alegrarse por ella, pero es incapaz. Se está acostumbrando a que en su cabeza predominen los pensamientos más mezquinos. Se pregunta si debería solicitar un cambio de destino y empezar de cero, alejarse del lugar y los sentimientos que hacen tan lúgubres sus minutos y sus segundos. Sin embargo, ahora tiene un contacto más estrecho con Stanton, como un frágil brote que sale de una semilla, y es innegable que alberga cierta esperanza sobre lo que eso podría suponer para su carrera.

El tiempo se ha vuelto denso, tiene la consistencia de la melaza, pero está convencido de que, para Manon, ha pasado volando en las últimas dos semanas. Habla de Nana como si fuera su perra. «Nana está mudando», dice, con voz condescendiente, sacudiéndose los pelos de la falda. Davy recuerda a esa perra estoica, con las orejas como dos velas agitándose a los lados de su cabeza, y luego la imagen pasa a Chloe, con sus láminas de pelo planchado.

La echa de menos. La echa de menos, la echa de menos, la echa de menos. Algunas noches llora tanto que la almohada se empapa y no puede dormir. Siete días deprimentes y solitarios, echando de menos a alguien con quien nunca debió de haber

estado, para empezar. Y, aun así, desea que vuelva. Se pregunta si estaría dispuesto a tolerar su falta total de empatía y esa actitud de amargura general con tal de sentir que están juntos otra vez. Quizá eche de menos al buen tipo que era antes de que Helena Reed se suicidase; al que tenía la alegre intención de casarse con Chloe, su cáliz envenenado. Al mismo tiempo, como en una especie de balancín perverso, la felicidad de Manon ha suplantado a la suya, y todos los días tiene que enfrentarse a esa mirada amorosa, ufana y soñadora, escrita en su cara de «acabo de echar un polvo».

Davy tiene bajo la uña un pegotito de cera, y ahora lo gira entre el pulgar y el índice, apartando los ojos de la ventana. Levanta la cabeza y ve a Manon entrar por la puerta doble. Ella le sonríe desde el otro lado de la sala, se lleva una taza imaginaria a los labios y musita: «¿Café?».

—Buenos días, ¿me prestáis atención un minuto? —dice Stanton en voz alta, entrando con sus eternos dosieres bajo el brazo. Mientras Davy se acerca, esboza una sonrisa y le pregunta con voz amable—: ¿Estás bien?

—Sí, jefe —responde Davy.

—A ver, os comento rápidamente que la subinspectora Harriet Harper está de baja por motivos personales. Si hay cualquier novedad, podéis poneros en contacto conmigo o con la oficial Manon... —Rastrea la sala hasta dar con ella—. Ah, ahí estás, Bradshaw.

Elsie habrá muerto, piensa Davy. Pobre Harriet. Estará destrozada.

—Vosotros podéis seguir, ¿verdad? —pregunta Stanton a Davy y a Manon, poniendo una mano en el hombro del joven.

Todo empezó en el funeral de Helena Reed. Davy estaba bajo un paraguas negro y la lluvia caía como una cortina alrededor de su octógono personal. Las grandes gotas salpicaban los tacones de charol y los zapatos brogue relucientes de todos los presentes.

Manon puso alguna excusa para justificar su ausencia. Había unos cuantos estudiantes y miembros de la facultad; también estaba el doctor Young, que parecía abatido, y al que Davy reconoció por el interrogatorio que le habían hecho. Will Carter se presentó con un traje impecable, que destacaba bajo las solapas abiertas de su impermeable negro. Davy lo admiraba: se comportó con gran decoro en la iglesia, en primera fila; lejos de derrumbarse, mostró una compasión elegante y respetuosa. Parecía aún más apuesto con la ropa de luto, sobre todo con el chaleco, algo que Davy nunca habría dicho de sí mismo. Y sus calcetines —incluso sus calcetines, que vio cuando cruzó las piernas— eran de un tono azul que combinaba a la perfección con la camisa y la corbata.

Ian y Miriam Hind también acudieron, cosa que sorprendió a Davy porque las insinuaciones mediáticas en torno a Helena no habían amainado, como si el suicidio formara parte de su confesión.

«Hallan muerta a la amante de Edith Hind». «¿Por qué la chica de Edith se quitó la vida?».

Lady Hind llevaba un sombrero de ala ancha, que obligaba a quien pasaba a su lado a esquivarla mientras ella permanecía serena. En su cuello resplandecía un collar de cuentas negras. Los Hind lloraron más de lo que cabía esperar para tratarse de una amiga de su hija, y Davy comprendió que, en cierto sentido, aquello era un ensayo para lo que más temían. En un funeral no hay forma de evitar que la mente vuele e imagine todo tipo de desgracias sobre nuestros seres queridos, cómo podrían morir y cómo nos sentiríamos. Ambos estaban sumidos en esos pensamientos.

Los padres de Helena no acudieron: a su padre le había dado un infarto durante el frenesí mediático por la sexualidad de su hija, y el sacerdote dijo que su madre estaba «incapacitada». Y añadió: «Les acompañamos con nuestras oraciones, y nos corresponde llorar por ellos a su querida hija, amiga y estudiante».

Cuando el grupo salió de la iglesia en fila, Davy se quedó en su banco, con los ojos clavados en la gran fotografía de Helena, colocada en un caballete junto al ataúd. Estaba mirando su culpa y su fracaso por no evitar algo tan deliberadamente destructivo. Mientras la observaba, se percató de que alguien se le acercaba. La respiración de Stanton parecía forzada, como si la grasa expulsase el aire de sus pulmones a la fuerza, como un puñetazo. Se sentaron juntos, mirando con fijeza la imagen de Helena —su rostro sonriente, pura inocencia, ajeno a lo que la esperaba—, y se produjo un momento de intimidad en ese banco de la iglesia. El agente y el inspector jefe. Luego, Stanton preguntó: «¿Te hace una pinta?», y Davy aceptó la invitación, entre otras cosas porque, sin Chloe, no tenía dónde ir ese viernes noche. Pensaba que la pinta con el jefe sería un coñazo de aúpa, pero cuando se sentaron a la pequeña mesa redonda supo que estaba demasiado cansado para hacerle la pelota, así que miró a Stanton a los ojos y le dijo lo fatal y lo responsable que se sentía por la muerte de Helena Reed. Stanton se limpió la espuma del labio y dijo: «Davy, cada minuto que pases en el cuerpo irá socavando esos sentimientos, pero si logras conservarlos, si puedes aferrarte a esos sentimientos humanos, llegarás a ser un buen policía».

MIÉRCOLES

MIRIAM

—¿Mamá?

Rollo la llama y ella sigue su voz hasta el salón, donde las cortinas están echadas de forma perpetua.

—Mira —la exhorta, de pie frente a la televisión, que resuena con la alegre música de cabecera de *This Morning*. Tiene el mando a distancia en la mano y sigue apuntando a la pantalla. De día nunca ponen la tele, salvo para las peculiares películas en blanco y negro de la tarde, cuando Miriam está exhausta de verdad.

—¿Por qué me pones esto? —pregunta ella.

—Ya lo verás.

El plató es una cacofonía de ladrillo visto, papel de pared florido y sofás de colores intensos, como si gritase «¡Alegría!» a un volumen hiriente.

—Ya empieza —anuncia Rollo.

Los presentadores, una rubia que se parece a Bambi y un hombre canoso y curiosamente atemporal, bajan la voz para dar a entender que se aborda un tema trágico.

«Hace un mes, Edith Hind, una joven de veinticuatro años, desapareció de su casa en Huntingdon. La policía aún no sabe qué le ocurrió, pero, desde entonces, han aparecido en la prensa una serie de revelaciones sensacionalistas relacionadas con su vida privada. De hecho, la semana pasada, la exposición mediática hizo que su mejor amiga, Helena Reed, se quitase la vida de forma trágica. Hoy, en exclusiva en *This Morning*, tenemos al novio de Edith para hablarnos de la chica a la que quiere y para separar la realidad de la ficción».

—La de las pechugas es Holly Willoughby —comenta Rollo.

—Vaya un nombre... —comenta Miriam.

—Chsss —dice Rollo.

Los ojos enormes y cándidos de Holly, bajo una voluminosa mata de pelo rubio, observan al invitado. Su voz está impregnada de condolencia; mientras tanto, en la parte inferior de la pantalla, Miriam lee que a continuación se hablará de qué pantalones quedan mejor a cada cuerpo, y luego se abordará el tema de los niños que muerden. La iluminación del programa hace que ese mundo parezca frágil y quebradizo.

—Fuiste feliz con Edith durante dos años y, presuntamente, no tenías ni idea de lo que iba a pasar. Estarás preocupadísimo por ella —dice el hombre atemporal, cuya piel bronceada y pelo canoso le confieren el aspecto de un negativo fotográfico.

Will Carter sonríe. Est a resplandeciente, con una camisa azul pizarra de cuello abierto a juego con unos ojos que, iluminados por los focos del estudio, brillan en alta definición.

Ah, s , piensa Miriam, claro...

—Estoy preocupado y la echo muchísimo de menos —responde—, pero también ha sido demoledor leer tantas mentiras e insinuaciones en los tabloides, que no han hecho más que agravar nuestra angustia.

—Te refieres a la tuya y la de sus padres, *sir* Ian y *lady* Hind —dice el hombre atemporal.

—Ese es Phil —informa Rollo a Miriam.

— Es que la televisión congela el tiempo? —pregunta Miriam.

—Para Phillip Schofield s  —responde Rollo.

—También quiero aclarar las cosas con respecto a Helena, una amiga extraordinaria, que nunca haría ni hizo nada que afectase a nadie. Las mentiras sobre ella han sido flagrantes y las consecuencias nefastas.

—Vaya un gal n —dice Rollo.

—Este es el comienzo de su carrera televisiva —afirma Miriam. Los dos siguen en pie frente a la televisión, fingiendo que no la est n viendo, pero se han quedado anonadados, como un niño que ve por primera vez dibujos animados.

—La verdad es que puedo imaginármelo presentando *The One Show* o uno de esos programas sobre naturaleza como *Countryfile*, algo así... —dice Rollo.

—S , pero es aburrid simo —responde Miriam—. Mira, hasta Holly est  reprimiendo un bostezo,  lo has visto? Ha puesto una mueca.

Rollo mira a su madre y dice, con estilo wildeano:

—Siempre me ha parecido «el tedio que no osa pronunciar su nombre».

—Ahora ya podemos admitirlo...

—Eso sí, es digno de admirar que d  la cara por Edith y Helena.

—Ay, Rollo... —le dice Miriam, abraz ndolo. Entonces mira su reloj, por encima de la espalda ancha de su hijo, y añade—: Madre mía, he quedado con Julie y llego tarde.

—Estás con el mono,  eh? —comenta Rollo, y Miriam percibe la desaprobación en su voz mientras sale por la puerta del salón en busca de su bolso.

MANON

Atraviesa a grandes zancadas la extensión blanca de King's Cross, zigzagueando feliz entre toda esa gente con el ceño fruncido y con sus bolsos, periódicos y cafés para llevar, aún demasiado calientes; todas las caras, casi sin excepción, están clavadas en la pantalla diminuta que tienen en la mano.

Manon saca su móvil y busca el número de Harriet. Nunca dará la espalda a una persona que acaba de perder a un ser querido; nunca pondrá su vergüenza por delante de la pérdida, porque ella sabe lo que es estar al otro lado, y vio a gente cambiarse de acera para eludir la conversación cuando su madre murió. No obstante, teme la actitud de Harriet.

Camina a paso ligero por las nuevas aceras color miel, bañadas por la luz del sol, rumbo a la estación de St. Pancras para coger el tren Thameslink hasta Cricklewood con el móvil pegado a la oreja.

—Resulta que soy rica —dice Harriet—. Elsie tenía veinte mil libras en bonos de la tercera edad y me lo ha dejado todo.

—No está nada mal —dice Manon—. ¿Cómo lo llevas?

—Ya te imaginas...

—Mmm.

—¿Dónde estás? —pregunta Harriet.

—En Londres. He venido a ver a Fly.

—Haces bien.

—¿Cuándo vuelves?

—Pues no lo sé. Hay que rellenar un montón de papeleo, recoger sus cosas, organizar... El lunes, lo más seguro.

En cuerpo, quizá, pero no en alma. Manon sabe lo que se siente por dentro: la gente puede parecer normal, pero el luto sigue actuando, como una marea oculta, contra las corrientes de la vida, y su resaca afecta al doliente. Manon se dice que quienes pierden a un ser querido deberían llevar un cartel que rezase «Luto en proceso», al menos un par de años.

El viento la embiste mientras camina de Cricklewood Lane a Broadway, y balancea las copas de los árboles con el estruendo de una ola enorme. Ha quedado con Fly en el café portugués y, de paso, aprovechará para ajustar cuentas con la dueña, Neuza Lima.

Entra en el local, feliz de librarse por fin del tiempo infame, y su pelo vuelve a posarse.

—Hola, Neuza —dice Manon.

—Oficial Bradshaw —responde, besándola en las mejillas.

—¿Qué tal va con Fly?

—Es un *menino* precioso, preciosísimo. Muy amable.

Fly abre la puerta del café, sorbiendo con la nariz, como de costumbre, y Manon esboza una amplia sonrisa, aunque él parece reservado: la saluda con un «Hola» lánguido y abraza a Neuza. A Manon la sorprende sentirse excluida.

—*Olá* —le dice a Neuza.

—*Olá, meu querido* —responde Neuza, apretujándolo contra su enorme pecho—. ¡*Bem-vindos* los dos! Os podéis sentar ahí, al lado del ventanal, es muy lindo. ¿Qué vais a querer? ¿Café? ¿Huevos?

Junto al ventanal se oye el estrépito de los autobuses que suben y bajan por Cricklewood Broadway, y sus sombras se confunden con el resplandor del cristal.

—¿Qué tal va todo? —pregunta Manon.

El chaval tiene buena cara. La comida de Neuza le ha llenado los carrillos y los ojos le brillan, aunque siguen cargados de tristeza.

—Mi madre está muy enferma —responde—. No tiene fuerzas para salir de la cama, ni para sujetar nada. Los médicos dicen que no le queda mucho.

—Lo siento, Fly...

—Le han ofrecido una cama en un hospital de cuidados paliativos en Hampstead, en el Marie Curie, para cuando el dolor sea insoportable, cuando yo ya no pueda...

—¿Sabes qué vas a hacer cuando pase eso?

—Tendré que quedarme con alguien. El trabajador social dice que tiene que ser alguien bueno, una buena persona, adulta. Si no, me llevarán a una residencia.

El niño mira a Manon a los ojos, a la espera. En el local se oye el barullo de la leche hirviendo y la televisión portuguesa, y Manon se gira buscando a Neuza, preguntándose dónde está su café.

—¿Tienes algún amigo con el que puedas quedarte? ¿Alguien del colegio?

—Creía que tú eras mi amiga —replica.

La alivia la llegada de su café con leche y el zumo de Fly.

—Yo vivo en Huntingdon, Fly. Es muy importante que te quedes en tu colegio, ¿no?

—*Obrigado* —le dice el niño a Neuza.

—*O prazer é meu* —contesta ella, acariciando su cabeza rapada.

Manon se lleva a Neuza a un aparte y le pregunta si puede pasarse por el piso de Maureen Dent, o mandar a alguien a limpiarlo.

—Mi sobrina puede hacerlo. Ocho libras por hora.

—Vale —acepta Manon, frunciendo el ceño y preguntándose hasta cuándo podrá financiar a la familia Dent—. Ponlo en mi cuenta. ¿Podrá quedarse contigo cuando...? Ya sabes, al final.

Neuza pone una mueca apenada, como si hubiese olido algo poco apetecible.

—No puede ser. Es un *menino* precioso, pero mi marido no va a aceptar a Fly. Él no tiene nada que ver contigo, no es tan bueno.

—Bueno, vale, ya se me ocurrirá algo. Por ahora, seguimos con la cuenta de la comida y la limpieza, y les echas un vistazo de vez en cuando, ¿vale?

—*Sem problemas* —responde Neuza, y por la mano cálida que pone en el hombro de Manon y su expresión competente la policía entiende lo que quiere decir.

Por la noche, ya en casa y metida en la cama, oye los berridos de los juerguistas al otro lado del río. Un camión pasa por la carretera nacional de las inmediaciones y la vibración agita la bombilla en la lámpara de metal que hay sobre su cabeza, como el zumbido de un insecto. Tiene el teléfono sobre la barriga. Está preocupada por Fly. Marca el número de Alan.

—Hola —responde él.

—¿Estás en la cama? —pregunta ella.

—Pues tú verás. ¿Qué tal el día?

—He ido a Londres a ver a Fly Dent. Tiene solo diez años... A su madre no le queda mucho.

—Pobrecillo —dice Alan.

—Quiere quedarse conmigo cuando ella ingrese en el hospital de cuidados paliativos. Le da miedo que lo metan en una residencia, y lo entiendo. No creo que la residencia le sentase nada bien, la verdad.

—¿No debería quedarse cerca de su colegio? Además, me dijiste que le iba bien...

—Bueno, sí, pero tiene que estar en un sitio seguro.

En medio de ese silencio, Manon cae en la cuenta de que quiere que Alan la persuada para hacer lo que hay que hacer: olvidarse de las cuestiones prácticas y acoger a Fly, en un gesto de pura bondad. Es importante saber dónde está el límite de Alan, a qué distancia del suyo.

—No es que no tenga recursos para cuidarlo —continúa Manon, sin convicción—. Tengo trabajo y un piso. Tengo dinero.

—Supondría un gran trastorno, para ambos —objetó Alan—. Él no es responsabilidad tuya, aunque pueda parecerlo. Para eso está el Estado.

—Supongo... —responde Manon—. Pero ¿a veces no hay que hacerse cargo de la gente? ¿No hay que dar un paso al frente?

—En teoría.

Quizá, piensa Manon, intentando aferrarse a alguna esperanza, Alan está protegiendo a la pareja: la suya es una oportunidad que un inquilino de diez años podría echar por tierra. Cree que acabaría con la pasión. O quizá no quiera compartir a Manon con nadie.

—Una vez salí con una mujer que tenía un hijo —dice Alan—. No duramos mucho.

—Tal vez no fuera culpa del hijo —contesta Manon, casi sin pensar. Quiere alejar ese cariz oscuro de la conversación—. ¿Ves? Eso es lo bueno de conocer gente por internet: puedes especificar «sin hijos».

—¿Has quedado por internet?

—Como todo el mundo, ¿no?

—Lo veo un poco desesperado —alega Alan.

«Si es que estoy desesperada», piensa ella. «O lo estaba. ¿Para qué mentir?».

—¿Tú no querías conocer a alguien? —le pregunta ella.

—Prefería que fuese de manera natural.

—¿Qué es natural? ¿Ponerse ciego y caerte encima de alguien en un bar?

—No, lo natural es que la preciosa oficial Matute te interrogue porque encuentras un cadáver —arguye, en tono conciliador.

Manon sonríe en el silencio, ahora más cálido. Luego Alan pregunta:

—¿Decías la verdad sobre tu edad?

Ella se incorpora en la cama.

—¿Qué pasa con mi edad?

—Hombre, treinta y nueve años... Peligro.

—¿Cómo?

—No quería..., lo siento —se disculpa—. He dicho una tontería.

—¿Y qué me dices de tus espermatozoides, que ya necesitarán andador?

—Tranquila.

—¿Cómo que tranquila?! —responde Manon—. Quiero saber qué insinúas con «peligro». ¿Dónde queremos llegar? Es decir, ¿buscamos lo mismo?

Él lanza un suspiro, como si ella lo tuviera completamente agotado.

—Ya no puedo seguir con esto, Manon. Lo siento.

Se queda ahí tumbada. Aturdida. ¿Entonces ya está? ¿Ha acabado incluso antes de que empezase? ¿Qué ha hecho, por qué le ha dado ese calentón, a cuento de qué se ha

ofendido tan rápido con Alan?

Estira el brazo para encender la radio de policía, confiando en que la Central pueda llevarla a un lugar seguro. Los murmullos quedos y confusos la ayudan a cerrar los ojos. Se gira en la cama y se coloca en posición fetal, abrazándose las rodillas.

Cree que siempre habrá una brecha. La triste pérdida de algo que no se puede tener: una quimera anhelada, que nunca alcanza. Una mujer que jamás acabará de olvidar. «Síndrome de muerte súbita», escribió el forense en la ficha de su madre, como si la palabra «síndrome» lo hiciese comprensible.

Hasta hace un minuto te querían, y de repente ya no.

VIERNES

MANON

Consiguió mantener un silencio digno las primeras veinticuatro horas. Se dijo que era un pequeño bache que podía superarse si le dejaba algo de espacio; que Alan se arrepentiría de lo que había dicho y se daría cuenta de que estaban dejando pasar algo muy especial.

Pero nada.

Ni una llamada, ni un mensaje de Alan. En su silencio, Manon lee sosiego. Sus emociones tras una mala noche, en cambio, son más abruptas que los Alpes. Ha dormido a trompicones, con sueños anhelantes, y se ha despertado con una visión del cadáver de Helena Reed colgando de la puerta de su habitación.

Ahora, Manon está exhausta, desplomada sobre su mesa de la Brigada de Homicidios. Mira su móvil una y otra vez, con la cara demacrada apoyada en la muñeca. Hasta ahora ha enviado siete mensajes, se ha fumado cinco cigarrillos y ha rozado el coche. Y aún no son ni las once de la mañana.

Siento lo que dije la otra noche. Vamos a intentar no acabar así. M.

Mira, sé que puedo ser difícil, lo sé muy bien. Solo quiero aclarar las cosas. M.

Ey, grandullón, estoy aquí pensando en ti.

(De este se arrepiente particularmente).

Oye, aunque estés seguro, vamos a hablarlo, como decía la canción, ¿no?

No me extraña que nunca hayas tenido una relación de más de seis meses.

La verdad es que es un puto alivio. Comemierdas.

Por favor, no me dejes.

Kim está al otro lado de la sala, escribiendo en una pizarra blanca con un rotulador negro, y Manon le mira el culo. La parte baja está muy prieta, y luego se une a dos muslos gigantes, oceánicos, entre los que no hay el más mínimo hueco. «Lo más probable es que mi culo sea igual de gordo. El culo de una soltera. Estoy a punto de cumplir cuarenta años, no voy a tener hijos y tengo el culo como un... No llores. Por lo que más quieras, no llores delante de toda la Brigada de Homicidios».

—Dawn está destetando a los gemelos y probando la alimentación complementaria guiada, que es genial porque aprenden a comer solos y tienen menos intolerancias cuando crecen —dice Nigel, mientras Davy le ofrece a Manon un café.

—Mátame, por favor —musita ella, mirando a Davy.

Oye el trino de un mensaje y le da un respingo el corazón, justo cuando Kim dice: «¿Estáis preparados?», y se gira para mostrar lo que ha escrito en la pizarra.

DAVY

Por fin avanzamos algo, se dice, leyendo la sinuosa letra de Kim. Después de cinco semanas desaparecida por fin tenemos algún detalle sobre los movimientos de Edith Hind los días que precedieron a su desaparición.

Mira a Manon, tan encorvada que casi tiene la cabeza apoyada en la mesa.

—Esta información es de Scope, la tienda solidaria que hay en Main Street. Nos han mandado una grabación en la que aparece Edith comprando un montón de cosas el viernes 16 de diciembre, un día antes de desaparecer.

—¿Como qué? —pregunta Davy.

—No te lo sé decir. El vídeo se ve borroso y el ángulo no muestra lo que hay en el mostrador. Interrogamos a la viejecita de la caja registradora pero, por usar la jerga policial, le faltaban varios sándwiches para un pícnic.

—¿Eso no indica que estaba intentando ocultarse con otra ropa? —pregunta Davy.

—La verdad es que no —responde Kim—. Will Carter dice que le gustaba comprar en las tiendas solidarias, llevar prendas ecológicas, lo típico.

Davy mira la pizarra:

Sábado, 10 de diciembre - Va al piso de Helena Reed a primera hora.
Relación sexual con HR.

Domingo, 11 - Viaje a Deeping en el Reva, 15:20. El RAM capta su matrícula volviendo a Huntingdon a las 22:45.

Lunes, 12 - Paga el alquiler al casero, que vive al lado y dice que parecía «distráida». Llamada al teléfono de Tony Wright.

Miércoles, 13 - Vuelve al piso de Helena Reed. Relación sexual con HR.

Viernes, 16 - Segunda llamada al teléfono de Tony Wright. Compra en Scope, en Main Street. Relación sexual con Will Carter, que afirma que estaba «muy sensible».

Sábado, 17 - Cena de Navidad en The Crown, Cambridge. Contacto sexual con Jason Farrer. Vuelve en autobús a Huntingdon con HR.

—Y lo demás ya lo sabéis —comenta Kim.

—Joder... —suelta Manon, y todo el departamento, Davy incluido, se gira hacia ella. Los ojos se le llenan de lágrimas.

—Me alegra ver que todo el mundo ha prestado atención —dice Kim.

MANON

En su pantalla lee «Alan P», y se le hace rarísimo ver su nombre en el móvil. ¿Será el cambio de rumbo que está esperando? ¿Puede ser que, mientras ella se posa, él también empiece a descender para detenerse, elegante, a su lado? ¿Le dirá que la echa de menos, que quiere que estén juntos como Dios manda, noches entre semana incluidas?

Lo siento, Manon. He disfrutado de estas semanas juntos, pero estoy buscando algo excepcional.

Tiene todas las miradas encima y, con las prisas por salir de la sala, se tropieza con una papelera, se choca con el pico puntiagudo de una mesa y se hace una herida en el muslo.

«Mierda», grita, frotándose la pierna. Luego coge a toda prisa los dos móviles, el bolso y el abrigo del respaldo de su silla giratoria, concentrada en llegar a la puerta doble.

Mientras baja las escaleras, sin saber adónde va ni por qué, se dice que no le va a responder, ni harta de vino. Punto final. Un mensaje seco y formal, típico de él, se dice, encendiéndose un cigarrillo en las escaleras de la comisaría. Su única respuesta será un silencio ártico, impregnado de desilusión.

A los pocos minutos, cuando del cigarrillo solo queda la colilla naranja, mete la mano en el bolso y sus dedos vuelan frenéticos sobre la pequeña pantalla, en la que caen lágrimas de rabia.

Pues entonces ya puedes esperar sentado, cabrón comepollas tonto de los cojones.

Suena el timbre y se obliga a levantarse de la cama. La habitación —todo el piso— está a oscuras, y va encendiendo luces de camino al telefonillo, junto a la puerta principal.

—¡Holaaa! —dice la voz de Bryony—. Venimos a sacarte un rato.

Manon no responde, pero pulsa el botón para abrirles. Deja la puerta abierta y se sienta en el sofá. Se echa una manta a los hombros cuando Bryony y Davy entran con una ráfaga de aire frío.

—Mira, es un capullo de cuidado —afirma Bryony— si deja pasar a una tía buena como tú.

—A lo mejor cambia de opinión —comenta Davy, que parece haberse

recontrado con su antiguo yo.

—Davy —lo regaña Bryony—, no demos al paciente falsas esperanzas.

—¿Por qué ninguna de mis relaciones funciona? —pregunta Manon.

—Tampoco ninguna de las mías funcionó —confiesa Bryony—. Pero resulta que me casé con el último.

—Pues yo creo que ese gilipollas ha dejado hueco a alguien mejor —añade Davy.

—Te quiero, Davy —dice Manon.

—Venga —dice Bryony—. Necesitas tomarte algo. ¡A Cromwell's se ha dicho!

—No, por favor. ¿No podemos quedarnos aquí tranquilitos viendo *Novia por contrato*?

—No, señora. Y no vamos a llevarte envuelta en una manta —le suelta Bryony, dándole un empujoncito en el hombro a Manon, que se desploma en el sofá como un árbol caído—. Ve y ponte tus mejores galas.

—Yo mientras ordeno un poco —se ofrece Davy—. ¿Tienes guantes de plástico por ahí?

Bryony pone a los Scissor Sisters en el equipo de música y mete a Manon en su habitación.

—Aquí huele a perro muerto —le espeta—. ¿Has estado tumbada en la cama llorando y tirándote cuescos todo el día?

Manon asiente.

Bryony hace la cama y abre una ventana, y juntas eligen un modelito: vestido túnica negro, medias y botas altas. Luego Bryony sienta a Manon para maquillarla. Davy está trajinando en la cocina, guardando platos, a juzgar por los ruidos. Manon tiene los ojos cerrados y siente la ligera presión y el cosquilleo del pincel de la sombra de ojos, el aliento dulzón de Bryony y su mano en la frente.

—No quiero ir —dice.

—Que te calles —replica Bryony.

Cuarenta y cinco minutos después, se disponen a salir.

—¿Cómo la ves? —pregunta Bryony.

—De punta en blanco —responde Davy, sonriéndole.

—Davy —dice Manon—, lo has dejado todo como los chorros del oro.

—Nada mejor que una buena limpieza para animarse, ¿no?

Manon siente que se le empieza a arrugar la cara por la pena, y Bryony se percató:

—Eh, eh, venga, no te fastidies el maquillaje.

La primera copa, en la oscuridad del bar, sabe a néctar. Manon comienza a

sentirse más relajada, las preocupaciones se disipan. ¿A quién le importa? ¿Qué más da? ¡Las cosas pasan!

—¡A tomar por culo! —exclama, ofreciéndole un brindis a Bryony.

—Eso, ¡a tomar por culo! —responde Bryony, levantando su copa.

En la segunda bebida, le agradece a Alan que la haya librado del infierno del convencionalismo de las parejas, con su casita en las afueras y todo ese rollo doméstico.

—¡Qué aburrimiennto! —le dice a Bryony.

—Un co-ña-zo —confirma Bryony.

—Quiere que seamos amigos. Me escribió un mensaje para decírmelo. ¿Ahora me viene de buen rollo? ¿Amigos? Pero ¿qué coño me estás contando?

—No sé yo... —arguye Bryony—. Siempre me ha parecido que romper como Dios manda implica no volver a hablar con la persona en cuestión, salvo si vas armada con tijeras o estás en un juicio.

—¡Equilicúa!

Analiza a los sospechosos habituales: Colin, Stuart, Kim y Nigel, que se está tomando media pinta rápida antes de volver «con su Dawn querida».

—La Dawn inspiradora —susurra Bryony.

—La Dawn intachable —la completa Manon.

—La Dawn de huesos molidos —añade Bryony.

«Los gemelos se han despertado a las cuatro esta mañana», se lamenta Nigel, a todas luces deprimido, con los ojos clavados en su cerveza.

Otro motivo de celebración, piensa Manon, y pide una nueva ginebra doble en la barra. Llegan bien cargadas, una detrás de otra; ora paga ella, ora la invitan. Se dice que la vida borrosa se vive mejor. Una vida difusa, anestesiada contra los sentimientos más intensos. La ginebra la va anegando; el suelo se mueve y el bar gira; la música resuena al ritmo de la sangre que corre por sus venas. Siente el latido en las plantas de los pies.

Stuart le dedica una sonrisa radiante y peligrosa. Llevan hablando un rato y no hay ni rastro de Bryony.

—¡Dios mío!, ¿aún no te han despedido? —dice, inclinándose hacia él.

—No tienen nada contra mí. De hecho, me estoy adaptando al trabajo, conociendo el terreno, la jerarquía de la oficina.

—Para ti la jerarquía lo es todo, ¿no, Stuart? —le suelta. Siente que le puede decir cualquier cosa a cualquiera, a la cara—. Estás obsesionado.

—¿Entonces cómo clasificas tú a la gente? —se interesa, levantando su copa a unos compañeros que pasan a su lado—. ¿Quién es buen policía?

—¡Yo! —responde ella, que está lo bastante cerca como para poner la barbilla en su pecho. Está tentada. Barco con tormenta, en cualquier puerto entra.

—¿Y qué me dices de Harper? —pregunta él, y Manon se percata de la cara que pone, la misma que tenía cuando se quejó de la directora que «iba por ahí mandando» en el colegio en el que trabajaba.

—Hombre, Harriet es buena. Muy buena. Aunque está frustrada sexualmente, esc sí. —Se lleva la mano a la boca y eructa—. Perdona. —No siente las piernas de rodillas para abajo. Stuart se balancea frente a ella—. Kim es buena. Seria, ¿me explico? Sin imaginación.

—Sigue. —Es un zorro taimado. Su encanto representa un cebo hacia la oscuridad.

La música está tan fuerte que tiene que gritarle al oído, y lo huele. Hombre ajeno. Excitante y peligroso. Sigue gritando, pero ahora sus palabras tienen un eco curioso, como si las pronunciase a través de un megáfono.

—Davy nunca será un buen policía —grita en medio de un silencio repentino—. Siempre está pensando en buscar el puto lado bueno.

Tiene los ojos entornados y la cabeza embotada, y ha pronunciado la última frase sin darse cuenta de que habían apagado la música. Habrán quitado el enchufe, piensa, ya tarde.

Se gira, poco a poco, y ve una hilera de caras mirándola fijamente. Kim, Bryony, Nigel y Colin. Davy está en el centro, con expresión herida. Manon casi puede verle erizarse.

Le arde la cara. Está borracha, y también dolorosamente sobria. Davy la mira y Manon no sabe si es solo por sus palabras o porque las ha pronunciado al oído malévolo de Stuart. Va tan borracha que todos sus movimientos están retardados, y los párpados se le vuelven a entornar, aunque por dentro el pánico se apodera de ella, como si no lograra convencer a su cuerpo para que espabile.

—Davy, no... —empieza a decir, pero vuelven a poner la música, más alta que antes, y la siente como un puñetazo en la cabeza. Davy ha salido a toda prisa del bar.

Cuando quiere darse cuenta, Bryony aparece con su abrigo y su bolso.

—¿Eso no es mío? —pregunta, pero su amiga la agarra del codo y le dice «Discúlpanos» a Stuart—. Ey, si solo estaba... —protesta Manon.

—Sí, ya sabemos lo que solo estabas haciendo —replica Bryony.

SÁBADO

MANON

Todo está en ruinas.

Camina por el salón frío, encendiendo luces mientras oye el tintineo de la lluvia contra el cristal de la ventana.

Su pijama apesta, el alcohol dulzón y fétido rezuma de sus poros. Se sienta en el sofá de pana curvado y rompe a llorar.

Si al menos quedase algo en pie: una relación que se tuerce, pero un trabajo intacto; un trabajo en peligro, pero un amor que siguiese ofreciendo un futuro. En cambio, está frente a un paisaje desolador, y en el centro, como una crucifixión, la muerte de Helena Reed, con la cabeza caída hacia un lado. Mientras estaba con él, podía decirse que su negligencia era por el bien de algo; no quería estar casada con el trabajo. Ahora, ni siquiera el trabajo la aceptaría.

Se sienta en el sofá con las piernas cruzadas y se coloca el portátil en el regazo y el móvil a un lado. Coge el mando a distancia y pone las noticias en la tele. Necesita algo, lo que sea. Necesita una idea.

Googlea «Tony Wright» y aparecen las diferentes noticias sobre sus crímenes; hay un artículo breve, publicado tras su condena, *del Eastern Daily Press*. El Centro Penitenciario de Whitemoor está resaltado en azul, y pincha ociosamente el enlace. Internet es un viaje, con afluentes aleatorios y serpenteantes; un viaje en el que se pueden perder horas, días o semanas, y a ella le gusta perderse. Lee la página de Wikipedia de Whitemoor.

En junio de 2006, un informe de inspección del Secretario General de Instituciones Penitenciarias criticaba al personal de Whitemoor por ignorar a los reclusos y no responder a sus solicitudes y peticiones de ayuda con la suficiente diligencia.

Salta a otro párrafo.

Tras una inspección más exhaustiva, un informe de octubre de 2008 afirmó que el personal de Whitemoor sospechaba que los internos musulmanes estaban intentando radicalizar a otros reclusos. Según los inspectores, los funcionarios solían tratar a los presos musulmanes como extremistas y riesgos potenciales para la seguridad, a pesar de que solo ocho habían sido condenados por terrorismo. En vista de la inquietud que despertó dicha inspección, varios investigadores del Instituto de Criminología de Cambridge hicieron una serie de visitas entre 2009 y 2010, por encargo del Ministerio de

Justicia, para interrogar a los funcionarios de prisiones y a los internos.

Manon coge el mando a distancia para quitar el volumen a la televisión mientras algo, por ahora confuso, va tomando forma. El ICC, que forma parte de la universidad. Tony Wright estaba en Whitemoor cuando se realizaron esas inspecciones. Quizá los investigadores lo habían entrevistado.

Coge la BlackBerry y busca el número de Wilco Bennett, su contacto en la prisión de Whitemoor.

—Manon —dice con tono afable—, cuánto tiempo.

—¿Cómo te va la vida, Wilco? —responde ella, tirando de formalidades, aunque no son su fuerte. Siente debilidad por Wilco Bennett: es amante de las palomas y tiene unas opiniones socialmente inaceptables, pero se las perdona porque lleva encarcelado junto a sociópatas desde 1989. Se conocieron durante los interminables procesos judiciales en el Tribunal de la Corona de Peterborough: juicios repetidos, solicitudes de libertad bajo fianza y retrasos del abogado de oficio, al que solían esperar sentados en los duros bancos junto a la puerta de la sala.

—Vaya un marronazo que os ha caído con Edith Hind, ¿eh? —comenta Wilco.

—Pues tú verás —responde—. ¿Me haces un favor, Wilco?

—Tú dirás —se brinda.

—Tony Wright.

—El Príncipe Encantador, sí.

—¿Me puedes conseguir su listado de visitas?

—Ya ha pasado un tiempo, guapa. Lleva ocho meses fuera.

—Ya... ¿Estás en la oficina o libras este fin de semana?

—No, aquí estoy. No me manejo muy bien con los ordenadores antiguos. Creo que la lista de visitas se tiene que descargar de no sé dónde, usando no sé qué programa.

—Suelta una risita—. Luego nunca encuentro el archivito, ¿entiendes? ¿Dónde se ha descargado? Pero bueno, hoy no hay mucho movimiento, voy a ver si alguien me echa un cable. ¿Te interesa algún intervalo de tiempo en particular?

—Me gustaría tener toda la lista de Wright, si puedes, pero me interesa sobre todo el 2009. ¿Me llamas tú?

—En eso quedamos.

Se tumba en el sofá, con el portátil en los pies y las manos entre las rodillas. Está helada. No ha comido desde ayer a media tarde, antes de la debacle de Cromwell's. Estira el brazo, coge una manta del respaldo del sofá y se tapa. Se pregunta si debería llamar a Davy, pero se limita a subir el volumen de la televisión y quedarse ahí tumbada, mirando al techo, oyendo el runrún de las noticias de mediodía, siempre

suaves: piezas sobre la familia real o el coste de tener hijos, para gente que se lleva cucharadas de sopa de tomate Heinz a la boca trémula. Para gente envuelta en mantas, como ella. Piensa en fumarse un cigarrillo.

«Se ha encontrado el cadáver de un hombre afgano y a otros veinte refugiados en un contenedor en el puerto de Tilbury —oye decir a la presentadora—. Un hombre de Ipswich ha sido arrestado por introducir presuntamente a inmigrantes ilegales en el Reino Unido. Abdul Ghani Jalil, de treinta y siete años, ha sido arrestado junto a otros tres hombres de Luton por su relación con la muerte».

Estira el brazo hacia atrás y palpa en busca del tabaco. Se enciende un cigarrillo sin incorporarse, echando el humo hacia el techo.

Tira la colilla por la rendija de la ventanilla y vuelve a cerrarla. Sentada en su coche, siente una oleada de lágrimas que se le agolpa en el pecho, antes de remitir, y también algo más: una sensación kamikaze. No debería estar ahí sola.

Frente a ella, la carretera serpentea entre los inmensos y lúgubres edificios de protección oficial. Hay una papelería a rebosar, cubierta con una bolsa de plástico blanca que se hincha con el viento. Por la curva de la carretera aparece un grupo de jóvenes encapuchados y encorvados, que avanzan hacia ella. No puede verles la cara, pero se mueven con gestos febriles.

Ya ha estado aquí de noche, acucillada junto al cadáver de una cobradora de deudas a la que habían mandado a recaudar cantidades irrisorias para una compañía de seguros, sola. Era madre de tres hijos y entró tan campante en la boca del lobo con su Fiat granate, muy bien vestida, con un suéter blanco de cuello alto de angora y un bonito collar de oro. No tendría que haber estado ahí sola, al menos no de noche, y muchísimo menos pidiendo dinero. Recaudaba doce libras por semana del hombre que acabó matándola a puñaladas.

Pero ahí está Manon, igual que la cobradora de deudas, sola en la oscuridad. Ya no tiene a nadie que denuncie su desaparición, ni a sus compañeros policías para dejarse la piel por ella. No hay refuerzos.

Cierra la puerta del coche y se dirige al piso de Tony Wright.

—¿A qué debo el honor? —dice Tony al abrir la puerta.

—¿Puedo pasar? —pregunta ella, y él se hace a un lado.

Lo oye cerrar con llave.

—Toda precaución es poca, aquí hay gentuza a mansalva —explica con su característico acento escocés.

Manon pasa al salón, en la penumbra. Una lámpara de lava violeta brilla en una estantería, y sus burbujas se mueven lentamente como formas de vida marina. La casa

huele a incienso y a humo.

—¿Está Lyn? —quiere saber Manon, echando un vistazo a su alrededor. El corazón le late con fuerza, le da la sensación de que el suelo se inclina bajo sus pies. ¿Qué hace aquí, encerrada con Tony Wright?

—No, no hay nadie, monada; estamos tú y yo solos —le anuncia Tony, pasando a la pequeña cocina.

Vuelve con una botella de *whisky* y dos vasos. Se acerca a la mesa cuadrada pegada a la pared y la invita a sentarse, poniéndole un vaso de *whisky* enfrente. Manon se acuerda de las dos copas de George Street, y de la sangre en los cristales rotos de una de ellas.

No le dice que no cuando se dispone a servirle: está cruzando otra raya.

—Aquí estamos —comenta él, levantando el vaso, sonriéndole y guiñándole un ojo, con un gesto típico de Papá Noel o del Capitán Iglo.

—Aquí estamos —repite ella, bebiendo y confiando en que el alcohol temple sus nervios. El *whisky* es abrasador, una lágrima de fuego que le baja por la garganta. La cabeza le da vueltas y tiene náuseas. A lo mejor le cuenta lo que le hizo a Edith Hind y cómo se fue de rositas, y luego la mata. Sí, ahora le parece lo más probable y lo asimila con tranquilidad. No le importa lo que le pase. Se enciende un cigarrillo y Tony hace lo propio. Hay muchísima complicidad en el gesto de encenderse un cigarrillo al mismo tiempo. Otro protocolo infringido.

—Tú y yo solos, Tony —le dice—. ¿Qué pasa? ¿Por qué estaba Edith en tu lista de visitas?

Él la mira. Echa el humo.

—Estaba en la cárcel haciendo una investigación, interrogando a los presos. No me acuerdo para qué, fue hace un puñado de tiempo, en 2009. Whitemoor era un polvorín por aquel entonces: motines, fugas... Los carceleros eran unos cabrones, nos maltrataban. Ella nos hizo un montón de preguntas sobre las condiciones en las que vivíamos en la cárcel. Empezamos a hablar, y lo pasamos bien. Y le dije que, si quería volver, podíamos seguir hablando.

—¿La estabas camelando?

—¿Camelarla para qué? No la he tocado. —Se inclina hacia delante y clava el índice en la mesa—. No vais a acusarme de nada porque no le he hecho nada a esa chica. A ver, ¿dónde hay una ley que diga que un barriobajero no pueda ser amigo de una pija? ¿Dónde está, que yo la vea?

—¿De qué hablabais cuando iba a visitarte?

—De la cárcel, de la vida allí dentro. Me traje varios libros. *Jude el oscuro*. El caso es que pasaba muchísimo tiempo mano sobre mano, pero la verdad es que solo

fingía leer los libros que me dejaba, para gustarle. Me gustaba hablar con ella, me gustaba mirarla, pero no en el mal sentido: es una chica muy guapa.

—¿Me estás diciendo que hablabais de literatura, Tony? ¿Edith Hind y tú?

—Ya te digo que fingía leer los libros para que siguiera viniendo. Luego murió mi madre, y de repente me vi en un sitio tranquilísimo, ¿me sigues? En mi interior, ¿entiendes? Edith vino a verme justo después. Yo estaba mal, sumido en la oscuridad, ¿me sigues? —Se da un golpe con el puño en el corazón—. Empezamos a hablar de cosas más profundas.

—¿Por qué te llamó la semana antes de su desaparición?

—Por esto y aquello.

—Venga, Tony, no me jodas.

—Para nada en concreto: cómo te va la vida, Tony, qué tal la búsqueda de trabajo, cómo te llevas con el agente de libertad vigilada, lo típico. Es buena gente, una tipa fantástica. Ningún pijo se había preocupado por mí hasta ahora. Me convenció para hacer un esfuerzo. Pensé que podría... No sé... —Su voz se va apagando.

—¿Podrías qué, Tony? ¿Robarle? ¿Matarla?

—Joder, ya estamos otra vez —dice, y se levanta.

Manon también se levanta y los dos se miran fijamente. La sala parece más pequeña. Tiene que salir de ahí si quiere tener una oportunidad, pero la puerta principal está cerrada con llave. Tony se lleva la mano al bolsillo con un gesto lento. Manon piensa en la chica, su víctima, a la que aporreó con el mango de un cuchillo hasta dejarla medio ciega.

—Ves lo que quieres ver —dice el hombre, guiñándole un ojo mientras se enciende otro cigarrillo—. Me ves y no crees que sea capaz de cambiar. Y no pasa nada. Pero te digo que Edith Hind es una buena amiga y, a pesar de toda esta mierda, me alegro de conocerla.

—¿Es?

—Es, era... No tengo ni pajolera idea de dónde está.

Ha vuelto a sentarse, con las piernas cruzadas en un gesto afeminado, y mira de cerca su cigarrillo.

—Está viva, ¿verdad?

—Ya te he dicho que no sé lo que le pasó a la chiquilla. Espero que esté viva, sí.

Tiene que salir de ahí, ahora que la cosa se ha calmado. Se dirige a toda prisa hacia la puerta e intenta abrirla. Tira del picaporte, zarandeándolo con fuerza, hasta que Tony se le acerca por detrás y le pone una mano en el hombro.

—Eh, eh, eh, tranquila —le dice, y la gira para mirarla de frente—. No hace falta

que te pongas así. —Está tan cerca que puede olerlo: canela y *whisky*. Su corazón late tan fuerte que se pregunta si él también lo oye—. Hale —dice, abriendo la puerta y dejando pasar una ráfaga de noche gélida.

Manon está temblando, aunque no sabe si de miedo, frío o alivio por haber salido. Le tiemblan tanto las manos que no consigue meter la llave del coche en la cerradura. Vuelve a intentarlo, agarrándose la muñeca con la otra mano, tratando de estabilizar la dirección de la llave.

Crac.

Siente un dolor caliente e intensísimo en la coronilla, y un hilillo helado le cae por la nuca. Lo último que nota es que le fallan las piernas.

El suelo se hunde.

DOMINGO

MANON

Solo siente la boca: sequísima, pastosa como el algodón. Abre un ojo y ve una sala blanca. ¿Está muerta? Está todo tan blanco que quizá sea el más allá, aunque las vistas deberían ser mejores. Un amplio ventanal da a unos árboles sin hojas y a los tejados planos de los edificios municipales. El cielo es de color avena. La cabeza le duele tanto que parece que le va a estallar el cráneo.

—Toma, bebe un poco.

Alguien le levanta la cabeza y ella lleva los labios a una pajita. El líquido le abrasa las sienas.

—Has tenido suerte —dice el hombre.

Manon intenta centrar sus ojos secos: primero la bata blanca, luego el estetoscopio y la barba de tres días. Huele a jabón de alquitrán de carbón, y su corbata está apoyada en el pecho de Manon. El hombre se endereza y deja la taza en la mesilla; Manon ve su piel aceitunada y las cejas oscuras. Albanés o de Oriente Próximo, quizá. Le gustaría arreglarse el pelo y humedecerse las comisuras de los labios resecos.

—Te llevaste un buen golpe en la cabeza —dice—. Te dejó tiesa. Pudo ser un puñetazo, o a lo mejor te atacaron con algo. Nos preocupaba que la lesión pudiera causar una hemorragia cerebral, por eso has pasado aquí la noche. ¿Cómo estás?

—Destrozada —murmura con voz ronca.

El hombre sonríe.

—Vamos a tenerte en observación un rato más y a hacerte varias pruebas. Voy a por paracetamol. Supongo que te dolerá muchísimo la cabeza, ¿no? —Es guapísimo, aunque, ahora que lo piensa, será unos quince años más joven que ella—. Por cierto, tienes visita.

El médico y Harriet se cruzan en la puerta. Manon cierra los ojos y abandona la cabeza en la almohada. La oye sentarse, enérgica, en la silla de plástico junto a su cama; luego pone su mano sobre la de Manon.

—¿Qué ha pasado? —susurra Manon.

—A juzgar por las cámaras, parece un crío. Un drogadicto, quizá. Te vio sola, le gustó tu bolso y aprovechó la oportunidad. ¿Qué coño hacías...?

—¿Entonces no fue Tony Wright?

—No. De hecho, nuestro querido Tony acudió en tu ayuda. Llamó al 112 y espantó al atacante. El caso es que el chaval, al que pillaremos, no te quepa duda, ha herido de gravedad a una de mis agentes y se ha llevado una BlackBerry de la policía.

—Que está bloqueada con una contraseña, así que no te preocupes. Haré un informe para el Departamento de Investigación Criminal, y que se encarguen ellos.

—Mmm —murmura Harriet, escéptica—. El caso es que va a tirarse muuuuch tiempo a la sombra, así que la adicción se le pasará de una forma u otra. ¿Puede saberse qué coño hacías allí sola?

—Edith Hind estaba en la lista de visitas de Tony Wright en Whitemoor.

—¿Que qué?!

Manon asiente.

—Él admite que eran amigos.

Guardan silencio unos segundos, evaluando la información.

—¿Edith iba a visitarlo? ¿Voluntariamente? —pregunta Harriet.

—Eso parece —responde Manon—. Wilco Bennett, uno de los carceleros de Whitemoor, me envió toda la lista, que nos dará más información.

—¿Y qué hay de las llamadas de la semana previa a la desaparición? ¿Te dijo algo Wright?

Manon levanta la cabeza de la almohada y se incorpora en la cama.

—Nada, dice: «Ah, esto y aquello, cómo te va y tal y cual». —Manon ha puesto un acento escocés penoso, con lo que Harriet hace una mueca y pregunta:

—¿De dónde es, de Bangladés?

—El caso es que no me lo trago —confiesa Manon, hundiéndose de nuevo en la almohada—. Creo que se estaba cociendo algo.

—¿Como qué? ¿Un trato? ¿Una reunión?

—No sé. Creo que nos hemos colado al investigar a Wright. Hemos dado por sentado que le hizo daño, pero me parece que...

La puerta se abre y entra Davy, con expresión reservada.

—Habrá que llevarlo a comisaría. A Wright, digo. Para preguntarle por esto —afirma Harriet—. Pero bueno, aquí os dejo.

Davy se ha sentado en la silla de plástico junto a su cama.

—Te he traído esto —dice, entregándole un ramo de flores compradas en la gasolinera y envueltas en papel celofán transparente.

—Crisantemos —dice Manon.

Se lleva las flores a la nariz y las huele. El tufillo a meado le hace fruncir el ceño. Odia los crisantemos y es evidente que no ha logrado disimularlo, porque Davy dice:

—¿Qué pronto ha vuelto tu antigua yo!

—Perdona —se disculpa ella—. Gracias.

—De nada. Las he comprado porque sé que no te gustan. —A Manon se le desfigura la cara, y al instante está hecha un mar de lágrimas. Estaba convencida de que no le quedaba líquido en esa cabeza de chorlito disecado—. Lo siento mucho, Davy. No quería herir tus sentimientos. Eras la última persona a la que..., a la que... —Sollozos pueriles—. Eres el mejor policía que conozco.

—No lo dices en serio, ¿a que no? Siempre me preocupo demasiado.

—Últimamente no —advierte ella—. Últimamente te he visto bastante irascible.

—Soy un blandengue —dice él.

—No eres blando, ni muchísimo menos. Mira todo lo que haces por los niños del centro de menores. Les regalas tu tiempo, mientras que yo le digo que no a Fly una y otra vez. Y la culpa que sientes por Helena Reed, cuando yo ni siquiera puedo afrontar ese episodio.

Los ojos se le han vuelto a llenar de lágrimas y busca la mirada de su compañero. Él le responde con una sonrisa, como si su llanto fuera una disculpa más que suficiente.

—Anoche dormí con Chloe —asume, avergonzado.

—Anda... —responde—. Vas a recaer. ¿Fue el típico polvo de consolación?

Davy asiente.

Al cabo de unos segundos, Manon susurra, casi para sus adentros.

—Debería tatuarme «Gilipollas de los cojones» en la frente.

—No te cabría —responde Davy.

—Pues entonces solo «Gilipollas».

—Eso sí.

Él se repantiga en su silla y ella cierra los ojos. Le encanta compartir el silencio con Davy Walker. Con alguna gente se está a gusto en silencio, y él es una de esas personas.

—Recibir una paliza te deja abatida —dice ella.

—Tú siempre estás abatida.

—Ya, pero ahora aún más. Me siento como... —Y rompe a llorar de nuevo, mirando los árboles a través del ventanal del hospital. Cae en la cuenta de que le han asignado esa habitación espaciosa porque es policía.

—Te vendría bien tener un perro —aconseja Davy.

—¿Qué?

—He oído que los perros les alegran la vida a la gente triste. Son buenos para quienes no pueden establecer relaciones propiamente dichas, ¿entiendes?

—Eres un auténtico bálsamo, Davy.

Se queda ahí tumbada mientras la luz se atenúa a través del ventanal, esperando a que el apuesto médico le dé el alta, pensando en Edith, en Tony Wright y en su sensación de que sabe que está viva. De la radio del hospital le llega el runrún de las noticias, que siguen hablando del cadáver hallado en el contenedor del puerto de Tilbury. Esto le va a dar trabajo a Bryony, que ya tenía pruebas sobre Abdul Ghani Jalil, discurre mientras su mente comienza el descenso, fundiéndose con las noticias y los detalles de las rutas que seguían los camiones del afgano.

Hasta que se duerme.

LUNES

MANON

El traqueteo de la impresora parece acompasado con el doloroso latido de su cabeza. Manon está sentada en el suelo, de piernas cruzadas, en pijama, con unos calcetines gruesos y una manta sobre los hombros. Le duele la espalda y tiene las rodillas engarrotadas. El salón es crepuscular, salvo por el flexo Anglepoise que ha colocado en el suelo, cuya luz intensa crea un ambiente de interrogatorio. Está rodeada de papeles.

Una hoja tras otra, tras otra, que la impresora escupe y que caen al suelo, aumentando la confusión. «No puedo sacar la lista de visitas —le decía Wilco Bennett en su correo—, así que te mando todo su expediente del SIP. Los quince años. ¡Que te diviertas!».

El Sistema de Información Penitenciaria contenía todos los datos de la vida del recluso: información personal, crimen, sentencia, posibilidad de libertad condicional, relaciones, movimientos (de tal módulo a tal otro), apuntes varios, evaluación de riesgos, cursos realizados, actividades, trabajo remunerado y no remunerado, infracciones de la disciplina, programas de rehabilitación para acosadores...

Manon nada entre ese mar blanco y sale de su manta, cual lombriz de tierra, cuando su móvil vibra.

«¿Cómo va la cabeza? Te llevaría lasaña y Nurofen, pero el caso sobre la trata de personas ha estallado. Bri».

Se acuerda de que tiene que tomar más Nurofen, alternándolo cada dos horas con paracetamol, aunque ese dolor impreciso persiste como un ruido de fondo. Se dirige a paso lento a la cocina, donde el frío se le mete por el cuello y los tobillos. Mientras echa la cabeza hacia atrás y se traga la pastilla, se pregunta qué espera encontrar hurgando en la vida de Tony Wright y en el informe de doscientas páginas —que también se está imprimiendo— elaborado por el ICC para el Ministerio de Justicia en el que colaboró Edith. «La relación entre el personal de prisiones y los reclusos en el Centro Penitenciario de Whitemoor», un vívido retrato de la vida en prisión.

El apuesto médico le dio el alta del Hospital Addenbrooke anoche y Harriet le ha prohibido ir a la oficina. «No seas loca, quédate en tu casa y recupérate. No quiero verte hasta el martes por la mañana, como muy pronto», le dijo.

Cuando vuelve a su salón crepuscular, las hojas crujen bajo sus pies. Se cruza de piernas, vuelve a sentarse en el suelo, se cubre los hombros con la manta y echa mano de los documentos.

Sabe que los primeros tres años de una condena larga son los peores. Los nuevos reclusos entran en la sección de ingresos, en el módulo C, y son los más proclives a

sufrir crisis existenciales y autolesionarse. Ahí hay hombres que se enfrentan a condenas de quince, veinte o veinticinco años, sin esperanzas de que los suelten. Atribulados por la pérdida de libertad, buscan a la desesperada un sentido a su vida. Tony Wright, que a la sazón acababa de cumplir cuarenta años, no fue una excepción. Se hacía cortes en los brazos con cuchillas de afeitar cada vez que conseguía una; y las cuchillas, al parecer, abundaban en Whitemoor.

Sigue hojeando los papeles hasta que mira su reloj: las cuatro de la tarde. Empezó a leer a las diez de la mañana, pero ha pegado alguna que otra cabezada, en el mismo suelo, con la manta a modo de capullo.

La página 20 del expediente de Wright dice: «Arrebatos emocionales. Se mantiene el régimen de primer grado». Al parecer, durante años sufrió el tipo de encarcelamiento más riguroso, y todas sus emociones se consideraban un «riesgo». Pasó varios periodos de tiempo en aislamiento. Hubo un intento de suicidio. En una conversación con el agente que le asignaron tras el intento, Tony Wright dijo: «Soy un despojo. Tendría que estar bajo tierra».

«No te ríes, no muestras felicidad —escribió en una carta a su familia que le confiscaron y archivaron—, porque alguien te está observando a través de un monitor, y le parece que no estás sufriendo bastante, y ese alguien es quien decide la revisión de tu condena».

«Se cambia de celda al recluso cada veintiocho días», lee en una nota del expediente de Wright; también se le somete a registros y «turnos de celda», para evitar la formación de relaciones de tipo pandilla. O cualquier tipo de relación, piensa Manon.

Paracetamol. Tazas de té. En un momento dado se da un baño. Quizá hasta pegue un par de cabezadas. Pero vuelve al suelo, al puzle de piezas blancas esparcidas sobre su moqueta.

El informe del ICC describe un régimen de maltrato en Whitemoor durante los últimos años de la condena de Wright. El personal se mostraba distante y receloso; la violencia era endémica. Mientras que, en el pasado, las cárceles de alta seguridad solían regirse por un código tácito —un acuerdo caballeroso entre los veteranos y los carceleros—, el personal de Whitemoor veía con enorme recelo a la población moderna y multicultural de la cárcel. A los funcionarios de prisiones les asustaba el número cada vez mayor de musulmanes; y, en el mundo exterior, con unas elecciones generales a la vista, la prensa y la opinión pública eran cada día menos progresistas. «La cárcel debería estar orientada al castigo, no a la rehabilitación. Los criminales, en particular los condenados por terrorismo, vivían mejor que querían». El ministro del Interior, respondiendo a las peticiones de mano dura, canceló un montón de cursos artísticos y educativos en Whitemoor.

Manon levanta la vista. La impresora está gruñendo, atiborrándose de celulosa. Se enciende una lucecita roja: un atasco de papel.

Se levanta, abre varios compartimentos y tapaderas de la impresora, saca un cartucho de tinta y se pone los dedos perdidos, pero no consigue volver a meterlo. Tampoco encuentra el atasco de papel. Vuelve a cerrarlo todo y presiona con rabia el botón para apagarla; luego la enciende otra vez. Ruge de frustración cuando ve que la lucecita roja sigue parpadeando, y se le pasa por la cabeza estamparla contra la pared. Entonces rompe a llorar. Alan la podría haber arreglado. Lo más probable es que él tenga una impresora láser, que nunca se atasque porque le hace revisiones periódicas. Y también es muy probable que tenga cartuchos de repuesto en algún cajón. Nadie puede ayudarla con la impresora. Está sola. Y se equivocó al juzgar a Tony Wright desde el primer momento.

Vuelve a sentarse de piernas cruzadas en el suelo y coge otra página del expediente de Wright. Al parecer, lo movieron al módulo B, para reclusos con más incentivos, que se han ganado ciertos privilegios. La situación mejoraba. En 2005 consigue trabajar en la biblioteca del centro penitenciario. Una nota dice que siempre va con la cabeza gacha, un «solitario». «El interno 518 está centrado en cumplir su condena y salir de prisión cuanto antes». Wright ha aprendido a hacerse la vida más fácil y está casi al final de su condena, pero vive en un clima hostil por las condiciones de auténtica represión que hay en Whitemoor. En otra carta confiscada, escribe: «Voy con la cabeza gacha. No hablo con nadie. Mi personalidad estará fuera, en algún sitio, esperando a que la recoja cuando salga».

En la misma página hay una nota: «El recluso está leyendo *Jude el oscuro*, de Thomas Hardy. Material confiscado: temática violenta».

Manon se enjuga las lágrimas de las mejillas.

Edith Hind lo acompañó, escuchándolo, intentando entenderlo. Preguntándole cómo había ido el día, qué tal la vida, qué planes tenía y si podía ayudarlo de alguna forma. Debió de ser la primera persona que lo trataba como un ser humano en quince años. Incluso las palabras «Hola, Tony, ¿cómo estás?» serían como un largo trago de agua fresca para un hombre que se está muriendo de sed.

Mira su reloj: las dos de la mañana. Se ciñe la manta alrededor de los hombros y se acerca a gatas a las últimas páginas escupidas por su impresora, ahora inválida. Página 258 del expediente de Tony Wright. El recluso vuelve al módulo C en régimen de primer grado.

Manon frunce el ceño. ¿Qué pasó para que la cosa se torciera tanto?

El recluso 518 infringe el código disciplinario de la prisión al verse implicado en un altercado con el recluso 678 en el gimnasio. Se congela la

revisión de la pena. Habida cuenta de la implicación del recluso 518 en este episodio violento, se le deniega la libertad condicional hasta que se realice una evaluación de riesgos.

¿Quién era el recluso 678? Manon aparta frenéticamente los papeles del suelo, que se deslizan como agua. Nada en el mar blanco, cada vez más rápido, buscando una explicación para ese cambio radical tras diez años de comportamiento modélico. Entonces la encuentra. Página 259 del expediente: declaración del recluso 518, transcrita de manera literal a partir de la grabación de un interrogatorio con los funcionarios de prisiones que investigaban el incidente del gimnasio, el 21 de enero de 2009.

Estaba entrenando en el gimnasio solo, corriendo en la cinta, cuando el recluso 678 entró y se puso a hacer pesas a mi lado. Mancuernas y tal. Estábamos los dos tan tranquilos, sin hablar. Lo veo por ahí, pero no es mi colega ni nada por el estilo. El caso es que otro grupo de internos entró en el gimnasio. Eran blancos con tatuajes y odiaban a los Hermanos: creían que los musulmanes tenían demasiado poder. Rodearon al tipo que estaba a mi lado. Me gustaría llamarlo por su nombre, no por su número, si no os importa, porque es un ser humano, ¿me explico o no?

El caso es que el tipo, Jalil (creo que se llama Abdul), seguía ahí tan tranquilo, levantando sus pesas, pero la tensión se palpaba en el ambiente. Los dos sabíamos que esos habían entrado con ganas de repartir, de dar una «lección», como decimos nosotros, porque en el gimnasio no hay cámaras. Todos los navajazos y las palizas de Whitemoor se dan en el gimnasio.

«Hermano Jalil», le dijo uno de ellos, mientras otro sacaba una cuchilla. Lo agarraron de los brazos por detrás y le cortaron el cuello. Luego se largaron.

Yo seguía corriendo en la cinta, manda cojones, ¿eh?, y lo primero que pensé fue que aislarían el módulo, que tenía que recoger mis cosas porque iban a poner las celdas patas arriba registrándolas. En esto me ha convertido este sitio: me ha chupado toda la humanidad. Habrá quien diga que nunca tuve un ápice de humanidad, pero algo tenía. El caso es que, en ese momento, me acordé de mi otro yo, di la voz de alarma e intenté evitar que se desangrase hasta que llegó el médico. Somos personas, ¿me explico o no?

Luego, el expediente de Wright dice: «Se reanuda la revisión de la pena del recluso y se le devuelven sus privilegios, a la luz de su declaración, corroborada por la del recluso 678 (A-G Jalil)».

Manon levanta la mirada, aturdida. Tony Wright le salvó la vida a Abdul Ghani Jalil.

MARTES

MANON

—¿Eres tú, Manon?

Se le corta la respiración al oír esa voz. ¿Será posible? ¿Por qué ahora? Quizá tenga un sexto sentido para saber cuándo le rompen el corazón, como le pasaba de pequeña.

—Hola.

—Oye..., perdona que te llame así, de buenas a primeras.

—No, no.

—¿Te pillo mal?

—Bueno, estoy en el trabajo. En el baño, de hecho. A lo mejor se oye el eco.

Saca unos cuantos trozos de papel áspero del dispensador para enjugarse las comisuras de los ojos, pero se mete la punta en el globo ocular. Se dobla de dolor, parpadeando y frotándose. El móvil le calienta la oreja, como si fuese radioactivo.

La tregua de Ellie con Una había supuesto una traición intolerable, pero su distanciamiento representaba sobre todo la calcificación de años de rivalidad, cuyas capas se habían ido solidificando con el paso del tiempo hasta convertirse en un silencio absoluto. Pequeñas heridas acumuladas, algún que otro éxito laboral de Ellie que Manon no podía soportar, un novio extraordinario, o incluso unas meras vacaciones agradables, de las que no quería ni oír hablar. Dejaron de llamarse y, mucho antes de lo que Manon esperaba, llamar se volvió difícilísimo. Su madre les habría dado un buen coscorrón, diciendo «Me da igual que os sintáis incómodas» y «¡Espabilad, por Dios!», pero eso solo habría empeorado las cosas. Sin embargo, su madre está muerta, su padre está lejos, en Escocia, aunque bien podría estar en Canadá, pues Una lo ha absorbido, como un molusco que se ha ido encaramando a él hasta hacerlo desaparecer.

—¿Cómo estás? —dice Ellie.

—Bueno, ya te imaginas...

—No me lo imagino, no. Han pasado tres años.

—Y es culpa mía, ¿no?

Ellie suspira.

—Bueno, ¿qué más dará? Te llamo para contarte algo importante: he tenido un niño. Acaba de cumplir tres meses. Se llama Solomon, pero lo llamamos Solly.

—¿Un niño? ¿Eres madre? —Manon palidece. Saluda con un ademán distraído de la cabeza a Kim, que ha entrado en un baño—. Estás... ¿Dónde vives?

—En Londres. En Kilburn.

—Joder. Es... una noticia fantástica.

—Sí. Quería que lo supieses, Manon. Por si..., bueno, por si te apetece venir algún día a conocer a tu sobrino.

Se imagina como la oveja negra, visitando sola ese paraíso rosa de vida familiar en Kilburn. El parque, los columpios y el asado dominical, cuya pérdida aún está tan fresca. La tía arrugada.

—La verdad es que ahora mismo tenemos un montón de trabajo en la Brigada de Homicidios.

—Sí, me lo imagino, claro. Ya serás inspectora por lo menos.

—Todavía no...

—Bueno, tengo que irme. Solly se está despertando y esta tarde tenemos una actividad en la biblioteca.

Manon está tan celosa que no puede ni hablar. La sensación de envidia es física: dificultad para tragar, dolor en las sienes, pánico y unas ganas irrefrenables de huir de aquello que la provoca.

—Muy bien, pues me alegro de haber hablado contigo —dice—. Adiós.

Coge más papel del dispensador, sabedora de que las lágrimas volverán. Quiere a Ellie, la quiere muchísimo, y ahora están así... Los pequeños desprecios iban infectándose hasta convertirse en heridas, y no tenían a nadie que les diese un coscorrón, salvo sus yoes más elevados, que parecían siempre ausentes, rehenes de sus sentimientos más bajos. Y tras los celos, con una oleada de náuseas, llega la culpa. Mi hermana acaba de tener un hijo, pero no tiene una madre que la ayude. Mi hermana a la que amo, pero los celos matan mi amor. Mi hermana a la que odio por tener todo lo que yo no tengo. Es imposible ser Manon Bradshaw.

Todo está roto, y ella se pone a llorar justo cuando Kim tira de la cadena y sale del baño. ¿Oyó la expresión «sin imaginación» el viernes en Cromwell's? ¿O es que a Manon se le cae la cara de vergüenza solo de pensarlo?

Se intercambian otro ademán con la cabeza, en silencio, sin mencionar las lágrimas de Manon ni su rajada en el bar.

Cuando vuelve a su mesa, llama a Will Carter con el teléfono fijo.

—¿Cuándo empezó Edith a interesarse por la criminología?

—En verano de 2009. Después de graduarnos, nadie, o, mejor dicho, casi nadie, sabía qué hacer. Ella decidió probar una especie de experiencia laboral con el ICC, las entrevistas en Whitemoor, para ver si le gustaba tanto como para hacer un posgrado. Recuerdo que estaba emocionadísima con su primera visita a la cárcel; defendía con fervor la idea de reformar y educar a los reclusos, y fantaseaba con la

posibilidad de dar un curso de literatura feminista para que los violadores conociesen la experiencia de la mujer.

—¿Hablaba mucho de Tony Wright?

—No, nunca habló de nadie en concreto. Creo que las visitas acabaron al cabo de muy poco tiempo. Recuerdo que, después de un par de viajes a Whitemoor con el ICC, se desmoralizó muchísimo. Dijo que era uno de los sitios más tristes en los que había estado en su vida, que nadie trataba a nadie con un ápice de humanidad, y que todos esos prisioneros no tenían esperanzas ni nada que hacer. Dijo que olía a col y lejía. Me contó que en la cárcel no había interés en la rehabilitación. Estaban saturados y carecían de fondos; se las veían y se las deseaban para dar alojamiento a esa marabunta de hombres violentos que el Estado consideraba incontrolables. Fue a hablar con Graham Garfield poco después y pasó al doctorado en Filología Inglesa.

—¿Así que no estaba al tanto de su relación continuada con Tony Wright? ¿De que Edith iba a visitarlo con asiduidad?

—No —dice con voz queda.

—Otra pregunta, Will. Abdul Ghani Jalil, ¿le suena de algo el nombre?

—Es el tipo al que han arrestado, ¿no? Por el cadáver en el contenedor del puerto de Tilbury. Claro, sale en todos los telediarios.

—Me preguntaba si Edith le había hablado de él.

El joven se ríe.

—¿Qué le hace tanta gracia, señor Carter?

—¿Cree que estaba metida en una organización de trata de personas? A estas alturas ya no me sorprende nada de Edith. —Lanza un suspiro—. Mire, no sé si conocía a Abdul Ghani no sé qué. Pero la verdad es que yo no la conocía en absoluto, ¿no?

La verdad es que no, piensa Manon, hasta que de repente la distrae su BlackBerry de repuesto, que atraviesa lentamente la mesa con cada vibración.

—Voy a tener que colgar, Will, tengo otra llamada. Hablamos pronto. —Cuelga el auricular y responde al móvil—. Oficial Manon Bradshaw —dice.

—Soy el subinspector Haverstock, ¿se acuerda de mí? Havers, del Departamento de Investigación Criminal de Kilburn.

—Ah, claro, hola —responde, con un tono que rezuma impaciencia. Quiere investigar la conexión Wright-Jalil, para ver si conduce a Edith. No quiere distracciones.

—Hay novedades sobre Taylor Dent —anuncia Havers—. Resulta que tenía un segundo teléfono, para sus tejemanajes. Arrestamos a uno de sus socios, nos lo contó y nos dio el número. El caso es que hemos sacado todos los datos, y hay un mensaje

de voz que podría interesarle. No tenemos ni idea de quién es, para serle sincero, así que se lo estoy enviando a gente que quizá sí, aunque las probabilidades sean escasas. ¿O prefiere que me ponga en contacto directamente con el Equipo 2?

—No, no, puedo ocuparme yo —contesta, mientras teclea algo en la base de datos de la policía—. Mándame por correo el archivo sonoro a m_bradshaw@pcn.co.uk. Gracias. —Y deja rápidamente la BlackBerry en la mesa.

Abre el registro de llamadas que sacaron del móvil de Tony Wright tras su arresto y subraya los números a los que llamó después de hablar con Edith Hind. La mayoría son números desconocidos, de prepago o sin registrar, de los que no hay información disponible.

Intenta llamar a Bryony, pero salta el buzón de voz, así que le escribe:

Tengo que hablar contigo, es urgente. Llámame. M.

No puedo. Estoy hasta el cuello. Hablamos luego.

No, Bri. Es urgente. LLÁMAME.

—¿Qué? —dice Bri—. ¿No puede esperar?

—No, no puede. ¿Tienes abierto el expediente de Jalil?

—Siempre tengo abierto el expediente de Jalil. He empezado a llamar a mis hijos Abdul y Ghani.

—Solo quiero que me compruebes estos números. ¿Voy?

—¿De qué va esto?

—Te lo cuento en un momento. ¿Estás? Desconocido-638.

Silencio mientras Bryony lo teclea en el sistema HOLMES.

—Nanay.

—Vale. Desconocido-422.

—Nada —dice Bryony—. Ah, perdón, espera. Sí. Este es uno de los suyos Bueno, de uno de sus socios, que esencialmente le reenviaba los mensajes a él.

—Bingo —exclama Manon—. Te quiero, coño.

—¿Cómo? Dime de qué va la cosa.

—Tony Wright llamó a Jalil poco después de hablar con Edith Hind. Jalil y Wright se conocieron en Whit Moor. Otra cosa, Bri. Jalil traficaba con personas a través de los puertos: Dover, Folkestone, Tilbury...

—Exacto: en contenedores y camiones que embarcaban, sobre todo, en ferris de P&O.

—¿Y hacía la ruta inversa?

—¿Cómo? ¿Si sacaba a gente del país? Jalil llevaría a cualquier persona a

cualquier sitio si pagaba bien. Creo, pero negaré habértelo dicho, que siempre hay un goteo hacia el otro lado. Lo típico: gente que vuelve al continente pensando que podría haber más oportunidades allí; sin embargo, a los de Aduanas les importa un rábano ese flujo, así que no lo investigamos. Oye, cariño, tengo que colgar.

—La última —avisa Manon—. ¿Sabes si dejaba y recogía a gente en Cambridgeshire?

—Sí, señora —responde Bryony—. Subía y bajaba por la costa este: salidas desde los puertos de Felixstowe y Dover, recorriendo toda la M11 y bajando hasta Maidstone. ¿Quieres que en el interrogatorio le preguntemos sobre el tema, a ver si sabe algo de Hind?

—Aún no —replica Manon—. Dame un poco más de tiempo.

—Vale, pero de verdad que tengo que...

—Sí, sí, perdona. Gracias, guapa. Adiós. —Y Manon deja el teléfono en la mesa.

En su bandeja de entrada hay un correo nuevo. Se pone los auriculares y escucha el archivo sonoro.

Tras pegarse varias carreras por toda la Brigada de Homicidios, por fin localiza a Harriet en el despacho de Stanton. Tiene los ojos cansados clavados en el ordenador, y pincha aquí y allá. Manon está jadeando, casi no puede hablar. Harriet levanta la cabeza.

—¿Qué pasa?

¿Será una crisis nerviosa? ¿Por qué no le salen las palabras?

—¿Qué pasa, Manon? Dime.

—El archivo sonoro —consigue decir—. El archivo sonoro. —Y señala el ordenador.

Harriet abre el correo electrónico que Manon le ha reenviado y reproduce el archivo. Las dos mujeres se miran sin pestañear. Esa voz: patricia, imponente, categórica. «Nos vemos donde siempre».

—Es él —dice Harriet.

—Ya lo sé —responde Manon.

—Cago en la puta, es él —repite Harriet—. ¿Cuándo se grabó esto?

—El domingo 11 de diciembre.

—Vale, voy a autorizar al RAM para que rastreen su matrícula el domingo 11 de diciembre. Tenemos que vincular este número de Dent con él. Me juego el cuello a que no usó su móvil habitual para la llamada, así que será uno de prepago, pagado en efectivo. Vamos a conseguir la fecha y la ubicación de la compra. Me apuesto lo que sea a que fue en Hampstead High Street. Y que los expertos en reconocimiento de voz

contrasten esta grabación con las de nuestros interrogatorios.

—¿No será mejor que lo consultemos con Stanton?

—Que le den a Stanton.

MIÉRCOLES

MANON

Las han acompañado a una sala de espera que recuerda al salón de un hotel rural. Hay dos sofás chéster de cuero enfrentados sobre una alfombra persa. Huele a café recién hecho. En la mesa de centro reluciente hay ejemplares de las revistas *Country Life* y *Homes & Gardens*, y un suntuoso jarrón con flores, y en los cuatro rincones de la sala brillan grandes lámparas.

—Subinspectora Harper, oficial Bradshaw... —saluda Ian Hind, saliendo de su despacho acompañado de la prisa innata propia de un profesional atareado—. Qué sorpresa. ¿Tienen novedades? ¿No sería mejor hablarlo en casa, con Miriam?

—¿Hay algún sitio en el que podamos hablar en privado? —pregunta Harriet.

—Sí, claro. Rosemary —dice, mirando a la mesa de su recepcionista, en el vestíbulo—, que no nos interrumpan, ¿de acuerdo? Pasen, por favor.

Las precede y entran en otra sala majestuosa. Él se sienta en un sillón de cuero, detrás de su escritorio.

Harriet y Manon se quedan de pie.

—*Sir* Ian —comienza Harriet—, nos gustaría saber dónde estaba la noche del domingo 11 de diciembre.

—¿El 11 de diciembre? Bueno, han pasado ya dos meses. Tendría que mirar mi diario, preguntarle a Miriam... Así, de buenas a primeras, no tengo ni la más remota idea. En casa, supongo. Es donde suelo estar los domingos por la noche.

—Verá, esa noche nuestras cámaras captaron a su coche por la M11 rumbo a Anglia Oriental, en dirección a March, donde tienen ustedes su casa rural.

Junta las puntas de los dedos de ambas manos y da varios golpecitos; la boca se le curva y tiene la mirada perdida; parece perplejo.

—Sí, sí, es verdad. Me acerqué a Deeping. Había que hacer unos arreglillos en la casa...

—De los que se le olvidó hablarnos.

—Casi no me acuerdo de ese viaje, si les soy sincero, pero ahora que lo dicen...

—Les dedica una sonrisa condescendiente. Luego mira su reloj—. ¿Es una cuestión importante? Porque tengo un paciente dentro de diez minutos y aún no he repasado su historial.

—Otra cosa, *sir* Ian —añade Harriet—. Afirmó usted que no conocía a Taylor Dent.

—Efectivamente.

—Pero le dejó un mensaje de voz en su teléfono diciendo «Nos vemos donde

siempre» el 11 de diciembre, que fue el último día que lo vieron.

—¿Cómo? ¿Qué mensaje?

—Espere, que se lo pongo —anuncia Manon, abriendo su correo en el *smartphone* y reproduciendo el archivo sonoro: «Nos vemos donde siempre».

Los tres escuchan en silencio: Hind tiene los ojos clavados en la mesa, y Harriet y Manon escudriñan su cara. Parece estar tomando una decisión.

—No pueden demostrar que soy yo —afirma.

—La verdad es que hemos rastreado el teléfono. Lo compró en la tienda Phones 4u, de Hampstead High Street, el 15 de julio de 2010. La cajera lo ha identificado —declara Harriet.

—Miren —continúa el hombre—, quiero hacer todo lo que esté en mi mano para colaborar con la policía en la búsqueda de mi hija, de verdad. Justo el otro día lo estaba hablando con Rog..., con Roger Galloway, vaya. Estuve en la Cámara de los Comunes y le dije a Roger que me daba la impresión de que el equipo de Cambridgeshire tenía muchísimo talento, en particular usted, subinspectora Harper, y que si quería mujeres en primera línea...

—Ian Hind, lo arresto como presunto autor del homicidio de Taylor Dent...

—Un momento, agente —dice, irguiéndose en su sillón—. Vamos a procurar no acelerarnos. Seguro que podemos llegar a un acuerdo que vaya en beneficio de ambas partes y ahorrarnos estas medidas preventivas.

—Tiene derecho a no decir nada, podría perjudicar a su defensa...

—Son una buena pareja. Con una llamada a Roger puedo conseguir que suban en la escala policial en menos que canta un gallo. Siempre dice que quiere más mujeres en el cuerpo.

—Pues entonces debería dejar de ascender a hombres —replica Manon.

Harriet suspira hondo.

—No diga nada que luego no pueda defender en el juicio. Podemos aportar como prueba todo lo que diga, ¿lo entiende?

—Puedo enterrarlas a las dos, ¿lo entienden ustedes?

—¿Sabe dónde está Edith? —pregunta Harriet.

—Por Dios, no, ¡claro que no! Miren, ¿pueden sentarse un momento? —pregunta.

Ambas asienten, y ocupan las dos sillas metálicas para los pacientes.

—No soy mala persona —dice—. Podría decirse que todo fue un accidente. Me estaba chantajeando, ¿me explico?

—Le aconsejamos que esté en presencia de un abogado antes de seguir hablando —le recomienda Harriet.

—De acuerdo. ¿Puedo pedirles una cosa? No se lo digan a Rosemary. No hace falta que me esposen ni nada, ¿verdad?

—No, podemos salir juntos.

En una sala de interrogatorios de la comisaría de Kilburn, tras muchas horas y en presencia de un abogado caro, *sir* Ian Hind firma una declaración:

Conocí a Taylor Dent seis meses antes, en junio de 2010. Estaba trabajando en una obra frente a mi casa y nuestras miradas se cruzaron cuando salí una tarde. Me sonrió, con el torso desnudo bañado por el sol, y me sedujo. Llevo veinticinco años casado y somos muy felices, pero a lo largo de este tiempo he tenido relaciones sexuales esporádicas con otros hombres. Todo muy improvisado: en las duchas del gimnasio y cosas por el estilo. Eran muy poco frecuentes y en ningún caso fueron relaciones propiamente dichas. Mi familia es mi vida.

Las relaciones con Taylor eran distintas. Despertó en mí unos sentimientos que no experimentaba desde el colegio. Hasta ese momento, había logrado separar sin problema mis escauceos con otros hombres y mi vida como marido y padre afectuoso. Pero, con Taylor, por primera vez, se estaba creando algo. Empezamos a quedar en el parque de Hampstead Heath. No quería que Miriam se enterase, así que compré un móvil de prepago que solo usaba para comunicarme con él. Me dije que acabaría pronto, que lo dejaría, como un vicio, y que la vida volvería a la normalidad. Sin embargo, no podía parar. No era solo sexo, al menos para mí.

Taylor empezó a pedirme dinero, aunque nunca fuese explícito que estaba pagando por eso. Cuando quedábamos, le decía que quería ayudarlo y le daba cincuenta libras, por lo general, que luego subieron a cien cuando tuvo más confianza en la relación. Pedía dinero para compras concretas: unas deportivas para su hermano pequeño y cosas por el estilo. Luego me preguntó si podía sacar medicamentos de la clínica, ketamina y barbitúricos, y yo supuse que los quería para venderlos en la calle. Empecé a pasarle dosis muy pequeñas, y una vez, a finales de septiembre, tomamos ketamina juntos. Las drogas hacían que me resultase más fácil hacer..., hacer lo que hacíamos..., esas actividades peligrosas e ilícitas ante las que yo solía ser tan reticente.

Fui consciente de que estaba cayendo en un estilo de vida que ni siquiera reconocía, que ponía en peligro todo lo que tenía: mi trabajo, mi familia y mi matrimonio. Le dije que quería que dejásemos de vernos, que ya estaba bien. Quería recuperar mi vida intachable, pero supongo que él se había

acostumbrado a mi dinero y al suministro de medicamentos.

A finales de noviembre, me amenazó. Empezó a darme detalles sobre mi familia para demostrarme todo lo que sabía. Dijo que les contaría a Edith, Rollo y Miriam lo que era, lo que hacía con él en el parque. Me pidió diez mil libras para comprar su silencio, diciendo que desaparecería para siempre. Accedí a dárselas, por eso le envié ese mensaje. Accedí a entregarle el dinero la noche del domingo 11 de diciembre. Quería comprarlo, me dije que eso resolvería el problema de una vez por todas y que luego podría relajarme y disfrutar de la Navidad con mi familia.

[El sospechoso rompe a llorar. Se interrumpe el interrogatorio].

Reuní el dinero y también llevé un poco de ketamina, como había hecho otras veces, al parque. Mi intención era dejar las cosas claras: lo único que quería era entregarle lo que me pedía y empezar de cero. Me daba la sensación de que Taylor era buena persona, que había afecto sincero entre nosotros. Sé que suena ingenuo, habida cuenta de que me estaba chantajeando, pero creía sinceramente que cogería el dinero y desaparecería.

Se puso como loco, emocionadísimo, le brillaban los ojos. Ese dinero iba a cambiarlo todo. Tenía un hermano pequeño, como digo, y me aseguró que eso iba a cambiarle la vida. Empecé a sentir que Taylor estaba jactándose delante de mí, que se alegraba de que lo nuestro acabara.

Le confesé que tenía las diez mil libras en el maletero de mi coche, y también otro regalito. Había aparcado detrás del Jack Straw's Castle. Vino conmigo al coche, le entregué la bolsa con el dinero y, para celebrarlo, se tomó una dosis muy potente de ketamina. Luego me dijo que lo que hacíamos lo asqueaba, que se alegraba de que hubiese acabado: «Ya no tengo que volver a hacer esa mierda asquerosa». Me miró con repulsa y comprendí que solo le importaba el dinero.

[El sospechoso vuelve a derrumbarse. El interrogatorio se interrumpe unos minutos].

Me sentí minúsculo y humillado. Nunca me había querido; ni siquiera le gustaba. Me repugnaba él y todo lo que habíamos hecho. Entonces algo se apoderó de mí, una impotencia que se convirtió en pura rabia. Nunca había sentido tanta ira en mi vida. Lo metí de un empujón al maletero y cerré de un portazo. Me monté en el coche y empecé a conducir, sin rumbo fijo. Cuando quise darme cuenta, iba de camino a Deeping. Supongo que fue un impulso instintivo. Era como si el coche se condujese solo. Ya saben lo que pasa cuando tienes una ruta interiorizada: conduces, pero estás con la cabeza en otro sitio. Mientras iba por la M11, pensé: puedo sacarlo de Londres, dejarlo

tirado y llevarme el dinero. La ketamina es un analgésico potente: causa sedación y amnesia, sin alterar la estabilidad cardiovascular. Se vería perdido y se le olvidaría todo.

Cuando llegué a Deeping, abrí el maletero y lo encontré inconsciente pero vivo. Me cercioré. La ketamina, como digo, es un anestésico: es como si no fueses tú, no controlas las piernas, ningún movimiento. Entré en la casa y puse la bolsa con el dinero en una habitación del piso de arriba. No sé por qué lo hice. Para guardarlo en un sitio seguro, para que no lo cogiese, supongo. Me dije que volvería luego.

Tras dejar la bolsa en el último cajón del armario, volví al coche. Le registré los bolsillos en busca de su móvil. Sabía que el teléfono podía incriminarme, pues acreditaba el contacto entre el chico y yo; solo el contacto, nada más. Además, así evitaba que pudiera pedir ayuda: quería que pasase mucho tiempo deambulando antes de volver a casa.

Regresé al coche y enfilé un camino sin asfaltar, completamente enfangado, que atraviesa nuestro terreno y entra en la finca de los vecinos. Paré en una arboleda junto al río, lo saqué a rastras del maletero y lo dejé ahí, seminconsciente, tirado en el suelo, a unos tres metros de la orilla. No lo metí en el río, ni lo ahogué. No lo maté. Lo más probable es que, cuando recuperó la conciencia, medio grogui, tropezara y cayese al río.

Una semana después de esa noche infame nos dijeron que Edith había desaparecido. Me quedé, y sigo estando, destrozado. Adoro a mi familia y nunca les haría daño. No tengo ni idea de lo que le pasó a mi hija y estoy deseando volver a verla.

Con las prisas por volver con Miriam esa noche, la de Taylor Dent, dejé el dinero en la habitación de Deeping. Cuando los agentes fueron a registrar la casa, tras la desaparición de Edith, estaba convencido de que lo encontrarían y preguntarían qué hacía una bolsa de plástico con diez mil libras en un cajón del armario. La idea era contarles, a la policía y a Miriam, que iba a pagar en efectivo una obra en Deeping y por eso estaba ahí el dinero. Esperé y esperé, pero nunca mencionaron el dinero. Como es natural, no podía sacar el tema ni preguntar qué habían encontrado en Deeping, pues sería demasiado sospechoso.

JUEVES

MIRIAM

Habrá quien lo vea como una forma de huir, pero  qu  sabr  la gente de su dolor? Un día parece un año. Los minutos zumban como avispa moribundas. Incluso los segundos se estremecen y crepitan, dejando paso a una tranquilidad extraña y antinatural, petrificante. Quizá esto sea huir, pero también es mucho más.

Espera junto a la cinta de equipaje, en la que hay varias maletas de estilo empresarial, de esas que parecen cajas de zapatos con ruedas. El equipaje ejecutivo da vueltas y más vueltas en la terminal de llegadas del aeropuerto de La Rochelle. Es un espacio curioso, con aspecto de hangar, que en agosto est  repleto de británicos rosas que cogen carricoches plegados de las cintas de goma; madres y padres sudados, con sus hijos y con más peso del que les gustaría, pasaportes borgoña en mano. Ian y ella habían estado ahí, hacía muchísimos años. Rollo lloraba por una cosa u otra, quizá porque quería subirse al carro para las maletas; Edie estaba sentada en el borde metálico de la cinta, leyendo, como de costumbre; e Ian ojo avizor, entre la multitud api ada, en busca del variopinto surtido de maletas de la familia. Pero ahora es enero, el viento sopla con fuerza y solo hay un puñado de pasajeros, los curiosos hombres de negocios franceses, que est n deseando salir y encenderse un Gauloises.

El cielo está repleto de inmensas nubes que parecen amontonarse sobre la campiña de Vandea. Conduce bajo un dosel de árboles y deja atrás Fontenay-le-Comte; las carreteras son llanas y est n vacías. Es una zona espaciosa. La alivia estar lejos de la pequeña y estrecha Inglaterra, de las noticias sobre el arresto de Ian. No tardarán en salir los fariseos entrometidos, los amigos que soltar n de una vez por todas la cuerda. S , es un alivio estar en esa tierra vacía, donde nadie sabe quién es y donde a nadie le importa la depravación de su marido. Debería empezar a pensar en él como su exmarido, pero no puede. Tendría que habérselo imaginado; es lo que piensa una y otra vez: tendría que habérselo imaginado. Cuando la oficial Bradshaw llam  a su timbre anoche, a Miriam le pareció que el tiempo se detenía, como en un *d j  vu*. Cuando la agente entr  en el vestíbulo y le explicó que habían arrestado a Ian como presunto autor de un homicidio, sintió que se repetía algo que ya había sucedido; como si el tiempo fuera un bucle que se estiraba como una cinta elástica. Asintió y, a juzgar por su expresión, parecía asimilar lo que la oficial Bradshaw le estaba explicando. Sin embargo, a Miriam le parecía estar debajo del agua, en un lago, quizá: los sonidos eran lentos y lúgubres; sus pensamientos iban a destiempo.

Se dirigió al estudio de Ian, abrió el cajón del escritorio y palp  en busca del Nokia, el de las pegatinas de piratas en la carcasa. Cuando lo encontr  la primera vez debieron de haber saltado todas las alarmas, pero supone que las silenció. Uno oye lo

que quiere oír; ve lo que quiere ver. El teléfono, huelga decirlo, no estaba ahí. Entonces buscó la llave de la caja fuerte que tenían detrás de la estantería del salón. La caja verde metálica estaba oculta tras *Anatomía de Grey*.

—¿Estás bien? —se interesó la oficial Bradshaw, observándola con cara de profunda preocupación—. Pareces... tranquila. ¿Necesitas que te ayude con algo? —le preguntó, desconcertada al ver a Miriam sacando libros.

Al fin, abrió la caja fuerte y ahí estaba el teléfono, entre varios fajos de billetes extranjeros y un Rolex que el sultán de Brunéi le había regalado a Ian. No se esforzó mucho en esconderlo.

—Me imagino que esto os vendrá bien —dijo Miriam, entregándole el móvil a la agente.

—Gracias —respondió ella.

—¿Es del chico? —quiso saber Miriam.

—No lo sé. Puede. —Bradshaw la miró fijamente a la cara y añadió—: Tengo que contarte otra cosa.

Le dijo a Miriam que creía que Edith estaba viva, «y no te lo digo a la ligera». Que un hombre llamado Abdul Ghani Jalil podía haberla colado en Francia.

—El caso del puerto de Tilbury; el asesinato —hiló Miriam.

La agente le explicó que pensaba que Tony Wright había puesto en contacto a Edith y a Jalil; que las llamadas entre Edith y Wright eran para determinar un lugar de recogida, en una de las autopistas que salen de Huntingdon. Wright sabía cómo evitar las cámaras de vigilancia, y Jalil cómo ayudarla a cruzar la frontera sin que la descubriesen.

—Pero ¿por qué? —preguntó Miriam.

—Hay un montón de gente que quiere desaparecer, todos los días. Es de lo más habitual. ¿Se te ocurre algún sitio de Francia al que podría haber ido? ¿En el que podría esconderse?

La mente de Miriam hurgó entre sus recuerdos, como ya hiciera en el cajón del escritorio, mientras asimilaba la idea.

—Puede ser. No lo sé.

—Necesito que me des una lista de sitios que podría conocer, sitios a los que fuisteis de vacaciones y donde Edith podría tener algún contacto, para que informemos a la Interpol.

—Deja que vaya yo —soltó Miriam, manteniendo la mirada de la agente con toda la intensidad de la que pudo hacer acopio—. Deja que vaya yo, por favor.

—Lo siento, pero...

—Solo te estoy pidiendo que lo pospongas, nada más. Espera, dame un poco de

tiempo. Un par de días, solo eso. Se me ha ocurrido algo, pero quizá me equivoque. Deja que vaya, a ver si puedo encontrarla y convencerla de que vuelva. Esta familia ya ha tenido bastante, ¿no crees? —Había agarrado a la mujer de los brazos, con fuerza, para que no apartase la mirada.

—No puedo retrasar a la Interpol —le respondió—, pero no conseguirán demasiado sin pistas sólidas; sin saber por dónde empezar, vaya. Francia es un país grande. Irás con ventaja si no te retrasas, pero te aviso de que mi subinspectora está al tanto de la conexión entre Wright y Jalil, y van a interrogar al afgano, así que quizá les dé una ubicación.

Miriam asintió. «Entiendo». Acompañó a la agente hasta la puerta y cerró. Entonces se tumbó en la esterilla de fibra de coco, hecha un ovillo, con la mejilla pegada al tejido áspero, oliendo el polvo de las botas y sintiendo la ráfaga gélida que se filtraba por la rendija de la puerta. Al cabo de unos minutos se fue a la cama; su parálisis chocaba de lleno con la exhortación de la agente para que se diera prisa.

Tumbada en su habitación, viendo bailar la luz que se colaba entre las cortinas, repasó mentalmente los años de su matrimonio como si fueran una película. ¿Alguna vez los quiso? ¿Quería tener mujer e hijos? En todas y cada una de sus vacaciones en familia, ¿se habría sentido atrapado, inquieto? Todas las veces que había ido a dar una conferencia o a jugar al bádminton con Roger. Todo el cariño que había entre ellos, las tensiones, las broncas y las reconciliaciones. Lo repasó todo a través de un nuevo filtro, como si un programa informático ajustase los parámetros. Lo observó, y lo volvió a observar, como si pudiera estabilizar esa fluctuación.

Lloró hasta que la tarde se fundió con la noche, y luego el llanto se volvió sosegado, casi cataléptico. Cuando al fin se quedó frita, la película empezó de nuevo, y otra vez buscó pistas en las imágenes descoloridas y crepitantes de la vida familiar.

Por la mañana, arrojó su maleta escaleras abajo ante la mirada perpleja de Rollo.

—Perdona por dejarte así —se disculpó.

—¿Dónde vas?

—No puedo decírtelo.

—Bueno, ¿y puedo ir contigo?

—No —le contestó, poniéndole una mano en la mejilla—. Rollo, cariño, tienes que quedarte aquí. Ve a verlo a la cárcel. Te necesita.

El camino a Vouvant serpentea bajo los árboles de hoja perenne y pasa junto a las cuadras de *monsieur* Ripaud, desde donde Edith hizo su primera excursión a caballo a través del *forêt* de Mervent, sin casco, como Miriam, indignada, acabaría sabiendo por boca de Ian.

—¿De dónde te crees que viene la expresión *laissez-faire*? —le dijo, burlón, sacando los quesos que habían impregnado el frigorífico de su casa rural francesa de un olor penetrante—. Ha sobrevivido, ¿verdad, Edie?

—¡Qué peste a pies! —berreaba Rollo cada vez que abrían la puerta del frigo y le llegaba el olor.

Fue el verano en que Edith descubrió una pasión tras otra —principalmente, la lectura y los caballos—, sobreviviendo a base de *baguettes*, a las que arrancaba la miga blanda, y melocotones, que le dejaban hilillos de jugo en la barbilla y la camiseta. No quería que Miriam lavase los pantalones con los que había montado porque olían a Artur, el caballo al que ahora quería con toda su alma.

Miriam sube con el coche por la cuesta que lleva al aparcamiento, a la sombra de la torre medieval de Melusina, y coge el abrigo del asiento trasero. El viento ruge entre los árboles mientras se dirige a la pequeña muralla que bordea el aparcamiento, desde la que observa el río, más abajo. Las ráfagas rizan la superficie rápida, que parece cubierta de escamas. Se ciñe bien el abrigo y se dirige al *bar-tabac*, donde el viento está a punto de tumbar un exhibidor giratorio de postales.

—*Une anglaise?* —pregunta el hombre al otro lado de la barra—. *Elles sont partout.*

—*Oui, mais une anglaise qui habite ici?* —consulta Miriam—. *Il y a depuis quelques mois?* —chapurrea, buscando expresiones como quien hurga en una antigua maleta. Las palabras están ahí, pero no necesariamente en orden.

—*Bof* —responde él, doblando las comisuras de los labios—, *sais pas.*

Miriam pide un café y estudia el local: una sala oscura con una televisión enorme colgada de la pared, donde dan deportes varios y de la que, de cuando en cuando, salen gritos de ánimo. Hay un puñado de personas, la mayoría viendo la tele. Decide sentarse en una mesa fuera, a pesar del viento frío.

Sujeta con el dedo la página revoltosa de la guía que ha comprado en Stanstead para encontrar alojamiento, y el camarero le deja en la mesa la taza con su platito. Apoya la mano, enfundada en un guante de cuero, en una página titulada «La leyenda de Melusina».

«Cuenta la leyenda que Melusina asesinó a su madre y que, como castigo, todos los sábados por la noche se convertía en serpiente de cintura para abajo. Poco después, conoció a Raimundo de Poitiers, y cuando este le pidió que se casara con ella, Melusina aceptó, con una condición: que nunca la mirase los sábados por la noche. La pareja vivía en el *château* de Vouvant y todo fue bien durante varios años, pero una noche su marido rompió la promesa y la vio, mitad mujer, mitad serpiente».

Típica visión de la sexualidad femenina, piensa Miriam. Serpentina, cómo no.

Levanta la cabeza y ve a un grupo de ciclistas que pasan como flechas junto a las mesas de la terraza, con todo el atuendo profesional: mayas de licra, guantes, casco aerodinámico y gafas de sol de espejo, que les dan el aspecto plateado de las moscas.

«Cuando, en plena discusión, Raimundo llamó “serpiente” a Melusina delante de toda la corte, ella se transformó en dragón y se alejó volando, para no volver jamás».

—*Excusez-moi* —dice una voz masculina, y Miriam aparta los ojos de su lectura. Dice que la ha oído preguntar por una chica en el bar, «*une anglaise*», y, aunque habla a toda velocidad, Miriam deduce que conoce a una.

—*Jeune?* —apunta Miriam, entornando los ojos por el sol y llevándose una mano a la frente.

—*Oui, eh bien, dans la vingtaine je suppose* —responde. Unos veinte años. Se esfuerza por seguir el torrente de indicaciones—: *Tout droit, à gauche, en bas, par la rivière.*

Está desconcertada. En realidad, no esperaba que ese viaje diera frutos. Un vuelco para alejarse del caos de Inglaterra, una peregrinación al pasado de su familia, vale. Pero ¿que Edith estuviese de verdad ahí?

Miriam se apresura en la dirección que le ha indicado el hombre: pasa junto a varias tiendas, deja atrás la frutería y la verdulería y gira en la *pharmacie*, color verde brillante, para llegar a la Place de l’Eglise: a un lado el *mairie*, con una discreta bandera francesa, y enfrente la iglesia del siglo XII, con sus amplios escalones y su puerta de doble arco.

Desde aquí ya no sabe seguir las indicaciones del hombre, y cuando se gira, analizando todas las rutas posibles, ve a una anciana cargada con bolsas enormes, que camina lentamente, contoneándose. La mujer apenas puede respirar del esfuerzo cuando Miriam se le acerca.

—*Rivière?* —le pregunta, señalando uno de los callejones que salen de la Place de l’Eglise.

La mujer asiente.

—*Oui, en bas.*

EDITH

Hoy hace un sol radiante, un día tan bonito que me apetece abrir de par en par las ventanas alargadas de la habitación. Coloco un cojín en el balcón y me imagino a Lucy Honeychurch abriendo los postigos de la Pension Bertolini.

El sol me calienta la cara, pero el aire aún es frío, así que me pongo el cárdigan más grueso, que uso a modo de abrigo. Cojo mi ejemplar de *Jane Eyre*, pero no leo. Miro por la ventana, tranquila por primera vez en más de cinco semanas, quizá porque hoy no he buscado nada en internet. Apoyo la cabeza en el marco de la ventana y cierro los ojos. El sol brilla a través de mis párpados rojos y oigo unas pisadas en el callejón.

Me yergo poco a poco, entrecerrando los ojos, y veo una coronilla al otro lado del muro. Tiene el pelo gris y un aire familiar. Entonces levanta la cara, sus ojos se cruzan con los míos, y siento la puñalada de la familiaridad y el impacto del amor. Un rostro amado. Suelto *Jane Eyre*, que cae a plomo desde el balcón como un pájaro abatido.

Entro a toda prisa en la habitación oscura y bajo corriendo las escaleras para abrirle la puerta. ¿Qué hace aquí? ¿Cuánto me odiará por lo que he hecho? ¿Cuánto sabe, y cómo, joder, cómo se lo voy a contar? Los secretos que he escondido; los secretos que la destrozarán. Los secretos de los que llevo cinco largas semanas huyendo.

Quito el cerrojo y ahí está, con su rostro pálido y acusador, diez años más vieja desde la última vez que la vi. Es culpa mía.

—¿Cómo has podido? —murmura.

—Mamá, puedo... puedo explicártelo. De verdad, mamá —le digo—. No lo entiendes... —Pero las palabras están congeladas—. No quería hacerte daño...

—¿Cómo has podido?

—Hay muchísimas cosas que no sabes —le grito. No puedo guardar la compostura, no puedo evitar derrumbarme y sentir una angustia pueril.

—Creía que estabas muerta —replica. Tiene los ojos inyectados en sangre, al borde de las lágrimas, y el ceño fruncido por la incredulidad y la rabia. Ver llorar a tu madre y ser el motivo es la peor sensación del mundo.

—Entra —le digo, agarrándola del brazo y acercándola a mí. La abrazo y suelta un alarido de dolor, sollozando violentamente contra mi cuerpo. Sus gritos son animales, escandalosos, y rebotan en las paredes del callejón—. Entra —le digo—, voy a prepararte un té. Voy a explicártelo, voy a explicarte por qué...

Sin dejar de lloriquear, busca un pañuelo en su bolso y se limpia las lágrimas y

los mocos.

La conduzco por las oscuras escaleras hasta mi apartamento, preguntándome por dónde empezar. Explicarle mi desaparición implica contarle cosas sobre nuestra familia que no debería saber. No sé cómo empezar para no hacerle daño, aunque ya se lo he hecho. La meto al salón, le quito el bolso con delicadeza, lo apoyo en el sofá y la ayudo a sentarse.

—No sé cómo contártelo —comienzo. Camino de un lado a otro. No puedo mirarla. Ella tiene los ojos clavados en mí, como un niño expectante—. Sé cosas, he visto cosas...

—Lo han arrestado —suelta ella—. No lo sabes, ¿verdad? Ayer arrestaron a tu padre por el asesinato de Taylor Dent.

Me quedo mirándola, atónita. No ha tenido que salir de mí, como una mentira mezquina e inventada, como algo perverso que me he imaginado para hacerle daño. No he sido yo la que lo ha destruido todo, aunque preferiría que no lo hubiesen pillado. Preferiría que ella no lo supiese, que él se hubiera librado, que pudieran seguir juntos, ser yo la que pagara el precio por él.

—¿Taylor Dent? ¿Así se llamaba? —susurro—. No lo sabía.

—Lo viste —dice ella—. Viste lo que pasó en Deeping.

Asiento. Ahora, ambas estamos aturdidas.

—Aun así, no lo entiendo —afirma—. ¿Por qué huir? ¿Por qué querías que pensáramos que estabas muerta?

—¡Yo no quería eso! —Sueno histérica, estoy perdiendo el control otra vez. Quiero contarle la verdad, pero no sé si puedo—. ¡No quería, no, no! —Grito yendo de un lado a otro, sin parar—. Quería desaparecer. Quería que me tragase la tierra. No podía guardar su secreto y tampoco entregarlo. No podía volver con Will y tampoco enfrentarme a Helena.

—Helena...

—Ya lo sé —digo con un gemido, sintiendo un puñetazo en el estómago—. Helena, pobre Helena. —Siento arder en el estómago la culpa, la pena. Qué responsable soy—. Está muerta y es culpa mía. No hace falta que me lo digas, mamá. No hace falta que me expliques lo que he hecho, el follón que he armado. Ya lo sé.

—Eddie —musita con voz suave—. Eddie, tranquila. Ven, siéntate.

Encendemos la chimenea. Agarramos con mimo las tazas de té de hinojo, como si fuesen a romperse, y nos calientan las manos. Apoyadas la una en la otra miramos las llamas crepitar y danzar. Ella está sentada con las rodillas juntas, más compuesta. Yo tengo las piernas dobladas hacia un lado. Hay un silencio muy largo. Las dos nos damos tiempo para respirar hondo.

Lleva una camisa con un diseño azul marino de William Morris, con hojas rizadas y vainas de semillas. Yo tengo la cabeza apoyada en su hombro y observo el diseño del tejido, el colgante que descansa en las arrugas suaves de su pecho. Me conmueve su meticulosidad, lo elegante que va. Lleva anillos relucientes en los dedos, pero la piel de sus manos es reptiliana, y su cara está abatida por el dolor y el agotamiento. Mi pobre madre. Rompo a llorar otra vez y me da un beso en la coronilla.

—¿Puedes contarme qué pasó? —pregunta.

—Fui a Deeping un domingo, a principios de diciembre. Llegué sobre las tres de la tarde; aún era de día. Necesitaba un sitio para pensar, lejos de Will. Me estaba planteando romper con él. —La miro a la cara—. Tú lo sabías, ¿a que sí, mamá? Crec que tenías la corazonada de que iba a dejarlo. Había empezado con Helena, era todo muy confuso, y no sabía si era un síntoma de que quería terminar con Will o el principio de algo sincero con ella, ¿entiendes? Estaba muy confundida y necesitaba espacio para pensar, lejos de ambos.

»Tenía casi decidido que me quedaría a dormir allí. Estaba tumbada en vuestra cama. Ya sabes cómo me gusta vuestra cama. Empezó a oscurecer y me dormí, hasta que me desperté con unos ruidos en la planta baja. La casa estaba oscura como boca de lobo y, medio dormida, pensé: «Ah, mamá y papá están aquí». Pero luego espabilé y recordé que había hablado contigo, ¿te acuerdas? Y tú me habías dicho que os quedabais en casa ese fin de semana. Papá tenía mucho trabajo, así que no vendríais a Deeping. Me quedé paralizada, creyendo que había un ladrón abajo. En Deeping no le damos mucha importancia a la seguridad. Había cerrado la puerta principal en cuanto entré, porque siempre estoy un poco nerviosa si me quedo sola en el campo. Pero, de todas formas, esa llave del porche...

»Oí unos pasos subiendo las escaleras. El corazón me latía a mil por hora, estaba aterrada. Salí de la cama y me metí en vuestro armario; cerré la puerta y me tapé con tu ropa. El intruso entró en la habitación y fue directo al armario. Yo pensé que estaba muerta, pero abrió el cajón de abajo y metió algo. Me quedé ahí, paralizada, hasta que los pasos se alejaron. Luego oí más ruidos en la planta baja, y la puerta principal al cerrarse. Salí sigilosamente del armario y me acerqué a la ventana. El sensor de movimiento había encendido la luz, y vi a papá abrir el maletero de su coche. Dentro había un cuerpo, un chico...

—Taylor Dent —aclara mi madre, con voz triste.

—No sabía cómo se llamaba. He intentado descubrirlo desde entonces; no he dejado de buscar en Google personas desaparecidas y asesinatos en Anglia Oriental, pero no he encontrado nada sobre un chico negro asesinado cerca de March. Parecía que su muerte había pasado desapercibida.

—A diferencia de la tuya.

—Sí —continúo, poniéndome recta—. Durante las siguientes semanas, yo buscaba con ahínco, pero no había ni rastro de él. —Vuelvo a acurrucarme contra su hombro. Es más fácil contarle mi historia sin mirarla a la cara—. Lo vi todo desde la ventana de arriba. Estaba temblando. Está claro que no metes a alguien en un maletero a no ser que quieras hacerle algo malo. En el maletero metes a los animales, no a las personas.

—¿No vio tu coche?

—Aparqué justo al fondo de la marquesina. El Reva es muy corto, ya lo sabes, así que no pudo verlo desde el camino. El corazón estaba a punto de salirseme del pecho. Sabía que era algo gravísimo: un chico en el maletero. Papá le registró los bolsillos y el cuerpo no ofrecía resistencia: estaba inconsciente o muerto. Siguió buscando hasta que encontró algo que no pude ver, un móvil o una cartera, que se guardó en el bolsillo. Yo no me lo explicaba. ¿A santo de qué se le ocurre a alguien registrar a un chico que está inconsciente o muerto? La única explicación era la peor.

»Antes de que me diese tiempo a bajar corriendo y pedirle explicaciones, oí las puertas del coche cerrarse: ya se había ido. Abrí el último cajón del armario para ver qué había metido ahí y encontré un montón de fajos de billetes atados con cintas de goma en una bolsa de plástico.

—¿Y cogiste el dinero? —me pregunta. Asiento, y ella esboza una sonrisa tenue y dice—: Al menos se quedó en la familia.

—Pensé en todo lo que podía hacer: volver a George Street con Will; fingir que no había pasado nada; contarle a la policía lo que había visto; contártelo a ti; ir con Helena. Y nada me parecía viable. Estaba barajando todas esas opciones a mi alcance, y me sentía como en un coche de choque, atrapada entre los parachoques y sin poder moverme. Pensé en coger un avión a Buenos Aires para ver a Rollo, y me planteé contarle el horror que había vivido. Pero entonces me pregunté si alguien me creería. Me dije que a lo mejor parecería una loca que quería destruir a nuestra familia. Incluso pensé que quizá me había vuelto loca de verdad y todo habían sido imaginaciones; que tendrían que ingresarme en un manicomio. Entonces miré el dinero y pensé en desaparecer. Y tenía sentido. Lo único que sabía, mamá, y tienes que creerme cuando te lo digo, es que quería escapar. Mi único impulso era desaparecer, no hacerte daño.

—Pero me hiciste daño. Me hiciste mucho daño, Edith.

—No podía soportar saber algo que te destrozaría. No quería guardarle el secreto, pero tampoco traicionarlo. No podía volver con Will y no podía enfrentarme a Helena y a toda esa confusión. Estaba atrapada, ¿lo entiendes? Cuando vi el dinero que había dejado, comprendí que era mi vía de escape. El dinero podía hacer que me

desvaneciese, y conocía a gente que me ayudaría...

—¿Qué gente?

Me levanto. No puedo mirarla a la cara.

—¿Quieres otro té? —le pregunto, cogiéndole la taza de la mano.

—¿Qué gente, Edith? —repite.

—Es igual, no hace falta que sepas qué gente. Ese dinero podía ayudarme a esfumarme, como si me hubiera tragado la tierra, y eso era justo lo que quería.

Vuelvo al salón con dos tazas humeantes.

—¿Qué le ha pasado? ¿Dónde está? —intento saber.

—En Littlehey. Rollo irá a visitarlo. Hemos contratado a un abogado de Kingsley Napley.

—¿Está bien?

—No lo he visto —responde ella, y leo el tormento en su cara—. Pero iré. —Levanta la cabeza—. Iré a verlo. Es mi marido.

Tiene unos ojos desafiantes. La miro fijamente.

—Después de lo que ha hecho... —empiezo a decir.

Ella frunce el ceño.

—No voy a darte explicaciones, Edith —dice—. No voy a explicar cómo me siento, a ti no.

Volvemos a guardar silencio, pero esta vez no es cómodo.

MIRIAM

Al decírselo a Edith ha sido la primera vez que se ha permitido pensarlo, y le sorprende la fuerza de su convicción: es su marido. Una acción no puede borrar de un plumazo veinticinco años. Sí, irá a verlo a Littlehey. Puede que le lleve un tiempo; puede que esté furiosa, que se sienta traicionada, avergonzada. Pero no va a abandonarlo. Puede que los amigos suelten la cuerda, pero ella no.

—¿Cómo murió? —pregunta Edith—. Taylor Dent. ¿Qué hizo papá...?

—Ahogado —responde Miriam—. En el río cerca de Deeping. No sé qué heridas tenía. Había tomado ketamina y quizá fue lo que lo mató al caer al agua, paralizado. En cualquier caso, saldrá todo en el juicio.

—¿Entonces a lo mejor estaba vivo en el maletero? —dice Edith, y Miriam ve cómo el abatimiento se apodera de su cara por momentos—. Podría haberlo ayudado si no me hubiese quedado escondida.

—Muchas cosas habrían sido distintas si no te hubieses quedado escondida —suelta Miriam, sin poder disimular el tono de reproche. El alivio de ver a su hija viva deja paso a una rabia indecible, como la que sentía cuando Edith era pequeña y la perdía de vista en el parque o en la playa: la buscaba como loca, los gritos se volvían histéricos y las otras madres la ayudaban con una urgencia instintiva. Luego, cuando daban con Edith o Rollo, jugando entre los setos o acucillados en la arena, despreocupados, les echaba un rapapolvo de aúpa y los hacía llorar, para que sintiesen durante un milisegundo el miedo que había sentido ella. «No lo volváis a hacer nunca, nunca», les decía mientras los abrazaba con fuerza.

—¿Cómo pudiste quedarte escondida? —pregunta ahora—. ¿Cómo se te ocurrió? Seguro que viste la escalada de la búsqueda, los movimientos de la policía. Seguro que sabías que todos te daban por muerta. Que nosotros te dábamos por muerta.

Edith rompe a llorar.

—¿No lo ves? Se me había ido todo de las manos. Había llegado demasiado lejos como para regresar... —Su hija solloza y traga saliva, y Miriam se pregunta si la culpa le obstruye la garganta—. No podía dar marcha atrás, y luego Helena murió. Yo era la causa de todo lo que estaba pasando y no..., no me lo esperaba. Cuanto más crecía la bola de nieve, cuantas más noticias aparecían y más policías se implicaban, más imposible se me antojaba volver a casa.

—¿No podías enviarme un correo electrónico, o una postal, diciéndome que estabas bien? —replica Miriam.

Edith se gira. En esa pregunta hay algo que no puede responder.

—¿Edith? —insiste Miriam.

EDITH

Soy consciente de las lagunas de mi historia, de que seguro que las ve. Oigo lo anodina que suena mi explicación. Y, sin embargo, los días fueron pasando, sumidos en el sosiego de la campiña francesa. Cuanto más tiempo transcurre sin que establezcas contacto, más difícil se hace; el silencio se extiende como un charco de sangre. Y, en la soledad, encontré espacio. Libertad. Una sensación estimulante e ilícita. No quería volver, aunque eso no puedo decírselo. Es demasiado egoísta. Su cara, con esa tez ceniza, me miraría abrumada por el dolor y la decepción. Aunque a mí también me han decepcionado.

—Me decepcionó —susurro—, no era quien yo creía que era. Me puso el listón altísimo, mientras que...

—La gente tiene una vida interior, Edie. Ya tienes edad para saberlo.

—Pero ¿por qué iba a matar a un chico? —le planteo, y al decirlo me respondo a la pregunta.

Ella aparta la mirada. Veo la vergüenza en su cara.

—¿Mamá?

—Tenían... —empieza a decir—. Parece ser que tenían una relación.

—¿Una relación?

—Sí —responde ella.

—¿Es...?

—¿Si es qué? —espeto, lanzándome una mirada cortante—. ¿Gay? ¿Hetero? ¿Y tú? ¿Hay alguien que sea una sola cosa?

—¿Cómo puedes perdonarlo?

—¿Quién ha hablado de perdón?

—Parece que... —intento decir, aunque no consigo encontrar la palabra idónea—. ¿Lo aceptas?

—A lo mejor no pongo el listón para los demás tan alto como tú —responde.

—Él siempre ha sido el que ha exigido muchísimo —replico—, el que ha puesto el listón inalcanzable mientras que... —Rompo a llorar: lágrimas corrosivas, gratificantes, justificadas—. Ni siquiera me dejasteis tener al niño, seguir con Jonti y sentar la cabeza, llevar una vida típica. Ah, no, eso no era bastante, y mientras tanto él...

Mi madre levanta la cabeza, sorprendida.

—Podrías haber tenido al niño, Edie. Nunca te hicimos...

—Pues esa no fue mi sensación —contraataco, recurriendo a medias verdades—.

Me dejasteis claro que habría sido un fracaso, con todas las expectativas que habíais puesto en mí.

—No sabía que sentías eso, cariño. Nosotros no pretendíamos convencerte para abortar, sino ayudarte a tomar una decisión sensata. Para tu vida. Y a lo mejor nos equivocamos. Hace poco, mientras te buscaba, vi a Jonti. Y se me pasó por la cabeza que os podría haber ido bien juntos. Es un tipo decente. Pero, te lo digo de corazón, Edie, creíamos que era lo mejor para ti. Hay muchísimo tiempo para tener hijos, no hace falta que sea a los dieciocho años, cuando resulta tan difícil. Eso no son expectativas, es amor. Queríamos lo mejor para ti. Y no te hablo de Cambridge, ni mucho menos: no queríamos que te vieses deprimida y sola con dieciocho años y con un crío llorando en brazos.

Ahora me mira con esa preocupación que llevo tanto tiempo anhelando, y añade:

—A ver, sé que tu padre puede llegar a ser muy exigente, y entiendo que creyeses que queríamos una hija perfecta. No sé, a lo mejor había un punto de narcisismo. ¿A qué padre no le gustaría decir «Mi hija ha llegado a Cambridge»? Pero eso es una nimiedad en comparación con todo lo que te queremos, Edith.

—¿Cómo iba a saber lo que quería cuando vuestras expectativas eran tan sumamente altas? —me rebelo, soltando un gemido—. Cuando lo único que me preocupaba era agradaros. ¿Por qué mi vida tiene que regirse por agradaros, cuando él..., cuando él... ha hecho algo tan inmundo?!

Me sale el tiro por la culata.

Mi madre se ha levantado, la rabia le pulsa en las sienas. Pronuncia sus palabras con un gruñido tenue, reprimiendo a duras penas la violencia que siente hacia mí.

—Eres hija de un hombre. Un hombre normal y corriente, con sus virtudes y sus flaquezas, que está sumido en una crisis. Ha hecho algo terrible, sí, y lo pagará caro.

»Y eres mi hija, Edie, pero no me muestras ni un ápice de amor. Tienes que decidir quién eres. Debes decidirlo tú, Edie. No basta con que digas que nosotros tal o que nosotros cuál, que las expectativas te arrebataron una cosa y la presión te exigió otra. Levántate e imponte. Y si tu amor se acaba en cuanto descubres que tus padres son personas, entonces, no tienes remedio.

—Pero ha caído tan bajo... —digo con voz queda, sintiendo un fiasco.

—Y tú también, Edith.

Nos quedamos en silencio. Mamá se ha dejado caer en el sofá. Tiene los ojos vidriosos. Mira al fuego y dice:

—No es amor el amor que cambia cuando un cambio encuentra. —Me mira—. Es tu padre y deberías apoyarnos, como nosotros te apoyamos a ti.

UN AÑO DESPUÉS. MIÉRCOLES

MANON

—¡Fly? ¡Fly! Venga, los deberes.

Oye un gruñido en algún lugar de la casa mientras espera, observando el jardín moteado, donde el sol juega entre los dedos de los tilos. Las baldosas de piedra del patio, bañadas por el sol, irradian el calor del día.

—¡Fly! Venga, deja de perder tiempo.

Se sienta con ella a la mesa de la cocina y se coloca la mochila en las rodillas con un teatral gesto de cansancio. La camisa blanca del uniforme tiene una mancha de boli en el bolsillo, una motita negra en el algodón. Huele a chico sudado. Se dice que tiene que comprarle gel de baño.

—¿Qué nos han preparado tus profesores para esta tarde? —pregunta.

—A ver, tengo que escribir un texto argumentativo para convencer a alguien de algo, como una propaganda política o no sé qué.

—Como una campaña política, sí. Vale, ¿se te ocurre algo?

—Por qué tendrías que dejarme ver la tele después del colegio, por qué deberían haber leyes contra el maltrato psicológico infantil.

—Debería haber, Fly. No vas a persuadir a nadie con esos fallos gramaticales. Pues venga, escríbelo como si quisieras convencerme.

—Nadie te convence de nada, agente Tita.

—Para ti, subinspectora Tita, gracias.

Se tumba sobre la mesa como un paraguas roto, mordiendo la capucha del boli. Susurra para sus adentros mientras empieza a escribir. Ella se levanta para remover el estofado de cordero, que borbotea en el fuego.

—Cuando acabes, puedes salir un rato —le dice, sin girarse.

—¿De verdad? —pregunta él.

—De la buena.

Le agrada sorprenderlo de cuando en cuando, suavizando las restricciones, aunque sabe que ese agrado acabará oprimiéndola hasta convertirse en inquietud mientras espera a que regrese a casa. Sin embargo, no puede vetarle esas incursiones: al quiosco de Mill Lane a comprar golosinas; a los columpios de Sumatra Road; al parque de Fortune Green, donde los amigos del colegio se juntan y saltan la valla de alambre para colarse en la zona de juegos. Está a punto de cumplir doce años, ha superado el metro cincuenta de sobra, y ya va al colegio andando solo.

—Pero nada de capucha —advierde Manon, imaginándose al grupo de amigos asustando al personal en el autobús. Son altísimos y cada vez más masculinos.

—¿Por qué? —se lamenta.

—Primero, porque te vas a asfixiar con este calor, aunque se te vea medio culo con esos pantalones y parezcas tonto, por cierto, pero bueno, de eso ya hemos hablado. Y segundo, porque no quiero que te tomen por lo que no eres. Eres un chico encantador, amable y educado, Fly. No le des a nadie motivos para pensar otra cosa.

—¿Por qué no puedo llevar la ropa que quiera por el color de mi piel?

—Quizá ese podría ser el tema de tu texto argumentativo —sugiere Manon—. Ah, otra cosa, Fly. No fumes en el cementerio. Y no te hagas el santo, que te tengo calado.

—Yaaa —dice con un susurro. El desdén en su voz es levísimo, y Manon siente que en el fondo le gustan esos límites estrictos que le pone.

—Y a las seis clavadas te quiero aquí para la cena. Ellie y Sol vienen.

—Vale —dice—. ¿Me dejas darle de comer a Solly?

—Seguro que a Ellie le parece genial —dice, sonriéndole—. ¿Qué prefieres cor el estofado, arroz o cuscús?

—¿Qué es cuscús? —pregunta, y vuelve a mirar sus libros.

—Los granitos amarillos.

—Sí, eso.

La cocina está impregnada por la luz pálida de mayo y el aroma de la carne estofada, y a Manon le sorprende lo lejos que han llegado en este viaje para convertirse en una familia, a su manera.

No se había parado a pensarlo demasiado. La enfermedad de la madre de Fly fue rapidísima y fulminante. Tres meses después del arresto de Ian Hind y cuatro después de que Manon conociera a Maureen, el cáncer de estómago la mató, sin dejar tiempo siquiera a los cuidados paliativos. Manon fue a Londres sin un plan, diciéndose que lo que ocurriese sería temporal. Fly y ella se quedaron con Ellie —la necesidad es la madre de la reconciliación— en su pequeño apartamento de dos habitaciones de Fordwych Road, que recorría como una arteria la frontera entre Kilburn y West Hampstead. Aquello no tenía nada de paraíso rosa: Ellie había roto con el inepto padre de Solly durante el embarazo, y se enfrentaba a la falta de sueño sin respiro y conteniendo las lágrimas.

Estaban como sardinas en lata: Ellie dormía con el niño, Manon en la otra habitación y Fly en el sofá-cama del salón, que plegaba con diligencia cada mañana antes de que se levantase nadie, reflejo de su preocupación por vivir en esa situación precaria.

En esos dos meses viviendo así —en los que Manon gastó todas sus vacaciones y muchos días que le quedaban pendientes tras años de turnos de noche y fines de semana de servicio—, Fly pudo acabar su último trimestre en Primaria, en el que los

profesores se volcaron con él. Así, Ellie también podía descansar cada dos noches. Manon y ella sabían muy bien lo que necesitaba Fly: la importancia de mantener la rutina tras la muerte de su madre.

—Es agradable teneros en casa —se sinceró Ellie—. Fly saca tu lado bueno.

Pero quien sacaba lo mejor de todos ellos era Solly. Cuánto les gustaba el niño, sobre todo a Fly, que se tumbaba en la moqueta, a su lado, y le hacía cosquillas en los pies y pedorretas en la barriga, o se tapaba la cara con las manos y luego las bajaba al grito de «¡Bul!», con lo que el crío se desternillaba, y su risa sonaba como una explosión de júbilo. Sus carcajadas eran graznidos agudos, como las notas de un piano. Era imposible no sonreír cuando Solly se reía y, de hecho, se pasaba la mayor parte del día riéndose.

Cuando gastó todos sus días, Manon se vio obligada a tomar una decisión.

—Le diré a Fly que se quede en casa de algún amigo —le dijo a Ellie— mientras organizo las cosas en Huntingdon. No espero que tú...

—No seas tonta. Tiene que quedarse aquí —replicó su hermana—. Solly lo adora. Además, no conviene desarraigarlo más de la cuenta, después de lo que ha vivido. La verdad es que me gusta estar con él. ¿Cuánto tardarás? ¿Cuándo volverás? —Y en los ojos de Ellie se leía el miedo de que se separasen de nuevo.

—No será mucho —respondió Manon, diciéndose que los cambios que estaba a punto de hacer eran temporales: una época en la Policía Metropolitana de Londres mientras buscaba algo fijo para Fly, una familia de acogida o algo por el estilo.

Edith Hind volvió al Reino Unido con su madre y se presentó *motu proprio* en la Jefatura Superior de Policía de Cambridgeshire, diciendo que quería explicarlo todo. Llevaba una camisa blanca abotonada hasta el cuello, más recatada que nunca, unos pantalones de pitillo azul marino, zapatos brogue marrones y unas gafas de pasta negras, que a Manon le parecieron de pega. El conjunto pretendía transmitir la sensación de que era una jovencita seria, profundamente afectada por una situación del todo imprevista. A pesar del remilgado atuendo de bibliotecaria, estaba imponente: los rizos caoba brillantes le caían a ambos lados de la barbilla puntiaguda; su piel parecía de alabastro y tenía un cuerpo esbelto y elegante. Manon no podía dejar de mirarla, como si estuviese ávida de descubrir más, y se preguntó si esa belleza hacía a Edith merecedora de una mayor censura. O quizá de menos. ¿Manon quería que alguien tan preciosa se fuese de rositas o, movida por la envidia, quería castigarla?

Harriet y ella se sentaron al otro lado de la mesa, frente a Edith, flanqueada por Miriam y un abogado carísimo.

—Esto no quiero perdmelo —anunció Davy, que se quedó de pie, apoyado contra en la pared. Todos los demás, incluido Gary Stanton, vieron el interrogatorio desde la sala de vídeo.

—Señorita Hind —dijo Harriet, con una cortesía empalagosa—, había restos de sangre en su casa de George Street: en la cocina, junto a un armario y en un pequeño charco en el suelo, además de varias gotas en el pasillo. ¿Nos puede explicar qué pasó?

—Sí, señora —afirmó, colocándose los rizos cobrizos tras la oreja. Era adorable—. Cuando volví a casa con Helena, me di cuenta de que estaba mucho más borracha de lo que creía. Iba dando tumbos y me costaba mantenerme en pie, la verdad. —Suelta una risita inocente—. Me serví una copa de vino en la cocina después de que Helena se fuese, pero al cogerla le di un buen golpe contra la encimera, se me rompió en la mano y me hizo un corte en la palma. Me sorprendió la cantidad de sangre, salía literalmente a borbotones. Me quedé unos segundos mirándome la mano, ebria, como si fuese de otra persona, y entonces chorreó por el armario y cayó al suelo. Recogí los trozos de cristal de aquella manera, los tiré a la basura manchados de sangre y saqué otra copa, aunque al final no la usé. Me dirigí a las escaleras a trompicones, apretándome la mano herida, por eso había gotas en el pasillo, y me las apañé para hacer caer la mitad de los abrigos del perchero, antes de subir como buenamente pude y entrar al baño para vendarme. Siento —dijo, mirando a Harriet a los ojos— que lo malinterpretasen como una herida causada por un ataque. No tenía ni idea.

—¿Por qué dejó la puerta de su casa abierta? —interviene Harriet.

—¿Cómo?

—Will Carter dice que, cuando volvió a casa, la puerta estaba abierta de par en par. ¿Cómo puede ser?

—No la dejé abierta. La cerré. O al menos eso creo. Miren, esa noche estaba fuera de mí. Había bebido más de la cuenta y me asustaba pensar en lo que estaba a punto de hacer, en lanzarme de cabeza a lo desconocido. Sabía que el viaje podía ser muy peligroso. Fui de un lado a otro de la casa, a trompicones. Pensé que había cerrado la puerta, pero quizá, con las prisas y los nervios, no empujé con suficiente fuerza.

—Afirma que salió a pie de Huntingdon en dirección a Papworth Everard, y que en la A428 esperó en el área de descanso designada hasta que llegó un camión. ¿Designada por quién? —la interroga Harriet, mirando sus apuntes.

—Por Abdul Ghani Jalil.

—Un hombre que no pudo reconocer abrió la puerta trasera del camión, y usted montó. Dentro había otros polizones de distintas nacionalidades. Los llevaron a un

puerto, según suponemos, pues ha declarado que tuvo la sensación de que el camión embarcaba en un ferri y entraba en la bodega. La bajaron del camión en un área de descanso, al norte de Calais, en Francia.

—Bueno, no, fue en un *aire* —dijo, pronunciando la erre con un marcado acento francés.

—¿Cómo? —preguntó Harriet.

—Me bajaron en un *aire*, en una estación de servicio francesa. Estaba engarrotadísima y tenía que ir al baño. Ahí fue donde se hizo el cambio: monté en un coche, conducido por un hombre al que tampoco conocía y que me llevó a Nantes. Le pagué en efectivo, como acordamos: cuatro mil libras.

—¿Con quién lo acordó?

—Con Abdul Ghani Jalil —respondió.

—¿Cómo conoció a Abdul Ghani Jalil?

—No tengo nada que decir.

—¿Fue Tony Wright quien le presentó a Abdul Ghani Jalil?

—No tengo nada que decir.

—¿Conoció a Abdul Ghani Jalil durante una de sus visitas a Tony Wright en el Centro Penitenciario de Whitemoor?

—No tengo nada que decir.

—¿Le pagó a Tony Wright para que le presentase a Abdul Ghani Jalil?

—No tengo nada que decir.

—¿Tony Wright le dio instrucciones para que la recogiesen y la ayudasen a cruzar la frontera del Reino Unido de manera ilegal?

—No tengo nada que decir.

—¿Por qué el número de Tony Wright aparece dos veces en su móvil la semana de su desaparición, una de ellas justo el día anterior?

—Somos amigos.

—¿Amigos de qué tipo?

—Amigos, sin más. Lo somos desde que lo visité en Whitemoor. Estaba destrozada por lo que había visto hacer a mi padre en Deeping. Quería hablarlo con él.

Manon no se quedó en Huntingdon mucho tiempo. Cuando volvió al norte de Londres, tuvo un parón laboral, mientras buscaba trabajo, en el que se comió parte de sus ahorros y la renta por el alquiler de su piso de Huntingdon (no tenía sentido venderlo, pues la situación era temporal). Firmó un contrato de alquiler de seis meses

en un piso a cinco casas de Ellie y se instaló allí con Fly. Quiso dejar las cosas bien claras con el agente inmobiliario: «Ambas partes tenemos que avisar con un mes de antelación, ¿no?».

En esos meses, estudió para la oposición a subinspectora y Fly se desmoronó.

Quizá fue el cambio de piso (Manon no podía seguir abusando de la amabilidad de Ellie, que además quería sacar a Solly de su habitación). O la transición a un inmenso y aterrador instituto de Secundaria, al lado de casa. O una acumulación de experiencias demasiado complejas para que un chaval las gestionase. El caso es que, de repente, se quedaron solos ante la rabia y la tristeza de Fly.

—Ha empezado a hacerse pis en la cama, a tener pesadillas —le confió a Miriam en las largas horas de espera en el Tribunal Penal Central, durante las audiencias previas del juicio de Ian Hind, que pasaban sentadas en los bancos a las puertas de la Sala Primera o empujando una bandeja sobre las barras plateadas de la cantina—. Estoy hecha polvo, siempre cambiando sábanas, a veces hasta cinco o seis veces por noche, intentando tranquilizarlo.

—Es como tener a un recién nacido —le dijo Miriam.

Ahora era ella, ironías de la vida, quien se apoyaba en Miriam, que había envejecido, pero estaba más serena tras la vuelta de Edith a casa. Miriam le contó que no tuvo que esforzarse mucho para convencerla de que regresara con ella a Londres. Debajo de todo ese narcisismo interesado tenía conciencia.

—Y lo digo con todo el amor que le tengo —le confesó Miriam con una sonrisa—. Le expliqué que era mejor regresar por voluntad propia que a rastras con la Interpol. Le dije que habías descubierto su vínculo con Abdul Ghani Jalil y que habías avisado a la policía francesa, que solo era cuestión de tiempo. Ella empezó a gimotear, claro está, porque mi hija es una maestra de la autocompasión, pero le garanticé que contrataríamos a la flor y nata de los abogados y a un buen relaciones públicas para que gestionase a la prensa.

Todo el mundo en Cambridgeshire quería acusar a la chica de desperdiciar el tiempo de la policía, desviar el curso de la justicia y todo lo que pudiese caerle por desencadenar una investigación de cinco semanas que rondó las trescientas mil libras de dinero de los contribuyentes. Sin embargo, el equipo legal de los Hind, numeroso y de traje oscuro, elaboró una defensa sólida afirmando que no podía demostrarse que Edith «pretendía» que la policía dedujese que le había pasado algo. La sangre, los abrigos desperdigados por el suelo y la puerta abierta de par en par eran los residuos accidentales de una noche de ansiedad y coacción. Ella solo había huido de la causa de su angustia: el crimen cometido por su padre, a quien no quería encubrir ni delatar. Que la Policía de Cambridgeshire catalogase el caso como una desaparición de alto riesgo no podía achacarse a los actos de la joven Edith Hind. Además, los informes

psiquiátricos revelaron que había sufrido «angustia mental» en la Francia rural.

«Angustia los cojones», había dicho Harriet.

Frente a eso estaban los argumentos de la Fiscalía: ¿por qué se quedó en el extranjero a pesar de ver, leyendo la prensa británica por internet, la escalada de la búsqueda? ¿Cómo podía justificar no haberle dicho a nadie que estaba sana y salva, aunque no quisiera volver?

El juez sopesó los argumentos y consideró que había pruebas suficientes para llevar el caso a juicio, cuya resolución seguía pendiente.

En el Tribunal Penal Central, mientras los engranajes legales del proceso de Iar Hind giraban con extrema lentitud, Manon pidió consejo a Miriam sobre Fly. Tal vez infringía algún protocolo sobre los «bandos» del juicio, pero a ninguna de las dos les importaba.

—Solo sé que no voy a poder soportarlo mucho más —dijo Manon.

—No lo hace para fastidiarte —respondió Miriam.

—No, ya lo sé, pero no entiendo qué le pasa por la cabeza.

—Yo tampoco he sabido nunca lo que pasaba por la cabeza de los míos —dijo Miriam, y a Manon le sorprendió que la tratase como una madre, de igual a igual—. A mí me da la sensación de que necesita saber que tú estarás siempre presente, por muy feas que se pongan las cosas. Exactamente igual que una madre con su hijo recién nacido.

Manon no tenía ni idea de si Miriam llevaba razón, pero estuvo ahí para Fly, aunque no por nobleza, sino por agotamiento e inercia. No podía deshacer como si nada esa situación.

También recibió algunos consejos de Davy, que las había visto de todos los colores en el centro de menores.

—Límites firmes —le dijo Davy—. Sigue siendo amor, pero sin titubeos. Estos chavales no soportan los cambios repentinos: los asustan lo que no está escrito.

Davy Walker, ascendido a oficial bajo el ala protectora de Stanton, es un hombre sabio y soltero por convicción, tras volver a librarse de las garras de Chloe después de otro polvo de consolación. Su vida es la Brigada de Homicidios, la bici y el voluntariado en el centro de menores. «Con eso tengo más que suficiente», le dijo a Manon cuando le preguntó si salía con alguien.

En cuanto al pobre Stanton, un informe protocolario sobre el caso Hind, realizado por la Policía de Bedfordshire, determinó que: «El inspector jefe Gary Stanton reaccionó de manera desproporcionada al considerar la de Edith Hind una desaparición de alto riesgo, y después un presunto homicidio, habida cuenta de la falta de pruebas *prima facie* de que la señorita Hind estaba en peligro».

—Tiene todas las de perder —le dijo Davy a Manon, como si estuviese defendiendo a su propio padre—: primero el caso de Lacey Pilkington, cuando le dijeron que debería haber aumentado la prioridad antes, y ahora esto... No me explico cómo tira para delante.

—Ya te lo digo yo: pensando en su jubilación —respondió Manon.

Ella, en cambio, no se había parado a pensar con tranquilidad en la situación de Fly, aunque pasaba bastante tiempo preguntándose si había alguna forma de salir de ahí. Si podría alejarse de puntillas.

Entonces, Fly se puso enfermo.

El invierno y la fiebre lo afectaron muchísimo, y por mucho paracetamol o Nurofen que le diese la fiebre no bajaba. El corazón le latía como una máquina a punto de reventar. Manon no logró ponerse en contacto con el consultorio médico — los tonos se alargaban eternamente o estaba comunicando—, así que, presa de la desesperación, llamó a Miriam. La mujer se acercó en el Jaguar de Ian, que desentonaba en Fordwych Road, y comprobó sus constantes vitales.

—¿Los niños de once años pueden coger meningitis? —preguntó Manon.

—Has estado mirando en internet, ¿eh? —la regañó Miriam—. Nunca hay que consultar en internet los temas de salud. Corres el riesgo de diagnosticarte un cáncer en menos que canta un gallo. Pero has hecho bien en llamarme: es una fiebre muy alta y hay que tenerlo controlado.

Se sentaron un rato en el salón de Manon, en un sofá con una cubierta barata color crema, a la luz de una lámpara diminuta colocada en un estante. Miriam parecía más relajada que otras veces, aunque no se quitó el abrigo.

—¿Cómo lo lleva Ian en Belmarsh? —preguntó Manon.

—Bueno... Ahí va —admitió, con un tono sorprendido y divertido al mismo tiempo—. Está leyendo mucho. Y también da un curso de anatomía a otros reclusos. Es irónico, la verdad, si te paras a pensar que algunos han decapitado a gente. Yo sigo temiendo que no lo soporten, por su carácter arrogante. Lo típico: pedirá mermelada de membrillo con el queso y alguien lo dejará inconsciente de un puñetazo. Aunque aún no ha pasado.

—¿Vuestros hijos lo visitan?

—Sí —respondió—. Los dos. Todos echamos nuestras horas. —Luego se levantó y dijo—: Mira, me pasaré otra vez por la mañana, de camino al trabajo. Si la situación es preocupante, lo ingresamos.

La enfermedad virulenta no remitió hasta dos semanas después, aunque a Miriam la tranquilizaba que solo fuese gripe. Como si un maremoto golpease el muro de un muelle con todas sus fuerzas, y su cuerpo se engarrotase para defenderse, el chico se

estremecía al ponerse de pie para ir al baño. Su habitación olía a podrido, a un dulzor fétido, pero Manon abría las ventanas de par en par y cambiaba las sábanas con frecuencia. Pasado un tiempo, el chico pudo empezar a leer y ver la televisión, pero tenía unas ojeras enormes y seguía débil. Luego cayó en una depresión de caballo, en la que no dejaba de llorar por su madre y por Taylor. Y le echaba la culpa a Manon, la odiaba, pues era el blanco más cercano para su angustia. Su infelicidad era tan profunda y abrumadora que, más de una vez, Manon se preguntó si llegaría a reponerse.

El informe de la Comisión Independiente de Quejas sobre las Intervenciones Policiales sobre la muerte de Helena Reed, solicitado después de que la chica llamase a la Jefatura de Cambridgeshire, concluyó con una sanción por negligencia para la agente Monique Moynihan, que había respondido a la llamada de Helena la noche del 7 de enero de 2011. En su alegato de defensa, la agente Moynihan declaró que, en ese turno nocturno, los únicos policías asignados a la Brigada de Homicidios eran ella y otros dos agentes. Sin embargo, a uno de dichos agentes le quedaban veinte días de vacaciones, y los mandos le habían advertido que, si no los usaba, los perdería. La agente Moynihan declaró que compartió su preocupación ante la falta de personal con el subinspector Kirk Tate, aunque no lo plasmó en un informe. El subinspector Tate no recordaba haber hablado del tema con la agente Moynihan. La noche del domingo 7 de enero, la agente Moynihan tenía varias investigaciones urgentes abiertas. Dijo que, cuando telefoneó al departamento, la señorita Reed le había parecido titubeante e insegura, pero no presa de una enorme angustia. En efecto, no se había puesto en contacto con el 112. Justo después de esa llamada, la agente Moynihan y el otro policía de servicio esa noche, el agente Lee Rayner, tuvieron que salir tras recibir un aviso de robo.

El informe de la CIQIP también analizó el deber de asistencia para con Helena Reed por parte del Equipo 4 de la Brigada de Homicidios, que investigó la desaparición de Edith Hind. El CIQIP apuntó que el caso Hind fue extraordinariamente notorio y exigía una gran cantidad de recursos policiales. El informe concluyó que la evaluación de riesgos sobre Helena Reed antes de la emisión de *Crimewatch*, el miércoles 4 de enero de 2011, realizada por la agente Kim Delaney, así como la evaluación adicional por parte de la oficial Manon Bradshaw, fueron adecuadas y siguieron los protocolos profesionales básicos. Sin embargo, los interrogatorios al psicoanalista de la señorita Reed, el doctor Young, revelaron que los agentes no estaban en condiciones de reconocer su frágil estado mental.

En consecuencia, el CIQIP publicó un documento estratégico de aprendizaje, en el que se recomendaba que todos los miembros del Equipo 4 de la Brigada de

Homicidios, que investigó la desaparición de Hind, realizasen un curso de repaso sobre el deber de asistencia, complementado con el cursillo de dos horas sobre salud mental.

Manon oye vibrar su móvil en la mesa de la cocina y rebusca entre los libros y los papeles de Fly hasta encontrarlo, lleno de migajas. Un mensaje del inspector Havers, del Departamento de Investigación Criminal de Kilburn: su nuevo jefe.

«Mañana te quiero en la comisaría a primera hora, subinspectora Bradshaw».

Trabajo nuevo, coñazo nuevo. Atrás quedaron las charlas con Harriet —ascendida a inspectora en Cambridgeshire; el resto del grupo sigue junto, para envidia de Manon—, y ahora tiene que aguantar las órdenes de un capullo como Havers. Fly sufre cada vez con más frecuencia esa obsesión por los registros que tiene la Policía Metropolitana de Londres. Manon ha recomendado que se quede con los detalles, que se apunte todos los incidentes en el bloc que lleva en el bolsillo trasero de esos vaqueros cada vez más bajos, y que ya se ocupa ella.

—No sabía que tenía once años —le dijo un agente metropolitano.

—Pruebe a preguntarle —respondió ella.

—Lo siento, señora...

—Subinspectora Bradshaw.

Procuraban no molestarse entre compañeros, y Manon confiaba en dejar claro, al menos a todos los agentes de Kilburn, que a Fly no se le tocaba. Una poli blanca que cuida de un chaval negro: eso son ganas de querer armar alboroto y lo demás son tonterías.

Tiene la mosca detrás de la oreja con varios de los chavales con los que se junta en el instituto. Otra nota mental: concertar una cita con la directora. Gel de baño, quedar con la directora, comprar fruta, pan y bolsas para la basura. ¿Desde cuándo son tan largas sus listas? Busca papel y lápiz. Comprar papel y lápiz para las listas.

Cuando acabaron los seis meses de alquiler, firmó otros seis, y volvió a cerciorarse: «Quedamos en que ambas partes tenemos que avisar con un mes de antelación, ¿no?».

La vida no es perfecta, se dice, mientras todos trajinan en la cocina. Le ha llevado un tiempo hacerse a la idea. Pensaba que a lo mejor era perfecta para los demás, pero no para ella. O que podría revisarla una, y otra, y otra vez, como en un examen eterno de Cambridge, hasta que fuese perfecta. Cada vez le resulta más difícil encontrar pruebas de perfección en cualquier vida. Siempre hay algo: la enfermedad, el divorcio, el luto, ciertos rasgos de la personalidad con los que es una pesadilla

convivir. Todo el mundo lo hace lo mejor que puede, todos viven su vida y la comparten por accidente, como Manon y Fly, porque él no tenía a nadie más y ella no pudo dar marcha atrás.

—Todos a la mesa —avisa—, la cena ya está. Ellie, ¿quieres vino?

—Por supuestísimo —dice su hermana, pasándole a Fly el fardo de Solly y diciendo—: Ahí lo tienes, hazlo como malamente puedas.

Fly se coloca a Solly en el regazo y lo saluda con una sonrisa y un besito en el cuello. El niño lo agarra de las mejillas con sus manos rechonchas y suelta un chillido de placer.

Manon y Fly han comprado en Ikea una trona de diez libras y una cuna para cuando Solly se queda a dormir. Fly mete al niño en la trona y Solly empieza a dar golpes en la mesita de plástico, deseando que llegue su puré de estofado. Todos están sentados menos Manon, que hace de «madre», cucharón en mano, y sirve los platos.

—La verdad es que tengo que preguntarle una cosa a Fly —dice—, y quería que todos estuviérais presentes.

Incluso Solly, que estaba agitando los brazos ante la llegada del primer avión de Fly, se para en seco y levanta la cabeza, con una expresión preocupada que los hace desternillarse.

—Quiero adoptarte —le dice a Fly.

—¿Que qué?

—¡Güe-güe! —canturrea Solly.

—Que quiero adoptarte. Quiero que haya... un vínculo. Legalizarlo.

Él la mira unos segundos. Luego se gira hacia Solly con otra cucharada de puré.

—Para poder agobiarme hasta el fin de los tiempos, ¿no?

Manon se sienta y empuja un trozo de cordero con el tenedor para mezclarlo con el cuscús, como una piedra mojada en la arena.

—¡Aión! —exclama Solly, forcejeando con Fly para tratar de quitarle la cuchara.

—Tú lo has dicho —le dice Fly—. ¡Aión! —Acerca su cara a la de Solly, nariz con nariz, y el niño pega un gritito y vuelve a agarrarle las mejillas con las manos rollizas.

—Porque te quiero —confiesa Manon.

—¡Aión! —insiste Solly.

—Vale, parlanchín —lo contiene Fly—, aquí llega otro avión. —Acerca la cuchara y Solly abre la boca al instante. Luego Fly pincha con el tenedor en su plato—. El estofado está bueno —dice—, aunque hay verduras. ¿Esto es zanahoria?

—No, qué va —responde Ellie—, te lo estás imaginando.

—¿Puedo ir luego a casa de Zach a jugar a la Play? —pregunta Fly.

—Pues no —dice Manon.

Fly sigue comiendo. Manon y él mastican con la boca llena, mirándose fijamente.

—¿Por qué preguntas si sabes cuál va a ser la respuesta? —protesta Manon.

Él se encoge de hombros.

—Por hacer la gracia. A lo mejor un día cuela.

—Ni en sueños. ¿Entonces qué te parece lo que acabo de decirte, lo de ser mi hijo?

—Sí, vale.

AGRADECIMIENTOS

Mi más sincero agradecimiento al oficial Graham McMillan, de la Unidad de Crímenes Graves (UCG) de Cambridgeshire, por su ayuda para este libro. También a la oficial Susie Hine, del Departamento de Investigación Criminal de Cambridge, por sus consejos para el primer borrador. Las imprecisiones son mías, no suyas.

Gracias al subinspector Jon Hutchinson por facilitar mis visitas a la UCG de Cambridgeshire.

Por el asesoramiento sobre patología, gracias a Clare Craig, especialista en patología en el Imperial College NHS Trust. Por los detalles sobre las autopsias y medicina forense, gracias a Michael Osborn, especialista en histopatología en el Imperial.

Por el acento irlandés de Maureen Dent, gracias a Marissa McConville.

Por el acento escocés de Tony Wright, gracias a Eileen MacCallum.

Por los consejos sobre derecho penal, gracias a Daniel Burbidge.

El informe publicado por el Instituto de Criminología de Cambridge en noviembre de 2011 sobre la relación entre el personal de prisiones y los reclusos en el Centro Penitenciario de Whitemoor, para el que Edith colabora como investigadora en la ficción, es auténtico. Está disponible en internet y es una lectura fascinante y muy humana. Se puede descargar en: https://www.gov.uk/government/uploads/system/uploads/attachment_data/file/217388/prisoner-relations-whitemoor.pdf.

Gracias a Sandra Laville, del *Guardian*, por los consejos sobre piratería y sobre el caso Soham.

Gracias a Sian Rickett, Susannah Waters, Alexandra Shelley, Daniel Burbidge, John Steiner, Deborah Steiner y Zoe Ross, por su lectura atenta y sus valiosos consejos. Y a Katie Espiner y Andrea Walker por la excelente edición. Gracias a Eleanor Jackson, por apoyarme en Estados Unidos. A Sarah Ballard, gracias por todo como siempre. Gracias a Tom Happold por ser mi primer y último lector y por todo tu apoyo. Y a George y Ben Happold, por volver del colegio e inundar la casa de ruidos alegres tras el silencio de la buhardilla.